

*El Siervo de Dios*  
*Doctor José Gregoria*  
*Hernández Cisneros*

POR EL  
R. P. EDUARDO DE GEMA  
CAPUCHINO  
1950

GLORIAS DE VENEZUELA

*El Siervo de Dios  
Doctor José Gregorio  
Hernández Cisneros*

EL HOMBRE  
EL SANTO  
EL SABIO  
SU VIDA

POR EL  
R. P. EDUARDO DE GEMA  
CAPUCHINO  
1950

NIHIL OBSTAT:

*Mons. Francisco A. Maldonado*  
Censor deputatus.

IMPRIMATUR:

*Lucas Gulielmo Castillo*  
Archiepiscopus Caracensis

(Hay un sello en tinta, de forma circular, que dice:

"Lucas Gulielmo Castillo — Dei et Apostolica Sedis  
Gratia Archiepiscopus Caracensis — Auxilium  
Christianorum — Defende nos in Coelo").

NIHIL OBSTAT:

*fr. Indaletius a Santibañez, o. f. m. cap.*  
Cens. Ord.

Mérida, 20 de abril de 1953.

PUEDE IMPRIMIRSE

*Fr. Hilario Ma. de Escalante, o. f. m. Cap.*  
Custodio Provincial.

(Hay un sello en tinta, de forma circular, que dice:

"Sig. Custod. Prov. Venezuelae — Cubae,  
O. M. Cap.")

Al publicar este volumen con la autorización de las Autoridades  
Eclesiásticas, autor, prologuista y editores reiteran su filial acata-  
miento a los decretos del Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de  
1625 y del 5 de junio de 1631.



DR. JOSE GREGORIO HERNANDEZ,

Fundador en Venezuela de los Estudios de Histología Normal y Patológica,  
Fisiología Experimental y Bacteriología, el 6 de noviembre de 1891.

## ACLARATORIA

Declaramos que, al tratar de virtudes heroicas, de favores obtenidos o cualquiera otra expresión indicadora de santidad, no intentamos darle distinto sentido del acostumbrado por la Iglesia, a cuyo juicio, prescrito en el canon 1999 y siguientes del Derecho Canónico y a las demás disposiciones de la Autoridad Eclesiástica, nos sometemos incondicional y voluntariamente.

## GLORIAS DE VENEZUELA

### EL SIERVO DE DIOS

DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ CISNEROS

*El hombre. — El Santo. — El Sabio. — Su vida, por el Rvdo. Padre Eduardo de Gema, Capuchino, Vice-Postulador de la Causa de Beatificación.*

## INDICE

PORTICO: Como én los viejos tiempos...

### I

#### EL HOMBRE

##### Capítulo I. — LA FAMILIA.

- 1.—La falimia Hernández-Cisneros.
- 2.—El hogar.
- 3.—La Madre.
- 4.—Isnotú.
- 5.—Año de 1864.
- 6.—José Gregorio Hernández Cisneros.
- 7.—Madre y maestra.
- 8.—Piedad infantil.
- 9.—Benigno Hernández Manzaneda.
- 10.—Lo que se ve desde las piedras negras.
- 11.—Personalidad infantil.

##### Capítulo II. — EL ESTUDIANTE (CARACAS).

- 1.—El Maestro Sánchez.
- 2.—Ciencia que se agota.
- 3.—Caracas.
- 4.—El Colegio Villegas.
- 5.—Estudiante y maestro.
- 6.—Un alumno en rebeldía.
- 7.—Un carácter.
- 8.—Libros y arte.
- 9.—Bachiller.
- 10.—La Universidad.
- 11.—El Universitario.
- 12.—El intachable.
- 13.—El amigo.
- 14.—Al borde del sepulcro.
- 15.—Aficciones necesarias.
- 16.—Pureza.
- 17.—Albores de caridad.
- 18.—“Libidine del saber”.
- 19.—Doctor.

##### Capítulo III. — EL ESTUDIANTE (París)

- 1.—Francia y los franceses.
- 2.—Europa en el horizonte.
- 3.—París a la vista.
- 4.—Estudiante aprovechado.
- 5.—Piedad proverbial.
- 6.—La virtud ejemplar.
- 7.—La emboscada.

##### Capítulo IV. — EL HOMBRE (Familia, Patria, Amistad).

- 1.—Naturaleza y sobrenaturaleza.
- 2.—Amor a la familia.
- 3.—La madre en el recuerdo.
- 4.—Clave de su carácter.
- 5.—El padre, primera desgracia.
- 6.—José Benjamín, segunda des-



gracia. 7.—Pero Dios improvisa padres. 8.—Abnegación que explican misterios. 9.—Dolor de las separaciones. 10.—“Yo te quiero mucho”. 11.—Despedida original. 12.—La Patria. 13.—Amor verdadero. 14.—“La Política”. Observaciones. 15.—El primer voluntario. 16.—Venezolanismo. 17.—Patriotismo de un prólogo. 18.—Patriotismo legítimo. 19.—El hombre que sabía hacerse amar. 20.—“Hasta mañana”. 21.—El selecto. 22.—Hernández-Dominici. 23.—Religión y amistad. 24.—Amistad póstuma.

#### Capítulo V. — EL HOMBRE (Diversos aspectos).

1.—La humildad del sabio. 2.—El Padre Colmenares. 3.—El hombre que tenía cabeza. 4.—Buen humor. 5.—Carácter inflexible. 6.—Los cinco mosqueteros. 7.—El sobrino del Presidente. 8.—“A la clase se viene a aprender”. 9.—Entre “gansters”. 10.—Los deberes de aquel día. 11.—La lucha por la vida. 12.—En busca de plaza. 13.—La ciencia del boticario. 14.—El “godo”. 15.—¡Europa! 16.—El arte. 17.—La retreta en añoranza. 18.—La música. 19.—Preparación para la consulta. 20.—La literatura. 21.—El crítico. 22.—El artista de la palabra. 23.—La pintura. 24.—El sentimental. 25.—Hombre de mundo. 26.—“¡La Reina de España!”. Este es el HOMBRE.

## II

### EL SANTO

#### Capítulo VI. — EL SIERVO DE DIOS.

1.—Santidad y naturaleza. 2.—Parábola de su vida. 3.—“Se necesita un santo...”. 4.—Fuente de santidad. 5.—Más fuentes caudales. 6.—Ejercicios de piedad. 7.—El hombre sereno y silencioso. 8.—Ideales monásticos. 9.—La primavera que duró diez años. 10.—Las primeras aldabadas. 11.—Se abre la puerta. 12.—“Yo me haría sacerdote...”. 13.—“Hasta pronto”. 14.—Altamares.

#### Capítulo VII. — EL MONJE.

1.—Farneta-Lucca. 2.—El Valle del Silencio. 3.—Los Cartujos. 4.—Don Fr. Marcelo. 5.—Buscando en el mapa. 6.—“Ha huído el doctor HERNANDEZ...”. 7.—Sentimientos. 8.—Habla Razetti. 9.—Por fin... ¿la felicidad? 10.—El Padre Arteaga. 11.—La “expresión” del doctor HERNANDEZ. 12.—Cariño familiar. 13.—Huye la felicidad. 14.—Testimonios de sus compañeros. 15.—“¡Fuego... fuego!”.

16.—La lengua de César. 17.—Diez meses. 18.—Inconso-  
lable. 19.—Causas. 20.—El médico carpintero. 21.—“Jesús  
también es cartujo”. 22.—Su recuerdo en la Cartuja. 23.—  
Espigando en la agiografía.

#### Capítulo VIII. — NUEVOS INTENTOS.

1.—Otra vez en Caracas. 2.—El Seminario. 3.—El hombre de  
Dios. 4.—Congratulaciones. 5.—El Seminarista. 6.—MA-  
NIFESTACION. 7.—El huevo podrido. 8.—“¡Quién lo  
hubiera sabido...!”. 9.—Otra vez en el mundo. 10.—“Una  
visita al doctor HERNANDEZ”. 11.—¿Santo o maniático?  
12.—El ridículo. 13.—“Mira que te pego...”. 14.—“No  
estás a la moda...”. 15.—De monje a dandy. 16.—Rumbo  
a Italia. 17.—El Pío Latino-Americano. 18.—El Padre  
Dubuc. 19.—Enfermedad grave. 20.—Otra vez en el “ri-  
dículo”. 21.—“¿Usted sabe lo que es el cielo? 22.—Este es  
el HOMBRE DE DIOS.

#### Capítulo IX. — VIRTUDES.

1.—La gracia y las Virtudes. 2.—La Fe y la Esperanza. 3.—  
Vida de fe. 4.—Hasta los enemigos. 5.—“Yo soy creacio-  
nista”. 6.—Ante todo, un santo. 7.—Respetos humanos.  
8.—“Así no... así no...”. Santa tenacidad. 9.—Espe-  
ranza. 10.—La Madre del cielo. 11.—Otras devociones.  
12.—La Iglesia y el sacerdote. 13.—Caridad. 14.—“Capri-  
chos divinos”. 15.—“El hombre de la Regla y el deber.  
16.—“El Hermano Asno”.—Una falta de caridad. 18.—Hom-  
bre de Dios.

#### Capítulo X. — LA CARIDAD.

1.—El Médico de los pobres. 2.—Predilecciones. 3.—La familia.  
4.—Sin enemigos. 5.—“HERMANO”. 6.—Curando a Je-  
sús. 7.—Enfermos pobres. 8.—Sencillez. 9.—Su método.  
10.—Desprendimiento.

#### Capítulo XI. — OTRAS VIRTUDES.

1.—Virtudes cardinales. 2.—Prudencia. 3.—Justicia. 4.—El  
sobrino del General. 5.—Preferencias. 6.—Médico de Pre-  
sidentes. 7.—Juancho Gómez se muere... 8.—Fortaleza.  
9.—“Perderíamos honradez...”. 10.—Con estudiantes y apa-  
ches. 11.—El hombre que se olvidó de comer. 12.—Deapre-  
cio del humo. 13.—Pudor. 14.—Templanza. 15.—Sencillez.  
16.—Una sola carta. 17.—Pobreza. 18.—Castidad. 19.—  
Fregando los pisos. 20.—“¡La bendición!”. 21.—Humildad.  
22.—El asno bípido.

## EL SABIO

## Capítulo XII. — EL PENSADOR.

- 1.—Ser filósofo. 2.—El ansia de la verdad. 3.—“Elementos de Filosofía”. 4.—Necesidad de pensar. 5.—Filosofía popular. 6.—El alma venezolana. 7.—Gratitud. 8.—“Todo es uno”. 9.—Psicología. 10.—Ideas propias. 11.—Claridad de ideas. 12.—Escala hacia Dios. 13.—Apreciaciones injustas. 14.—El hombre que no tiene miedo a la verdad. 15.—Por la ciencia, a Dios. 16.—Filosofía del lenguaje. 17.—Mística e histerismo. 18.—Criteriología. 19.—Sofisma. 20.—Estética.

## Capítulo XIII. — EL PROFESOR.

- 1.—El DR. HERNANDEZ profesor. 2.—Sus clases. 3.—Discípulos. 4.—Lección de Urbanidad. 5.—“¿Es usted un Pasteur?”. 6.—El estudiante que no ejercía la profesión. 7.—“¡A aprender Aritmética!”. 8.—La culpa del suspenso. 9.—“Aprender a ser formales”. 10.—Un catedrático con sotana. 11.—La última lección.

## Capítulo XIV. — EL LITERATO.

- 1.—Estilo literario. 2.—EN UN VAGON. 3.—LOS MAITINES. 4.—LA VERDADERA ENFERMEDAD DE SANTA TERESA. 5.—VISION DE ARTE.

## Capítulo XV. — EL MEDICO. — EL INVESTIGADOR.

- 1.—La medicina en Venezuela antes del DR. HERNANDEZ. 2.—Estudios en París. 3.—El Laboratorio. 4.—Catedrático. 5.—Sus clases. Método. 6.—La Escuela del DR. HERNANDEZ. 7.—El primer microscopio. 8.—El científico-investigador. 9.—Publicaciones científicas. 10.—Clínico eximio. 11.—En la cirujía. 12.—Resumen.

## Capítulo XVI. — HACIA DIOS.

- 1.—La Hermana Muerte. 2.—“El año que viene me toca a mí...”. 3.—Ofrecimiento de su vida por la paz. 4.—ULTIMA ACTIO. 5.—La Hermana Muerte se lo lleva en sus brazos. 6.—Recomendación del alma. 7.—Hospital Vargas. 8.—¡Ha muerto un santo!”. 9.—Sin embalsamar. 10.—Duelo del público. 11.—En la Universidad. 12.—Un artículo periodístico. 13.—“EL DR. HERNANDEZ es nuestro!”. 14.—Impresiones. 15.—ORACION.

## APENDICE. — HASTA MAS ALLA DE LA MUERTE.

## DOS PALABRAS

Para apreciar plenamente la altura de una montaña, no hay método más eficaz que subir a ella. La simple vista de la mole gigante nos da desde luego una idea de su magnitud, pero esa idea resulta siempre falla e imprecisa ante la realidad, como lo comprobamos cuando, emprendida la hazaña de la ascensión, logramos al fin poner el pie en la cumbre.

El Doctor José Gregorio Hernández se destaca en la historia contemporánea de Venezuela con imponencia de montaña. En ello están conformes gibelinos y güelfos. Pero dudo que la mayoría haya apreciado en su plenitud esa gloriosa grandeza. Obtener tal efecto es el fin de este libro. El es un ameno viaje al través de la vida variada e ilustre de este amable y admirable compatriota. Al llegar a la página final, el lector no puede menos de exclamar: ¡qué grande fué, en realidad, este venezolano! y siente el deseo de que esa grandeza se vea proclamada aquí, en la tierra, por la suprema autoridad del Romano Pontífice en el esplendor de la canonización. Este deseo y aquella exclamación testifican que el autor logró conducirnos hasta la cumbre.

De la infancia al minuto de la muerte, la vida de José Gregorio Hernández fué un constante subir hacia la perfección. La ciencia y la santidad eran sus metas. Triunfó alcanzándolas.

Para obtener una y otra, pasó primero por las veredas dolorosas del fracaso: no es infrecuente que así conduzca la paternal sabiduría de Dios a sus elegidos. Recién graduado, José Gregorio Hernández piensa en ejercer su profesión en el interior de la República y, con tal propósito, vuelve a su región nativa. Pero

ese medio, que debería haberlo acogido como a hijo predilecto, muy pronto se le vuelve hostil y lo obliga a emprender otro rumbo. Sin esta circunstancia, sin este aparente fracaso, él se hubiera quizás radicado en cualquiera de nuestras pequeñas ciudades, donde distintos lazos, ahogando poco a poco en su corazón el anhelo de completar en Europa sus estudios, lo habrían retenido por toda la vida. Allí habría sido ciertamente un afamado médico, de clientela vastísima, pero no el descollante Profesor que, después de Vargas, realizó la más trascendental reforma de los estudios de Medicina en la Universidad de Caracas. Ansioso de santidad, ingresa en la Cartuja: la flaqueza de sus fuerzas físicas, que le impide realizar las labores manuales exigidas por la regla, lo obliga a abandonar el claustro. Años después, siempre con el pensamiento puesto en la vida cenobítica, entra en el Seminario. Una grave enfermedad de nuevo lo aparta de esa senda. Sin estos contratiempos, sin estos fracasos, José Gregorio Hernández habría sido un cartujo ejemplar, pero tal vez hoy nadie pensaría en introducir su causa de canonización. No es lo mismo adquirir la santidad en la paz propicia del convento que en medio de las luchas, peligros, tropiezos y tentaciones del siglo.

Por los fragmentos de cartas que en este libro aparecen, advertimos que el doctor José Gregorio Hernández era un alma tan delicada como sensible. Ello nos permite entrever cuánto tuvo que sufrir a causa de estos fracasos, en especial, ante el último. Dada la fama que auroleaba su nombre, su ingreso en la Cartuja fué acontecimiento que conmovió a toda la Nación. Conociendo él la sorpresa general que había despertado ese acto suyo, fácil es imaginar lo terriblemente duro que hubo de serle retornar a la misma ciudad, para reanudar sus mismas tareas de médico y de profesor, de las cuales se había despedido definitivamente. Si la salida de la Cartuja equivalía a la muerte de un ideal por muchos años acariciado, el regreso a las antiguas actividades en el propio lugar de donde había partido, significaba una ponderosa humillación. Ambas cosas las soportó el doctor Hernández con una sorprendente serenidad. Pero esa serenidad era apenas el antifaz que ocultaba a los ojos de los hombres la tragedia sólo patente a los ojos de Dios. Con el finísimo cincel de ese secreto dolor, la Divina Providencia fué día a día esculpiendo esta noble alma hasta convertirla en una obra maestra.

Desde la antepenúltima década del siglo pasado, por la influencia del tudesco Adolfo Ernst y del venezolano Rafael Villavicencio, en la Universidad Central se habían impuesto las teorías materialistas. Confesarse librepensador, evolucionista ateo, positivista fervoroso, era por entonces la moda reinante entre la juventud que acudía a las aulas de aquel Instituto. Hay palabras que ejercen sobre la mayoría de los hombres un particular poder de fascinación: tal es el adjetivo "moderno". Y todas aquellas ideas se presentaban por esos días cubiertas con la capa de esa fascinante palabra. Discutir siquiera tales teorías equivalía a exhibirse como un retrasado, digno solamente de despectiva compasión. Que un individuo se preciara de intelectual y a la vez hiciera paladina profesión de fe cristiana, se estimaba un contrasentido. He ahí la atmósfera universitaria caraqueña cuando José Gregorio Hernández instaló el 6 de noviembre de 1891 su cátedra de Fisiología Experimental y Bacteriología. Para ese momento, sus alumnos sabían que él, recién retornado de Europa, había perfeccionado sus estudios bajo la dirección de los más notables profesores parisienses: había, pues, bebido la ciencia moderna en su propia fuente. Bien pronto los discípulos se dieron clara cuenta de los profundos y vastísimos conocimientos del nuevo catedrático. Y es de suponer la impresión que en todos ellos tenía que causar no oírlo jamás hacer la apología del librepensamiento, del darwinismo o del positivismo y verlo más bien confesar prácticamente la fe católica, pues frecuentaba los templos y allí, postrado de hinojos, oraba con recogimiento edificante. Si no consiguió el doctor Hernández cambiar el criterio predominante en el ambiente universitario, probó al menos a todos esos jóvenes que se puede a la vez ser hombre de ciencia y hombre de fe, hombre moderno y hombre creyente, e infundió en esas primaverales inteligencias una duda saludable sobre aquellas teorías materialistas que otros profesores pretendían hacer pasar como la última, definitiva e inapelable palabra de la sabiduría. Esto solo, en aquel medio, fué una espléndida victoria.

Temerario resulta pretender internarnos en los arcanos designios de Dios. Sin osar descorrer el velo sagrado que los cubre, creo sin embargo vislumbrar algo del plan divino en la maravillosa vida de este sabio. Le infunde el Señor ese anhelo de

retiro claustral y aun le permite la entrada en la Cartuja, a fin de poner más de relieve la sinceridad de su fe, porque ello era necesario para la misión providencial a que lo había destinado: contrarrestar con el ejemplo, que es el argumento más eficaz, las corrientes intelectuales a que acabo de referirme. Pero lo aleja luego de la celda y lo vuelve a la cátedra, porque ese era su verdadero campo de apostolado: allí el doctor Hernández habría de constituir un viviente tratado de apologética, perennemente abierto ante los ojos de la incredulidad.

Para robustecer aún más esa misión apologética, el Señor le confió otra tarea: la de apóstol del bien ante el dolor, ardua tarea que él satisfizo con puntual exactitud. Jueces mayores de toda excepción, como Razetti y Dominici, ponderaron la vasta ciencia adquirida por el doctor Hernández. Los alumnos que concurrían a sus lecciones, se hacían lenguas en elogio de la cultura del Profesor preeminente. La inmensa clientela que solicitaba sus servicios, era un constante testimonio de alabanza a su pericia. Pero ni enfermos, ni alumnos, ni colegas suyos sopechaban la última razón que movió al doctor Hernández a conquistar, mediante un estudio tenaz, aquel prodigioso cúmulo de conocimientos: la caridad. Se propuso saber mucho y lo consiguió, no para una vana complacencia personal, sino para ser siempre útil a los necesitados. En otros términos: se empeñó en ser un instrumento perfecto a fin de cumplir plenamente ese apostolado del bien ante el dolor que le encomendara la providencia del Señor. Por este aspecto, la figura del doctor Hernández se capta, no sólo la admiración, sino la más cordial simpatía. Corona y cetro son atributos naturales de la ciencia, porque ella es reina en los dominios del espíritu. Cuando esta soberana se dedica al servicio exclusivo de la caridad, el mundo contempla una belleza moral que llega hasta aquel supremo grado señalado por la lengua con el calificativo de sublime. Y así, esplendorosa y sencillamente sublime fué la vida que se describe en este libro.

Como para grabar de manera perpetua en la memoria de los hombres esta sublime belleza, al doctor Hernández lo sorprendió la muerte en el instante en que realizaba un acto de caridad unido al ejercicio de la ciencia: cuando lo atropelló el automóvil que puso fin a sus días, llevaba en la mano las medicinas que

momentos antes había recetado a una ancianita paupérrima y que él mismo, en vista de la penuria de aquel hogar y de la urgencia del caso, había ido a adquirir en la vecina farmacia. Morir empuñando la espada era la ambición de los antiguos héroes. Aquellas medicinas en la mano de este héroe de la caridad, armado de punta en blanco por la ciencia, tenían en esos supremos segundos el máximo valor simbólico de una espada gloriosa.

Cuando el ataúd que contenía el cadáver del santo y sabio varón salió de la Catedral, concluidas las exequias litúrgicas, la multitud congregada en la Plaza Bolívar exclamó: "El Doctor Hernández es nuestro!", y se apoderó de aquella urna para llevarlo hasta el lejano cementerio. En esa solemne marcha hacia la ciudad del silencio y del reposo eterno, "sobre el mar de cabezas, el féretro flotaba como una bandera". Aquel grito espontáneo, en el que se confundían las voces de la gratitud y las de la admiración, aquel grito más elocuente que el mejor elogio fúnebre, debe persistir en la vida de la Patria. A que Venezuela continúe repitiéndolo, con indiscutible orgullo de madre afortunada, va encaminado este libro. Así, "sobre el mar de cabezas", la gran figura de este excelso adalid de la ciencia y de la virtud, seguirá "flotando como una bandera".

† J. HUMBERTO QUINTERO.

Arzobispo Coadjutor de Mérida.

Mérida, Junio de 1953.

P O R T I C O

—Así sea, y que Dios nos bendiga...

El llanero, desde la puerta, auguró santamente su último saludo, y salió. Y ya fuera, se volvió todavía:

—Y que no haya nada que lamentar, Dios por medio...

—Dios te oiga, mi hermano.

Benigno se quedó mirando la calle, gris de atardecer. Se alejaba, con su paso lento y cansino el buen amigo que traía las malas noticias.

Martín Espinosa, el bandido liberal, que espantaba a las gentes del Estado Zamora con sus bravuconadas, estaba cerca, y venía en busca de Benigno, conservador íntegro y militante. Había jurado colgarlo del cují más alto del Estado, porque —afirmaba— él quería mucho a los zamuros, sus amigos.

Era necesaria una decisión inmediata. Los bandidos de catite y pañuelo a la cabeza, de pistolones fantasmales, sólo podían tardar unas horas en llegar a Pedraza.

Benigno se sentó nervioso a la mesa, y escribió:

“Mi querida Josefa Antonia: Me persiguen.  
A media noche escaparé. Me aguardarás a la reja.  
La distancia no disminuirá nuestro amor. Tuyo,  
*Benigno*”.

Un mocito de la hacienda que llegaba de abreviar los ganados, llevó la esquila a la novia. Ella se asustó, se quedó un momento pensativa con las manos en la boca. Era linda y morena, con unos ojos lejanos y valientes. Lo mismo que una andaluza de cara ovalada y talle escultural. Leído el papel, ella, la asustada, miró a la ventana, lejos, y no lloró.

De repente le brillaron los ojos con una alegría sin sentido. ¿Por qué? Era como si hubiera encontrado la solución al difícil problema. Siguió sonriendo. La solución se iba perfilando en su sonrisa y en sus sueños.

De pronto se puso a trajinar afanosamente en las alcobas y en los baúles. Apartó muy pocas cosas, y las puso sobre la mesa. Lo indispensable. Era una mujer valiente que sentía un hondo cariño hacia aquel mozo bien plantado y cariñoso, que sólo soñaba en hacerla feliz.

Cuando llegó la media noche, Benigno, decidido y valiente, se acercó a sus padres, y se hincó. La candela brillaba asustada, temblando en las sombras de las paredes.

—La bendición, mi padre.

—Que Dios te bendiga, mi hijo, y te libre de todo mal...

El mozo se levantó, y dió un beso a su madre. Nadie lloraba. Era el momento de ser decisivos, y de mostrar grandeza de alma.

Benigno montó en su mula, y se alejó silenciosamente por las oscuras callejas del pueblo. Ni se oía el repique de las herraduras de la bestia. Todo estaba previsto. La bestia llevaba enfundados los cascos para que nadie supiera la huída precipitada.

De pronto, la mula, alarmada, se detuvo, y el jinete se irguió para avizorar. La sombra de una caballería estaba detenida a la puerta de los Cisneros. Ya no era hora de volver la cara atrás y el posible peligro de su amor, le dió valor para adelantarse. Despacito se fué acercando, y oyó, todavía lejos, un siseo y unas palabras que alborotaron el alma.



DON BENIGNO HERNANDEZ,  
Padre del Dr. JOSE GREGORIO HERNANDEZ.



DOÑA JOSEFA ANTONIA CISNEROS,  
madre del Dr. JOSE GREGORIO HERNANDEZ.

—Benigno, soy yo; no temas...

Era ella, Josefa Antonia Cisneros, amazona en su mula, que lo esperaba. El corazón le dió un vuelco, no sabía si de angustia o de alegría.

—Benigno, estoy decidida a todo por tí. Me marchó contigo. Ten mucha confianza en Dios, y vámonos.

Nada valía. El mismo no quería casi luchar contra la bella idea de que no le había de faltar cariño en el dolor de aquella huída precipitada. Solamente una discusión obligada, casi muerta. Benigno la cerró con unas palabras falsamente resignadas.

—Si lo quieres, sea así, y que Dios nos ayude. Vamos.

Montaron. Se alejaron en la sombra las pisadas tácticas de las dos bestias. Pedraza quedaba atrás, negra como un insomnio. Ellos se iban camino de la inquietud... y también de la Felicidad, esa bella utopía que nos aguarda siempre en las encrucijadas dolorosas de nuestra vida, porque es hija del Dolor y de la Angustia.

Días largos de torrentes donde los mulos tenían que nadar, y de quebradas donde las bestias apenas hincaban sus pezuñas; de caminos largos, de sol y de lluvia... había que bordear los pueblos porque nadie los viera. Por la noche, en las posadas pobres de los caminos, con el sueño liviano para no ser sorprendidos. Días de nervio y sufrimiento. Sólo el consuelo de una sonrisa y de una palabra de amor.

Era el día de la última jornada. Larga y penosa, por los pedregales de Trujillo. Y espoleando las bestias, les llenaba de paz el alma el verde de las praderas, tan verdes en el Estado Trujillo, y el solemne silencio de los precipicios.

¡Aquello era la paz! Por fin, la paz. Lejos del Estado Zamora, el alborotado. Y esa otra paz de saberse pronto suyos para siempre... llegaron a Isnotú pasado el atardecer. Por las puertas entornadas se adivinaba la candela del hogar, y la alegría pacífica de las buenas gentes. La paz a la orilla del sendero lo mismo que en una novela.

El posadero, viejo y decidor, bigote en flecos, y arrugas amarillas, los recibió hablando sin cesar:

—Muy cansados ¿no?... ay, mijitos, estas veredas... precisamente, tenemos esta noche un zancocho que quita... (no sabía que decir) hasta el hambre...

sí, es por aquí... por aquí...

Lo que haber... no digamos que hay mucha comodidad para las camas de esta noche, pero... mañana estará todo arreglado.

—Mire, mi viejo; por esta noche no se apure. Para mí, cualquier rincón basta. Si tiene un chinchorro, yo me basto con él y en cualquier parte. A ella, le ruego me la lleve a dormir con su esposa de usted, y trátemela con la mayor consideración.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Están peleados acaso?

Y entre sus dientes diezmados, asomó una sonrisa picada de malicia.

—No; peleados, no. Es que ella no es mi esposa.

—¿Hermana?... y perdone la pregunta...

Benigno posó su mano en la espalda del posadero, cordialmente, y entre las palmadas cariñosas.

—No, mi viejo —le dijo— ni mi hermana, ni mi esposa. Es solamente mi novia. Muy pronto será mi esposa.

Benigno miró a Josefa Antonia, que sonrió feliz; y, ruborizada, se quedó mirando la candela, donde un gato se arrufaba al lado de una niña despeinada y linda... (a).

## EL HOMBRE

---

(a) Vid. R. Cifuentes Labastida. "El Universal". Caracas, 29 de junio de 1944.



## CAPÍTULO PRIMERO

### L A F A M I L I A

1.—De esta manera tan novelesca —en la vida de todo hombre hay una novela digna de ser escrita— llegó la familia Hernández a Isnotú. De familia noble, con escudos de torres y lises, y leones rampantes, los Hernández (\*) ha-

---

(\*) Procedían del tronco de Hernán el Ramo, de los próceres montañeses de la reconquista española, familia de guerreros. El hijo de Hernán el Ramo, Don Sancho, fué el primero en usar el patronímico derivado del nombre de su padre: Hernán-dez. Este, tuvo un hijo, Don Alonso que murió, al servicio del Rey Don Sancho II en el cerco de Zamora de España, en 1068, lo mismo que su hijo también Alonso Hernández, murió en el cerco de Toledo. El hijo de éste, Alvar Hernández, concurrió gloriosamente a la conquista de Madrid y Guadalajara. Su familia numerosa, fundó las diversas ramas de los Hernández de Fuenmayor, Hernández de Cárdenas, Hernández Diosayuda, y los Hernández de Yaguas, fundadores de Ocaña, en Nueva Granada —Colombia—. De esta última rama vinieron a Venezuela en 1734 o 1736. Don César Hernández de Yaguas se estableció en Boconó, y allí estuvo el solar familiar hasta el éxodo de la Guerra de la Federación. Todos estos datos se nos conservan gracias al celo del mismo Dr. JOSE GREGORIO HERNANDEZ CISNEROS, quien, al pasar por Madrid, se cuidó de consultar, y trajo el libro-pergamino en que consta su árbol genealógico y su prosapia ilustre.

“Te mando... en que están los escudos de las familias... un libro en que está la historia de nuestra familia... y lo leas con todos, para que sepan las virtudes y el noble origen de nuestros antepasados... “Así se expresa en una carta a su hermano César desde Madrid, el 16 de julio de 1917. Este libro contiene certificación expedida en Madrid por Don Félix de Rújula, Decano de los cronistas de Armas de Su Majestad Católica, mediante la vista y compulsión de documentos y notas archiviales, de relaciones justificadas y noticias tradicionales exactas, legalizadas por el Consulado de Venezuela a petición del Dr. HERNANDEZ.— Revista “CIENCIA Y HOGAR”, 15 de julio de 1919. N° 13.

bían vivido en Boconó hasta la Guerra de la Federación, en la que tuvieron que huir al Estado Zamora, actualmente Estado Barinas, radicándose en Pedraza. De allí y de manera tan novelesca, perseguidos por el bandolero Martín Espinosa, cuyos desmanes obligaron a su mismo jefe, el General Zamora, a fusilarlo por indeseable, huyeron al Estado Trujillo, que era un verdadero oasis de paz en medio de tanta anarquía.

Aquel amor tan puro y tan ardiente de los dos jóvenes fugitivos fué santificado por el matrimonio el 22 de octubre de 1862. Ya podían formar un hogar. El ideal de su vida iba a ser una realidad fragante y hermosa.

2.—El bello concepto cristiano del hogar, que actualmente va perdiendo su vigor de una manera alarmante, tenía en aquel matrimonio una perfecta realización. Era el hogar donde al anochecer se reunían todos al amorcillo de la candela, y conforme a una tradición heredada de sus antepasados, rezaban el rosario. Las voces de plata de los niños se unían a las voces graves y amorosas, y el sueño sonreído del hermanito pequeño, ponía nota de simpatía sobre la oración.

Terminado el rosario, la madre los iba acostando uno por uno, haciéndoles la señal de la cruz, cogiendo la mano de cada chiquito, y llevándosela a la frente, al pecho, a los hombros, santificando ya aquella vida pequeña, y sembrando el futuro árbol frondoso de la vida cristiana en sus vidas de promesa.

Las oraciones infantiles — “Ángel de mi Guarda — dulce compañía — no me desampares — ni de noche ni de día” — eran por la noche su última palabra, y por la mañana su primer balbuceo y la ambientación del día hacia el cielo.

Así aquellas almas pequeñitas se iban formando poco a poco en la conciencia de sus deberes religiosos y en la dignidad de hijos de Dios.

Tres veces al día las campanas de la pobre iglesia de Isnotú, cantaban. No había ninguna casa en el pueblo donde no se rezase el “Ángelus”. Josefa Antonia reunía

a sus hijitos, les juntaba las manos, y con ellos, saludaba a la Señora. Y les decía a sus hijos que estaban hablando con la mamá del cielo. Así fué brotando en sus almas el cariño fervoroso hacia la Virgen, sobre todo en su advocación de Nuestra Señora de Las Mercedes, la devoción tradicional de la familia.

3.—En el estudio de las vidas de los grandes hombres, forma siempre un capítulo aparte, quizá el más interesante, por su influencia, el estudio de la madre. Los destinos de la Humanidad se forjan en los brazos de las madres, y dependen muchas veces de las notas frágiles de una canción de cuna.

Josefa Antonia Cisneros, noble también por su descendencia de la familia del Gran Cardenal de España, era la representación de la madre y la mujer cristiana, en cuyas haldas nunca faltaba la limosna del pan y en su corazón la limosna del cariño. Devota en la iglesia, digna en la calle, y amorosa en el hogar, lo mismo se cuidaba de los ornamentos de la iglesia que sus manos habían cosido delicadamente, que de las ropitas de sus niños.

Y más que de las ropitas, de sus almas, que ella había de formar con más primor que las casullas y las albas del templo. De ella había de decir JOSE GREGORIO, recordándola:

“Mi madre, que me amaba, desde la cuna me enseñó la virtud, me crió en la ciencia de Dios, y me puso por guía la santa caridad...”

Estas fueron las virtudes que dejó en herencia a sus hijos. La ciencia, la virtud, y entre todas las virtudes, la santa caridad. ¿No es ésta la semilla de aquella caridad que había de ser el distintivo de aquel hombre que ante las miserias de la vida se emocionaba, y ponía al servicio de los pobres y los dolientes, sus manos y su cerebro de científico, y su corazón de hombre cristiano?

Dotada de belleza en lo físico, su rostro ovalado y perfecto, no era más que un reflejo de su alma exquisita. No

había en el pueblecito de Isnotú quien no la amara en su vida y no hubo quien no la llorara en su muerte.

4. El segundo hijo de este matrimonio cristiano y feliz, fué JOSE GREGORIO HERNANDEZ CISNEROS.

Isnotú, 26 de octubre de 1864.

Muchos habrán pensado, al visitar este pueblecito de las montañas de Trujillo, en el nacimiento de los Andes venezolanos, que muy bien se le podía haber bautizado al pueblecito, en vez del rumboso nombre de Libertad de Betijoque, su nombre civil, o Isnotú, con el nombre diminuto y evocador de: Belén. Visto desde lejos, el panorama tiene la amabilidad de un nacimiento en diciembre. Sus casitas, como de juguete, sus prados, que semejan artificiales de colorido y poesía. Sus caminitos serpeantes y alegres, su cielo tan azul y sus nubes tan blancas. En la ladera del monte, lo mismo que el pueblecito que se forma en el Belén de Navidad; con las casitas casi colgadas de las peñas. Y sobre todo, el ambiente patriarcal, sencillo y amable, de sus gentes.

Si hubiera nacido allí el Niño Jesús, no le hubiera faltado alojamiento y una cunita blanda, ni palabras cariñosas y menudas. Porque las gentes de Isnotú, como buenos trujillanos, son así. Encantadoras en su sencillez, primitivas en su hablar y cariñosas hasta el extremo.

Se eleva a 850 metros sobre el nivel del Lago de Maracaibo, que se columbra lejano desde la vertiente en los días claros. Consta solamente de dos calles paralelas a lo largo del camino de Betijoque, capital del Distrito. Al norte, la quebrada del Lamedero; al sur, el cerro de Ponemesa; al este, la quebrada de Carambú, y al oeste la de Vichú. Sus primeros cimientos datan del siglo diez y siete, y su vida tranquila solamente una vez se ha visto alborotada, cuando en 1899, con el objeto de adueñarse de un parque que mandara el Presidente Andrade para los Andes, se libró entre "Godos" y "Amarillos" una lucha violenta que duró tres días, dejando en ruinas y diezmada la pequeña población.

Sus productos principales son el café y la caña de azúcar; plátanos, cambures, maíz... Tiene dos pintorescas

caídas de agua: la de Carambú y la de Coloraditos. La abundancia de árboles dan al ambiente una frescura de eterna primavera.

Si el suelo y el clima son uno de los factores más importantes en el desarrollo de la personalidad de un hombre, el de JOSE GREGORIO fué inigualable. Todos los que hemos visitado Isnotú, creemos sinceramente que es una tierra en la que la poesía de la vida es una planta más de su feraz agricultura.

Toda esta poesía la vuelcan ellos en la fiesta de su Patrona, su querida Virgen del Rosario de Isnotú, regalo de Benigno Hernández, padre de JOSE GREGORIO. En sus aflicciones y en sus alegrías, en sus necesidades y en sus contentos, la Virgen del Rosario está siempre entre ellos, en una alabanza o en una súplica. Yo también, ante aquella hermosa imagen, tuve una súplica y una alabanza:

"Señora del Rosario de Isnotú... que este pueblo se eternice y nunca cambie... que lo bueno se haga mejor y lo malo nunca se acerque a este paraíso de tu cariño..."

5.—El año 1864 fué un año crucial en la Historia de Venezuela. Empezó augurando en las revueltas de Trujillo y del Táchira las calamidades que habían de sobrevenir. En el Estado Carabobo hubo disturbios y revueltas que estuvieron a punto de degenerar en revolución. Sólo hacía unos meses que había terminado la Guerra Civil de los Cinco Años, y el General Falcón regresaba lleno de honores como Mariscal Presidente. Se firmó también el esperado Concordato con la Santa Sede. Las exhortaciones de paz del meritísimo Padre Iradi, cayeron en el vacío, y la revolución preparada por el General Bruzual, estalló en Guayana, capitaneada por el General Arismendi. La revolución liberal tomó cuerpo en el Estado Guárico. Al poco tiempo, estalló también en el Estado Aragua. Por fin, la paz se firmó en Puerto Cabello, con plenas amnistías, y quedando, por voluntad popular en las elecciones, como Jefe de la República, el Mariscal Presidente Falcón. Todavía hubo una

nueva intentona de revolución en el desgraciado suceso del General Pulgar, que intentó adueñarse de Maracaibo por mar, desde Curazao, en una goleta inglesa. Pero los comprometidos de tierra no respondieron, y los revolucionarios tuvieron que huir por la Goajira e internarse en Colombia.

6.—Este fué el año 1864.

Dos días antes del Convenio de paz de Puerto Cabello, nació el niño JOSE GREGORIO, y sobre su cuna, podrían los ángeles haber cantado villancicos de paz para Venezuela.

El 30 de enero de 1865 fué bautizado en Escuque por el Pbro. Victoriano Briceño, haciendo de padrinos en la ceremonia D. Tomás Lobo y Dña. Perpetua Henríquez. En diciembre de 1867, cuando tenía JOSE GREGORIO tres años, durante la Visita Pastoral, fué confirmado por el Excmo. y Rvdmo. Juan Hilario Boset, Arzobispo de Mérida. (b).

La infancia de este niño privilegiado, nada tuvo en su exterior de sobrenatural. Solamente una simpatía y un genio despierto que hacía que todos lo quisieran en el pueblo. Todos ponían esperanzas consoladoras en aquel niño de ojos candorosos y sentimientos de ángel.

7.—Su primera escuela fué el regazo de su madre. Allí aprendió el Catecismo y la Historia Sagrada. En las veladas, escuchaba absorto de los labios de su madre las narraciones bíblicas y las historias emocionantes del Pueblo de Dios, las palabras de Jesús, que luego él repetía, infantilmente exaltado, porque decía que él quería ser santo. Aprendió también, con la Urbanidad, los rudimentos de la Gramática y los números, lo mismo que a leer y a escribir. Para ejercitarlo en la escritura, su madre le hacía escribir oraciones fáciles y breves para oír la Santa Misa, en un cuadernito que él conservó mucho tiempo, como recuerdo de su madre, y de su infancia feliz junto a ella.

A los ocho años de JOSE GREGORIO, cuando ya eran seis los hijos del feliz matrimonio, la casa se llenó de lágri-

(b) Dr. Ernesto Hernández Briceño. — HOMENAJES al Dr. José Gregorio Hernández Cisneros. — Caracas, 1945. Pgs. 19-20.

mas y de suspiros. Su santa madre moría en la paz del Señor, y encomendando a los hijos que dejaba, a la Madre del Cielo.

Del artículo que se publicó el día de su muerte, copiamos estos párrafos sentidos, que reflejan el sentimiento por una pérdida tan dolorosa:

“Ayer, llena de vida, halagüeña, encantadora con su trato, seducía el corazón de su esposo, que era su idolatría, persuadía a sus amigos, que eran el apoyo de la amistad, y ofrecía a la sociedad el ejemplo de la mujer feliz. Hoy... Por doquiera se oyen los gemidos de un pueblo afligido que rodea su cadáver, pagando un tributo de gratitud: el uno lamenta la pérdida de su consoladora; el otro llora sin consuelo a su medianera; el huérfano expresa su dolor en el fallecimiento de su protectora; la viuda, el asilo de su necesidad; el pobre, la que socorría su miseria... El enfermo y el paciente postrado en su lecho, no verán ya a su cabecera a aquella mujer caritativa que aliviaba su dolencia...

...y todos gimen...”. (c).

Y así el artículo necrológico continúa su plañir ante la muerte de aquella mujer que era el encanto de todos, y la personificación de la madre cristiana, de la matrona honorable y de la mujer feliz. Pero ella quedaba. En sus hijos y en el cariño de todos.

8.—En aquel tiempo ya JOSE GREGORIO era un niño espigado y ágil, amigo de la iglesia y de los libros. María de los Santos Linares, sirvienta en la casa de su padre, una viejecita negra y delgada, alegre siempre y dinámica, contaba que le tenía gran cariño. Ella lo veía salir todas las mañanitas, todavía oscuro, y dirigirse la calle arriba, hacia la iglesia. Un día la curiosidad hizo que lo siguiera, y lo

(c) Dr. J. M. Núñez Ponte. Ensayo crítico-biográfico del Dr. José Gregorio Hernández. — 2ª Edición. — Impresoras Unidas. — 1944. Caracas.

encontró devotamente arrodillado a los pies de la Virgen del Rosario. La viejecita, edificada y conmovida, se arrodilló junto a él, y así subieron al cielo, confundidas, las oraciones de aquellos dos niños que harían sonreír a la Virgen María por su ingenuidad y su fervor.

9.—La iglesia del lugar estaba edificada por donación de su padre, Benigno Hernández. Sus estudios de medicina le permitieron instalar una farmacia, la única de los alrededores, y era también el que hacía de médico por aquellos lugares. Aunque su verdadera profesión era la de comerciante, sin embargo, su afición por la medicina se impuso, y esta afición se hizo una bella realidad en el mayor de sus hijos varones, JOSE GREGORIO.

10.—Los viejos del pueblo de Isnotú, cuentan que al volver de sus trabajos en las haciendas y en los cafetales, se encontraban al pequeño JOSE GREGORIO sentado en unas piedras negras que había en las afueras del pueblo, desde donde se avistaba el cementerio cercano, florido de cruces y de matas en flor. Más abajo, el hermoso valle que se puede apreciar en la fotografía adjunta. Su temperamento de artista y de santo encontraba en aquel paisaje materia de meditación y de contemplación estética.

Francisco José Alvarado, un simpático viejecito que pasa de los cien años, ciego, pero todavía alegre y decidor, nos cuenta que fué sirviente en su juventud, en la casa de Benigno Hernández. Recuerda que el muchachito JOSE GREGORIO era algo revoltoso y muy avisado, pero siempre obediente y sumiso, y sobre todo, muy piadoso. Su obsesión de niño era conocer Caracas.

Magdalena Mogollón, una anciana siempre sonriente, que ya ha perdido la cuenta de los años que tiene, nos refiere, entre sus recuerdos que, como hermano mayor entre los varones, se había constituido en algo así como el protector de sus hermanitos. El les hacía los juguetitos que consistían en gorros para desfiles marciales que llenaban la casa de alboroto, y muñecas de trapo con las que jugaban sus hermanitas. El se contentaba con encender la chispa —así nos dicen— y luego se retiraba como un hom-

bre consciente de su deber, a su cuarto, a leer y escribir, porque “él quería ir a Caracas y ser un gran sabio, como su papá...” Nos da también el dato interesante de que nunca le gustó mezclarse con los chicos de la calle, como por un instinto de selección. El gustó siempre en su vida de lo selecto, lo mismo en santidad que en sentimientos humanos.

## CAPITULO SEGUNDO

### *EL ESTUDIANTE (Caracas)*

1.—Muerta la madre, JOSE GREGORIO se quedó también sin maestra. Por esto fué necesario enviarlo a la única escuela del lugar, regentada por el Señor Pedro Celestino Sánchez, antiguo marino, el clásico viejo lobo de mar, a quien la enfermedad y el desengaño habían arrojado tierra adentro. Sus viajes le habían dado no pequeña cultura, y era a propósito para entretener a los niños con sus relatos interminables. Su vida agitada, lo había apartado de Dios, pero sus ideas revolucionarias las guardaba para él solo, con un respeto ejemplar hacia las ideas de los demás. El, que era maestro por afición y amor a la pedagogía, sabía también que el alma del niño es sagrada, y no quería que el veneno que él había tomado a grandes dosis rebasara de su alma hasta aquellas almas blancas que los padres de familia de Isnotú le habían confiado. Era un hombre de sacrificios que había aprendido en la escuela del maestro mar que la vida es lucha y deber.

2.—Allí, JOSE GREGORIO siguió redondeando aquellas enseñanzas que aprendiera de los labios de su madre, y era proverbial su puntualidad y su interés por la asistencia a la escuela del lugar. Hasta que llegó un día en que el Maestro Sánchez se presentó ante Benigno Hernández para confesarle humildemente que él no tenía más que enseñar al niño, y que no convenía desaprovechar aquellas cualidades que resaltaban en la inteligencia privilegiada del niño JOSE GREGORIO. Su consejo era que lo enviara cuanto antes a Caracas a perfeccionar sus estudios y a que se graduase.

Este consejo fué eficaz. El padre de JOSE GREGORIO atendió a las observaciones del Maestro Sánchez y a los deseos del niño, que quería estudiar en Caracas. Hubo algunas vacilaciones entre las carreras de Leyes y la de Medicina. Pero al fin prevaleció ésta, no precisamente la que JOSE GREGORIO hubiera acariciado como un sueño desde sus primeros años, sino la que su padre eligió para él. Sus triunfos profesionales habían de ser un premio a la obediencia.

3.—En febrero de 1878, cuando había ya cumplido los trece años, fué confiado a dos amigos de la familia, los diputados al Congreso, Generales Jesús Romero y Francisco Vázquez, y con ellos hizo el viaje.

Cuentan las gentes de Isnotú, que en la despedida no hubo lágrimas. Solamente un cariño muy grande y esa valentía que ya se notaba en el hombrecito, que se lanzaba a la vida a conquistar un puesto y a descubrir su pequeño mundo. Las últimas recomendaciones del padre, los últimos consejos, el último abrazo, y se fué por el largo camino pequeño de Isnotú. Desde el último recodo del camino, el último adiós impaciente y emocionado. A las gentes sencillas de Isnotú, que lo querían, les parecía que habían perdido algo de la familia.

4.—Bajo el cuidado de los dos buenos amigos, y con su recomendación, ingresó en el colegio entonces más acreditado de Caracas, en el Colegio "Villegas" en calidad de interno.

Llegaba puro y sonriente a la vida nueva, y no olvidaba nunca que su primera obligación era ser buen cristiano, y la segunda ser buen estudiante. Era la alborada de la vida, toda blanca y cubierta de flores. Primavera prometedora en sus trece años limpios y llenos.

No hizo falta mucho tiempo para que el inteligente Director, Doctor Guillermo Tell Villegas, cristiano viejo, figura relevante en el campo social y político, se diese cuenta de la joya que se le había confiado, y de sus egregias.



JOSE GREGORIO HERNANDEZ,  
al llegar a Caracas



JOSE GREGORIO HERNANDEZ,  
al graduarse de Bachiller.

dotes para el estudio. Sus puestos y sus notas eran siempre los primeros. Allí estudió los cursos preparatorio y filosófico del año 1878 al 1882.

Por naturaleza cariñoso, no tardó en encontrar buenos amigos, y sobre todo el cariño desvivido del Director y de su digna esposa Doña Pepita Perozo de Villegas. Mujer inteligente, de modales distinguidos y de trato social, llena de afabilidad, era considerada por todos como una de las primeras mujeres de la República, y todos la amaban. Para JOSE GREGORIO hizo, mientras éste estuvo en el Colegio, y aún después, el oficio de madre delicada y solícita. Solía acompañarse de él en las visitas, gozándose en presentar a sus amistades el alumno más inteligente y de educación más esmerada de su Colegio.

5.—Uno de los rasgos que lo hacían más amable para sus condiscípulos fué su caridad para con los poco adelantados, a quienes ayudaba con sus consejos y su enseñanza. Gustaba internarse entre los párvulos, haciéndose él mismo otro niño, y procurando infiltrar en sus almas pequeñas, la virtud, al mismo tiempo que los hacía interesarse por el estudio. Llegó a ser el brazo derecho del Director. Este, siendo todavía JOSE GREGORIO estudiante de primero de Filosofía, no dudó en confiarle el cargo de profesor de Aritmética de una de las secciones del Colegio. En tres ocasiones se ganó la Medalla de Aplicación y Buena Conducta, la máxima calificación del Colegio, premio a sus desvelos escolares y a su buen comportamiento.

6.—Pero nunca hemos de confundir la bondad de corazón, y mucho menos la piedad con la pusilanimidad y la debilidad de carácter. Nada perdía su varonía con su aplicación al estudio, con su comportamiento intachable en la moral cristiana en todas sus formas. Si era humilde delante de sus compañeros, nadie le podía tachar de débil y cobarde. Y si era piadoso, nadie le podía motejar de mojigato.

El Doctor Villegas le había nombrado inspector, y en calidad de tal tenía que velar por el orden y la disciplina.

Este cargo lo desempeñó mientras duró su permanencia en el Colegio.

Nos refiere el ilustrado Doctor Juan de Dios Villegas Ruiz, su compañero de Colegio, que cierto día JOSE GREGORIO se vió precisado a castigar por falta de disciplina a uno que era más fuerte que él. El castigado se calló por el momento, pero lo aguardó en la calle, y con amenazas le intimó a que suspendiera el castigo. JOSE GREGORIO lo oía impasible y sonriendo. Ante la negativa rotunda de levantarle el castigo, y mucho menos por miedo, el alumno se abalanzó sobre él. Entonces, JOSE GREGORIO, sin inmutarse, seguro de la fuerza de sus puños, y ante la expectación de los demás alumnos, que creían que se doblegaría ante las amenazas, y mucho más ante los hechos, se abalanzó sobre el cuello del agresivo alumno, y tras breve forcejeo, lo derribó al suelo. Cuando lo vió vencido, no se ensañó con él, a pesar de los golpes tan injustamente recibidos. Se levantó, se arregló sus vestidos, y lo dejó marchar avergonzado. Pero de ninguna manera doblegó su voluntad. Todos los alumnos quedaron edificadas y sorprendidos por su fuerza de voluntad, al mismo tiempo que lo respetaban, no ya sólo por su bondad y su amabilidad, sino también por su superioridad física.

El Doctor Juan de Dios Villegas Ruiz nos habla así del tiempo de Colegio de JOSE GREGORIO:

“Aquí conocí yo a Hernández, en diciembre de aquel año 1878, y cómo me impresionó él, niño también, cuando lo ví por primera vez en el Colegio, donde había llegado unos meses antes que yo, de las queridas montañas trujillanas.... Hernández me cautivó desde entonces, y para siempre, con las cariñosas atenciones que, con tacto muy exquisito, se dignaba prodigarme, para distraerme un tanto de aquella terrible nostalgia que al recuerdo de mi madre me inundaba el corazón; atenciones que iniciaron nuestra amistad de adolescentes, que iba a durar hasta la tumba, siempre igual, siempre respe-

tuosa, hasta tal punto que nuestro trato tuvo siempre un sello de etiqueta: ¡jamás lo pude tutear...!

Y cuántas cosas, sorprendentes, iba yo casi a diario descubriendo y edificado admirando en tan insigne compañero, providencialmente encontrado por mí, en el Colegio, como un modelo, a la verdad muy difícil de imitar, de moral y de virtud, y de estricto e inflexible cumplimiento del deber...!

...El Doctor Hernández, desde niño, fué un gran carácter: parecía que obraba a impulsos de un poder oculto, de una fuerza de reserva que secretamente, y por su sola presencia se hacía sentir; sus medios de acción fueron única y exclusivamente sus virtudes; e incuestionablemente que él era de esa clase rarísima de hombres que obran sobre los demás por medio de una fuerza que se impone llanamente, y cuya imposición nos place soportarla, porque ella deriva única y exclusivamente de la virtud...!

Hernández mostraba siempre su carácter con acciones siempre dirigidas e inspiradas por integérrimos principios, y por una sabiduría práctica, que un perenne estudio acrecentaba día tras día, y que sólidamente cimentaba una sólida reflexión.... Yo jamás lo ví tomar parte en nuestros juegos y travesuras infantiles; sus recreaciones favoritas consistían en el estudio del piano, instrumento éste que él llegó casi a dominar, con un arte y un gesto muy exquisitos; y en su intimidad con autores muy dilectos: en ocasiones ví a Plutarco y a Kempis, y distintos volúmenes de "La vida de los Santos" en sus manos..." (\*)

7.—Este es el retrato de la vida de JOSE GREGORIO en el ambiente colegial: los libros y el arte como recreación favorita. Esta afición a la música la había de conser-

(\*) Doctor J. de D. Villegas Ruiz, 2º Vicepresidente de la Academia Nacional de Medicina. — Elogio del Dr. José Gregorio Hernández.

var toda la vida, y trataría siempre de acrecentarla en los demás, sobre todo en sus sobrinos, como medio eficaz de educación de los sentimientos por el arte. Los regalos que en los días señalados y de onomástico hacía a sus sobrinos, siempre tenían relación con la música: un violín, una partitura... En sus escritos autógrafos se conserva la factura de un piano, que él, ya el más afamado médico de Caracas ¡tuvo que pagar por cuotas! porque al igual de muchos santos, su caja de caudales estaba en las manos de los pobres.

Copiamos unas palabras del que fué su íntimo amigo, Doctor Santos Aníbal Dominici:

"Era muy músico, tocaba el piano con sentimiento y gusto; las piezas que con más gusto le oí, eran las composiciones de Luis Moreau Gottschalk, pianista y compositor norteamericano. Más tarde instaló en su dormitorio un armonio, en el cual, del Salterio de David, cantaba salmos al Señor. Nos deleitábamos en París con los clásicos conciertos de Lamoureux, y le ví suspendidos los sentidos en la Gran Opera con la música celestial de Lohengrín..." (b)

No podemos dejar desapercibida esta nota simpática de su arte. Hemos dicho en una parte que de todo hacía religión. Quiso también hacer oración con su arte, y para modular sus oraciones artísticas al Señor, empleó el tradicional armonio, de notas dulcemente evocadoras, y en su dormitorio, íntimamente, cantaba al Señor lo mismo que el Real Profeta. Serían composiciones de alguno de los maestros consagrados, que han glosado las bellas composiciones del Rey Artista: Vitoria o Palestrina, o quizá él, valiéndose de los bellos pensamientos de David, glosaba en el armonio, repetizando, alguna de esas bellas ideas.

8.—En junio de 1882, terminó sus estudios de Bachiller en Filosofía, con derecho a optar su ingreso en la Universidad.

(b) Dr. Santos Aníbal Dominici, Presidente de la Academia Nacional de Medicina: "Elegía al Dr. José Gregorio Hernández, en el XXV Aniversario de su muerte". Artes Gráficas. — Caracas, 1944.



Tenía diez y siete años cuando ingresó en la Universidad, continuando por el momento su vida de colegial como interno, por gracia especial, en el Colegio Villegas. El Doctor Villegas y su señora no querían privarse de la compañía de aquel discípulo aventajado del Colegio, y de aquel carácter afable y simpático. Siempre fué para ellos como un hijo.

Todas las mañanas se le veía salir del Colegio con sus libros, y retornar, terminadas las clases, para cumplir con su deber como inspector o vigilante en el "Villegas".

9.—El edificio de la Universidad era el mismo que había sido "Colegio Seminario de Santiago de León de Caracas", fundado por los Franciscanos a fines del Siglo XVII, bajo la advocación de Santa Rosa de Lima, la simpática Santa de América. En 1721 fué elevada por Felipe V a la categoría de Universidad Real, y al año siguiente, por Bula de Inocencio XIII fué creada también Universidad Pontificia. Por el nombre de Universidad Real y Pontificia se la conoció hasta la Guerra de la Independencia Nacional. El Libertador Simón Bolívar el 24 de junio de 1827, en su Cuartel General de Caracas aprobó el proyecto de Estatutos para la reorganización de la Instrucción Pública y del Claustro Pleno de la Universidad de Caracas.

Nos dice un historiador de la Medicina en Venezuela que hasta este tiempo el gremio de los médicos en nuestra Nación estaba formado principalmente por "cirujanos salidos del seno de los barberos, que ocupaban un lugar muy inferior en las capas sociales: sus estudios eran superficiales, y su educación muy poco cultivada", (c)

Se creó la Facultad de Medicina, regida únicamente por Doctores en Ciencias Médicas, como hablaba el Decreto de Bolívar. De esta manera entró la Medicina a ser una Facultad en la reciente Universidad Central, Antigua Real y Pontificia. El programa de la reorganización de la Medicina, era tan vasto que las circunstancias no permitieron llevarlo a cabo, por la falta de paz y de fondos que inver-

tir en esta labor tan necesaria. El trabajo de su primer Rector médico, Doctor José María Vargas, no tuvo el merecido éxito, y estuvo a punto de devenir la Facultad a los mismos términos de ignominia de la "época de los barberos". Una protesta de los estudiantes ante la estatua de Vargas, impidió que esto se llevara a efecto.

Así encontró el ambiente estudiantil JOSE GREGORIO en la Facultad de Medicina cuando ingresó en la Universidad.

10.—Sus éxitos universitarios no fueron más que una continuación de los del Colegio Villegas. Se conservan los cuadernos de asistencia y de calificaciones de aquella época. En ellos constan sus notas sobresalientes y las rarísimas faltas a la clase. Seis años de estudio incesante, que le valieron el aprecio unánime, no solamente de sus compañeros de clase, sino también de sus profesores. Estos que veían en aquel discípulo, no solamente su interés por el estudio, sino también una inteligencia clara y despierta, y una abnegación dura y probada, pensaron que aquel discípulo suyo había de llegar muy alto y que su nombre había de quedar impreso en los anales de la Medicina Venezolana.

Y no se equivocaron.

11.—Era el tiempo en que los estudiantes, por moda y snobismo intelectual, tenían que rebelarse contra todo lo impuesto, y sobre todo, en nombre de la Ciencia, contra la Religión. No era raro encontrar jóvenes de familias distinguidas y sobresalientes por su catolicismo íntegro, que ante las chanzas de sus compañeros, y sobre todo de sus profesores, claudicaban en el recto sendero que su madre les había enseñado. El estudiante necesariamente tenía que ser libertino en costumbres, y descreído en ideas. Ya había pasado —se decía ingenuamente— la época de la Religión, una de tantas modalidades de la Humanidad, y llegaba el imperio de la Ciencia. En nombre de la Ciencia, había que luchar contra todo lo que tuviera sabor de tradición religiosa, que era señal de atraso en los pueblos civilizados...

(c) Dr. P. D. Rodríguez Rivero. — Historia Médica de Venezuela.

Eran los aires franceses, con su enciclopedismo de mal gusto. Francia era entonces la cabeza del mundo, pero, ... desgraciadamente le faltaba la sustancia gris de la ciencia verdadera.

JOSE GREGORIO había marcado para su vida un sendero rectilíneo que no le harían cambiar ni las chanzas de los amigos ni los dictérios de los profesores engréidos. El se encargaba de demostrar a todos que la Religión sublima la vida, porque es la escuela del deber y de la verdadera nobleza; que las ideas religiosas, lejos de estar en pugna con las verdades científicas, las corroboran.

12.—En el tercer año de sus estudios de Medicina, se encontró con un jovencito que daba su nombre en la Facultad, y que había de ser en su vida una amistad plena y consoladora. Se llamaba Santos A. Dominici, hijo de uno de los profesores de Derecho, que desempeñaba el cargo de Rector cuando JOSE GREGORIO recibió el grado de Doctor.

—“Vamos a estudiar juntos...”

El sentido de estas sencillas palabras fué el lazo para una amistad íntima y fiel.

13.—Ya para entonces JOSE GREGORIO había abandonado, con mucha tristeza, los corredores amados del Colegio Villegas, para estar más libre en la continuación de sus estudios, y vivía en una casa de familia. Allí, y en el tercer año de medicina, le sorprendió una enfermedad que lo llevó a las puertas de la eternidad. Se le declaró el tifus, y se temió por su organismo, trabajado por las vigiliass de estudio, y por el trabajo incesante por aquélla que Dominici apellida en él “la libidine del saber” que se le había apoderado en el estudio de la Medicina. El índice del aprecio en que se le tenía en la Universidad lo da el que tres de los catedráticos, los Doctores José Manuel de los Ríos, Antonio José Villegas y Guillermo Morales se impusieran la obligación de visitarlo dos veces por día, a fin de arrebatarse a la muerte aquella vida tan amable para todos y tan prometedora para los destinos de la Patria Joven. Sus con-

discípulos quisieron también demostrarle su aprecio; y alternando entre sí, siempre tenía la compañía de cuatro condiscípulos a su cabecera, que le distraían y le prodigaban sus cariños, haciéndole llevadera la enfermedad. Todo esto, a pesar, y quizá por ello mismo, de que era el intachable católico que nunca hizo caso de las burlas y de las frases malintencionadas de los que habían tenido la debilidad de claudicar. Siempre el valor y la verdad se imponen, aunque sea al fin. Es la victoria de la “Realidad en sí”, que existe, aunque la odiamos, contra la idea descabellada que quisiéramos por soberbia intelectual hacer canon y norma en el mundo que nos rodea.

Para entonces, y a pesar de sus escasas salidas de casa, las pocas que le permitían las jornadas intensivas de sus estudios, la amistad verdadera había florecido en torno al joven estudiante. Selectas amistades de la aristocracia de Caracas, pues el único vicio de que se acusaba era de ser demasiado exquisito en sus gustos y en sus elecciones, se preocupaban por su salud.

14.—Y... no hay que decirlo bajito ni entre paréntesis. La pobreza ha sido siempre la compañera de los grandes genios. No estaba entonces JOSE GREGORIO sobrado de dineros, y él, que sabía de todo, quiso también aprender sastrería para hacerse él mismo sus trajes, y evitar con ello gastos superfluos. Y lo consiguió. En su habitación, por la noche, extendía la tela y cortaba, con los patrones prestados por un sastre amigo, la tela para su saco de fiesta o su pantalón de gala. Nadie lo notó más que los íntimos amigos. Esta afición la conservó hasta en sus tiempos de eminencia médica, quizá por simpatía por aquellos años de sus estudios, tan apretados, en los que él mismo iba labrando su personalidad a fuerza de voluntad y de privaciones.

15.—Convaleciente de su enfermedad, volvió a ser el compañero alegre y el amigo sincero. Pero su alegría nacía del interior y no necesitaba de algaradas. Es verdad que era aficionado, en algún tiempo, podríamos decir, que con cierto exceso, a los bailes y a las fiestas de sociedad.

Entonces no sentía ningún llamamiento especial de Dios, y debía comportarse como un hombre fino y elegante, que no gusta de quedar en ridículo ante los demás. Sin embargo, era proverbial su pureza noble y varonil. No quería para su vida la verdad de aquel axioma antiguo y verdadero, contrastado por la experiencia: "Venus roba el entendimiento". El quería su inteligencia clara y limpia para el estudio, y su cuerpo y su corazón fieles a las enseñanzas de su virtuosa madre, y a las últimas recomendaciones de su santo padre y de su director de conciencia.

Por aquel tiempo lo era el virtuoso Presbítero Juan Bautista Castro, Rector de la Santa Capilla, futuro Arzobispo de Caracas. El le consoló con sus visitas en la enfermedad, le administró los Santos Sacramentos cuando se creyó inminente su muerte, y preparó su alma para el gran viaje para el cual no tenía todavía reservado su pasaporte del cielo. El alma de JOSE GREGORIO y de su Director se compenetraban y se confundían, y él fue siempre su mejor amigo.

16.—Ya la caridad era para entonces en JOSE GREGORIO el adorno más valioso de su personalidad. No consentía que delante de él se hablara mal de nadie, y cierto día encontró a un sacerdote en la calle, cuando iba a consultar con su Director de conciencia. Aprovechó la ocasión para decirle que iba a consultar si sería pecado haber escuchado una conversación contra la caridad debida a nuestro prójimo, aún no habiendo sido ésta provocada por él mismo. El sacerdote lo tranquilizó, y así no fue necesaria su consulta con el Director. Sabía que, según la idea de San Juan, aquél que dice amar a Dios y no ama a su hermano, es un embustero.

17.—Durante casi cuatro años de estudio, la amistad de Dominici, fue para él la joya más valiosa que podía haber encontrado. No se separaban sino las horas indispensables. La mayor parte del tiempo lo pasaban los dos jóvenes en la biblioteca bien provista del señor padre de Santos Aníbal, abundante en obras de derecho, medicina y de literatura. Ambos estaban poseídos por la citada

"libidine del saber". JOSE GREGORIO aprovechaba las consultas y explicaciones que tenía que dar a Dominici, dos años inferior a él en los estudios, para repasar sus materias y redondear sus ideas.

Pronto los textos de la facultad les parecieron insuficientes y atrasados. Pidieron a París las obras más recientes y completas sobre todas las materias: Anatomía, Fisiología, Patología, Terapéutica... y juntos las devoraban, ávidos de saber. Y no era raro el caso de la extrañeza de un profesor al escuchar atinadas observaciones a la lección o contestaciones que sobrepasaban las noticias anticuadas de los textos.

No era solamente la medicina la que entraba en aquella furia desmedida de ciencia. Todo lo que caía en sus manos, y que fuera interesante, estuviera en español, francés o inglés, era para ellos un plato exquisito para su hambre intelectual: Bellas Letras, Arte, Poesía, Literatura, sobre todo en su forma clásica, Filosofía, Historia, Ciencias Naturales... Preciosas noticias y conocimientos que les habían de ser tan útiles en su vida profesional.

De mucho les valió en toda esta exploración infatigable la ayuda del Doctor Dominici, padre de Santos Aníbal. Solamente hubo una ciencia, la menos necesaria de todas, si es que se la puede catalogar entre las ciencias, sin detrimento de éstas en su compañía, la Política, que nunca cultivaron. No faltaban las conversaciones patrióticas, pero ellos sabían que la Patria no necesita partidos, porque el partido, por su misma esencia es desunión, y la Nación, lo que necesita es la unión de todos para hacer una Patria grande y libre.

18.—Y así llegó el día de recoger el premio de sus trabajos y desvelos.

El día 29 de junio de 1888 recibió la laura de Doctor en la Universidad Central, siendo Rector de la misma el Doctor Aníbal Dominici, padre de Santos Aníbal. La fiesta íntima y alegre, que coincidía con el onomástico de Pedro, hermano de Santos Aníbal, se celebró en la casa del Doctor

Dominici, donde se amaba a JOSE GREGORIO como a otro hijo de la familia. Las floridas tarjetas de invitación, decían:

“Al Doctor JOSE GREGORIO HERNANDEZ, en el día de su grado”.

Los temas que había defendido el Doctor HERNANDEZ, fueron: “La doctrina de Laennec, que asienta la unidad del tubérculo, es hoy una verdad probada, a pesar de la escuela de Virchow, que sostiene su dualidad”. “La fiebre tifoidea, típica, descrita por los autores, si acaso se presenta en Caracas, es muy excepcionalmente”. Dos temas sobre enfermedades bacterianas, que desarrolló magistralmente el que había de ser fundador de la Bacteriología en Venezuela. Tenía entonces 22 años.

Estamos viendo en la figura del Doctor HERNANDEZ su faceta de estudiante. Por eso hacemos un alto en su vida, para verlo nuevamente asistiendo a las aulas, con mayor interés aún que en Caracas, en la ampliación de sus estudios en París.

### CAPITULO TERCERO

#### EL ESTUDIANTE (París)

1.—Nunca sintió el Doctor HERNANDEZ mucha simpatía, por católico, y quizá también por descendiente de noble alcurnia española, hacia Francia, o mejor dicho, hacia los franceses.

El gusto imperante en aquel tiempo, el que se tomaba por “buen gusto” era el afrancesamiento en maneras y aficiones, y bastaba una manera francesa de presentación o despedida, para sentar cátedra de distinción y “politesse”.

El insigne historiógrafo Doctor J. M. Núñez Ponte, habla con su acostumbrado acierto, sobre este tema, crucial para la juventud contemporánea del Dr. HERNANDEZ:

“...Hemos sido afectos sobremanera por la Francia; sin embargo, con poseer ella elementos tan ricos y magníficos, con sacarlos de sí generosa y

largamente para beneficiar al mundo, en medio de nuestro buen amor a esa nación gloriosísima, primogénita del Cristianismo, emblema de cultura, país clásico del ingenio y la gracia, de la cortesanía y del talento, de las más sugerentes emociones, y hasta de las prerrogativas de la santidad, nos empeñamos a tomar, a copiarle mucho, muchísimo, de lo malo que impera en la minoría de su gente. Valgan, entre otras cosas, los aires de incredulidad, de impiedad, y cuando menos de indiferencia, que envenenaron en su origen a nuestras instituciones, y después peculiarmente los recintos del saber. Los jóvenes que iban a buscar luces en aquel emporio, tan justamente apellidado cerebro del universo, volvían cambiados de redondo en su fe, con tinieblas en la mente, perdida la fijeza de sus principios; renegando de Dios, como si la acción y la Providencia suya, estuviese de más en las gestiones de la Ciencia, en el rodar de la vida, en el movimiento de la Historia. El librepensamiento y las teorías positivistas vinieron a ser consignas del tiempo en la mesnada estudiantil, o más bien, moda petulante y alardosa que daba pábulo al orgullo y la vanidad... (a)

El mismo Dr. HERNANDEZ, en carta a Dominici, dice: “...a Doin..., habiéndose conducido tan pésimamente: esos franceses son así; muy bien los pinta Bolet Peraza en aquellas cartas que traen sus impresiones de viaje; puede ser que tú las hayas leído...” (b)

2.—Varias veces había expresado su interés por perfeccionar sus estudios en Europa. Era una idea que le

---

(a) Dr. J. M. Núñez Ponte. — “El Dr. José Gregorio Hernández”. 2ª Ed. Caracas 1944, p. 30.

(b) Dr. Santos A. Dominici “Epistolario”, pág. 54. Artes Gráficas. Caracas - 1944.

preocupaba en el breve tiempo que ejerció la medicina en su Patria, después del Doctorado. Desde Betijoque, escribía a su amigo Dominici:

“Ya tú ves que para hacer tan poco tiempo que estoy aquí, no deja de ser algo, y me da esperanzas de reunir dinero suficiente para que hagamos nuestro proyectado viaje a Europa...” (c)

3.—Sus fracasos, por las intrigas profesionales y la política en su tierra natal, hicieron que el 9 de abril de 1889 volviera otra vez a Caracas, con el fin de hacer un recorrido por tierras de Oriente, para ver si era posible asentar en una plaza digna donde ejercer la medicina. Vuelto de Oriente, sin ver coronados sus esfuerzos, se encontró en Caracas con su antiguo maestro de Fisiología e Higiene, Doctor Calixto González, médico de cabecera del Presidente de la República, Doctor Rojas Paúl, que logró del Gobierno una pensión para su más querido discípulo, a fin de que fuera a perfeccionar sus estudios de Histología Normal y Patológica, y de Fisiología Experimental y Bacteriología en Alemania y Francia.

Se había pensado, reciente todavía el Decreto de Fundación del Gran Hospital Vargas, en “pensionar el Gobierno a un joven Doctor en Ciencias Médicas, para que siga en París un curso completo de aquellas materias (Microscopía, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental) y venga luego a enseñarlas en la Universidad, y a fundar en el “Gran Hospital Vargas” un Gabinete Fisiológico”. (d).

Quizás todos coincidan en pensar que fueron más los méritos del reciente Doctor que las recomendaciones lo que le valió su pensión para completar estudios en París.

---

(c) Dr. S. A. Dominici op. cit. pág. 39. Artes Gráficas. Caracas, 1944.

(d) Memoria de Instrucción Pública, Año 1890, pág. 1.

El Decreto Ejecutivo del 31 de julio de 1889, por el cual era designado el Doctor HERNANDEZ para esta misión, dice así:

“E. E. U. U. de Venezuela.— Ministerio de Instrucción Pública Superior.— Caracas, 31 de julio de 1889.— 26º y 31º— *Resuelto*: De conformidad con la resolución de este Despacho de esta misma fecha, por la cual se dispone enviar a la ciudad de París a un joven médico venezolano, con el fin de que estudie determinadas especialidades científicas, el Presidente de la República, con el voto del Consejo Federal, ha tenido a bien designar con tal objeto al ciudadano Dr. José Gregorio Hernández, en quien ventajosamente concurren las favorables circunstancias personales a que se refiere la Resolución susodicha. — Comuníquese y publíquese. — Por el Ejecutivo Federal. — *Silva Gandolphi*.

“Se asigna al efecto la pensión mensual de seiscientos bolívares (Bs. 600,00) que se pagará por la Tesorería General de Instrucción Pública”. (e).

Ya en París se distinguió, lo mismo que en su Patria, por su amor al estudio y fué un discípulo aprovechado, como lo demuestran las afirmaciones laudatorias de sus profesores. He aquí las traducciones:

Facultad de Medicina de París.

París, 17 de junio de 1890.

Yo, el abajo firmado, Profesor de Fisiología de la Facultad de Medicina, certifico: que el Señor José Gregorio Hernández ha trabajado en mi Laboratorio y seguido mis cursos con mucho celo y asiduidad. Quiero así, darle un testimonio de su amor por el trabajo.

*Charles Richet.*

---

(e) Memoria de Instrucción Pública, Año 1890, Pág. 405 y vta.

“Facultad de Medicina de París.

Yo, el abajo firmado, certifico: que el Dr. Hernández, trabajando asiduamente en mi Laboratorio, ha aprendido en él la técnica histológica y embriológica, y me considero feliz al declarar que sus aptitudes, su gusto y conocimientos prácticos en estas partes, hacen de él un tecnista que me enorgullezco de haber formado.

París, julio de 1890.

*Mathias Duval.*

—  
Facultad de Medicina de París.

Yo, el abajo firmado, Profesor de la Facultad de Medicina, certifico: que el Señor Dr. Hernández (de Caracas) ha trabajado en mi Laboratorio desde el mes de febrero hasta el mes de julio de 1891, con un gran celo y una asiduidad perfecta. El Dr. Hernández se ha ocupado en investigaciones bacteriológicas, y ha emprendido con éxito un trabajo original sobre vacuna química.

París, 6 de julio de 1891. (f).

*Dr. Strauss”.*

Nada sabemos de su estancia en Berlín, aunque estaba pensionado también para estudiar en aquella Capital. En los documentos relativos a su vida no hemos encontrado nada que haga alusión a su estancia en Berlín, a no ser su dominio de la lengua alemana.

En el decurso de estos dos años tuvo la desgracia de perder a su virtuoso padre, Don Benigno Hernández Manzaneda, el 8 de marzo de 1890, sin tener el consuelo de asistirle en su última enfermedad. El ejemplo de su vida y el ejercicio de las virtudes cristianas durante ella, se conserva en recuerdo entre los habitantes de Isnotú, que hablan siempre de él con veneración.

—  
(f) Dr. Ernesto Hernández Briceño. Homenajes al Dr. José Gregorio Hernández. Caracas.



DR. JOSE GREGORIO HERNANDEZ, en París  
(Para mi muy querida hermana y segunda madre María Luisa Hernández.  
París, 30 de julio de 1890).

5.—Su vida en París, fué exactamente la de Caracas. Su piedad era proverbial, y su pureza, a pesar de los ataques, se libró intacta en todos los combates. A esta edad del Dr. HERNANDEZ se refiere Razetti, su íntimo amigo, a pesar de la diversidad de ideas religiosas y filosóficas, y compañero de HERNANDEZ en París:

“Creo que hay virtudes que se pueden imitar, pero la castidad de Hernández, no”.

Esto no era más que fuerza de voluntad y virilidad que le sobraba a HERNANDEZ, sin alardes de varonía excesiva y petulante.

A los estudiantes venezolanos que entonces residían en París, les llamaba la atención el que siendo amigo de todos, y siempre muy deferente con ellos, nunca se les reunía en las parrandas que ellos organizaban como buenos estudiantes de la época. Únicamente se reunía con ellos, fuera de en los hospitales y en las clases, en los días de festejo nacional para Venezuela.

6.—Era el día nacional del 5 de julio. En su pensión recibió HERNANDEZ una esquelita en la que se le decía:

“Amigo Hernández: en este día de gloria para nuestra Patria, te esperamos para celebrarlo en casa de X. Te prometemos que seremos formales, y que no te enfadarás. Tuyos,

La colonia estudiantil venezolana de París”.

HERNANDEZ ingenuo, creyó aquello, que en realidad no era más que una tramoya resultante de una discusión que se había suscitado sobre la castidad de JOSE GREGORIO, y una apuesta contra su virtud.

—En ésta sí que cae... ¿que no?... ¡ya verás!... Imposible que se resista a los halagos de la Chatton.

Invitaron a la cena a las mujeres más corrompidas de París, y entre ellas a la Chatton, gata y media por su apodo. Era fama que su especialidad eran los estudiantes con fama

de castos, a quienes sus amigos querían gastar una broma. Les explicaron a todas lo que tramaban, especialmente a la Chatton, a quien había de tocar el Doctor HERNANDEZ.

—Te va a tocar un hombre que dicen que es un santo... tendrás un premio si logras hacerlo caer....

Impúdica y descocada, saltó la risa loca de la Chatton. Tenía toda esa distinción de felina de las malas mujeres francesas.

Llegó HERNANDEZ cuando ya estaba todo preparado para el banquete. Le presentaron aquellas mujeres —HERNANDEZ no era ducho en distinciones de mujeres, porque en todas reverenciaba el ideal de la virgen y la madre— como unas honorables señoritas de la más alta sociedad de París. Cada uno fué sentándose con su compañera, dejando intencionadamente para HERNANDEZ a la Chatton. Apenas podían contener la risa en el banquete, al ver a HERNANDEZ extremar su finura proverbial, quizás un tanto “gauche”, con aquella mujer que él equivocaba.

A los postres, cada uno, disimuladamente, se marchó con su compañera. HERNANDEZ, sin explicarse aquello, quedó solo con la Chatton. No supieron más de los dos, hasta que los amigos volvieron, ya a la media noche.

Sentada en una silla, y sobre la mesa su cabellera rubia oxigenada, la Chatton lloraba desconsolada, casi rabiosamente.

—Ustedes son unos bandidos.... unos bandidos... —decía histéricamente la pobre mujer—. Por burla me han dejado con un verdadero santo... Estoy arrepentida de mi vida de pecado... Las cosas que me ha dicho ese hombre...

Todos se quedaron mudos, sin atreverse siquiera a una palabra de conciliación o de excusa. Ella se levantó. Uno de los estudiantes puso sobre sus hombros el elegante medio abrigo de pieles, y la vieron salir, sin terminar de explicarse

aquel suceso. Por una temporada, el Doctor HERNANDEZ no les dirigió la palabra, ni volvió en su vida a hablar de este suceso.

Así consta referido por el Doctor Razetti y el Doctor Acosta Ortiz, que se encontraron en aquella memorable escena, que no se les había de borrar en su vida.

Contaba entonces JOSE GREGORIO veintitrés años.

7.—Cuando después estuvo en Madrid, asistió a algunas clases del Padre de la Histología moderna, Santiago Ramón y Cajal. Y nos manifiesta en sus cartas su admiración por este gran hombre de ciencia.

“En Madrid oí las lecciones de Ramón y Cajal, que es un profesor extraordinario y todavía bastante joven, o mejor, no tan viejo, pues será como de unos sesenta años. Es poco para la fama mundial de que goza tan merecidamente....” (g)

Nunca dejó esta afición por los estudios. Se podía decir de él que fué el eterno estudiante. Aprovechó su viaje a New York, para asistir a las clases como un discípulo.

#### CAPITULO CUARTO

#### EL HOMBRE

1.—La base de la personalidad de un santo se funda siempre en sus cualidades humanas, ya que Dios no obra nunca en contra de la naturaleza. Por eso admiramos en la Iglesia una tan rara floración, que a veces se nos representa un jardín en el que al lado de la humilde y simpática violeta y del pensamiento triste y soñador, abre su gra-

---

(g) Carta a su sobrino Benjamín Hernández, desde New York, octubre 22, 1917.

cia virgen y blanca la azucena y revientan en una explosión de color y de gracia la rosa y el clavel.

De la misma manera, al lado del humilde San Alejo y de San Benito José de Labre, el pordiosero, esplenden sus galas reales y doradas San Luis y Santa Isabel; y al lado de la gracia fina e infantil de Santa Rosa y de Santa Inés, resaltan las barbas fluviales y el gesto duro, quemado, de San Simón el Estilista, el hombre de la columna y la disciplina; y el cilicio de Thais la petinente. Por esto, no son para puestas en boca de San Simón las palabras infantiles y confiadas de Santa Teresita, ni caerían en los labios de San Francisco, el artista, las duras palabras de San Jerónimo.

El Dr. HERNANDEZ tuvo su personalidad propia a la que la gracia se amoldó, no para contradecirla, sino para afirmarla y perfeccionarla. La santidad es el vestido blanco, según la frase de los Santos Padres de la Iglesia, que se conforma a las líneas de nuestro cuerpo, no para deformarlo, sino para embellecerlo.

2.—Uno de los sentimientos más nobles y más arraigados en la naturaleza humana es el amor a la familia. Estos seres de quienes Dios mismo nos ha rodeado, han de ser siempre para nosotros el amor más puro y desinteresado, la ilusión mayor de nuestra vida.

Como los santos siempre sobrenaturalizaban todas sus obras, buscaron siempre la raíz de este cariño en una ordenación divina, que nos puso en la naturaleza esta tendencia, y en la voluntad de Dios, siempre providente, que nos ha rodeado de aquellas personas que más bien nos pueden hacer en la vida. Sería un monstruo el hombre que fuera sordo a estos instintos y a estas ordenaciones de Dios. Por esto decía Santa Teresita: “No comprendo a los santos que no aman a su familia”.

3.—JOSE GREGORIO siempre tuvo fresco en la vida el recuerdo de aquella mujer, amable para todos, valiente



y decidida, cariñosa y simpática, más amable por madre que por mujer. No olvidará en su vida a aquella "madre que me amaba, y que desde la cuna me enseñó la virtud, me crió en la ciencia de Dios y me enseñó la santa caridad. . . .".

4.—Ejemplo para la madre moderna, que se deja llevar por un egoísmo incomprensible, que se quiere más a sí que a los hijos, que como estorbo rechaza o deja en manos mercenarias.

Nunca se podían olvidar en el recuerdo de JOSE GREGORIO las veladas en la casa silenciosa y cálida, sobre las rodillas de la buena madre, aprendiendo los números y las letras, los buenos sentimientos y la virtud. Muerta aquella mujer que representaba todo en su vida, todos los sentimientos del pequeño se invadieron de una tristeza prematura, que se nota en sus primeros años y en su vida de estudiante. Y ésta es la clave de aquella seriedad que le hacía parecer siempre más hombre de lo que era ante sus compañeros y ante sus amistades. Por naturaleza frágil y tímido, necesitado de cariño, siempre tuvo abierto el corazón a la amistad y al amor, pero siempre con un recelo amargo de que nadie pudiera darle aquel amor que su madre le prodigara.

Nos refiere, ya en su ancianidad la respetable Señora Emilia Suárez de Otazzo, que él la quería mucho, porque decía JOSE GREGORIO que siempre que la veía le recordaba mucho a su madre, porque se parecía a ella.

Es verdad que tuvo el consuelo de encontrarse en Caracas unos nuevos padres en los esposos Villegas y después en la familia Dominici. Pero era algo insustituible para él el cariño de aquella madre, apenas gustado, y desaparecido cuando más falta le hacía en el mundo.

Los que no comprenden las reacciones sentimentales, a veces excéntricas, a veces pesimistas, del joven JOSE GREGORIO, pueden encontrar en esta necesidad de cariño, insatisfecha, una clave para la interpretación de toda la vida emotiva del Dr. HERNANDEZ. El amor puro de

su madre, no lo volvería a encontrar ni en una mujer que quisiera hacer sus veces, ni en el amor exaltado de otra mujer que lo quisiera por él mismo, sin el idealismo y el desinterés de la madre malograda.

5.—Fué para él un rudo golpe, ya en Caracas, la muerte de su hermano José Benjamín, sólo unos años inferior a él, con quien había compartido sus juegos sencillos e infantiles en Isnotú. Para él y para César, había hecho JOSE GREGORIO tantos gorros de desfile y tantos carritos de madera y de lata, como recuerdan las gentes de Isnotú que los conocieron y los vieron jugar a la puerta de la casa.

Este era un nuevo golpe que aumentó aquella tristeza que pesaba como un peñasco sobre su vida desde la muerte de su madre. El, que se había ido acercando al mundo con la alegría de las tertulias y las veladas familiares, con sus bailes y sus risas, se retrajo otra vez a la seriedad de la vida, y se acercó más a Dios, fuente de la vida y de la alegría interior. En adelante su vida se hizo más seria al contacto de los grandes sufrimientos y las grandes decepciones de la vida que tanto se le adelantaron.

6.—Otra de las mayores pruebas dolorosas de su vida familiar, fué la desaparición de la vida, de su padre, mientras él estudiaba en París. Ni el consuelo de sus amigos, ni la absorción de su pensamiento por los estudios fueron bastante a calmar aquel dolor. Pero fué éste el paso de su vida de joven a la de hombre maduro. Quedaba como jefe de la numerosa familia de sus hermanos, hijos de su madre, y de la honorable matrona que ocupó sus veces en el hogar de su padre. Por todos ellos él se veía en la obligación de velar con el mismo cariño que si fueran suyos. Ya él mismo no se pertenecía. Dios, que no lo destinaba al matrimonio, con fines muy medidos y providentes, le daba diez hijos que le nacían del dolor y de la muerte de su padre. Para él todos eran igualmente hermanos. Eran los seres de quienes Dios le había rodeado, para que desbordara en ellos todo el cariño que le rebosaba en el corazón. El, que sabía lo que era la necesidad del cariño por

experiencia, y lo que representa su falta en la vida, se dedicó a prodigarlo con sus familiares, que ya no sentirían la falta del padre al encontrar en el corazón de JOSE GREGORIO el mismo amor desinteresado y paternal.

7.—Ya en Caracas, fué trayendo del pueblo a su tía paterna, que haría el oficio de madre en el nuevo hogar, y a la cual él llamaba familiar y cariñosamente “Mana Luisa”, mujer virtuosa, desinteresada y amable, que unía a la virtud un alma bella y sonriente, pródiga de atenciones y desvelos por sus sobrinos. Trajo también uno por uno a todos sus hermanos, los casados y los solteros y se preocupó por su colocación en Caracas. Vino también a Caracas, su madrastra, con todos los hijos y para ellos fueron las mismas atenciones que para sus hermanos de madre; lo mismo que para su madrastra a quien sufragó todos los gastos hasta su muerte. Y era padre de aquel hogar, no solamente con su solicitud material, sino, y sobre todo, por sus consejos acertados y atinadas observaciones para que todos ellos caminaran por la senda de la virtud y del deber. Se impuso la pesada carga de no formar un hogar al que tenía derecho, mientras toda aquella familia que le había improvisado el Señor no lo hubiera formado también y fuera independiente en la vida.

8.—Abnegación de santo, y virilidad digna de los mayores elogios la de aquel hombre que lo supo renunciar todo: la comodidad y el amor, los placeres y la tranquilidad, legítimas aspiraciones, por un sentimiento cristiano y muy humano también, de amor a la familia....

Compréndase esta fase de su vida para los que miran con un poco de recelo a estos hombres que no son egoístas y que saben renunciarse por ser más hombres que los demás, en los que la renuncia no es una tara, sino un sacrificio, no una falta de virilidad, sino una varonía perfecta.

9.—Escribiendo a su hermano César, desde Puerto Cabello, al embarcar en su huída a la Cartuja, le dice:

“Tú comprendes lo doloroso que es para mí esta separación de mi familia a quien quiero entrañablemente, y que por esta causa, no he tenido

valor para decirles adiós de palabra.... Te recomiendo mucho a María Luisa (su tía). El tener que dejarla, me ha sido el más doloroso de los sacrificios que he tenido que hacer; haz con ella mis veces.... Les ruego a todos me dispensen cuanto les he hecho sufrir.... que Nuestro Señor nos dé la dicha de volvernos a ver en el cielo....” (a).

Asimismo escribía a uno de sus sobrinos:

“Tú sabes que te tengo metido dentro del corazón, y que desearía estar siempre y a todas horas a tu lado. No pierdas el tiempo, estudia mucho, que el bien es para tí. No seas desapegado con la familia. Visítalos a todos con frecuencia....” (b).

Y a otra sobrina:

“....no tengo que recomendarte nada, porque sé que eres muy buena; pídele al Señor por toda tu familia siempre....” (c).

Era el recuerdo mejor que dejaba a sus familiares: la unión y el cariño de unos con otros, que él les había enseñado con su abnegación y sacrificio. Ahora, que Dios le exigía un nuevo dolor en su vida de hombre, de amigo, de patriota y de “padre” de aquella familia, lo que más le hacía dolor era aquella separación, y su mejor consejo fué el de Jesús, en su separación, a los discípulos: “Hijitos míos, amaos los unos a los otros como Yo os he amado”.

Para nadie era un secreto este aspecto de la vida del Dr. HERNANDEZ. Todos conocían aquella vida de sacri-

---

(a) Puerto Cabello, junio 6, 1908.

(b) En carta a su hermano César, desde Roma. Aparte a su sobrino Benigno Hernández Briceño, febrero 23 de 1914.

(c) En carta a su hermano César, desde Roma. Aparte a su sobrina María Luisa Hernández Briceño.

ficio por su familia, aquel cariño tan entrañable y mediano lo que aquella separación habría significado en su vida.

Desde Italia, después de una visita que hizo a la Cartuja de Lucca, para visitar a su compatriota y amigo, escribe el Pbro. Dr. Manuel Arteaga:

"El Dr. Hernández recuerda a su Patria, a su familia, con tanto más amor cuanto su corazón está más entregado a Dios. Yo no quise traerle recuerdos que pudieran avivar el dolor de su separación, comprendiendo demasiado que él no ha dado este paso de su vida sin un grande sacrificio". (d).

10.—Dios quiso renovar la inmensa tristeza de la despedida en la segunda vez que se separó de su familia, camino de Roma. Su hermana mayor, Isolina del Carmen Hernández de Carvalho, quiso acompañarlo en el viaje hasta Burdeos. Días antes, en casa, la hermana cariñosa, se sobresaltaba a veces por una repentina tristeza que invadía a su hermano. En uno de estos ataques repentinos, de silencio y de tristeza, su hermana, silenciosa y compasiva, se acercó a él.

—Dime, José Gregorio ¿Qué es lo que te pasa?... ¿Por qué estás triste? Qué es lo que te apena?

El silencio de JOSE GREGORIO flotaba lúgubre y decaído sobre las preguntas cariñosas. La hermana repetía sus interrogaciones y aventuraba respuestas imaginarias que no lograban romper el mutismo y la tristeza de JOSE GREGORIO.

Repentinamente, y con una sinceridad trágica, se volvió hacia Isolina, le miró a los ojos, y sonriendo desgarradoramente le dijo:

—Isolina.... es que.... yo te quiero mucho.

(d) Artículo del Pbro. Dr. M. Arteaga.—Dr. Hernández Briceño. Op. cit. Pág. 148.

Isolina no pudo abarcar toda la tragedia que se escondía en estas palabras, hasta que vió, en la despedida, que el alma de JOSE GREGORIO se desgarraba de dolor.

11.—Desde Burdeos fué con su hermana a París. Y de regreso a Burdeos, donde Isolina tomaría nuevamente el vapor que la llevaría a Venezuela, los encontró en la Gare Saint Jean el Dr. Villegas Ruiz, quien nos conserva esta anécdota. El volvía con su esposa a Venezuela. De esta manera tendría Isolina compañía en el barco. En sus manos amigas la podía dejar confiadamente JOSE GREGORIO. Al día siguiente tomaron todos el tren hasta Pauillac, el puerto de Burdeos, ya en el Atlántico, y desde donde saldría el barco. JOSE GREGORIO no se sintió con fuerzas para la despedida. Durante el camino, había venido pensativo. Al llegar a la Estación, se bajó y desapareció repentinamente de entre ellos. El Dr. Villegas quiso seguirlo. Lo vió subir al primer vehículo de alquiler que encontró. A las voces de Villegas, y antes de entrar del todo en el coche, le envió un saludo con la mano, reflejaba en su rostro la tristeza de la despedida y la angustia de no tener valor para despedirse. Temía que el corazón le traicionase. Fué la mejor manera de evitar algo descorazonador para todos. Isolina lo comprendió todo. Lo conocía de sobra. Siempre sus despedidas era intempestivas y brutales, para que el corazón no le fallase, más fuerte que la inteligencia y el deber.

12.—Otro de los amores del Dr. HERNANDEZ fué su Joven Patria.

No quiso Jesús en su vida en el mundo, privarse de este cariño, para ser, bajado de la Patria Universal, un ejemplo también de este amor al suelo que nos vió nacer, y que con su influencia sobre nuestra alma, se hace algo tan nuestro como el amor a nuestra familia y a nuestra persona. El lloró sobre la desgracia de Jerusalem, al profetizar la ruina de su Patria y la dispersión de sus compatriotas.

13.—En el Dr. HERNANDEZ el amor a la Patria no era ese amor vocinglero de desfiles y trompetas, casi siem-

pre fingido, detrás del cual está escondido un egoísmo mal disimulado por la política de fracciones, que no son más que peldaños para la ascensión de unos pocos. Siempre detestó los partidos políticos, por lo mismo que amaba a su Patria con el verdadero amor del sacrificio silencioso. La obligación de cada cual, aceptada alegremente, y cumplida con fidelidad por el bien común, es la mejor manera de ser hijos verdaderos de esta entidad que Dios ha querido unir a nuestra vida, la Patria.

De esta manera concibió HERNANDEZ su obligación como profesor y conductor de sus discípulos por el camino de la ciencia y del bien. El trabajó para formar buenos patriotas, hombres de ciencia que dieran lustre a la Nación, y que pudieran ser después gloria y prestigio de Venezuela. Mucho le debe la generación actual venezolana. El que Venezuela haya llegado a ganarse los respetos de las naciones de América y de Europa por su valer, saliendo del anonimato en que estaba envuelta por causa del caciquismo y la falta de patriotas de verdadero cuño, se debe en gran parte a aquella falange de formadores desinteresados, que se apellidaron Vargas y Dominici, Razetti y HERNANDEZ. Para ellos todo el respeto y el cariño de la Patria Joven y Resurgente. Sobre sus sepulcros, muchas flores, y sobre su recuerdo, mucho amor....

14.—Tiene el Dr. HERNANDEZ unos capítulos inéditos que habrían de formar parte de una obra de observación psicológica, en los que se encuentran atinados aciertos, sobre lo que él llama en el título "La Política". Una política especial, desinteresada, que ni siquiera tiene roces con el concepto que se suele tener de esta palabra tan llevada y tan traída, tan manoseada y tan sucia como una moneda vieja. Se refieren a nuestras relaciones con las naciones europeas, y dice así:

"Entre las naciones europeas, nuestros intereses están en tener siempre una estrecha, firme y franca amistad con España, porque ella nos dió,

con sus hijos, el ser que tenemos, en primer lugar, y porque nos da un contingente de inmigración muy importante para nosotros. Ninguna inmigración conviene tanto en Venezuela como la española, tanto la peninsular como la insular de Canarias. Unos y otros se nos asimilan de tal manera, haciéndose venezolanos de tal suerte, que me ha sucedido tener trato frecuente con personas a quienes creía nacionales y después he venido a saber que son de islas. En la inmensa mayoría de los que se hacen habitantes de nuestro país, los españoles e isleños son trabajadores, económicos, industrioses, de costumbres puras, cristianos verdaderos, sanos y fuertes físicamente y dignos de toda estimación. Como prueba de ello, tenemos la instancia con que son atraídos por nuestras hermanas del Sur, principalmente por Argentina, Brasil y Chile, que comprenden bien que es la única inmigración que se nacionaliza, en tanto que los italianos, alemanes, franceses e ingleses, con raras excepciones, quedan siempre considerados como extranjeros....". (e).

Estas conclusiones eran hijas de estudio de nuestro carácter nacional venezolano, tan hermano en ideas y en sangre, del español auténtico, que hace que el español venido a Venezuela sea otro venezolano desde que pisa la tierra de nuestra Patria, como si no hubiera salido de la suya. Lo mismo que la del español, la idiosincracia del venezolano, es rebelde, altiva, señorial, trabajadora y sufrida, con algo de quijotesco en las costumbres y en el alma. Y ese idealismo hace que sea la hispano-americana la raza que en el mundo da más contingentes de hombres hacia la santidad y hacia el heroísmo.

15.—En el famoso Bloqueo de 1902, cuando el Gobierno pidió el sacrificio de todos los venezolanos por la Patria en peligro, el nombre del Dr. HERNANDEZ fué el pri-

---

(e) Tomado del Dr. Núñez Ponte (Op. cit.) Pág. 132.

mero que figuró en la lista de su parroquia, como voluntario para tomar las armas en defensa de la Patria.

16.—Este amor a su Patria hacía que sintiera la hermandad por todos los compatriotas que encontraba por el mundo, lo mismo en Francia que en Italia, en Madrid que en New York. De esta última ciudad escribía a su hermana Isolina en 1917:

“Siento un placer indecible al encontrarme a cada rato con un venezolano”.

17.—En el Prólogo de sus “Elementos de Filosofía”, declara que su primer intento al publicar la obra ha sido valer en algo a la Patria:

“El alma venezolana es esencialmente apasionada por la Filosofía. Las cuestiones filosóficas, la conmueven hondamente, y está deseosa siempre de dar solución a los grandes problemas que en la filosofía se agitan, y que ella estudia con pasión. La ciencia positiva, la que es puramente fenomenal, la deja la mayor parte de las veces, fría e indiferente”.

“Dotado, como los demás de mi Nación, de ese mismo amor, publico hoy mi filosofía, la mía, la que yo he vivido, pensando que *por ser ya tan venezolano en todo*, puede ser que ella sea de utilidad para mis compatriotas, como me ha sido a mí, constituyendo la guía de mi inteligencia”.

(f).

18.—Su venezolanismo lo regó con las obras, con los consejos, y sobre todo con su ejemplo de abnegación, de trabajo, de cariño por las cosas nuestras, por nuestras glorias nacionales, y por el amor a sus compatriotas enfermos y pobres, con su padrinazgo espiritual de las inteligencias, con el cumplimiento exacto de las leyes y con el valor de

(f) Dr. José Gregorio Hernández. Elementos de Filosofía, 2ª ed. Tip. Emp. El Cojo Ilustrado. Caracas. 1912. Prólogo págs. 6 y 7.

su personalidad, que él ni siquiera pudo sospechar durante su vida. ¡El había de llegar a ser otra gran gloria nacional en la admiración y en el cariño de los venezolanos de todos los tiempos, recordándole sentado en su cátedra, o quizá sublimado en la gloria de los altares!

19.—Ningún crisol donde se conozcan y se prueben mejor las almas bellas que en el de la amistad. El hombre que sabe llegarse a otras almas y adentrarse tan en lo hondo de los corazones de los amigos, prueba que tiene un alma bella.

Del Dr. HERNANDEZ, dice Sales Pérez, ingenuamente:

“¿Quién que trate al Dr. HERNANDEZ, puede libertarse de estimarlo? (g). El alma más bella es la que en su camino por la vida no haya tenido quien le mire torvamente por una falta de su carácter o por escasez de simpatía.... Esta era el alma del Dr. Hernández, que en frase del mismo culto escritor, “sabía una ciencia que no se aprende en ninguna academia: —Sabe hacerse amar....”. (g).

No era tanto por parte de los demás esta simpatía como por parte suya este amor hacia todo el mundo, en cumplimiento de la doctrina evangélica. Todos le querían porque él quería a todos, y en todos veía hermanos en nuestro Padre Dios, en nuestra Madre María y en nuestro Hermano Mayor Jesús, declarado como tal el día que se vistió nuestra carne y la vivificó con un alma preciosa.

20. — El día que, vuelto de la Cartuja, recibió la primera visita de los estudiantes, sus discípulos que en masa fueron a visitarlo al Seminario, les confesó, cordialmente, sincero como un hermano mayor:

“Al irme como lo hice, sufrí mucho; y al decirles a ustedes: ¡Hasta mañana! no lo revelaba, pero tenía el corazón despedazado...” (h).

(g) F. de Sales Pérez en el Cojo Ilustrado — Julio 1893.

(h) Dr. Jesús Rafael Rísquez. El Tiempo. Caracas, 24-4-1909.

21. — Sin embargo era un hombre que escogía sus íntimos, amigo siempre de lo selecto, entre las personas de la más fina aristocracia del alma, y a quienes se confiaba en sus penas, rendido a la amistad, que para él era una pasión selecta también. Desde París escribía a su amiga, la señorita Dolores Rodríguez de Miranda, cuando por enfermedad tuvo que abandonar el Colegio Pío Latino de Roma donde pensaba hacer sus estudios de sacerdote, para que éstos le abrieran otra vez las puertas de la amada Cartuja de Lucca:

“Tuve el inefable consuelo de leer su encantadora carta... me ha producido una verdadera plenitud de paz, y ahora me entrego con más resignación en las manos de Dios...” (i).

Y en otra:

“Recibí su finísima carta... he estado saboreándola y no le podría decir bien cuanto me conforta y anima en estos momentos en que necesito fortaleza para emprender de nuevo mi entrada en el mundo, que en esta ocasión abordo con la seguridad de que será hasta el fin de mis días, pues mi salud tan minada no me permite hacerme la más ligera ilusión...” (j).

Nada de galantería en sus amistades femeninas. Siempre la dignidad de un hombre consciente que sabe llegar a las puertas del corazón, abrirlas y no equivocar la amistad sincera con el egoísmo de la pasión de algunos hombres que no saben querer a los demás, y que en sus amistades siempre se quieren a sí mismos de una manera velada pero no menos sospechosa.

---

(i) Carta a la señorita Dolores Rodríguez Miranda desde París. 27 de mayo de 1914.

(j) Carta a la señorita Dolores Rodríguez Miranda desde París. 28 de julio de 1914.

22. — El tipo de la amistad verdadera en la vida del Dr. HERNANDEZ se encuentra en sus relaciones con el Dr. Santos Aníbal Dominici. Cuando JOSE GREGORIO, doctor ya, se despidió de su amigo, que pisaba todavía los claustros de la Universidad, estudiante de Medicina, le pareció que el mundo se le venía encima, que en la vida no iba a tener ya consuelo, lejos de aquella alma con la cual había intimado tanto en el tiempo de sus estudios. El se iba para su tierra trujillana, en busca de una población donde ejercer y desde Curazao, donde tocó el vapor, escribe a su amigo:

De allí (que era en la Alameda) fuí a oír misa, y tuve ocasión de ver toda la iglesia que es algo pequeña, pero estaba bien adornada, preparada para una fiesta. Durante la misa ya tú te imaginarás que hacía mi oración ordinaria para que el cielo conserve durante esta ausencia el cariño que nos une e hizo de nuestras dos almas una sola para mayor beneficio mío. Toda la tarde estuve en el vapor, muy triste, porque yo nunca pensé que iba a ser tan dura para mí esta venida que cada día se me hace más cuesta arriba el soportarla” (k).

Desde Isnotú le escribe a su amigo diciéndole que ya en su casa se habla de la familia Dominici como si los conocieran desde hace mucho tiempo. Le envía un poquito de dulce de leche hecho en casa. Son los sabrosos detalles que ligan la amistad.

“Mi tía no quería que te lo regalara, porque dice que da pena regalar eso: es que ella no sabe quiénes somos nosotros...” (l).

“No he vuelto a recibir carta tuya desde la del 30 de agosto... y me decías en esa carta que has

---

(k) Santos A. Dominici. Epistolario, pág. 33.

(l) Santos A. Dominici. Epistolario, págs. 41 y 43.

estado enfermo. No sé si te habrá sucedido alguna vez como a mí, pero cuando recibo una carta de alguna persona que quiero, y en ella me dice que ha estado enferma, no vuelvo a gozar de tranquilidad hasta que no recibo otra carta" (m).

Ya hemos apuntado en otra parte la idea que su ilusión, al ir, terminados sus estudios, a su tierra natal, era ejercer por una temporada nada más, su carrera de médico, y reunir el dinero suficiente para ir a Europa a perfeccionar sus estudios. Pero de ninguna manera lo pensaba hacer sin el amigo de su predilección.

"Abrigo muy grandes esperanzas de que iremos a Europa, si Dios lo permite, para que luego que vengamos nos situemos en el mismo lugar, para llenar de este modo nuestras ilusiones de estudiantes..." (n).

El tiempo y la distancia no tienen que ver, en sus mordeduras implacables, con la verdadera amistad.

"Ya hace dos meses de nuestra separación; sólo me consuela y me anima la certeza que tengo de que contra nuestra amistad nada puede el tiempo; ni tampoco la distancia; sabemos recíprocamente todo lo que hacemos, como antes, con la sola diferencia de ser con algunos días de intervalo. Hay veces que pienso qué sería de nosotros sin el inmenso placer de escribirnos y contarnos todo lo que sucede" (o).

En efecto, en las cartas de JOSE GREGORIO se hace notar que conservaba celosamente las cartas que recibía de su amigo, y que por no perder una, se las hacía numerar, para saber si alguna de ellas se había perdido; y sobre al-

---

(m) Santos A. Dominici. Epistolario, pág. 42.

(n) Santos A. Dominici. Epistolario, págs. 45, 52, 60.

(o) Santos A. Dominici. Epistolario, págs. 45, 52, 60.

gunas de ellas que se extraviaron, no cesaba de lamentarse, porque en ellas habría algo de interesante de la vida del amigo. Recordaba el tiempo en que se reunían a estudiar los dos juntos, y aquella costumbre le había hecho olvidar el estudio como función personal.

"Yo ni siquiera tengo el placer, como antes, en estudiar, porque me falta mi compañero de estudios, y con nada puedo mitigar el dolor que me produce esa ausencia, no veo nada que llene el vacío que hay junto a mí. Dios, que da el mal, dará el remedio" (p).

En su interés por el amigo, procura evitarle todos los peligros, especialmente para su alma, tan querida. Después de repetirle varias veces que abandone una amistad perjudicial que se había acercado a él y le podía hacer mal, por fin, incomodado, y con algo de mordacidad en sus palabras, le escribe:

"Me parece inútil repetirte lo que tantas veces te he dicho respecto a la amistad de Ck., y debes desecharla por cuantos medios estén a tu alcance. Hay veces en que me parece que soy injusto con este mozo, pero después, cuando recuerdo su modo de ser, tengo que convenir en que no hay tal, y en que su amistad es sumamente perjudicial para todo el que no sea un necio. Las amistades son para que produzcan beneficio, o por lo menos deben ser indiferentes, pero de ninguna manera para que den malos resultados" (q).

Con un fino rasgo humorístico, comenta la enfermedad de gota que quería entrarse en el cuerpo de Santos Aníbal.

---

(p) Santos A. Dominici. Epistolario, págs. 45, 52, 60.

(q) Santos A. Dominici. Epistolario, págs. 45, 52, 60.

Y disertando científicamente sobre esa enfermedad, comenta lo leído en una revista; y termina:

“Además, dice que la gota y la diabetes son la misma cosa como quien dice Dominici y Hernández —zafante lo malo del negocio— . . .” (r).

23. — Según el deseo de ambos, se volvieron a encontrar en París, aunque HERNANDEZ ya llevaba en París un año cuando llegó a estudiar allí Dominici. La amistad siguió su curso, aunque algo agriada por haberse dejado llevar Santos Aníbal por la corriente imperante, y cuyo corifeo en el círculo de los estudiantes venezolanos era el doctor Razetti.

HERNANDEZ no se separó de ellos por estas divergencias. Para él una era la amistad, y otra las divergencias científicas o espirituales. Las almas no nacen negras o blancas, y el barnís no cuenta nada para las almas grandes que saben llegar más adentro. Fué proverbial y para algunos ininteligible la amistad de HERNANDEZ, el abanderado de la ortodoxia católica, y Razetti, el abanderado de la ciencia libre y atea. Lo mismo sucedía con Dominici luego que se mostró más afecto al campo materialista. El mismo nos lo cuenta en su “Elegía al Dr. Hernández” leída en la Facultad de Medicina de Caracas, en las Bodas de Plata de la desaparición del amigo:

“Razetti había sido el abanderado del grupo de jóvenes que al regreso de Europa defendíamos la filosofía evolucionista, el positivismo científico, el predominio realista de la ciencia, con lo cual no creíamos que atacábamos a Dios ni a la Iglesia. Movía a Razetti un resuelto espíritu combativo de misionero catequizante; Hernández, al contrario, era contemplativo, de intensa vida interior, de ardiente fé que apenas se exteriorizaba en la práctica severísima de las obligaciones que

(r) Santos A. Dominici. Epistolario, págs. 45, 52, 60.

la Iglesia impone a los fieles. No buscaba el combate, pero tampoco lo eludía. Sin embargo, tan adversos ideólogos se estimaban mutuamente, aún se querían. Cierta día, en Washington, le manifesté a Hernández mi temor de que aquellas diferencias filosóficas pudiesen haber enfriado nuestra amistad.

—No, replicó vivamente: tú sabes que mis creencias religiosas no han intervenido nunca en mis afectos. Y era verdad” (s).

24. — Sería interminable querer citar todas las amistades, tanto en Caracas como en diversos puntos de la República y en el exterior, donde el Dr. HERNANDEZ era estimado y querido. El día de su muerte, Caracas demostró todo el cariño que tenía hacia aquel hombre que no tenía ningún enemigo, y a quien todos no solamente admiraban y respetaban de una manera protocolaria, sino que lo querían de una manera entrañable.

#### CAPÍTULO QUINTO

#### EL HOMBRE

#### (DIVERSOS ASPECTOS)

1.—No hace falta asentar la verdad de que HERNANDEZ era una inteligencia privilegiada, y de que era un hombre que tenía la suficiente cabeza para pensar por sí mismo en todo aquello que no entrara en el campo de la fe divina. Sabía llegar al límite sin deslindarse. Por eso fué un hombre completo, en el que la fe no aminoró nada la ciencia, y en el que la ciencia no era más que un auxilio y una corroboración de la fe. El científico que no se deja llevar por el humo vano de su ciencia, y el que no se engríe creyéndose dueño único y absoluto de ella, no dejará que se le vaya la cabeza. Recuerdo a este respecto la anécdota de Ramón y Cajal, que refería su ayudante de laboratorio,

(s) Santos A. Dominici. Epistolario.



la Doctora Señorita Tortojada: Levantando la cabeza del microscopio, donde examinaba una preparación, murmuró: "...y que haya todavía hombres que nieguen la existencia de una inteligencia suprema... No lo comprendo..." Si Cajal no era católico, no era porque fuera ateo.

Si la humildad reconocida es propia de los grandes hombres, no lo es menos la visión clara y acertada del mundo, saturada siempre de un granito de sal ante la miseria humana. El Dr. HERNANDEZ, que poseía esta visión clara, juzgaba también el mundo con ese poquillo de sal, como el comentario que hace al sermón que oyera, lugareño y pedestre, en su primer viaje por el mundo.

"Yo no sé qué opinión formarían de él los porteños, pero me pareció bastante malo..." (a)

2.—En la misma casa de familia donde habitaba HERNANDEZ en sus tiempos de estudiante, nos recuerda Dominici que venía a alojarse dos o tres veces al año, desde su curato guariqueño el Padre Colmenares, "Moreno, cincuentón, jovial, de buena presencia, pocas luces y mucha honestidad". Todos en la casa se gozaban de oír los "chistes, no mal intencionados, del sacristán, las parroquianas, la feligresía, que él mismo celebraba con sonoras carcajadas. Hernández le componía los sermones que el buen cura se aprendía de memoria y recitaba luego cuatro o cinco veces en las visitas a las parroquias aledañas". Pero esto no era obstáculo para que HERNANDEZ considerara en él siempre al sacerdote, el Ungido del Señor, a pesar de sus pocas luces intelectuales. Sabía que Dios reparte los talentos según le presta, y que lo que hace al hombre digno delante de Dios son las buenas obras y la bondad de corazón. "Mi amigo lo miraba con sumiso respeto, y me decía. El sacerdocio es lo más grande que existe en la tierra; yo me haría sacerdote, si no me sintiera tan indigno de ese favor divino". (b).

(a) Epistolario Dominici (cit. ant.) pág. 33.

(b) Vid. Elegía Dominici (cit. ant.) pág. 5.

3.—Juzgaba los sucesos de la vida con una visión clara e independiente, y tenía expresiones acertadas, y juicios propios para todos los acontecimientos. "Calcula —escribía a Dominici— cómo me habrá caído la noticia del nombramiento de rector hecho en Sanavria... No somos nosotros los que debemos sentirlo, sino la pobre gente que estudia, y tiene un peñón encima". Es el juicio exacto de las cosas, que no se debe confundir con la falta de caridad. Es la visión limpia de la realidad y el comentario independiente del afecto y de la aversión.

4.—Es el hombre que encuentra digno de una chanza a sí mismo, porque sabe siempre encontrar en la vida el lado risible, y conoce que la vida no vale la pena de vivirse sin una sonrisa en los labios, sea de amor, de estoicismo o de buen humor.

Comenta su decisión de dejarse crecer la barba a su llegada al pueblo natal:

"No me he vuelto a afeitar. Figúrate qué fisonomía tan respetable la que ahora ostento, llena de una barba que cada día aumenta de algunos milímetros, y todo ello me agrada mucho, porque me divierte el verme tan horroroso. La gente de aquí nada nota, porque los jóvenes en este país no acostumbran hacer uso de la navaja; esto, tiene la ventaja de que uno se quema menos con el sol, puesto que la espesa e hirsuta barba lo protege..." (c).

5.—Lejos de ser tímido, como su personalidad de artista y de hombre necesitado de cariño nos lo pudiera hacer sospechar, mostró siempre en su vida una fuerza de carácter y un dominio de sí mismo, frío y cerebral. Cuando el deber se imponía sobre su voluntad, nada había que lo hiciera desistir de una resolución tomada o de una obligación impuesta.

(c) Epistolario Dominici (cit. ant.)

6.—Al terminar uno de los exámenes de Histología, se acercó uno de los bedeles al Dr. Dominici, entonces Rector de la Universidad, a avisarle que unos estudiantes, suspendidos por el Dr. HERNANDEZ por haber tenido más de cuarenta faltas en el año, le esperaban a la puerta de la Universidad, armados con toda clase de armas y con las más aviesas intenciones. Dominici se acercó a su amigo, y le dijo:

—Espérame, yo salgo contigo...

—No, hombre, no; —contestó HERNANDEZ riendo— si me acompañas, aquellos señores van a pensar que les tengo miedo...

Sin embargo, Dominici, conocedor de los estudiantes exacerbados después de unas calabazas estudiantiles, lo siguió a corta distancia. Al salir HERNANDEZ, los cinco estudiantes, valientes en la unión, se acercaron a él fanfarrones, amenazadores, profiriendo gritos. HERNANDEZ no se inmutó. Quedó mirando serenamente, y repasando con los ojos uno por uno. Después les contestó con una serenidad impasible, y riendo sus palabras:

—Ustedes pueden hacer lo que quieran... Yo me he limitado a cumplir con mi deber. Unicamente me haré la ilusión de que me ha atropellado una carreta".

Y se retiró pasando por medio de ellos sin que nadie se atreviera a intentar nada, quedando mohinos, y como paralizados por la sangre fría y el humor ante el peligro, de aquel hombre excepcional. Fué una anécdota que se repitió por la Universidad, con los comentarios consiguientes a la valentía y al buen humor de aquel hombre que a nadie temía, y seguía su vida recta sin respetos humanos y sin claudicaciones vergonzosas.

7.—De boca de una persona autorizada oímos también el relato siguiente: Era Presidente de la República el General Andrade, de quien era médico particular. Ya adelantadas las clases de la Universidad, se presentó un sobrino del Presidente. Según el Reglamento de la Universidad, no podía ya ser admitida la matrícula. Por tratarse de un

sobrino del GENERAL, todos los catedráticos convinieron en hacer una honrosa excepción. Unicamente HERNANDEZ se mostró inflexible. Nada le hizo abdicar de su resolución, y mucho menos el que se tratara de un sobrino del General, ante quien él podía perder su valía. Y el sobrino del Presidente de la República perdió el curso. Este incidente, lejos de hacerle perder algo, le hizo subir más en el aprecio de todos como cumplidor inflexible de su deber y amante de la justicia.

8.—En sus clases gustaba de la seriedad, y no admitía de ningún modo las risotadas sin sentido y mucho menos los aplausos, aunque éstos nacieran de una sana intención. Un día en que los discípulos, en su primera clase del curso, se desataron en aplausos, el Dr. HERNANDEZ transfiguró muy lejos de su habitual mansedumbre. Se quedó mirando a los discípulos, y con voz decidida y sonora les reprochó:

—A la clase se viene a aprender. Quien crea lo contrario, que no vuelva a molestar...

Y volvió inmediatamente a su mansedumbre habitual.

9.—En su estancia en New York se hospedó en un hotel cercano a los muelles, de muy buena apariencia, pero fichado por la policía como de muy pésima reputación. Cuando la policía se dió cuenta de donde se había metido aquel pobre hombre sin saberlo, se personó en el Consulado de Venezuela para informar que un Doctor venezolano se había hospedado en el citado hotel, con peligro para su vida y para su bolsillo. Ya se había corrido la voz entre los "apaches" que merodeaban por el hotel que el Doctor cargaba en el bolsillo una cartera llena de billetes, corriendo el riesgo de que sus mismos compañeros de hotel lo desvalijaran cuando menos se diera cuenta.

El Vice-Cónsul, Nicolás Veloz, en persona, se presentó inmediatamente en el hotel, y le expuso a HERNANDEZ los informes de la policía. El lo oyó sonriendo y sin participar del nerviosismo justificado del Vice-Cónsul.

—Tranquilícese —le contestó sonriendo— yo soy hombre para cualquiera de esos bandidos...

Y no quiso mudarse del hotel, para que nadie le pudiera tachar de miedoso. El Vice-Cónsul, queriendo apartar del querido compatriota una desgracia prevista, avisó inmediatamente a Santos Aníbal Dominici, que entonces era Ministro de Venezuela en Washington. Inmediatamente Dominici, le mandó una invitación para que fuera a pasarse unos días con él en la Legación. Fué la única manera de hacerle salir de aquella lobera.

10.—Como hombre cumplidor del deber, su fama en Caracas era exaltada, hasta la exageración; se contaban de él relatos admirables. Uno de los más salientes es éste:

Fué precisamente en la muerte de su querida hermana Josefina, con la cual había siempre extremado su afecto. Había muerto por la madrugada. Un dolor acerbo llenaba toda la casa, y sobre todo el corazón de JOSE GREGORIO, por ser una hermana a quien quería entrañablemente. Aquel día, todos creyeron lógicamente, que dejaría de dar la clase en la Universidad. Pero llegada la hora de costumbre, JOSE GREGORIO se acercó al perchero y tomó su sombrero para salir. Nada fué capaz de impedirlo ni lágrimas ni recriminaciones. El, ante todo tenía que cumplir con su deber y su presencia en la casa no era necesaria. Cuando entró a la clase, un silencio respetuoso invadía el recinto, donde todos sabían la desgracia, dió la clase con el interés habitual. Unicamente se le notaba que a veces perdía el hilo del discurso. Algún estudiante se emocionó. Aquel día la Lección no había sido solamente de histología sino también de cumplimiento del deber y de patriotismo, una clase muda pero la más elocuente del año. Terminadas las clases volvió a su casa a acompañar a su querida muerta... A las tres volvió de nuevo a su clase, y regresó a la hora del entierro. Sus deberes todos estaban cumplidos aquel día.

11.—No faltó en su vida la lucha. Y como hombre decidido, luchó también por conquistarse un puesto que se tenía merecido por sus estudios.

En agosto de 1888 recién doctorado salió vía Curazao para desembarcar en Maracaibo y poder llegar a su tierra

trujillana, donde esperaba poder encontrar una plaza digna donde ejercer. No era esto tan fácil como él lo soñaba, a pesar de la escasez de médicos. Luchó denodadamente, pero al fin tuvo que salir desesperanzado de su querida tierra, porque la política lo invadía todo y no había plazas para los jóvenes que no militaran en algún partido político, sobre todo si por sus ideas podían ser motejados de "godos" o conservadores.

12.—Bien podía haber quedado en su mismo pueblo de Isnotú, pero fuera por no quitarle a su padre la clientela, pues era el que en el pueblo hacía el oficio de médico y de farmacéutico, lo mismo que en los alrededores, o por no parecerle adecuado para su formación, pensó en Valera. Asistió a bastantes enfermos en Betijoque, incidentalmente. Por este tiempo escribe:

"Ya he comenzado a gustar las bellezas de la profesión por estos lugares, bellezas que por comparación nos resultan las de Caracas, tortas y pan pintado. En días pasados me vinieron a buscar para ver un enfermo; eran las seis de la tarde y el lugar en que se encontraba distante de mi casa como unas seis leguas, estaba metido en la cerrañía. Con toda paciencia hice ensillar mi caballo —que dista mucho de ser bueno— y tomé rumbo hacia el pueblecito seguido del sujeto que vino a buscarme montado en magnífico caballo. Habríamos caminado como dos leguas, cuando la noche se nos vino encima negra como pocas y tempestuosa; le hice notar a mi compañero que mi caballo tenía tendencia a encabritarse y que el suyo quería imitarle, a lo cual me respondió: que eso nada tenía de particular porque como bien podía ver, dentro de poco se desencadenaría una tempestad y lo mejor era acelerar nuestras cabalgaduras para ganar camino y sobre todo tiempo. Tal advertencia no era para tranquilizarme, pero yo seguía con cierto malestar que al principio atribuía a inquietud por la proximidad del peli-

gro, y luego me convencí era más bien producida por la inmensa cantidad de fluído eléctrico de que estaba cargado el ambiente. Media hora después estalló el primer relámpago inmenso, inaudito. Parecía como si nos hubiésemos sumergido en un océano de luz; se veía todo: los cerros, las hondonadas, y el cielo lleno de agua... Ciego me quedé durante cinco segundos, y sólo volví de mi estupor porque mi caballo que se había encabritado, no me derribó milagrosamente, y corría con furia, siguiendo al de mi compañero, que había manifestado de modo idéntico su espanto. Pocos segundos después vino el trueno, e inmediatamente grandes gotas, convertidas luego en verdaderos chorros, nos inundaron, y lo que es peor, humedecían el camino de tal suerte que nuestras bestias no caminaban, sino rodaban. Mi acompañante encendió una linterna, e hizo que cambiáramos de montura, porque "le parecía —dijo— que yo no era muy buen jinete". Efectivamente, una vez en su caballo, me sentí más seguro, y continuamos, él por delante, y yo detrás, y "el agua alrededor", como diría Núñez Cáceres. Cuatro veces estuve a punto de que el caballo rodara conmigo; por fortuna era obediente al freno, y bastaba sujetarlo un poco para detenerlo en aquel camino resbaladizo como si fuera de jabón. Llegamos a las dos de la madrugada, y yo me acariciaba las ternillas que estuve a punto de perder.

He visto muchas descripciones de tempestades, y todas me parecen débiles y frías ante la realidad: es cierto que las que he leído de autores buenos, no fueron en los Andes, donde todo es realmente majestuoso.

... Mis enfermos se han puesto todos buenos, aunque es muy difícil curar esta gente a causa de las preocupaciones y ridiculeces tan arraigadas en el alma popular: creen en el daño, en las gallinas

y vacas negras, en las palabras misteriosas con que acompañan sus remedios, y en multitud de supersticiones que revelan su atraso e ignorancia. En realidad, la clínica es por aquí bastante pobre; todo el mundo sufre de disentería, de asma, y uno que otro, de tuberculosis y reumatismo. Afortunadamente la obra de Pepper, que es mi libro de consulta, trae capítulos inmejorables sobre esas y otras afecciones. La farmacia es también pésima en estos lugares, y está servida por un boticario que es sólo un aficionado, y quien cuando habla conmigo dice: "nosotros, los médicos", pues es igualmente aficionado a la medicina, expresándose con un tecnicismo indigesto y estúpido, me contó que curaba la disentería administrándole al paciente cinco gramos de quinina diarios, y como yo me asustase, trató de tranquilizarme, y me invitó a que procediera de la misma forma, pues, en su opinión, la ipeca no da ningún resultado en esa enfermedad. Creo que es él quien no da resultado con sus menjerges extravagantes! Afortunadamente pienso no perder más tiempo por aquí, y me iré pronto para Valera". (d)

13.—Visto que en Valera iba a ser un poco difícil su estabilización a causa del caciquismo, y por haber ya "uno de los mozos que se graduó en Caracas", pensó en Boconó.

"Tengo dispuesto hacer un pequeño paseo por todos estos lugares, y situarme en aquél que me parezca más adecuado a mi negocio. Tal vez sea en Boconó, que es el lugar en que hay más gente, y en el que todas las personas son más acomodadas: además hay la circunstancia de que los médicos de allí, están ya viejos...

14.—Pero se convenció de que era imposible luchar con la experiencia infausta y llena de recovecos de aquellos

(d) Epistolario Dominici (cit. ant.).

médicos. No sabían mucha medicina, pero sabían atar al pueblo, para no dejar a nadie advenedizo asentar allí. Eran más políticos que científicos.

Hizo un viaje hasta Colón, en el Estado Táchira, pero infructuosamente. Los médicos de la comarca, que veían en el jovencito recién doctorado un advenedizo peligroso, lo tacharon de "godo" ante el Gobierno del Estado, que decretaría su expulsión, según corrían los rumores. HERNANDEZ tuvo que salir de su tierra, casi huído, en febrero de 1889. Parecía el sino de la familia: tener que andar huyendo, perseguidos por los "amarillos".

15.—Pasó entonces por Caracas, y realizó una excursión por el Oriente con el mismo resultado, siempre infructuoso. Todo se volvía contra él. Cuando regresaba de Oriente, naufragó frente a las costas de Carúpano. Decidió, por fin, volver a Caracas, donde lucharía por abrirse un porvenir. Este llegó solo, por medio de un Decreto del Presidente de la República, donde se le concedía cumplir la mayor alegría soñada en su vida de estudiante: Europa. El había luchado como un hombre. Dios le ponía en las manos el premio, más abundante por merecido que por esperado.

16.—No es posible que un hombre de la fina sensibilidad de JOSE GREGORIO, fuera ajeno al arte. Como hombre, su personalidad exigía la perfección de los sentimientos que sólo da el arte. La inteligencia puede estar formada perfectamente, lo mismo que la voluntad, sin que el hombre sea perfecto. La perfección del sentimiento solamente la da el arte, por el cual el hombre, lejos de aislarse de las cosas que le rodean —falso concepto del arte— y sublimizar su vida con ilusiones irreales, toma las mismas cosas y extrae de ellas la belleza que en sí contienen para saborearla y hacer de la vida, no una ilusión, sino una bella realidad.

17.—Una de sus recreaciones favoritas en los años de estudiante, después de la brega afanosa del estudio, era asistir los días que podía a la retreta de la Plaza Bolívar.

Lo recuerda desde el barco, escribiendo a su amigo Santos Aníbal: "Durante la noche, creía estarte esperando para ir a la plaza, y me hacía la ilusión de oír la música de la retreta..."

18.—Ya hemos apuntado en otro lugar sus cualidades para la música, que llegaron a ser casi perfectas en el manejo del violín y del piano, hasta dominar la música moderna, de una complicada ejecución, mucho más difícil en su interpretación que la música clásica. Entre sus escritos se conservan unos apuntes de música que usaba para enseñar a sus sobrinos la teoría que después ejercitaban bajo su magisterio y vigilancia.

Nunca faltaban en aquella casa los acordes del piano, y las notas inseguras, incipientes, del violín, en un ejercicio que aprendía uno de los sobrinos.

19.—La sala de espera para las consultas, era sobria, y sólo tenía el adorno mínimo de un crucifijo y un piano. Recuerdan muchos de los que fueron sus enfermos, que cuando iban a la consulta, antes de que abrieran el salón, en el silencio recogido de aquella casa, solamente se oían, entre el cuchicheo de las visitas, las notas tapizadas de un vals de salón en el piano, o las notas íntimas de una música mística en las melodías desleídas de dulzura, altas y plenas de sentimiento, del violín. Era el Dr. HERNANDEZ que se preparaba para la consulta, como un sacerdote que se prepara para el rito. Ya se podía acercar al Dolor, al Hermano Dolor, porque él era franciscano, cariñosamente, empapada su alma de la dulzura de sentimientos que le había comunicado la música. Sería más humano en su función sacerdotal, casi sagrada, de aliviar el dolor a los hermanos hombres.

20.—Tuvo también para la literatura una afición que a veces parecía desmedida. En la nutrida biblioteca del Dr. Dominici encontró de estudiante un postre exquisito para el final de la comida fuerte y nutritiva de sus estudios de medicina. Junto con Santos Aníbal gustaba las bellezas de los clásicos españoles, que le eran tan familiares. Por eso se pudo decir de él que su estilo tiene la concisión de una receta.

No le eran ajenos los clásicos franceses y los ingleses que leía con avidez, anhelando poder tener las obras de Shakespeare en inglés para gustarlas. En carta a Santos Aníbal, dice:

“No obstante, y a manera de esparcimiento espiritual he sacado de un viejo baúl algunas buenas comedias traducidas del francés, y el primer tomo de una edición de las obras del insigne Leandro Fernández de Moratín, hecha por la Real Academia de la Historia. También me he solazado en el acabado y viril Discurso Histórico del poeta sobre los orígenes del teatro español, que a mi juicio es uno de los trabajos más importantes de Moratín después de sus obras teatrales; lo leí de un tirón, y me doy cuenta de lo útil que es un estudio de las obras de teatro, pues si hoy que apenas conozco la evolución del teatro español a través de los siglos, me deleito leyendo algunas de las comedias de Lope que afortunadamente tengo aquí, cómo gozaría leyendo a Shakespeare en su propia lengua”.

Reforma un concepto que en una de las cartas de un amigo encuentra, sobre Homero, y diserta en su contestación sobre el “Héroe homérico” con una técnica que lo hace maestro en el arte de la interpretación de los clásicos antiguos, ambientándolos en sus verdaderas circunstancias.

21.—Juzga de Macaulay sus ideas sobre Maquiavelo, figura que le era simpática, y no puede menos de disentir con el autor, a su pesar de que se cree menos capacitado que él para juzgar al héroe. Se nota una gran independencia en sus juicios, tanto literarios como históricos, y se creía con la suficiente inteligencia y el suficiente juicio para disentir del autor, fuera quien fuera, si no le convencían en sus afirmaciones, o no razonadas o falsamente argumentadas. Para él, los autores no eran dioses inapelables, como lo son por desgracia para muchos de los que leemos. Sin confundir esto con la soberbia intelectual que achacan muchos de los que no tienen juicio, a estos hombres que se

creen tan capacitados para juzgar ideas escritas en letras de molde, como los que escriben estas ideas en los libros.

22.—En 1917 se encuentra en Madrid, impedido de pasar a París a causa de la Guerra Europea. Después de haber visitado los principales monumentos, y de haber asistido a las clases del gran Ramón y Cajal, a quien admiraba entusiastamente, no encuentra qué hacer. Entonces se refugia en su pequeño vicio de la lectura. En esos meses aprovechó para empaparse de los autores modernos de la literatura española, y en conocer el carácter español, por quien tenía una admiración sin pareja entre todos los caracteres del mundo. Es verdad que su estilo en literatura a veces resulta algo enfermizo del romanticismo de la época, a quien todos los contemporáneos tenían que rendir necesariamente, pleitesía. Era el ambiente saturado, que no podía menos de influir en todas las almas y en todas las plumas. Nosotros, sin saberlo, tampoco nos libramos de este morbosos “modernismo” que nos hará ridículos ante las generaciones venideras. ¿Qué le vamos a hacer? La verdad es que cada uno es hijo de su tiempo. A pesar de todo esto, la literatura de HERNANDEZ, mirada sin prejuicios, es bella.

No lo queremos exagerar. Pero hemos de confesar que al tomar sus obras en las manos, veníamos influídos por su personalidad científica y mística, y creímos encontrar algo sin valor literario, que se había alabado únicamente, como sucede en los grandes hombres, por un valor unilateral. Los grandes hombres, para muchos, son perfectos en todo, y se buscarán argumentos entre las brasas y las cenizas para hacer al general invicto un gran polígloto y hasta un artista, porque un día pronunció una frase de saludo en una lengua extranjera o hizo un juicio mediocre sobre un lienzo; o para hacer al santo un gran matemático porque en sus obras se encuentra una operación de multiplicar. No es éste el caso de HERNANDEZ. Sus obras están a la vista, y lo testifican. Tiene el estilo del médico, el conciso como una receta, para sus obras de medicinas; el estilo florido y abundoso en imágenes, para sus obras literarias.

No le eran ajenos los clásicos franceses y los ingleses que leía con avidez, anhelando poder tener las obras de Shakespeare en inglés para gustarlas. En carta a Santos Aníbal, dice:

"No obstante, y a manera de esparcimiento espiritual he sacado de un viejo baúl algunas buenas comedias traducidas del francés, y el primer tomo de una edición de las obras del insigne Leandro Fernández de Moratín, hecha por la Real Academia de la Historia. También me he solazado en el acabado y viril Discurso Histórico del poeta sobre los orígenes del teatro español, que a mi juicio es uno de los trabajos más importantes de Moratín después de sus obras teatrales; lo leí de un tirón, y me doy cuenta de lo útil que es un estudio de las obras de teatro, pues si hoy que apenas conozco la evolución del teatro español a través de los siglos, me deleito leyendo algunas de las comedias de Lope que afortunadamente tengo aquí, cómo gozaría leyendo a Shakespeare en su propia lengua".

Reforma un concepto que en una de las cartas de un amigo encuentra, sobre Homero, y diserta en su contestación sobre el "Héroe homérico" con una técnica que lo hace maestro en el arte de la interpretación de los clásicos antiguos, ambientándolos en sus verdaderas circunstancias.

21.—Juzga de Macaulay sus ideas sobre Maquiavelo, figura que le era simpática, y no puede menos de disentir con el autor, a su pesar de que se cree menos capacitado que él para juzgar al héroe. Se nota una gran independencia en sus juicios, tanto literarios como históricos, y se creía con la suficiente inteligencia y el suficiente juicio para disentir del autor, fuera quien fuera, si no le convencían en sus afirmaciones, o no razonadas o falsamente argumentadas. Para él, los autores no eran dioses inapelables, como lo son por desgracia para muchos de los que leemos. Sin confundir esto con la soberbia intelectual que achacan muchos de los que no tienen juicio, a estos hombres que se

creen tan capacitados para juzgar ideas escritas en letras de molde, como los que escriben estas ideas en los libros.

22.—En 1917 se encuentra en Madrid, impedido de pasar a París a causa de la Guerra Europea. Después de haber visitado los principales monumentos, y de haber asistido a las clases del gran Ramón y Cajal, a quien admiraba entusiastamente, no encuentra qué hacer. Entonces se refugia en su pequeño vicio de la lectura. En esos meses aprovechó para empaparse de los autores modernos de la literatura española, y en conocer el carácter español, por quien tenía una admiración sin pareja entre todos los caracteres del mundo. Es verdad que su estilo en literatura a veces resulta algo enfermizo del romanticismo de la época, a quien todos los contemporáneos tenían que rendir necesariamente, pleitesía. Era el ambiente saturado, que no podía menos de influir en todas las almas y en todas las plumas. Nosotros, sin saberlo, tampoco nos libramos de este morbosos "modernismo" que nos hará ridículos ante las generaciones venideras. ¿Qué le vamos a hacer? La verdad es que cada uno es hijo de su tiempo. A pesar de todo esto, la literatura de HERNANDEZ, mirada sin prejuicios, es bella.

No lo queremos exagerar. Pero hemos de confesar que al tomar sus obras en las manos, veníamos influídos por su personalidad científica y mística, y creímos encontrar algo sin valor literario, que se había alabado únicamente, como sucede en los grandes hombres, por un valor unilateral. Los grandes hombres, para muchos, son perfectos en todo, y se buscarán argumentos entre las brasas y las cenizas para hacer al general invicto un gran polígloto y hasta un artista, porque un día pronunció una frase de saludo en una lengua extranjera o hizo un juicio mediocre sobre un lienzo; o para hacer al santo un gran matemático porque en sus obras se encuentra una operación de multiplicar. No es éste el caso de HERNANDEZ. Sus obras están a la vista, y lo testifican. Tiene el estilo del médico, el conciso como una receta, para sus obras de medicinas; el estilo florido y abundoso en imágenes, para sus obras literarias.

23.—Fué también un virtuoso de la pintura. No diremos que es un maestro. Le bastó la afición. Su cuñada Dolores Briceño de Hernández, conservó por mucho tiempo, dos de sus pinturas que le regaló cuando regresó de Caracas, recién graduado, en las que se hacen notar rasgos simpáticos de un hombre que hubiera podido ser algo si su tiempo escaso le hubiera permitido dedicarse de lleno a la pintura. Dichos cuadros, un Corazón de Jesús y un Corazón de María, los conservan aún sus sobrinos los Hernández Briceño.

Y por esto, porque tenía un alma de artista, sobre todo para la interpretación del arte, fué un gran sentimental. Recuerda a sus amigos de Caracas cuando se parte para su tierra, con una tristeza que le deprime.

“Toda la tarde estuve en el vapor, muy triste, porque yo nunca pensé que iba a ser tan dura para mí esta venida, que cada día se me hace más cuesta arriba el soportarla”.

24.—Recuerda sus amistades blancas de Caracas, y para ellas guarda siempre un recuerdo afectuoso en sus cartas:

“Dile a Inesita que agradezco mucho su recuerdo, por el cual veo que ella es una amiga tal como yo la había creído”. (e)

Flota en estas líneas un secreto idealismo romántico por aquellas amistades que le habían ayudado y enseñado a ser un soñador.

Y por esto la soledad se le hace insoportable, a él, que había de ser más tarde el hombre de un solo anhelo: la soledad. La belleza de los campos trujillanos no puede llenar completamente aquella necesidad del amigo sincero, de su compañía.

“Todo lo veo muy negro, parte por ser realmente así, y parte —la mayor— porque me fal-

(e) Epistolario Dominici. Páginas 46 y 56.

tas tú, es decir, algo vivificador que me rodea cuando estoy a tu lado...”, escribía desde Isnotú. (f)

25.—No le faltaron en su vida de sociedad esos ratos de mundanismo frágil y efímero. Gustaba en su vida de estudiante de las veladas de sociedad, y de las fiestas familiares.

Nada resta esto a su personalidad cristiana y piadosa, puesto que estaba en el mundo, y nunca fué amigo del ridículo. Como un joven, honesto siempre, que vive en el mundo, tenía que portarse. Porque era sincero, y porque ni él ni su Padre espiritual veían nada malo en ello, acomodó su conducta a las circunstancias. Un ejemplo más de un hombre virtuoso que supo hacer lo mismo que hacían los demás, pero de distinto modo de como los demás lo hacía.

Necesitamos ejemplos completos para nuestra vida. Y el Dr. HERNANDEZ es de los más completos que se pueden encontrar en la historiografía cristiana.

26.—Si nunca hizo gala de sus títulos nobiliarios, no por eso perdió el espíritu del noble español, que llevaba más en su espíritu que en sus labios, y nunca en la jactancia de su parte. A este respecto nos cuenta el Dr. Dominici:

“Nunca ví que hiciese gala de su alcurnia; supe de una ocasión, muy especial, en que creyó deber sacarla a relucir. Prueba de que en la sangre bullía la devoción por la grandeza y la realeza de la tierra de sus progenitores, es el siguiente rasgo. Infatigables andariegos, salimos una tarde del verano de 1890 a caminar por las calles y parques de París. Dejamos el Barrio Latino; pasamos el Sena por la Plaza de la Concordia, seguimos los Campos Elíseos hasta la estrella del Arco de Triunfo, y por allí torcimos por la Avenida de Kleber hacia el Trocadero; camino que habíamos recorrido en muchos días festivos anteriores. Al pisar la acera del Palacio de Castilla,

(f) Epistolario Dominici. Páginas 46 y 56.



un portero, vistosamente uniformado, nos hizo señas de que nos detuviésemos: en ese momento desembocaba del jardín delantero del Palacio un carruaje con cocheros ahogados en caireles y alambres. El landó pasó casi rozándonos; en el asiento postrero venía una anciana de opulentas carnes. Al frente una dama más joven, de buen porte. “La Reina!”, exclamó Hernández en el colmo de la emoción, con júbilo inexprimible. Arrastrando el sombrero —iba a decir el chambergo— hasta más abajo de la rodilla. La dama mayor, quien se dió cuenta de aquel acto de genuina adoración, saludó sonreída, con gentil ademán. Quedóse mi amigo unos instantes en éxtasis, y luego, apretándome fuertemente el brazo, volvió a exclamar: “La Reina de España! Y nos ha saludado! Era, efectivamente, la Majestad caída de Isabel II”. (g)

No hubiera hecho menos, y no se hubiera sentido menos feliz cualquiera de sus antepasados.

Y en una carta a la Srta. Carmelita López de Ceballos, le dice, a raíz de su estancia en España:

“Tuve el gusto de conocer tan encantadora ciudad como es la Capital de España, y ver de cerca, pasando a mi lado, rozándome con su vestido, a la Reina de España, el verdadero ideal de la belleza femenina, realizado en ella como nunca lo hubiera creído si no la hubiese visto”. (h)

27.—Este es el HOMBRE. Hemos visto nada más que su personalidad humana. Una personalidad fuerte y viril, de artista y de perfecto como hombre. Ejemplo para nuestras vidas y sublime ideal para todos los hombres. Esto, porque hemos querido presentar al hombre completo, no solamente al místico y al profesional. Este es el *HOMBRE*.

---

(g) Vid. Elegía Dominici (cit. ant.) pág. 6.

(h) Carta a la Srta. Carmelita López de Ceballos desde New York, firmada 6 de octubre de 1917.

II

EL SANTO

## II

### EL SANTO

---

#### CAPITULO SEXTO

#### EL SIERVO DE DIOS

1.—Estamos acostumbrados a considerar a los santos como unas figuras muy altas, hieráticas, en los nichos de piedra de nuestras catedrales o en las humildes hornacinas de nuestras iglesias rurales. Es necesario que dejemos a un lado esa falsa concepción de la santidad, cambiándola por la verdadera y única. No hay que considerar al santo como un hombre de naturaleza diversa de la nuestra, que ya nació con una estrella en la frente, y destinado para ocupar el puesto en un altar, con una aureola y con un lirio de oro en la mano. Por eso cuando se habla de la santidad se sale siempre del paso con la escapatoria ilusa de que para Santos sólo han nacido los santos. Es una idea que hay que desterrar. Los hombres que hoy ocupan las hornacinas y los altares no nacieron para los altares y las hornacinas. O mejor, todos hemos nacido para ellos.

Los santos son únicamente los hombres que se han dado cuenta de esta verdad: que todos hemos nacido con la aptitud para la santidad, y no quisieron que en su vida se frustrase esta ordenación de Dios. El Santo no es más que el *hombre*. El hombre que sabe ser hombre en todas las facetas de su vida, y que por lo mismo que sabe que tiene algo más que este pedacito de barro del cuerpo que le ha dado

Dios, usa de la inteligencia para sublimarse y cumplir en la vida con un destino eterno.

El santo no es otra cosa que el hombre que sabe cumplir su deber día a día en el puesto donde Dios lo ha colocado. La humilde madre de familia no alcanzará la santidad rezando continuamente en la iglesia ante el santo de su devoción, mientras sus hijos están abandonados y llorando en el patio de la casa. El oficinista no se santifica más que sobre el teclado de su máquina o sobre su libro de contabilidad, lo mismo que el profesor en su cátedra y el alcabalero en su alcabala. El labrador hallará la santidad junto a sus bestias y a sus matas, de la misma manera que el sacerdote en el altar y junto a la cabecera de los enfermos.

Para la santidad se requiere una base humana de fina espiritualidad, de sentimiento noble y natural, de cualidades que Dios nunca niega al que se las pide con verdadera fe y con ansias de la santidad, que no es otra cosa que la unión con Dios. Estas cualidades brillaron en el alma de JOSE GREGORIO, como lo hemos visto en capítulos anteriores. Era un alma preparada para la acción de la gracia por una intensa vida interior y por las cualidades naturales de que el cielo le había dotado. Su mismo espíritu selecto en las ideas, en los sentimientos y en los afectos, era una preparación para la acción de Dios en su alma. Era el terreno que estaba libre de abrojos y de piedras para que el Divino Sembrador pudiera pasar sobre el barbecho derramando a voleo la semilla.

2.—El primer instante de su vida consciente pudo ser como aquel primer instante del año 1889 cuando andaba por su tierra trujillana buscando una plaza donde ejercer el reciente doctorado. En Mérida había sido invitado a una fiesta de gala, con baile, que organizaba el Presidente del Estado.

“Cuando sonó el primer segundo del año —escribe a Dominici— yo estaba solo en un mecedor, en uno de los salones, y como de costumbre, mi pen-

samiento se convirtió en oración en ese momento: de más me parece decirte qué pediría, porque tú lo sabes mejor que yo mismo...” (a)

Esta es la mejor parábola o semblanza de aquella vida que empezó siempre sus actos y le dió cabo pensando en Dios, en aquel Dios que su madre le había enseñado a adorar y a amar como a Padre cariñoso.

3.—“SE NECESITA UN SANTO PARA SALVAR A VENEZUELA”. Son palabras de su Director espiritual, Monseñor Castro, lo mismo que si fuera un aviso periodístico apremiante. ¿No pensaría quizá en su dirigido al escribir estas palabras, previendo, con sus ojos chiquitos y relucientes, ojos de vidente y de santo, que esa figura que se necesitaba era precisamente su querido JOSE GREGORIO?

Para el catolicismo en Venezuela, el Doctor HERNANDEZ fué un paladín de primera fila. Como nos dice el doctor Dominici, no buscaba la pelea, pero no la rehusaba. Nunca le fué simpática la figura del bravucón, ni siquiera para las peleas intelectuales, y menos para las religiosas. Sabía defender el catolicismo más con su ejemplo de abnegación y caridad, con el sacrificio de su vida, que con palabras que lleva el viento, sobre todo si son palabras agrias de disputa, de las que nada queda en limpio sino la contradicción y el mal sabor de espíritu ante el egoísmo de los contrincantes, que más defienden su punto de vista y su orgullo que la verdad. El sabía cumplir más que disputar. Practicaba el apostolado del ejemplo y del consejo, ese apostolado mínimo que es el más eficaz de los apostolados.

“Es indudable —ha dicho Monseñor Navarro— que el Doctor Hernández aspiraba a una santidad eminente por el cultivo exquisito de su interior, y los ejercicios más austeros de la perfección cristiana”. (b)

(a) Dominici. — Epistolario, pág. 75.

(b) Mons. Nicolás E. Navarro. — En “El Univesal”, 2 de julio de 1919, N° 3634. “El Dr. José G. Hernández”.

Es la opinión autorizada de quien lo conoció y pudo apreciar estas cualidades, sobre todo en los días en que estuvo en el Seminario de Caracas, del cual era entonces Monseñor Navarro digno Rector.

4.—La primera fuente de su virtud extraordinaria, que se había de convertir en un río abundante de aguas de santidad, lo hemos de buscar en las cimas sanas y puras de la vida familiar. Dios lo colocó en un hogar cristiano, donde todos los afanes se sometían a los deberes religiosos, y todos los instantes del día estaban ambientados de esa fina espiritualidad que sólo saben dar a sus hogares las madres cristianas. Las oraciones de la mañana, el *angelus*, las oraciones de la comida, el Santo Rosario, las clases de catecismo e Historia Sagrada, las oraciones de la noche... Estas eran las semillas que poco a poco, y con solicitud maternal iba la madre de JOSE GREGORIO plantando en el alma de su hijo, y que había de brotar en una inmensa y blanca floración de virtudes cristianas.

5.—Pero las flores no brotaron solas. Fué necesario el riego continuo y trabajoso, penitente, de la obra personal. Fué necesaria la lucha, porque en el ambiente colegial, y mucho más en el universitario, era necesaria una gran fuerza de voluntad para no decaer y dejar así en malogro aquel jardín espléndido que se prometía.

Durante su estancia en el Colegio Villegas, sus distracciones además, de la música, consistían en la lectura de libros piadosos, entre los cuales se contaban: "El Año Cristiano, o La Vida de los Santos", de que nos habla Villegas Ruiz; "Arco Iris de Paz"; "La Mística Ciudad de Dios" de la Venerable Sor María de Jesús de Agreda; y "Vida y Misterios de la Gloriosa Virgen María, Nuestra Señora", por el P. Rivadeneyra.

En la biblioteca de su despacho médico, abundaban, mezclados con tomos espesos de ciencia, libros de espiritualidad honda, algunos de ellos ajados por el continuo uso: "La Santa Biblia"; "La Imitación de Cristo", de To-

más de Kempis, traducida al francés por Gonnellieu, donde todos los días leía algún párrafo; "Ejercicio de Perfección y Virtudes Cristianas" del V. P. Rodríguez; el "P. Bronchain", de quien conservaba, copiado por él, en francés y en latín un interesante método de oración mental; el papel, antiguo y con manchas, indica que no era de reciente copia, y el esmero de la letra, indica que lo hizo en su juventud; el "Tratado de la Vida Interior según el espíritu y los principios de Santo Tomás de Aquino" por el P. Andrés Marie Meynard"; "La Obra del Espíritu Santo, o la Santificación de las almas" por el Abate de Bellevue; "Vida y Obras de Santa Teresa de Jesús" por D. Vicente de la Fuente; "Vida y Regla de San Bruno"; "Vida de la Beata María Margarita de Alacoque", "Jesucristo", por el P. Didón; "La Vida del B. Enrique Suson"; y otros libros de sólida formación espiritual, en los que bebía ávido, diariamente, para su formación ascética en la escuela de la santidad.

6.—Los principales ejercicios de su devoción consistían en la hora de meditación diaria, que hacía siempre de rodillas, oyendo al mismo tiempo la Santa Misa, con una compostura digna de caballero y una actitud piadosa de santo. Al tercer toque de campana —cinco y media de la mañana —en la Iglesia de Las Mercedes, de los Padres Capuchinos, salía todos los días invariablemente de su casa, y comulgaba diariamente en la primera misa. A las siete regresaba todos los días a su casa.

En la comunión diaria encontraba la fuerza que le ayudaba en la lucha incesante por la consecución de la santidad. Era siempre puntual a la hora de adoración que se le tenía asignada delante del Santísimo en la Santa Capilla. Rezaba todos los días el Santo Rosario, como lo hubiera aprendido en su cristiano hogar. Tres veces al día, aprendido también de los labios de su santa madre, saludaba a la Reina de los Santos con la devoción del *Angelus*, tan tradicional en Venezuela. Se confesaba puntualmente todas las semanas, casi siempre con su confesor ordinario y director espiritual, el Padre Castro, entonces Rector de

la Santa Capilla. Tenía predilección especial por los Siete Domingos de San José, por las Flores de María, en el mes de mayo, y por el mes de junio, dedicado al Sagrado Corazón.

Siendo entonces el médico más afamado de toda Caracas, no conocía el respeto humano, y se exponía varonilmente a que algún malicioso, corto de vista estética y religiosa, lo tachase de "beato" y visitador de iglesias. Ciertamente que nunca se oyó este mote del Doctor HERNANDEZ. Sabía cumplir sus deberes religiosos con tal dignidad que nadie podía ver en él más que al caballero cristiano, cumplidor de todos sus deberes a cabalidad.

7.—El Doctor HERNANDEZ era en su vida el hombre sereno y silencioso de que habla J. Guibert: "Los hombres silenciosos —dice— no los que callan por ser nulidades, sino los que hablan poco porque viven mucho dentro de sí mismos, son los hombres de grandes energías. Reclútanse entre ellos, de ordinario, los varones de genio y los santos, los que conciben y ejecutan vastos proyectos intelectuales y artísticos, los que realizan inmoluciones heroicas en los claustros o en los grandes teatros de la caridad". (c). Parecen estas palabras escritas expresamente para él. Las grandes ideas y los grandes hechos de la Historia, siempre son hijos de los grandes silencios y de los grandes silenciosos. Sin ruido, sin atropellos, HERNANDEZ llevaba su alma hacia las grandes cimas.

El centro de sus anhelos en la vida espiritual fué una grande idea en la que Dios quiso solamente ver la buena voluntad, pronta y sincera. La idea de ingresar en la Cartuja —a las regiones del silencio— para consagrarse de lleno a Dios. No es el primer caso en la agiografía católica, en que Dios se contenta con la buena voluntad, sin exigir la plena realización de un gran sacrificio.

---

(c) J. Guibert. "L'education de la volonté". Citado en la obra de Núñez Ponte, pág. 149.

8.—Nos refiere el P. Mariano Vega, entre sus recuerdos, que un día se le presentó el Dr. HERNANDEZ, de parte de Monseñor Castro, Arzobispo de Caracas, con la recomendación de que le enseñara latín. El P. Vega todavía no era clérigo, y recuerda con afecto que fué precisamente el Dr. HERNANDEZ quien le hizo el regalo de la primera sotana, en premio a sus clases de latín. Para Vega eran un secreto los intentos del Doctor HERNANDEZ al estudiar latín; y al fin los descubrió cuando en los ejercicios de traducción prefería la Regla de San Bruno. El, y el Sr. Arzobispo eran casi los únicos que en Caracas sabían la determinación del Doctor HERNANDEZ de abandonar el siglo. Por espacio de cinco meses, de cinco a seis de la tarde, llegaba el Doctor HERNANDEZ, después de sus visitas a los enfermos, a casa de Mariano Vega, con su lección aprendida — anota él — *lo mismo que un muchacho*. Recuerda que llegó hasta el Arte Métrica. El Maestro estaba orgulloso de un discípulo tan aplicado y tan despejado. Nunca tuviera otro igual. Después de la lección de la clase, como ejercicio de traducción, se ocupaban de las prescripciones minuciosas de un capítulo de la Regla de San Bruno. De esta manera, al mismo tiempo que del latín se iba posesionando del espíritu de la Cartuja en los escritos de su Fundador.

9.—Nadie vaya a creer que este paso para su vida fuera fruto de un momento de exaltación mística. Fué el fruto de un estudio madurado y discutido entre el Director, Monseñor Castro y el dirigido, por espacio de diez años. Fué una primavera que tuvo —paradoja y contraste— diez años de flores de ideales y de ansias de unión con Dios.

Tenía en aquel entonces JOSE GREGORIO cuarenta y tres años, y estaba llamado a ser feliz en la vida por más de un motivo. Sin embargo, valiente y decidido, lo renunciaba a todo para entregarse a Dios de una manera incondicional y completa. Su ideal era hacerse sacerdote en la soledad y pasar los años que le restaran de vida en una continua unión con Dios en el retiro de la Cartuja.

10.—El mismo Monseñor Castro se encargó de pedir para él el ingreso en la Cartuja. La petición dice así:

“TU AUDIUTOR FORTIS”

Caracas, 6 de octubre de 1907.

R. P. Superior de los Cartujos.

Mi Rvdo. Padre:

Hay aquí, en esta Ciudad de Caracas un caballero cristiano de acendrada piedad, que desea ingresar en la Cartuja; es Doctor en Medicina, afamado en su arte y profesión, con lo cual ha conquistado moral y materialmente la distinguida posición que ocupa en esta Sociedad, y es catedrático jubilado de esta Universidad. Se llama José Gregorio Hernández: es joven todavía, por lo cual creo que su vocación es sólida, porque además de haberla pensado suficientemente, según me manifiesta, hace, como ve V. R. un buen sacrificio a Dios de la situación alagadora de que goza. No quiere ir a España, porque le parece que allí las instituciones religiosas tienen una existencia vacilante; desea mucho estar donde reside Vtra. R.

Sírvase, pues, Vtra. R. contestarme si puede ser admitido, y qué condiciones debe llenar.

Le quedará muy agradecido su affmo. servidor en Jesucristo:

† Juan Bautista, Arzobispo de Caracas.

Venezuela. América Meridional.” (d)

Al mismo tiempo el Doctor HERNANDEZ escribía otra carta pidiendo el favor de ser admitido en la Cartuja. A ella le contestaron diciéndole que lo pensase más todavía, y si él veía que Dios lo seguía llamando a las puertas del corazón, ellos lo recibirían como a un hermano en Nuestro Señor.

(d) Carta del Exmo. Sr. Arzobispo de Caracas (Vid. Homenajes, p. 95).

11.—He aquí la traducción de la carta del Superior de la Cartuja de Farneta:

“Certosa di Farneta, Lucca, Italie, el 3 enero, 08.

Al Señor Profesor Don José G. Hernández.

Su hermosa carta, confirmatoria de cuanto nos había dicho el Excmo. Sr. Arzobispo de Caracas, nos ha procurado una real satisfacción. Agradecemos a Dios los favores que ha dispensado a usted, y nos alegramos de verle dispuesto a no dejar perder la más mínima parte de las gracias que El se dignará concederle en lo porvenir.

En la carta al Sr. Arzobispo le he enumerado las varias condiciones requeridas para la admisión en la Cartuja. Hay algunas de que usted nada dice, sin duda porque reúne ese conjunto de aptitudes exigidas al futuro cartujo. Sin embargo, para evitar cualquier mala inteligencia, llamo de nuevo su atención sobre el canto y el latín. No es necesario saber el canto, pero sí ser capaz de aprenderlo conforme al curso organizado a este efecto en el Noviciado. Cuanto a la lengua latina, sus anteriores estudios nos hacen esperar que le será bastante familiar para comprender los oficios del coro, y entregarse, después del año de noviciado, al estudio de la Filosofía y de la Teología.

Por otra parte usted ha encontrado en la vida de nuestro Padre San Bruno todos los pormenores de nuestras observancias, y debe tener una idea suficiente de los compromisos que desea contraer. Por eso nuestro Reverendo Padre General le autoriza de grado a que haga el ensayo de nuestro género de vida. Descansamos en la dulce confianza de que no se contentará con un ensayo y que Dios le otorgará la gracia de perseverar.

Antes de dejar su situación, y de separarse de su piadosa familia, pese usted todavía delante de Dios la importancia de su propósito, y si cree que

tal es su Voluntad, nosotros lo recibiremos como un hermano en Nuestro Señor.

Le agradeceríamos nos diera noticia de la fecha aproximada de su venida, y haga el favor de traer la ropa y los vestidos que ha de necesitar durante el mes de postulante. Si por razones imprevistas su viaje fuera retardado, usted se considerará en la obligación de comunicárnoslo.

Mientras tenemos el placer de verle, quedamos unidos con usted de corazón, recomendando su vocación al Divino Niño de Belén, a Nuestra Señora del Buen Consejo, a nuestro Padre San Bruno y a la admirable Santa Rosa de Lima.

Dígnese aceptar... etc.

fr. Etienne Arriat, Maestro de Novicios". (e)

El tiempo transcurrido entre la fecha de esta carta y la de la salida del Doctor HERNANDEZ camino de la Cartuja fué el que aprovechó para sus estudios de latín con el Profesor Vega.

12.—Su intención al pedir el ingreso en la Cartuja de Lucca, no era otra que la de hacerse sacerdote. Fué la ilusión madura de su vida de consciente. Quizá en sus ideales de niño, indefinidos y frágiles, como frutas verdes, existieron otros ideales. Cuando su vida llegó a la madurez, se dió cuenta de la sublimidad del sacerdocio y de la vida religiosa. Ya era la mente del pensador que sabía calibrar los valores.

La idea del sacerdocio que tenía en su juventud, nos la expresan aquellas palabras que pronunció, pensativo, y como un primer vislumbre, al defender al P. Colmenares, quien para algunas personas podía haber pasado por ligero e inconsciente de su dignidad:

"Yo me haría sacerdote si no me sintiera tan indigno de ese favor divino. El sacerdocio es lo más grande que existe sobre la tierra..."

---

(e) Carta de Dom. fr. Etienne Arriat. Certosa di Farneta. Lucca, Italia, el 3 enero 08. (Vid. HOMENAJES, pág. 103).

Cuando en su vida lo creyó posible, no porque hubiera llegado a merecerlo, sino seguramente por las exactas observaciones de su Director de conciencia, entonces se soñó en la cima de la perfección siendo sacerdote, en el oficio al que más se parecía su condición de médico. Quería ser también el médico de las almas.

Tanto soñaba en su sacerdocio, tan hacedero creía el camino, que comprometió a su mismo Director Monseñor Castro, para que, una vez terminados sus estudios, fuera a darle las órdenes a la Cartuja. Así se lo recuerda en una carta que le escribe desde Puerto Cabello, antes de embarcarse.

13.—Nadie en Caracas podía sospechar remotamente, y mucho menos sus familiares, que aquel disimulado viaje a Puerto Cabello tenía la trascendencia de una última despedida. Sólo JOSE GREGORIO, con aquel cariño tan honrado por su familia podía calibrar el desgarramiento interior que para él representaba aquel "hasta pronto" que, sonriendo dijo a sus familiares desde la puerta de la calle, y aquel "hasta mañana" intrascendente, a sus discípulos, era la fortaleza del hombre del deber y del sacrificio.

Si no hemos de mirar la historia como una mera sucesión de hechos muertos en los que el corazón no existía todavía para aquellos tiempos, como si el corazón de la humanidad hubiera nacido con nosotros, nos podremos dar cuenta de este desgarrón nunca suturable en aquel carácter cariñoso y familiar. Si el corazón le podía traicionar en la despedida, renunciaba hasta al último beso y al último abrazo. "Tú comprendes —escribe a su hermano César desde Puerto Cabello— lo dolorosa que es para mí esta separación de mi familia a quien quiero entrañablemente y que por esta causa no he tenido valor para decirles adiós de palabra. Solamente por obedecer al llamamiento divino he podido dar este paso que es para mí tan duro".

Perdónese la repetición de la cita por lo expresiva. En la familia, cristiana y resignada, fué un golpe muy duro. Pero la misma resignación de JOSE GREGORIO, era la que ellos habían aprendido en el hogar patriarcal de



los HERNANDEZ. Ni una queja, ni una recriminación. Sabían dar a los sucesos de la vida una interpretación sobrenatural y alta, sin estrabismos del sentimiento y con un acatamiento resignado y gozoso a la voluntad de Dios. Era la herencia que les dejaba JOSE GREGORIO, en su despedida, las enseñanzas de su vida, rica siempre en matices de sobrenaturalidad.

14.—Y así, en junio de 1908, JOSE GREGORIO se embarcó, plena el alma de ilusiones, en medio de la tristeza que embargaba su alma fina, inteligente y cariñosa, casi podríamos decir necesitada.

Los días de mar, monótonos, aislados, le fueron resbalando sobre el alma pesadamente, reñidas las horas de la alegría de saberse pronto totalmente de Dios, con las horas de inmensa tristeza de los recuerdos. La familia, sus clases, sus pobres, y sus enfermos... Todo ello le venía a la imaginación a aumentar la tristeza, y a valorar aquel acto de heroicidad que iba a hacer de su vida un holocausto. Había altamar en el océano, en los horizontes de su alma.

Ya la consternación resignada habría llenado el alma de sus más queridos al leer la carta que JOSE GREGORIO les enviara desde Puerto Cabello, antes de embarcarse, con las últimas recomendaciones, los últimos consejos, y una petición de perdón que aún a nosotros, ajenos a este drama vivido, nos emociona: "Les ruego a todos que me dispensen de todo lo que les he hecho sufrir; y que Nuestro Señor nos dé la dicha de volvernos a ver en el cielo..."

Este mismo cariño hacía que al escribir a Monseñor Castro, le rogara una disculpa ante su familia. Era una de las dos cosas que le había prometido Monseñor en la despedida:

"...y también para recordarle las dos cosas que me prometió, a saber: que iría a la Cartuja a darme las órdenes en llegando el día, porque mi mayor deseo es recibirlas de manos de mi amadísimo Prelado; y también que no dejaría de disculparme

con mi familia por la necesidad en que me veo de dejarla..." (f)

Al fin JOSE GREGORIO se lanzó confiadamente como un niño en los brazos del Buen Padre Celestial, a quien encomendaba de corazón todas aquellas necesidades de su sentimiento.

## CAPITULO SEPTIMO

### EL MONJE

1.—Así, en un día abierto y claro, puramente toscano, llegó JOSE GREGORIO a la Cartuja de Farneta, en las inmediaciones de la famosa Lucca, la eterna rival histórica y artística de Pisa. No era el arte, sino Dios quien lo llevaba a Lucca. No eran las hermosuras de Nicolo Pisano, de Fray Bartolomeo, de Giombologna, las que le atraían a Lucca, sino las hermosuras de la soledad, donde esperaba encontrar a su alma, nueva, recién descubierta. Huía del ruido, del mundo, de la civilización, para caer en los brazos de Dios que nos espera siempre en la soledad. Es sintomático para este nuestro siglo de adelanto y de comodidad el que las almas superiores y selectas sientan estas ansias de huir de todo, no con el gesto desesperado del harto, sino del que siente un vacío inmenso dentro de su corazón. La agitación y el ruido, no llenan las almas, sino que las aburren inmensamente, por eso mismo que no son más que ruido, sin una realidad interna que sacie las necesidades imperiosas de las almas.

Los alrededores de Lucca, con su soledad, y sus arboledas quietas en el silencio de la madrugada, doradas y mudas en la belleza de los atardeceres toscanos, eran el ambiente más propicio para estas ansias de soledad y de cielo.

Arrojados de Francia los Cartujos por la Revolución, buscaron un lugar propicio para su vida de retiro y soledad.

(f) Carta de José Gregorio Hernández. Puerto Cabello, junio 8 de 1908. — (Vid. HOMENAJES, pág. 103).

dad, y lo encontraron en Farneta, en las inmediaciones de Lucca. Los ruidos de aquella ciudad tranquila, paciente y sosegada bajo el peso de su remota antigüedad, que conoció los nombres de Aníbal y Sempronio, nunca serían tan estruendosos que rompieran la diáfana claridad del silencio de la Cartuja. Allí se construyó la Casa General de la Orden, donde habían de residir los Superiores Mayores. Era el "Valle del Silencio" por antonomasia.

2.—La Orden de los Cartujos tiene la remota antigüedad de nueve siglos de existencia. El primer monasterio, fundado por San Bruno, en 1084, está situado en las cercanías de Grenoble, y conserva todavía el honroso título de La Gran Cartuja. En el siglo XVI, llegó a tener la Orden 206 Cartujas o monasterios, decreciendo después, minada por las revoluciones de los Estados en Europa, nada atentos a la fuente de hombres recios que representan para la Patria estos semilleros de héroes.

Su vida es una remembranza de la vida de los solitarios de los desiertos de Egipto y de Palestina, con sus penitencias, su silencio y su apartamiento absoluto del mundo. Es una mezcla de la vida cenobítica y la eremítica, conjugando en una sola la soledad de estar con Dios y la compañía imprescindible de los hermanos que nos santifican. Todas sus ocupaciones están sintetizadas en estas tres palabras: oración, estudio, y trabajo manual.

Su comida frugal, se puede decir que es única en el día, pues la cena es muy escasa para los que la toman. Ayunan desde el 14 de setiembre hasta el Domingo de Resurrección. En estos días de ayuno, la cena consiste en un vaso de vino y un pedazo de pan. Si las fuerzas se lo permiten, practican semanalmente un día de ayuno a pan y agua.

Tienen prescrito el silencio continuo y absoluto. Modernamente se ha mitigado un tanto esta antigua costumbre de la Orden, y en los domingos y en ciertas festividades tienen una conversación en común. Además de esto, todas las semanas tienen un paseo en el que durante tres horas y media pueden conversar entre sí. De esta manera pueden unir la caridad y el instinto de sociabilidad con el retiro más absoluto.

Sus trabajos manuales suelen ser, además de la obligación del aseo de sus propias habitaciones, el partir la leña necesaria para las cocinas, el arreglo del jardín que cada uno debe cuidar, fabricar en el torno objetos de piedad, pintar, esculpir, modelar, y otras distintas ocupaciones manuales para las que Dios haya dado facultades a cada uno.

Cuando muere, el cartujo es enterrado en la tierra, sin caja, más cristianamente en contacto con la Hermana que a todos nos acoge cariñosamente.

Pedro el Venerable, que vivió entre el 1092 y el 1156, nos ha dejado este retrato de los cartujos de su tiempo:

"Son los monjes más pobres; la sola vista de su exterior, espanta. Llevan un rudo cilicio, mortifican su cuerpo con ayunos casi continuos y no comen sino pan de salvado, enfermos o sanos. No conocen el uso de la carne, y no comen pescado sino cuando se lo dan. Los domingos y los jueves comen huevos y queso; los martes y sábados comen hierbas cocidas; los otros días de la semana viven con pan y agua. No hacen sino una sola comida al día, excepto en las octavas de la Natividad, de Epifanía, de Pascua, de Pentecostés, y algunas otras fiestas. La oración, la lectura y el trabajo manual, que consiste principalmente en copiar libros, son sus ocupaciones ordinarias. Recitan las horas menores del oficio en sus celdas cuando oyen sonar la campana, pero se reúnen en la iglesia para cantar vísperas y maitines; dicen misas los Domingos y fiestas..." (a)

La descripción de una Cartuja a grandes rasgos, sería poco mas o menos, la siguiente, que hemos encontrado en una de las publicaciones que se ocuparon de la huida del Doctor HERNANDEZ a la Cartuja:

"Al principio, salvo el oratorio y los claustros, que presentaban un aspecto monumental, el resto

(a) Citado por el Doctor Ernesto Hernández Briceño en HOMENAJES (cit.), pág. 108.

del convento no consistía sino en celdas muy pequeñas. Más tarde, la arquitectura de estos monasterios se modificó un tanto. Una puerta única da acceso al recinto del monasterio, rodeado por una alta y espesa muralla, protegida por torres de observación, y capaz de sostener un sitio (\*). Franqueada la puerta, se penetra en un vasto patio que da acceso a la habitación del prior, la casa de los peregrinos, la iglesia, los establos, las granjas, el palomar y el horno. Cerca de la iglesia está la sala capitular y un pequeño claustro interior; un segundo claustro de gran extensión, en forma de corredor en cuadro, se encuentra en la segunda parte del edificio; a su alrededor están las celdas de los monjes, que forman, cada una, una pequeña habitación separada, con jardín particular. Estas celdas se abren en la galería del claustro, y están provistas de un torno en el que un hermano deposita el escaso alimento destinado al recluso. La habitación se compone de una pieza que sirve de taller, un dormitorio, cuyos muebles son una mesa, un banco y un armario, un pequeño corredor abierto, con los servicios, y una bohardilla... (b)

El hábito de los monjes profesos consiste en una cogulla de sarga blanca, con escapulario unido con cintas a los lados, y capilla adherida, encima del hábito de estameña, sencillo. El de los novicios es una especie de escapulario blanco que descende hasta las rodillas con la cogulla; para el coro y otros actos de comunidad tienen un manto negro que cubre el hábito por completo. Los postulantes usan el mismo traje que llevaron del siglo, y para asistir al coro y a la comunidad, usan también el manto negro de los novicios.

3. — Este era el marco donde quería el Dr. HERNANDEZ encuadrar su vida para servir a Dios. Ya desde ahora

(\*) Recuérdese que atravesaba Europa la época feudal.

(b) Citado por el Doctor E. Hernández Briceño en *HOME-NAJES*, pág. 110.

renunciaba completamente al mundo, a quien había amado únicamente por Dios. Ahora quería olvidarlo completamente. Iba a ser otro hombre, y para eso iba a olvidarse hasta de su nombre antiguo. En aquella soledad nada quería que le trajera recuerdos impertinentes. Y hasta el bello nombre de JOSE GREGORIO, fué suplantado por el de Fray MARCELO. Así consta en la ficha de su entrada en la Cartuja de Lucca, que copiamos a continuación:

“NOMS: Hernández (D. Marcel).

Prónoms: José Gregorio.

Naissance: 26 octobre 1864.

Origine: Libertad, diócese de Mérida (Venezuela).

Situation dans le monde: Médecin et Professeur de Bacteriologie á l'Université de Caracas (Venezuela).

Entrée: 16 juillet 1908.

Véture: 29 aout”. (c).

Según esta ficha ingresó en el noviciado, y se le cambió el nombre el 29 de agosto de 1908.

Podemos suponer la reacción pública en Caracas al recibir la noticia, casi novelesca, de la huída del Dr. HERNANDEZ. Todas las publicaciones de la Capital se ocuparon de esta apetitosa noticia, de un interés publicitario enorme, dadas las amistades y la popularidad del Dr. HERNANDEZ en Caracas.

4. — Por este tiempo, cultivaba JOSE GREGORIO la amistad de un señor italiano que en una carta al Postulador de la Causa de Beatificación, escribe:

“Tuve la gran suerte de haber sido distinguido con el aprecio del Dr. Hernández. Siendo yo italiano, y poseyendo él ese idioma, siempre conversábamos en italiano.

(c) Archivo de la Postulación de la Causa de Beatificación. Sección epistolar.

Como tenía proyectado su viaje a Italia para entrar a la Cartuja de San Bruno, a menudo nuestras conversaciones versaban sobre ese tema, y buscábamos en el mapa el punto donde estuviese ubicada la ciudad de Farneta, no habiéndola podido localizar, por no figurar en el mapa, pues es una pequeñísima parroquia cerca de Lucca.

.....

Cuando regresó de Italia, estaba yo en el Apure. Al saberlo en el país, me apresuré a escribirle saludándolo, y él me contestó una cartica (que conservo como una reliquia) muy amable como siempre y llena de unción cristiana, exhortándome a oír misa todos los domingos y ser devoto de la Sma. Virgen, y que recordara nuestras conversaciones de antes, es decir, ser piadoso.

Cuando vine a Caracas, lo fuí a visitar, y lo encontré sentado al piano cantando salmos religiosos. Después, no lo ví más. Habiéndome enfermado fuerte, siendo esos días el fatídico accidente que le tronchó la vida...

*Blas Pappaterra L. (d).*

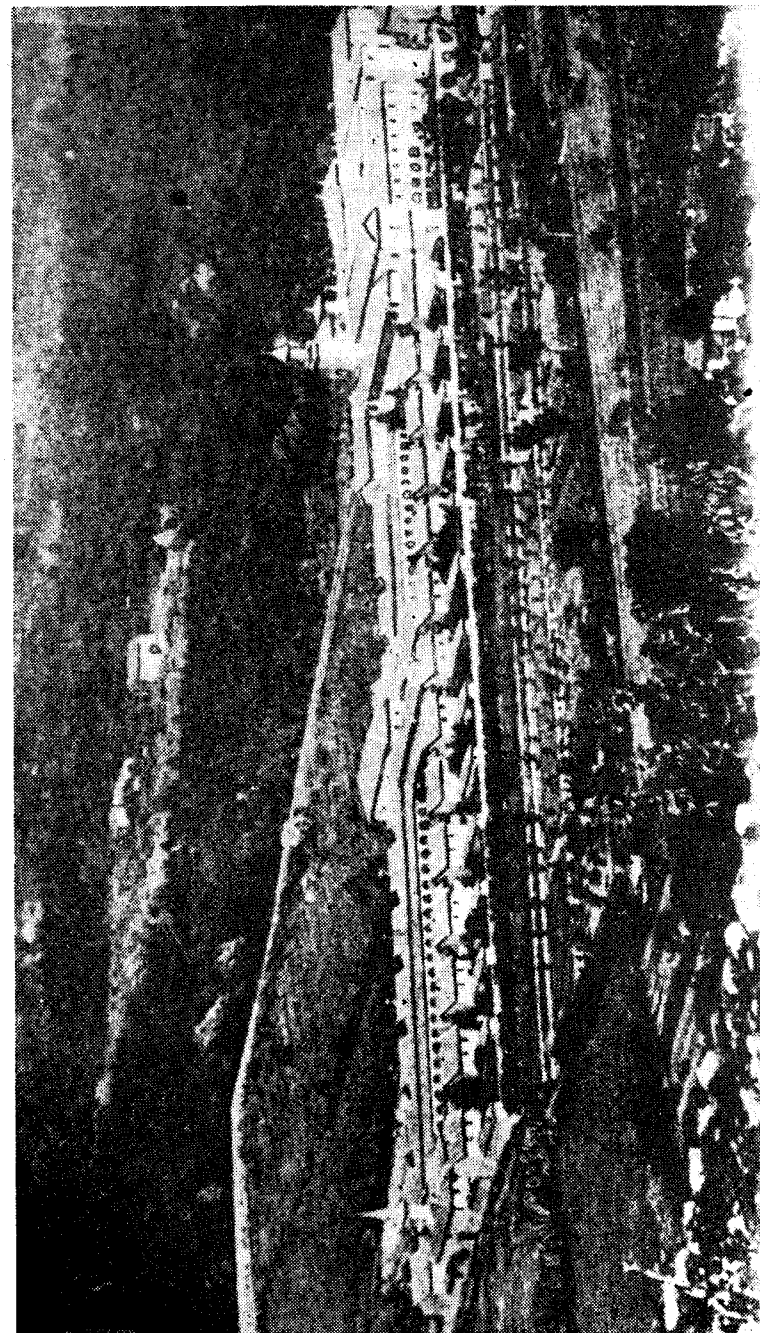
Con el título sugestivo de FRAY MARCELO, aparecieron publicaciones en las que se exaltaba la figura heroica del valiente compatriota. Una de estas publicaciones decía:

“Caracas se ha conmovido ante un acontecimiento insólito, de sublimidad deslumbrante, producido en su seno.

El Dr. José Gregorio Hernández nos ha abandonado de repente para ir a sepultarse en la soledad y el silencio de una Cartuja.

¿Qué ha pasado en esa alma cuya belleza moral y religiosa era encanto y orgullo de nuestra so-

(d) Archivo de la Postulación de la Causa de Beatificación.  
Sección epistolar.



Chartreuse LUCCA



Vista tomada por el señor Benigno Hernández desde la celda U de la Cartuja que habitó JOSE GREGORIO. El jardín estuvo entretenido por él.

ciudad? ¿Ha sufrido alguna decepción? ¿Se ha visto presa de amargos desengaños? ¿La tierra no le brindaba con sus delicias y sus placeres?

No; no es humana la causa de tan cristiana y santa separación; la vida del Dr. Hernández corría apacible en medio de afectos entrañables de familia y del alto aprecio y distinciones con que Caracas lo abrumaba; el Señor le dió bienes suficientes de fortuna; su inteligencia brillaba enriquecida por los tesoros de la ciencia que a manos llenas distribuía, y que le recompensaba con altos honores y nombre acariciado por la fama; no se le vió nunca en el camino de esas desgracias y dolores que inspiran la fuga del mundo y de la sociedad.

El Dr. Hernández no va hacia la Cartuja sino llevado por la fuerza de su amor a Dios, y bajo el impulso de una poderosa y fuerte vocación: en sus relaciones íntimas con Jesucristo, en sus comuniones de todos los días, se maduró su propósito durante años, hasta el punto de poder decir al fin al Ilmo. Sr. Dr. Castro, cuando se lo comunicó: —Estoy cierto de que Dios me exige este sacrificio" (e).

6. — He aquí otra de las publicaciones que expresan el afecto que se le profesaba, y el interés que produjo su partida:

"Profunda impresión ha causado en Caracas la triste resolución del eminente médico, virtuoso ciudadano y honra de la sociedad venezolana.

El Dr. Hernández abandona el trono de luz, que ocupó por su inteligencia y por sus elevados conocimientos científicos para refugiarse en la celda de un convento, y es de prestarse a pro-

(e) "La gran nota social del día. — Hermoso y fecundo sacrificio. Vid. en HOMENAJES, pág. 101.

fundas consideraciones filosóficas, ese lamentable desprendimiento de las actividades, y esa renuncia a una elevada posición social, posición donde se agasaja por sus virtudes y merecimientos, para dedicar los restantes días de su vida a ese aislamiento de los afectos, de la Patria y del mundo. Las almas sencillas, esas almas que pasan por entre las infinitas miserias humanas haciendo el análisis de la vida en todas sus manifestaciones, son prontas para amar el triste retiro de este mundo, donde se alza soberbia la mentira, la perfidia, la ingratitud, y todo ese engendro de pasiones que hace desgraciada a la humanidad y le oscurecen el verdadero camino de la felicidad. El Dr. José Gregorio Hernández deja en Caracas el recuerdo de sus virtudes y los esplendores de su inteligencia como herencia moral del que vivió en esta sociedad siendo a la vez, con su ejemplo, médico de las almas extraviadas; con su ciencia, médico de los cuerpos enfermos, y con su infinita bondad médico de los tristes, de los humildes, de los desamparados.

Allá, en sus horas nostálgicas, llegarán a su espíritu las sensibles frases de una sociedad que tanto necesita de sus virtudes ejemplares, y que ve en su retiro el apagar de un sol que daba vida y fecundaba la semilla del bien" (f).

7. — Dejemos aparte tantas manifestaciones en las que se mezclan las pretensiones literarias de aprovechar una noticia excitosa en el campo periodístico con la verdad del sentimiento por su desaparición. Solamente, por su valor la nota preciosa del Dr. Razetti, que comparte con HERNÁNDEZ la supremacía del aprecio científico en Venezuela, y que era su amigo incondicional:

"Después de diez y ocho años de vida consagrada a la práctica de la medicina, a la enseñanza cientí-

fica y al cumplimiento estricto de sus deberes de familia, desaparece del mundo de los vivos el Dr. José Gregorio Hernández, no para confundirse en el abismo de las cosas, herido por la muerte, sino para sepultarse en la celda de un convento, a donde lo lleva una vocación inquebrantable y una fe religiosa tan pura, como puros fueron todos los actos de su vida en el mundo y en el comercio de los hombres.

La sociedad de Caracas está de duelo porque la separación de este médico, que ocupó un puesto preeminente en la profesión, es una verdadera pérdida para los que fueron sus clientes y a quienes salvó muchas veces la vida con su ciencia y su sagacidad clínica.

La Universidad de Caracas, lamenta la separación de un profesor ilustrado, que tuvo la gran gloria de fundar en ella los estudios experimentales de Bacteriología y Fisiología, ciencias éstas que profesó con singular competencia y rarísima consagración.

El respeto que siempre me ha inspirado la inmaculada vida del Dr. Hernández, con cuya amistad me honré, a pesar de que ambos girábamos en los polos opuestos del pensamiento filosófico; el conocimiento perfecto que tengo de sus aptitudes y de su vasta ilustración científica; y sobre todo mi admiración por la entereza de aquel carácter que jamás se desvió ni una línea del camino que debía conducirlo a lo que él creía la realización del supremo ideal de la vida (\*), son los móviles que hoy me inspiran estas líneas ingenuas, expresión de mis sentimientos ante la irreparable desaparición de un hombre, de quien la Patria debía esperar aún muchos beneficios.

Nadie tiene el derecho de censurar el acto en sí realizado por el Dr. Hernández; pero todos de-

(f) El Dr. Hernández. Vid. en HOMENAJES, pág. 111.

(\*) Recuérdese en ésta y otras frases el ateísmo del Dr. Razetti.

bemos lamentar su extrema decisión, porque sustrae a nuestra actividad social un elemento útil, separa de la masa general de la nación una parte noble, apaga en la Universidad una luz y resta una inteligencia en el concierto de las actividades científicas del país.

A muy profundas consideraciones de psicología social se presta este hecho insólito en nuestra vida nacional; pero no es éste el momento de hacerlas.

*L. Razetti (g).*

8. — Por fin JOSE GREGORIO había encontrado la paz que anhelaba. En aquel retiro su alma se acercaba a Dios, y le daba gracias porque le había dejado demostrarle su amor de una manera tan agradable para él, que solamente buscaba la soledad para estar con Dios. El le había exigido el sacrificio solamente, pero los planes sobre aquella alma de quien todavía necesitaba el mundo, eran muy otros de los que JOSE GREGORIO creía.

Para Dios vale tanto el empuje valiente como la obra misma, para quien no puede realizarla. La hazaña de la pequeña Teresa de Ahumada, que se lanza camino adelante hacia tierras de moros "para que la descabezasen" por Cristo, tiene el mismo valor que la oblación completa de los degollados y descabezados por amor del Mártir del Gólgota.

9. — Es interesante, para este período de la vida de JOSE GREGORIO, el testimonio presencial de un amigo que lo visitó en la Cartuja durante el Noviciado. Fué en noviembre de 1908, estando JOSE GREGORIO en el tercer mes de su Noviciado, cuando el P. Arteaga, (\*) sacerdote secular, actualmente Cardenal Arzobispo de La Habana, se llegó a hacerle una visita a la Cartuja de Farneta:

"No sin alguna dificultad pues la regla no permite a los novicios recibir visitas, pude llegar

(g) HOMENAJES, pág. 106.

(\*) Actualmente Cardenal Arzobispo de la Habana.

al departamento que ocupa el Dr. Hernández, el hombre de elevado entendimiento y de vasta ilustración, que ha dado tan hermoso ejemplo de fe a sus conciudadanos, aparece bajo el blanco sayal, conservando un continente natural y modesto; las comunicaciones de su alma con Dios, le han dado a su mirada una expresión que hace recordar lo sobrenatural y en su frente despejada uno creería descubrir los graves pensamientos de la eternidad. Su modo amable y recogido, no ha cambiado, porque se lo había dado la virtud. El recuerda a su Patria, su familia, con tanto más amor cuanto su corazón está más entregado a Dios. Yo no quise traerle al Dr. Hernández recuerdos que pudieran avivar el dolor de su separación, comprendiendo demasiado que él no ha dado este paso de su vida sin un gran sacrificio. El está contento, sí, con la complacencia interior que ninguna pluma podrá revelar, del hombre que ha oído la voz de Dios y ha vencido todos los obstáculos para seguir esa voz. No habrá cosa que pueda arrebatarse la paz interior y su alma, purificándose más y más de las miserias anejas a esta vida, se acerca, porque el tiempo pasa rápidamente, al hermoso día de la liberación y del triunfo. Así lo esperamos.

Fray Marcelo, que tal es el nombre que lleva en religión el Dr. Hernández, ora por su patria y por los suyos. A la salida de su departamento hay una imagen de la Santísima Virgen. Según la Regla cada vez que el religioso sale reza allí tres avemarías. Yo las recé en compañía del virtuoso e inolvidable amigo, siendo el único recuerdo que yo podía dejarle y él recibir este acto piadoso, en el cual quizás recordó una vez más, con santo afecto, la amada Patria, el lejano hogar y los suyos, tal vez dejados hasta la eternidad. Cuando ya en la puerta, con motivo de una broma usada



por mi acompañante, me dijo con su sonrisa en los labios: "Véngase para acá", sentí que no me hubiera sido posible contestar: "Me quedo".

Seguimos al Maestro de Novicios, quien con santa cortesía nos mostró toda la Cartuja. Admiramos sobre todo la Biblioteca, que contiene la mayor parte de los libros de la Grande Chartreuse, y la iglesia, bellamente decorada. Habríamos deseado volver a ver al Dr. Hernández antes de partir; pero ya se había hecho hartó en nuestro favor permitiéndonos la visita, y nos retiramos, pensando yo en la felicidad del que oyendo el llamamiento de Dios deja todas las cosas y lo sigue.

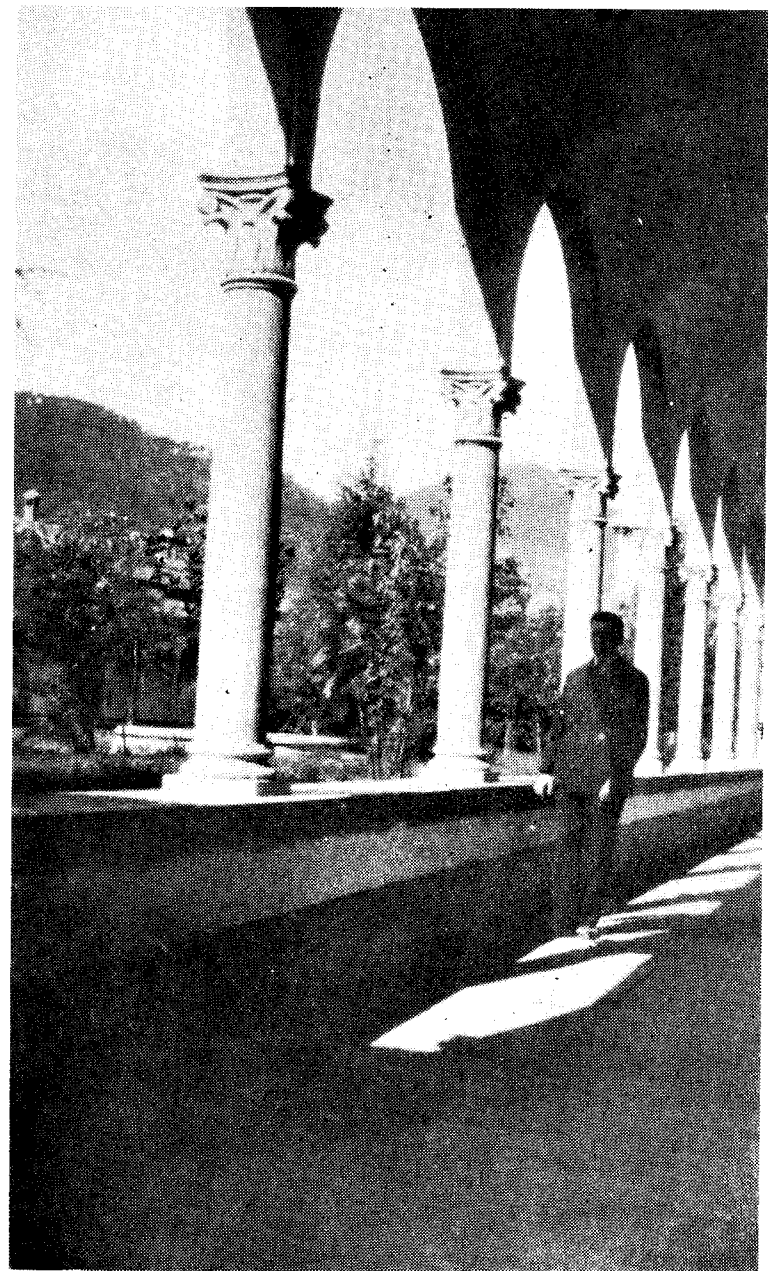
Lucas: noviembre de 1908.

*Pbro. M. Arteaga* (h).

10. — Es interesante este rasgo de la "expresión" del Dr. HERNÁNDEZ, santificado hasta exteriormente por aquel ambiente de religiosidad y de interior felicidad. No es raro encontrar en hombres de intensa vida interior este sello que da la gracia y la virtud a los modales, al porte exterior, y sobre todo a la mirada de los que se han encontrado con Dios en la soledad y que están acostumbrados a mirarlo, con los ojos del cuerpo cerrados, con la mirada interna muy abierta para las bellezas del mundo sobrenatural.

11. — El cariño por la familia no había sido en ninguna manera amenguado por aquel retiro del mundo, y en sus cartas se respira ese cariño más suave y más profundo que da el amar todas las cosas, aún las que obligatoriamente se han de amar, y hacerlo todo esto por Dios. No

(h) Una visita a la Cartuja de Lucca, por el Pbro. Manuel Arteaga. Vid. HOMENAJES, pág. 147.



Claustro de La Cartuja de Lucca. Foto tomada por uno de los cartujos, en la que aparece el señor Benigno Hernández, en visita que hiciera en 1926.



podemos dejar de copiar la carta que escribió a su hermano César desde la Cartuja:

“Certosa di “Farneta.—Lucca.—18 de noviembre de 1908.

Mi querido César:

Tuve el placer de recibir tu cartica del 22 del pasado, y como me dices que están deseosos de saber si estoy bueno, me apresuro a contestarte. Tú sabes que mi salud es siempre muy buena, así es que por este respecto no te debes inquietar. Me alegro mucho de saber que allá están todos buenos...

Mis oraciones son todas por U. U.; cada día aplico mi comunión, las misas, el oficio divino, el de la Santísima Virgen, el ayuno, la vigilia y demás obras que practicamos en nuestra Orden por uno de los miembros de mi familia, empezando por mi hermana, después por cada uno de mis siete hermanos, luego por mis dos cuñados, y por mis doce sobrinos, y así que termino, vuelvo a empezar; hoy, por ejemplo, que estoy escribiendo, es el día de Blanca; de esta manera, así como los tengo a todos en mi corazón, con el cariño más grande que se puede tener en este mundo, así quiero tenerlos junto a mí en el Cielo, para nunca más volvernos a separar.

Me parece que Benigno debe estudiar o medicina o derecho... Para que termine su educación no tienes que hacer sino lo que te dije en mi primera carta, es decir, no gastar lo que tienes, sino solamente en eso, y sobre todo no ir a hacer fábricas, ni nada por el estilo, pues con eso y lo que tú ganas puedes llevar a cabo la educación de todos ellos.

Saca una copia de esta carta y mándasela a Sor Magdalena a Trinidad para que ella vea cuánto pienso en ella; sobre todo cuando le toca su día no me canso de darle gracias a Dios que

en sus más tiernos años quiso sacarla del horrible mundo y guardársela para El solo.

Ya tú comprenderás por qué no les escribo a todos, como hubiera sido mi deseo, pero es que en mi Orden nosotros vivimos de la soledad, del silencio y del alejamiento de las criaturas, aún de las que nos tocan más de cerca, y así nos está prohibido tener mucha correspondencia; pero eso no importa, porque nos es muy fácil reunirnos cada vez que queramos dentro del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Como verás por la firma, mi nombre me ha sido cambiado por el de Marcelo, según se acostumbra en las Ordenes Religiosas.

Al pie de esta cartita le pongo unas letras a mi hermana. De nuevo se la encargo mucho a todos y principalmente a tí; que no le falte nunca el cariño y respeto de sus sobrinos.

Un abrazo...

f. *Marcelo Hernández, N. Cartujo*” (i)

12. — Pero todos aquellos ideales y aquella belleza se habían de ver pronto desvanecidos como una espuma, por voluntad de Dios que quería robustecer con el dolor el alma de JOSE GREGORIO, siempre fuerte ante todas las adversidades.

13. — Mejor que nuestra pluma ha de describir la vida de JOSE GREGORIO la de sus compañeros en la Cartuja de Farneta. Cuando en 1949 se introdujo la Causa de su Beatificación en el Arzobispado de Caracas, se pidieron datos a la Cartuja, para que aquellos que conocieren al Siervo de Dios dieran testimonios de sus recuerdos.

He aquí los recuerdos de algunos de sus connovicios y hermanos en el encierro de la Cartuja de Farneta:

“Puedo asegurar, —escribe fr. Theophile Ginot—... que era un buen hermano, piadoso, sen-

(i) Carta de Don fr. Marcelo Hernández, Novicio Cartujo. — En HOMENAJES, pág. 151.

cillo; y que nos extrañamos de verlo marchar. Nunca supimos en realidad la causa de su salida”.

Otro hermano, cuya firma no hemos podido descifrar, nos lo presenta como una

“naturaleza fina, delicada, mejor aún, refinada”.

Valga este epíteto en la traducción del francés, aunque su verdadero significado dice aún más. Nos da el detalle de que una de las costumbres monásticas que más le costó fué la de la *tensura* o rasuración de la cabeza.

El P. Vicario, fr. Henri Marie Malabard, dice que:

“Su rara modestia fué sobre todo lo que me impresionó: pasaba desapercibido como una sombra. Ayudaba a la Santa Misa con una piedad profunda”.

El P. Anatole Mauben recuerda todavía, ya anciano, aquel

“Novicio que era modestísimo, muy observante, y exactísimo en el cumplimiento de las ceremonias del coro, etc. Por su edad (tenía alrededor de cuarenta años), por su cultura (era médico), por sus virtudes y conducta irreprochable, conquistó en seguida la estima y el afecto de la comunidad, y todos se complacían en ver en esta vocación un regalo del Buen Dios para el bien de la comunidad y para el porvenir de la Orden. Así recibimos una penosa decepción cuando supimos que M. Hernández abandonaba Farneta. En la comunidad no se conocieron los motivos de su salida. He aquí un detalle del que recuerdo. Se le preguntaba a M. Hernández cómo había llegado a conocer la Chartreuse, y qué lo había decidido hacia ella. El respondió sencillamente: —He leído tantas veces la Imitación de Cristo aquellas palabras que se refieren a los Cartujos, a los Cistercienses: “Qualiter omni nocte ad psa-

llendum Domino assurgunt (Lib. 1, cap. 25)”. (Cómo se levantan todas las noches a cantar las alabanzas del Señor...) Así conocí yo a la Cartuja y me decidí abrazar su género de vida”.

Una de las cartas más interesantes de la Cartuja es la de fr. Longin Ray, que nos aporta datos interesantes, algunos completamente ocultos si no hubiera sido por la gracia de la memoria de este viejecito:

“...de talla un poco más que mediana, muy delgado; mas no guardo recuerdo alguno de hechos precisos sobre sus virtudes. Como nunca nos advirtió que sería algún día candidato a la Canonización; no tuvimos cuidado de tomar datos y notas en el noviciado... Era un buen novicio, sin nada de extraordinario, pero al parecer muy amante de su vocación. Razón por la cual, su salida nos sorprendió en extremo. Por eso los comentarios en tiempo de recreo y asueto fueron muchos; al punto que Don Etiénne (Maestro de Novicios) nos prohibió hacer comentarios en lo futuro acerca de la salida de los novicios. Recuerdo que Don Jean Louis Luccini (ex S. J., antiguo Superior de la Gran Seminario de Mangalore (India) muerto siendo prior de Trisulte) se mostraba especialmente extrañado de su salida. Me contaba que en uno de los recreos que precedieron a su partida, habían hablado sobre la vida de los Cartujos, y que Don Marcelo se había mostrado muy entusiasmado con su vocación... Jamás, que yo sepa, tuvo dificultad con ninguno: era de un carácter ante todo suave.

14.—...Si el buen señor era un gran médico y una autoridad en bacteriología, no tenía la misma disposición para la vida práctica. Un día dió un gran susto a nuestros obreros que trabajaban la viña un poco más arriba de su celda. A la cabeza de todos ellos, gritando “¡fuego, fuego!”

entró en su habitación el hermano María José. La víspera, bajando de Chiatre, al terminar el recreo, había recogido un puñado de castañas. Nosotros le explicamos, lo mejor que pudimos, cómo las debía cocer. Al día siguiente, durante el trabajo manual, quiso poner en práctica nuestras instrucciones. Pero su paila estaba en el grabero, estropeada, y él, sin preocuparse de lo que podía suceder, la colocó en medio de la pieza y la encendió. Pronto se vió envuelto en una densa nube de humo. Al abrir la ventana para darle salida, atrajo la atención de los trabajadores. El pobre sufrió una buena humillación, sin contar la reprimenda del P. Maestro, que aceptó humildemente”.

15. — Del mismo Hermano es la anécdota que él en su ancianidad se complacía en recordar:

“Volvían los monjes del recreo, y a su llegada, César, el mastín que cuidaba el P. Rector, se acercó zalamero al grupo, caracoleando, y a las caricias de uno de los Hermanos, respondía el bueno de César lamiéndole la mano. Todos se pararon para comentar la fidelidad de César y el cariño de los perros. Entre los comentarios, Don Gonzalve dedicó uno de sus elogios al poder curativo de la lengua de los perros. Se olvidaba que entre ellos había un Doctor en medicina, que podía rebatir o corroborar científicamente tal aserción. Don Longin, olvidado también, sin duda, de la presencia de Don Marcelo, comentó irónicamente contra los galenos: —Sí; como dice el refrán: “La lengua de los perros vale más que la mano de los médicos!...” Todos rieron la ocurrencia y hubo quien dirigió una mirada furtiva hacia Don Marcelo que reía como nadie el chiste, y aceptaba humildemente el sangriento comentario. La última mirada fué la de Don Longin, que pedía una excusa innecesaria”.

Del cariño que se le profesaba en la Cartuja nos dan testimonio las cartas que recibió, de las que extractamos algunos párrafos:

Fr. Jean Louis Luccini:

“Yo le recuerdo a usted a menudo. Su apacible carácter y humilde comedimiento me edificaba mucho...”

D. Gonzalve Paquin:

“Muy querido Don Marcelo: Nos dicen las Santas Escrituras que como el Patriarca Jacob supiese que José, el hijo de sus lágrimas vivía aún, “revivió su espíritu... Me contento, si es que aún vive mi hijo: iré y lo veré antes de morir”. Ultimamente he tenido la dicha de recibir noticias de usted. Su partida me había causado gran pena, y por mucho tiempo su recuerdo me ha sonado al corazón como una triste campanada. Perdone a mi afecto; pero una vez que le conocí y le quise, no puedo ya olvidarle. Después de 1908, han sido muchos los pasos infructuosos que he dado para encontrarle de nuevo: cartas a Caracas, a París, todo ha sido inútil. Así, con cuánto gozo he sabido que usted sigue sus estudios teológicos en el Colegio Pío Americano con el propósito de prepararse el honor insigne que el buen Dios le reserva como a uno de sus hijos muy amados... Seguramente no habrá olvidado con qué entusiasmo trabajamos juntos para aprender nuestro primer responsorio: “Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum pater meus”. Por fin, después de tres semanas de lucha y de esfuerzos, logramos vencerlo. En sus confidencias íntimas, usted me reveló varios pormenores de su vida que me interesaron sobremanera, desde la lectura de la Vida de Jesucristo por Didon hasta los sufrimientos morales de los últimos días. Nuestra confianza fué recíproca. ¿Qué ha sido de usted desde

1908 hasta ahora...? Le agradeceré la bondad de creer en la fidelidad de un pobre corazón que le es adicto en Jesús y María”.

Y su Maestro de Novicios:

“Mi afecto por usted se remonta al principio de nuestras relaciones, y se conserva siempre igual. Yo le ví alejarse con sentimiento, y creo haberle dado pruebas de mi amistad hasta el último momento. Será, pues, para mí, una grande alegría volverle a ver... Estemos unidos en la oración. Imploramos las luces de nuestro Padre Celestial con la asistencia de la Inmaculada Virgen. Esta excelente Madre le ayudará a realizar perfectamente el beneplácito divino, que es lo esencial.... Se me hace tarde manifestarle cuán conmovido me tiene su delicada atención, al enviarme ese volumen que usted ha compuesto (°) pensando en sus amigos de la soledad y cuyo contenido revela la extensión de los conocimientos y el carácter serio del autor”.

Y en otra carta del mismo:

“Por lo demás en el Noviciado pedimos mucho por usted, interesándonos en su perseverancia y en el logro de sus piadosos proyectos... Para corresponder a su deseo, pido a San Agustín que le haga aprovechar los consejos contenidos en el librito que le envió. Es una serie de santos pensamientos, de máximas espirituales extraídas de las obras del gran Doctor, y vertidos al español por uno de nuestros caros novicios, con quien podrá usted hablar su hermosa lengua cuando haya vuelto al convento... Buen ánimo y confianza, etc...” (k).

(°) Se refiere a los Elementos de Filosofía.

(k) Dr. J. M. Núñez Ponte. “El Dr. José Gregorio Hernández”, pág. 194-196.

16. — Habían pasado diez meses en la soledad de la Cartuja. Dios se había contentado con el sacrificio de que JOSE GREGORIO dejara su familia y su Patria, y le fuera a demostrar su gran cariño a tierras extrañas, en una forma de vida difícil. Por entonces no le pedía más.

Nos representamos en estos momentos el alma de JOSE GREGORIO en relación a Dios, como el niño que intenta demostrar a su padre la fuerza de sus músculos, apenas hechos. El padre, viendo las pruebas de su enorme fuerza le intenta disuadir de que prosiga en su empeño, y el pequeño quiere continuar en las demostraciones de su habilidad y su musculatura, levantando pesos superiores a sus fuerzas. Dios no le pedía a JOSE GREGORIO más que la demostración de su amor en un hecho difícil. Cuando Dios le quiso decir “basta”, él se empeñó en que el Padre Dios tenía que ver todos los extremos a los que él era capaz de llegar para demostrarle su amor incondicional.

Los superiores de la Cartuja, viendo claramente que Dios no lo llamaba para aquel género de vida, le disuadieron de continuar entre ellos, puesto que podía hacer más bien en el mundo en su ministerio casi sacerdotal de médico.

17. — Cuando le fué notificado que tenía que abandonar la Cartuja, confiesa él mismo que fué para él un peso enorme que le cayó encima. No era capaz de recoger sus impresiones, que se le desbandaban y le agobiaban hasta el punto de que aquella noche apenas si pudo conciliar el sueño; que sentía su cabeza abrumada por un peso imposible de aguantar, y que faltó poco para que se le trastornara el juicio.

El mismo confesó a una persona amiga el íntimo detalle de que al salir de la Cartuja, y perder de vista aquel asilo de paz y de oración, tuvo que introducirse en la boca los tres pañuelos que llevaba en el bolsillo y apretar fuertemente, para no gritar de dolor.

18. — Muchas fueron las causas que se dieron, unas verdaderas y otras ficticias, para su salida de la Cartuja. Sobre todas ellas estaba la voluntad de Dios, que no le quería Cartujo. En la carta de Don Longin se nos dan

estas dos posibles explicaciones, que fueron las que circularon por la Cartuja a raíz de su partida:

“Como razón de su salida se nos dijo que se había visto obligado a volver a Caracas porque había dejado tres hermanas jóvenes, que todavía no se podían valer por sí solas” (j).

A primera vista esta razón no nos convence. Otra de las razones que se adujeron en la Cartuja para su partida fué ésta:

“Había abandonado Caracas sin comunicar a nadie dónde se encaminaba. Los médicos de la ciudad descubrieron, por fin, su retiro, después de muchas y largas averiguaciones, y lo obligaron a volverse a ella”.

Claro que esta razón es tan frágil como la anterior, y que ninguna de ellas convence ni tiene visos de verdadera. Hay otra que se apunta en una de las cartas llegadas de la Cartuja, y que es más verosímil, quizá la verdadera, entre todo el misterio en que se quiso envolver la salida de este hombre que tampoco gustaba de confidencias inútiles: el trabajo manual, que se le hacía muy penoso, por su falta de costumbre. El mismo Don Longin nos dice que no tenía la misma disposición para la vida práctica que la que sin duda tendría en su profesión de médico. En la Cartuja le tenían determinado a cada uno su trabajo en las dos horas en que se dedicaban a las faenas manuales. Cada uno tenía que aviar un número determinado de leños para la cocina conventual, lo que resultaba muy duro para JOSE GREGORIO, nada acostumbrado a esta clase de trabajos.

“Un día le pregunté —habla el doctor Dominici —si había recibido alguna decepción en la Cartuja. Ninguna, me respondió, aquello es sublime, un pedazo de cielo en la tierra; pero des-

---

(j) Todas estas cartas se pueden encontrar en el archivo de la Postulación de la Causa de Beatificación. Sección Epistolar.

graciadamente mis fuerzas flaquearon ante la rudeza del trabajo físico que la Regla impone y el Reverendo Padre Superior me aconsejó que volviese a Venezuela, a restaurarlas y confortarlas” (m).

Ante la confianza suma que siempre había depositado JOSE GREGORIO en este amigo de su adolescencia y juventud, podemos concluir que ésta fué la verdadera causa de su salida de la Cartuja, la que confesó a su amigo Dominici: su imposibilidad de resistir el trabajo físico impuesto a los monjes por la Regla.

19. — Como él pensó, vuelto a Caracas retornar a su querida Cartuja, tomó las prevenciones necesarias, y una de ellas fué trabajar, después de sus visitas de médico, en un taller de carpintería, donde trabajaba como un oficial, cepillando y aserrando con el mismo ahinco que si fuera esta su profesión, manejando con la misma habilidad la garlopa y el serrucho que el bisturí o el auscultador. Muchas veces, en el taller, se recordaría de los dos carpinteros de Nazareth, José y Jesús. ... Voluntad decidida y tenaz en la prosecución de un ideal. Ninguno de sus aristócratas clientes se hubiera podido figurar, al ver sus manos finas y distinguidas, que por las tardes se pudiera dedicar como el más humilde obrero a cepillar los maderos de un taller de carpintería.

20.—Cuando de vuelta de la Cartuja, hablaba de sus impresiones, siempre recordaba aquellos días, al hablar de lo que le costaba el trabajo manual, se complacía en recordar que al principio, cuando se cansaba de trabajar, se iba callandito a la iglesia a hacer unos momentos de compañía a Jesús, como el mejor descanso. Le parecía que Jesús estaba demasiado solitario en aquellos momentos y él venía a hacerle compañía. Cuando el Maestro de Novicios notaba su ausencia, se dirigía a la iglesia, porque sabía que lo

---

(m) Dr. Santos A. Dominici: “Elegía al Dr. José Gregorio Hernández”. Homenajes, págs. 708 y 709.

había de encontrar allí. Se acercaba sigilosamente, y le daba unos golpecitos en la espalda:

—Aquí Jesús es también cartujo y alguna vez tiene que estar solo.... Jesús es el primer solitario.... vamos, vamos.... a trabajar.

Y él se tenía que contentar con alguna furtiva mirada al gran silencioso desde lejos, mientras cortaba la leña para la cocina. Así lo contaba él a las Hermanas Franciscanas de Caracas, vuelto de la Cartuja.

21.—Por su parte, ellos después de mucho tiempo conservaban gratos recuerdos de JOSE GREGORIO HERNANDEZ. Muchos años después, en 1939, el Dr. Temístocles Carvallo, fué a visitar la Cartuja y nos da esta descripción en la que palpita el recuerdo del Dr. HERNANDEZ en aquella soledad de Farneta después de tanto tiempo; he aquí las palabras del Dr. Carvallo:

“No podía pasar por Lucca, sin visitar en sus alrededores la Cartuja donde estuvo José Gregorio. Llegué un momento poco oportuno, pues los frailes estaban en retiro y la Regla les prohíbe entrar en contacto con el mundo exterior. Llamé a la puerta y me salió un fraile muy viejo, quien me dijo que toda visita era imposible, pero cuando le advertí que venía de Caracas expresamente a verles y que era sobrino de un Dr. Hernández que había sido algún tiempo miembro de la Congregación, la fisonomía adusta del viejo se iluminó con una sonrisa y diciéndome que él mismo había recibido en la puerta a José Gregorio, cambiando sus vestidos por el hábito de cartujo y lo había visto más tarde con gran dolor abandonar el convento, agregó:— “No es posible que un sobrino del Dr. Hernández a quien recordamos con veneración, pierda su viaje. Siéntese aquí en la portería, que yo mismo voy a hablar con el Superior, a pedirle el permiso. El asunto es difícil, agregó,

pero yo espero con la ayuda de Dios lograr mi propósito”. Se persignó varias veces, como quien sale a una arriesgada empresa y después de un intervalo que a mí me parecía muy largo, regresó sonriente con la buena nueva:— “El Superior ha consentido, por tratarse del sobrino de un santo, en que usted visite el convento. No se imagina el trabajo que ello me ha costado, pues el viejecito es muy severo y nunca permite la más ligera infracción a la Regla”. De algo, pues, me sirvió mi parentesco con un santo, y, guiado por el fraile, emprendí la visita emocionante para mí, a través de los largos claustros y de las celdas vacías del convento. El pobre viejo tuvo la amabilidad de llevarme a la propia celda en donde estuvo José Gregorio; y bien comprenderás la emoción que experimenté al contemplar aquel cuarto pequeño y pobre, ocupado casi completamente por una humildísima cama y en comunicación por estrecha puerta con el jardincito que él laboraba con sus propias manos, cubierto ahora de nieve y ligeramente iluminado por un anémico sol de invierno. Un gran Cristo, magro y de expresión doliente, acentuaba más, si cabe, la atmósfera triste, que fué el teatro de la tragedia de una vida. El fraile comprendió mi emoción y con voz apagada y lejana como de ultratumba, me refirió lo duro que había sido al Hermano Marcelo (su nombre en el convento) abandonar la penumbra mística para volver al mundo con sus vacuas algazaras. Fué un instante de enorme emoción que me acompañará mientras viva. Siempre complaciente el cartujo me condujo por una escalera estrecha al coro de la Capilla desde donde logré ver a los cartujos vestidos de blanco y entregados a sus rezos como una fantástica procesión de espectros. “Esto no estaba en el programa, me dijo, pero lo he hecho en obsequio suyo, y Dios y

el Superior me perdonarán la infracción de la Regla. Luego me mostró el cementerio y por fin, me condujo de nuevo a la portería...." (n).

22.—No es único en la Historia de la Iglesia el caso de santos a quienes Dios pidió nada más que el testimonio de su voluntad para una empresa heroica y no se la dejó realizar. San Francisco en tierras de Egipto, queriendo predicar la fe al mismo Soldán; San Antonio de Padua que se embarca con ansias de martirio hacia Marruecos, y Dios encamina su nave, cuando vuelve, derrotado y enfermo, hacia las tierras de Italia. El Beato Angel de Acri, que intenta por tres veces ser capuchino y dos de ellas se frustran, hasta que al tercer intento, Dios se deja vencer por la fuerza de voluntad casi caprichosa a lo divino, del jovencito, que llega en la Orden, a la perfección. San Camilo de Lellis, fué por dos veces novicio capuchino y las dos veces tuvo que salir por enfermedad. Era que Dios lo destinaba a ser el Padre de los enfermos.

Dios teje la vida humana desde arriba; y él sabe los caminos mejor que nosotros. Nunca debemos considerar desgracia lo que nos sucede, porque El es el Padre Bueno, y todos los caminos conducen a El.

#### CAPITULO OCTAVO

#### NUEVOS INTENTOS

1.—Durante diez meses de su vida, JOSE GREGORIO fué el humilde Don Fr. Marcelo. Ahora volvía a ser otra vez el afamado médico de Venezuela, el ídolo de los pobres y de los ricos, el maestro y el ejemplo vivo del caballero cristiano. Pero él no olvidaba la recomendación que le había sido insinuada por el mismo Superior de la Cartuja. Si él volviera de sacerdote a Farneta, le sería todo más fácil y hacedero, hasta el trabajo manual, que para él, por su dignidad se simplificaría.

(n) Tomado de Dominici. Elegía. Pág. 24.

2.—Por eso, al sentirse humillado por su salida de la Cartuja, ideó, en el viaje de vuelta, la manera de encontrar una nueva puerta por la que pudiera entrar en su querida Cartuja con más seguridad. El 21 de abril de 1909, desembarcó en La Guaira. Una vez allí, escribe a su hermano, antes de subir a la Ciudad, quedando, mientras tanto en La Guaira, esperando la contestación. La carta decía así:

"La Guaira, abril 21 de 1909.

Mi querido César:

A fines del mes pasado, el Superior de los Cartujos me dijo que yo no podía entrar en la Orden, porque yo no tenía vocación para la vida contemplativa, que mi vocación era para la vida activa; que entrara en la Orden de los Jesuitas o que me hiciera sacerdote secular.

Entonces me vine y le he escrito al Sr. Arzobispo a ver si me recibe en el Seminario. Así es que te ruego que al recibir ésta trates de hablar con él para saber lo que él haya resuelto. En el caso de que convenga en recibirme en el Seminario te ruego que me arregles en él el cuarto que me destinen de la manera siguiente:

....Inmediatamente que todo esté listo, me escribes a La Guaira, para entonces subir yo a Caracas y tener yo el gusto de verlos de nuevo.

Cariños a todos. Tu hermano que te abraza:

*José G. Hernández".*

En un suelto del mismo mes, del periódico "La Religión", se nos presenta en el Seminario de Caracas, con el intento de hacerse sacerdote. Dice así:

3.—"He aquí uno de los hombres que necesitamos: un hombre de Dios. Edificante fué su vida de seglar: a las seis de la mañana en Las Mercedes, en la misa, en la comunión, en la meditación pro-

funda; luego en el ejercicio de la medicina, en el que la ciencia y la caridad se daban el ósculo de paz.

Ahora Dios ha querido que venga a nuestro Seminario, habiendo dado una vuelta por la Carruja. Dios lo quiso así, y así es como conviene. El Dr. Hernández ha fortificado su espíritu en la penitencia, en la austeridad rayana al sacrificio. Dice que ha vivido entre santos...

.....

"He sido en mi Patria médico de los cuerpos, Dios quiere que ahora sea médico de las almas", así dijo a los primeros compatriotas con los cuales se encontró en el "Cittá di Torino" al zarpar éste de Trinidad...." (a).

#### 4.—En otro suelto del mismo periódico:

"El Seminario Mayor ha sido en estos días centro de peregrinación: casi toda la sociedad de Caracas, desde lo más humilde hasta lo más calificado en representación social, ha desfilado por su sala de recibo, a congratularse con el Dr. José Gregorio Hernández por su regreso a la Patria.

.....

Y allá está, en nuestro Seminario Mayor, ni más ni menos que otro cualquiera de los seminaristas, bajo la dirección del Dr. Navarro, instruyéndose, como él mismo dice, en los arcanos del ministerio sacerdotal, dando con ello un alto ejemplo de un carácter superior, al propio tiempo que de una humildad profunda. Un entendimiento vulgar habría conceptuado indecoroso, por humillante, venir a su propio país, donde ocupara un lugar prominente en la sociedad, a someterse a la disciplina de un establecimiento de educación eclesiástica. Pero el hecho ha resultado todo lo

---

(a) "La Religión", 24 de abril de 1909.

contrario, como no podía menos de resultar. El edificio, mientras más grande sea, necesita de más grandes cimientos; así la humildad, base de todas las virtudes, necesita ser tanto mayor cuanto más grande sean éstas.... Por eso el ingreso del Dr. Hernández al Seminario, lo ha enaltecido, aún en el concepto de las gentes que no tienen cabal inteligencia de estos asuntos, y todos hemos admirado la misericordia de Dios, manifestada visiblemente en esa vocación tan llena de esperanzas y de consuelos para la Patria". (b).

5.—Allí estaba en el Seminario. Llegó a él lo mismo que un aspirante tímido, a pedir el favor de ser admitido en la casa de Dios, en busca del cumplimiento de Su Divina Voluntad. ¿La encontraría, por fin? Era otro sacrificio y otra humillación que Dios quería pedirle como prueba, nada más, del cariño que le profesaba. No se lo pedía como realización, sino como anhelo y como fuente también, de nuevas humillaciones, al tener que dejar por segunda vez el hábito talar, y volver a sus clases y a su consulta médica, derrotado de su ideal, pero nunca vencido.

Se me representa, al escribir estas líneas, la silueta del Gran Derrotado, siempre invicto héroe de la imaginación española, D. Quijote de la Mancha, cuando vuelve a su aldea, sobre el asnillo de Sancho la lanza y los arneses, y él sobre su rocín, magro y caído, soñando en nuevas victorias cuando cumpla la condena a la que le sometió su vencedor, el Caballero de la Blanca Luna, en las playas de Barcelona. Así JOSE GREGORIO, con su sangre española. Derrotado, pero nunca vencido. Lo mismo que el Caballero de la Triste Figura, cuando la muerte vino a buscarlo, todavía soñaba en una nueva salida, en la magna empresa, en el único anhelo: el sacerdocio.

6.—Para ser sacerdote, tenía que renunciar a su profesión médica, según lo mandan los Santos Cánones. En

---

(b) "La Religión", 28 de abril de 1909.



éstos se prohíbe a los sacerdotes el ejercicio activo y público de la medicina. En el número de "La Religión", correspondiente al 27 de abril de 1909, encontramos unas líneas de JOSE GREGORIO, que copiamos:

#### "MANIFESTACION:

Con el alma presa de la más viva emoción, me dirijo hoy a la distinguida sociedad de Caracas, para manifestarle la profunda gratitud que siento por las demostraciones de simpatía y afecto que de ella he recibido, tanto a mi ida a la Cartuja, como a mi vuelta a esta Ciudad. En particular quiero publicar mi agradecimiento para con el Sr. General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República, por las benévolas frases de bienvenida que se sirvió dirigirme; para con el Ilustrísimo Sr. Arzobispo de Caracas y Venezuela, por su afectuosa dignación en recibirme en el Seminario Metropolitano; para con el Sr. Presbítero Dr. Nicolás Navarro, Rector de ese Instituto, por la exquisita bondad con que ha querido tomarse el trabajo de iniciarme en los arcanos del ministerio sacerdotal; y para con la ilustrada prensa de la Capital y del resto de la República por los honrosos conceptos que ha tenido para conmigo.

En atención a las reglas canónicas que prohíben el ejercicio de la medicina a los que abrazan el estado eclesiástico, debo apartarme en absoluto de dicha profesión, para obedecer en todo a las prescripciones de la Santa Madre Iglesia, y doy las gracias de todo corazón a aquellas personas que quisieron honrarme con su confianza al elegirme para su médico en los tiempos pasados.

Caracas, abril 27 de 1909.

*José Gregorio Hernández."* (c).

(c) "La Religión", 27 de abril de 1909.

7.—En el Seminario se volvió a encontrar con su antiguo amigo y maestro de latín, ahora Padre Mariano Vega, que en este tiempo desempeñaba el oficio de Rector del Seminario Menor. El mismo nos recuerda aquel espíritu de mortificación que había adquirido en la Cartuja y que admiraba a todos.

Cierto día, por descuido de los cocineros, se pusieron en la mesa unos huevos de cuya frescura se podía muy bien dudar por el argumento del olfato. Un gesto de repugnancia se reflejó en todos los semblantes, y algunos se levantaron de la mesa a causa del hedor. JOSE GREGORIO, como si no se hubiera dado cuenta de nada, se tomó el que le habían puesto, con admiración y edificación de todos los seminaristas. Gesto de mortificación y dominio de sí mismo que fué para todos un ejemplo.

8.—Gustaba JOSE GREGORIO de pasear en los recreos con su antiguo preceptor, en los veinte días que duró su estancia en el Seminario. Prefería la conversación sobre temas filosóficos y el P. Vega recuerda alguna discusión sobre la distinción de la esencia y la existencia. Le gustaba hablar también y lo hacía con delicia, de la vida de los santos y de su imitación. Las empresas arduas le llamaban con atención de altura y de abismo. No había nacido para las empresas caseras y anhelaba ser un cóndor de su tierra andina más que humilde ave de corral.

Y todas estas conversaciones y anhelos, con una naturalidad tan humana, que nos confiesa ingenuamente el P. Vega: "Lástima que yo hubiera sabido esto.... Hubiera recordado muchos incidentes de su vida, para ejemplo y edificación de los que leyeran su historia. Pero entonces, al verlo tan natural y humano, nunca se me ocurrió que se pudiera aspirar a elevarlo a los altares.... Claro que los santos no se hacen de otra madera que nosotros....". Así comentaba el P. Vega cuando le interrogamos sobre sus recuerdos referentes al siervo de Dios. Recuerda también el P. Vega que un día llegó tumultuosamente al Seminario una treintena de estudiantes que se lo querían llevar a la Universidad, sin quererle dejar siquiera que se desvistiese

la sotana. Recuerda que después, cuando el P. Vega estaba en Barlovento, en una parroquia, le recomendaba los enfermos pobres a quienes atendía y pagaba todos los gastos de medicinas y operaciones.

9.—Si es para nosotros casi un secreto su salida de la Cartuja, no voluntaria, pues siempre soñó volver a ella, no lo es tanto su salida del Seminario. Fué su mismo Director espiritual, Monseñor Castro, quien viendo el acoso continuo de sus compatriotas para que volviera otra vez a la cátedra, juzgó que la verdadera vocación de JOSE GREGORIO estaba en el siglo, en la práctica de la caridad para con sus enfermos, y en la formación de la inteligencia de la juventud venezolana en las aulas de la Universidad.

Y así se lo recomendó. Veía Monseñor Castro claramente la voluntad de Dios, y JOSE GREGORIO la veía también en las palabras de su Director.

Y así se sometió él resignadamente a volver a ser gloria de la medicina en Venezuela. Volvía a los honores resignadamente, lo mismo que si se acercara a la humillación.

El se había despedido de sus alumnos en la última clase con un “hasta mañana” usual e intrascendente. Ahora, al volver a la clase, podía con toda justicia, glosar aquellas palabras de Fr. Luis: “Como decíamos ayer...”.

10.—Uno de los estudiantes fué a abordarlo, nada más llegar de La Guaira, y nos describe en el periódico “El Tiempo” su entrevista con el Dr. HERNANDEZ:

“Hace pocos días circuló rápidamente la noticia de haber llegado a nuestras playas el Dr. José Gregorio Hernández, quien no hace un año abandonó la Patria para ir a sepultar su juventud y su ciencia en un retirado convento de cartujos.

La rapidez con que se divulgó la noticia, demuestra el interés que inspira a todos la vuelta del ilustrado compatriota. No era, pues, de extrañarse, que sus discípulos, los estudiantes de medicina, se dispusieran a partir para el vecino puerto en la creencia de que el Dr. Hernández

seguida para un lugar desconocido, en calidad de misionero. Pero noticias posteriores los hicieron desistir de sus propósitos, sabiendo con certeza que subiría próximamente a esta capital.

Si el silencio guardado por el Dr. Hernández sobre la hora de su llegada, impidió a los estudiantes acudir a la estación a tributarle un homenaje de cariño, no fué suficiente para que se ignorara aquélla, pocos momentos después de haberse efectuado.

Inmediatamente un grupo de sus discípulos nos dirigimos al Seminario Metropolitano, donde se alojaba nuestro antiguo y querido profesor.

Habiendo anunciado el objeto de nuestra visita, se nos hizo pasar cortesmente al salón de recibo.

No tuvimos que esperar mucho tiempo: a los pocos minutos, acompañado del Pbro. Dr. Navarro, el Dr. Hernández se presentó al salón.

Un silencio religioso acogió la llegada del Maestro. Vestía de negro. Muchos hilos de plata lucen sus cabellos, y en su rostro completamente afeitado nos pareció ver huellas de pasados sufrimientos.

Después de las manifestaciones cariñosas, se sentó junto a nosotros y comenzó la visita.

¿.....?

—De salud, he mejorado mucho. Aunque parezca más grueso, mi peso es el mismo. Indudablemente el clima es el que ha cambiado mi color.

¿.....?

—Claro está, al irme como lo hice, sufrí mucho; y al decirle a ustedes “hasta mañana”, no lo revelaba, pero llevaba el corazón despedazado.

¿.....?

—Sí, conocía perfectamente el Reglamento de la Orden de los Cartujos, pues tenía diez años que

venía estudiándolo. Siempre ha sido mi idea retirarme del mundo.

¿.....?

—Al llegar al convento, no vestí el hábito; hacía los ejercicios con el mismo traje que llevé; sólo me ponía una capa para ocultarlo cuando iba a la capilla. Así estuve un mes; después vestí como los demás.

¿.....?

—El vestido consiste en el cilicio, un traje interior de lana compuesto de una camiseta y pantalón y el hábito. El cilicio es una especie de casulla hecha con piel de cabra que baja hasta la cintura por delante y por detrás. Esto va pegado al cuerpo y las cerdas se encajan al hacer cualquier movimiento, sobre todo al acostarse. Eso molesta en los primeros tiempos, luego uno se acostumbra. Encima del cilicio se coloca la camiseta de lana, y sobre el traje interior, el hábito.

¿.....?

—El convento es grande. Cada uno tiene un apartamento compuesto de dos celdas y un patiecito. Una de las celdas es para dormitorio y la otra para el estudio; el patiecito es para los trabajos manuales. El mueblaje es muy sencillo: la cama es una tabla con una cobija, dos sillas y un mueble para los libros. Los apartamentos están separados completamente para que no puedan sentirse unos a otros, y menos comunicarse.

¿.....?

—En las veinticuatro horas del día se destinan dos para trabajos manuales, y quince para ejercicios intelectuales. Los trabajos manuales consisten en cortar leña, aserrar madera, etc. Se ha calculado la cantidad de trabajo que se puede hacer en dos horas y los que no terminan la tarea

en el tiempo prescrito, se considera como que no han trabajado las dos horas, sino menos.

¿.....?

—La comida es escasa. La entran a la celda por una ventanilla, y durante la comida se hacen lecturas piadosas. Los ayunos son frecuentes y un día a la semana sólo toman pan y agua.

¿.....?

—Durante los días de invierno el frío llega a diez grados bajo cero, pero no se permite encender fuego. Cuando más me molestaba el frío era durante los oficios de la madrugada, en la capilla, pero soporté el invierno perfectamente.

¿.....?

—No se permite hablar ni alzar la vista del suelo. Cuando se tiene alguna necesidad de expresar, se escribe en un papel y se pone en la ventanilla en donde colocan el alimento.

¿.....?

—Sí, todo lo pude sobrellevar fácilmente, excepto el trabajo manual de dos horas, que no me fué dado cumplir por mi debilidad de fuerzas físicas.

¿.....?

—Pasé allá nueve meses.

Todo esto habló el Maestro con la sencillez de su alma purísima. Sus palabras volvían a nosotros como cuando en no lejanos tiempos nos brindaba desde su cátedra todo el caudal de su ciencia. Y si ahora el sufrimiento ha puesto en su sonrisa el sello de una mística aureola, no por eso acogemos sus frases con menos entusiasmo, porque ya como prosélito de una ciencia, o como convencido de una religión, siempre miramos en él un apóstol". (d)

(d) Dr. Jesús Rafael Rísquez. — El Tiempo. — Caracas, 24-4-1909. "Una visita al Dr. Hernández. — Impresiones".

11.—No faltó en Caracas, entre tantos admiradores al valiente que había sabido renunciar a un bello porvenir para hacerse cartujo, y después para ingresar humildemente en el Seminario, quien achacara todo esto a locura en su modalidad de manía religiosa, tanto que se dividieron las opiniones y se discutió acaloradamente cuando él volvió a sus clases de la Universidad, sobre su idoneidad para la cátedra. Seguramente que en los adversos había algún motivo interesado en que el Dr. HERNANDEZ no volviera a tomar aquella cátedra, pues sabían que nadie se la podría arrebatarse mientras él viviera, a causa de la admiración de sus discípulos. Pero él mismo se encargó de evidenciar la supranormalidad de su mente. Para el mundo, locos son los que no obran como los demás a quienes llamamos cuerdos, y que muchas veces desmerecen de este nombre.

Pero el mismo JOSE GREGORIO era en parte culpable de aquellos rumores. Fué algo que nadie pudo entender, y a lo cual sólo llegaban las conjeturas. El, que siempre se había destacado en la sociedad por la sobriedad de su indumentaria, impecablemente negra, de una seriedad imponente, ahora destacaba por la ropa de color, siempre a la última moda, sin que faltara una tilde ni un detalle para el sastre más escrupuloso.

12.—No podemos afirmar la fuente de donde se han tomado los datos que damos a continuación, ni si son, simplemente, un efectismo periodístico. En un Diario de la capital, encontramos estas líneas que quieren explicar aquel fenómeno:

“Un cambio, sí, hubo de advertirse en su exterior, en su indumentaria. El, a quien antes de irse al Monasterio, nadie viérale jamás con otra ropa que la de luto rígido desde la cabeza hasta los pies, y con el entonces tan usado paltólevita, pudo verle más tarde, algún tiempo después de su regreso, vestir rígidamente a la “dernier”, sin que faltara un solo detalle en su indumentaria ultramoderna, dijérase que excesivamente juvenil, que

hasta le envidiábamos sus alumnos... Afírmase a este respecto que cuando ya se decidió su regreso del monasterio, díjole el prior:

—Haga en su vida, hermano, lo que más le haya repugnado a sus inclinaciones... lo que más le haya desagradado... ¿Qué ha sido ello?

—El ridículo, Padre...

—Pues eso hará usted, el ridículo, para que martirice aún más su vida... ¿Cómo ha vestido usted siempre?

—Como llegué a este santo lugar: siempre de negro... ¡Siempre!

—Pues en lo sucesivo, allá, en su Patria, llevará sus ropas a la última moda, sin omitir ningún detalle, hermano... Más aún, lleve trajes de gente joven; imite a los más exagerados en el vestir...

—Es demasiado, Padre... Es casi un imposible...

—Nada es imposible cuando se trata de complacer a Nuestro Señor, y cuando la voluntad lo quiere. Será éste su más grande sacrificio en la vida...

—Así lo haré, Padre, si es que esto complace a Dios...

Y fué así. Lo que quizá muchos pensaron que fuera un desvarío del Sabio Santo, fué solamente un aspecto de su vida eternamente martirizada, fecunda en todas las virtudes y pródiga en los más hermosos sacrificios". (e)

Quizás sea ésta la verdadera explicación de aquel cambio operado en la forma exterior del Dr. JOSE GREGORIO HERNANDEZ a su vuelta de Italia. No salimos, críticamente, responsables de estas afirmaciones, y mucho me-

(e) R. Cifuentes Labastida.—El Universal, 29 de junio de 1944.

nos, de la fidelidad de este diálogo, a pesar de reconocer la buena intención literaria del autor del artículo. Bien pudiera ser. Parece que JOSE GREGORIO lo confesó de este modo a uno de sus amigos.

De todos modos, alguna causa de mortificación había en ello. Bien se pudiera explicar el que hubiera caído en la tentación de vestir a la moda, si bien no es aceptable en estos momentos trascendentales de su vida. Más lo que no se podría explicar de ningún modo sería el que a pesar del equilibrio que demostraba en todos sus actos, cayera en la ridiculez de usar trajes extemporáneos a su edad y a su bien merecida fama de hombre serio.

13.—A tanto llegó su extremo en este punto del vestido, que un día su amigo Diego Salinas —él mismo lo contó— lo encontró en la Plaza Bolívar, con su sombrero de pajilla y su traje de color, todo él impecable de botines y charoles. Diego Salinas se paró delante de él, lo tomó por un brazo, y ladeándolo un poco para verlo mejor, lo examinó de arriba a abajo, mientras le decía en un tono burlón:

—Pero hombre ¿en qué teatro vas a representar?

El se echó a reír y le enseñó el junco que llevaba en la mano:

—Mira que te pego...

Y los dos rieron la ocurrencia y el chiste sobre su indumentaria casi teatral.

En este caso se le ve retratado en su vida ordinaria, esa vida múltiple de todo hombre, en la que se reúnen los cuadros serios y los alegres como los cuadros negros y blancos de un tablero de ajedrez. Pero nadie sabía lo que aquello representaba para él: la batalla heroica que estaba ganando sobre su amor propio, ya casi lo único propio que le quedaba.

14.—El Dr. Dominici nos cuenta en su "Elegía al Dr. Hernández":

"... le convidé a que viniese a pasar unos días en Washington, donde yo era Ministro. Convi-

vimos en la Legación unos cinco días. Hacía más de quince años que no nos veíamos. Al mirarme, exclamó:

—¿Cómo? No estás a la moda...

—¿Por qué? —replico—.

—No usas pantalones arremangados como yo; ni zapatos de corte bajo, ni medias y corbata de color...

Ya había notado yo cuán peripuesto me llegaba el viejo amigo, tan distinto al que había conocido. Al terminar la comida, saca una lujosa cigarrera, y brindándome un cigarrillo, dice:

—Yo fumo ¿tú no fumas?

¡Rarezas tan ajenas a su carácter!"

15.—Algo que entonces no se explicó su buen amigo Domínici, y que nosotros sabemos ahora que lo hacía por virtud. ¡El mesurado y serio Dr. HERNANDEZ haciendo el ridículo...! Nadie lo hubiera podido creer. Y la sociedad de Caracas se lo calló, declarándose impotente para descifrar aquel misterio de HERNANDEZ convertido de monje en dandy de la sociedad caraqueña.

Tenemos otra vez a JOSE GREGORIO en el mundo. Otra vez en su cátedra de la Universidad. Otra vez en su tarea de caridad cristiana y de buen ejemplo, semilla de la sociedad. Pero su espíritu no estaba derrotado. En su imaginación seguía revolviendo las ideas del sacerdocio y del monacato, como una sola aspiración para su alma que buscaba las alturas. Ideaba nuevas sendas para llegar a aquel ideal que le absorbía todos los anhelos.

16.—En julio de 1913 —cuatro años después— se volvió a embarcar rumbo a Italia, previendo otra vez en la lejanía el sacerdocio, y el reingreso en la querida Cartuja de Lucca. Roma y el Colegio Pío Latino-Americano eran su meta en esta nueva tentativa.

En el viaje lo acompañaba su hermana Isolina de Carvallo. Ya hemos apuntado en otra parte lo dolorosas que

para él resultaban las despedidas, y por eso, lo mismo que en la primera despedida, camino de la Cartuja, huía de las emociones tristes y espectaculares. Desde el Colegio pide perdón a su cuñada Dolores, esposa de César:

“Sentí mucho no irle a dar un abrazo antes de la despedida, pero usted sabe que yo soy cobarde para las despedidas, y que me falta siempre el valor de hacerlo...”.

De la misma manera se despidió de Isolina. La acompañó hasta Pauillac, desde París, y cuando nadie se percató, desapareció, tomando el primer vehículo de alquiler que encontró, y diciendo adiós con la mano. Práctico y sincero, sabía que el cariño está más adentro; no en el abrazo y en la lágrima, sino en el corazón; sabía que nada es necesario de todo lo convencional, cuando se sabe que el amor existe, grande y confiado.

17.—En octubre de aquel año, ingresó como alumno en el Colegio Pío Latino-Americano de Roma. En marzo de aquel año había recibido una carta de su antiguo Maestro de Novicios, al que había manifestado esta nueva aventura que intentaba emprender, a fin de que el reingreso en la Cartuja se le hiciera más viable. En ella le decía:

“Su proyecto de estudios en Roma, me halaga mucho, y si le son útiles algunas instrucciones, nuestro Reverendo Padre General, que ha vivido largos años en la Ciudad Santa, se las dará con gusto cuando usted pase por Farneta”.

En efecto, por allí pasó camino de Roma, y recibió ánimos de sus antiguos Superiores, que le ofrecían el reingreso si volvía con las Ordenes Sagradas.

18.—En el Colegio se encontró con un paisano suyo, andino, el P. Dubuc, sacerdote secular de la Diócesis de Mérida, futuro Obispo de Barquisimeto, que era el único venezolano que existía en aquel centro superior de estudios eclesiásticos.

“De Venezuela —escribe el P. Dubuc a César Hernández— tan sólo yo existía en el Colegio, y jamás pude imaginarme que la colonia venezolana se aumentara con uno de los hijos más preclaros de mi Patria”.

Y del P. Dubuc escribe JOSE GREGORIO a su hermano:

“El P. Dubuc te manda un saludo cariñoso; él ha sido tan amable conmigo y me ha ayudado a sobrellevar la pena de la separación de la familia”.

Pocos datos tenemos de su estancia en el Pío Latino, si no son los de la carta del P. Dubuc en la que dice:

“Me mueve a escribirle el hecho, para mí tan gratamente impresionable, del ingreso del Dr. José Gregorio en este Colegio en donde lo hemos recibido con cariño, y en donde paso yo horas felices al lado de tan ilustre compatriota...”

El Dr. Hernández lleva la vida de Colegio con una naturalidad y una humildad edificantísimas. Yo me abismo de admiración al verlo confundido entre nosotros como cualquier simple e insignificante alumno, procurando siempre ocultar todo el caudal de sus merecimientos, y rechazando con finísima educación y humildad cualesquiera atenciones que nosotros le dispensamos, y de las que él es muy merecedor.

Los alumnos ignoraban quién era el Dr. Hernández, y cuando me han oído hacerles una descripción breve y superficial (por lo insuficiente que soy para el caso) de los méritos del Dr. Hernández y del gran prestigio científico y católico de que goza en mi Patria, se han quedado estupefactos, y sin explicarse humanamente la resolución del Dr. José Gregorio. Con todo esto, sin embargo, siempre sigo afirmando lo que al prin-

cipio, es decir: que el sólo hecho de estar el Dr. Hernández reducido a un simple alumno, es para él un gran sacrificio que ofrecer a Nuestro Señor. El Dr., sin embargo, no se da por entendido de nada de esto, y sólo piensa en la Cartuja, blanco y término de sus aspiraciones en la tierra". (f)

El objeto de esta carta del P. Dubuc a César Hernández no era otro que el pedirle que le remitiera varios artículos aparecidos en la prensa de Caracas a raíz del viaje de José Gregorio a la Cartuja, y en los cuales se ensalzaba la figura del Doctor. Entre ellos, le interesaba sobremedida el testimonio de Razetti en el articulado: "Hermoso y fecundo sacrificio", artículo al que hemos hecho alusión, por su valor, algunas veces en estas páginas. El fin que el P. Dubuc perseguía con esto, era, como él mismo dice:

"Poseer el juicio de la intelectualidad científica de nuestra Patria acerca del Dr. Hernández, porque esto me es sumamente necesario para el buen nombre del Doctor en Europa, y en el Colegio Pío Latino, y para gloria de Dios y de mi Patria".

Para el P. Dubuc, la estancia del Dr. HERNÁNDEZ en el Colegio era un acontecimiento de interés nacional que él tenía que hacer resaltar ante sus condiscípulos, por tener entre ellos una figura y una gloria nacional, orgullo, no solamente de su Patria, sino de toda la América Latina.

JOSE GREGORIO escribe a César, ya bastante adentrado en el curso escolar:

"...Ahora me encuentro en el Colegio muy a mi contento y gusto. Hago mis estudios con tranquilidad, y dirigido por los Reverendos Padres Jesuitas, que son tan excelentes y tan llenos de celo. Roma tiene un clima muy suave, y hemos pasado el invierno, que en otras partes de Europa es tan riguroso, casi sin sentirlo. Por todas

(f) Pbro. Enrique María Dubuc, en carta a César Hernández.—Roma, noviembre 7, 1913.

partes se encuentran recuerdos de los Santos, y en todas las iglesias hay conservados cuerpos de muchos de ellos".

19.—Pero a los pocos días de escrita esta carta, una afección pulmonar que se manifestó en forma de pleuresía seca, derribó de nuevo por tierra todos sus ideales. Pero era Dios el que lo quería así. En sus cartas de aquel tiempo se respira una dulce resignación a la Voluntad de Dios, sin una frase de rebelión, ni siquiera de tristeza, por el nuevo fracaso. Al principio, cuando él mismo sintió los primeros síntomas de la pleuresía, no hizo caso, pero cuando vió que se iba agudizando la enfermedad y los dolores, y sobre todo que no desaparecía la fiebre, no tuvo más remedio que consultar con el Doctor que asistía en el Colegio. Este le aconsejó que por el momento dejara los estudios, y se fuera a Génova a tomar los aires del mar.

Esta ciudad, por su forma de anfiteatro abierto al mar, como hecho para juegos marinos o para recoger los aromas salinos y yodosos, era a propósito para que aquella afección desapareciese. Pero cuando se dió cuenta de que la fiebre no desaparecía, el mismo Dr. HERNÁNDEZ se cercioró de que era algo grave. Entonces se fué a Milán a consultar con el célebre fisiólogo Dr. Pisani. Este lo examinó detenidamente, y encontró que se había apoderado de uno de sus pulmones el Bacilo de Koch. Alarmado, le mandó que se recluyera en un sanatorio, pues ésta sería la única manera, con reposo, de recuperar la salud perdida.

Pero el Dr. HERNÁNDEZ no se aquietó con este dictamen del médico milanés, y se fué a París a consultar con el Dr. Gilbert. Este lo sometió a un tratamiento, prometiéndole que en el término de tres meses estaría en disposición de volver a reanudar sus estudios.

"No estoy en la cama —escribe a César— y salgo todos los días a misa, y a hacer un poco de ejercicio para tomar el aire. Pero tengo fiebre en la tarde, y mucha tos, y con expectoración; los que me ven, dicen que no tengo mal semblante".

D. César Hernández ya sabía estas noticias por el Padre Dubuc, que le había escrito inmediatamente después de abandonar el Dr. HERNANDEZ el Colegio Pío Latino en dirección a Génova. Suponemos cuál sería la angustia de la familia ante estas noticias. Pero JOSE GREGORIO los tranquilizaba con sus frecuentes cartas, en las que no los celaba nada de lo malo de su salud, para su tranquilidad, para que no creyeran que era todavía peor su salud de lo que él les decía. Les hablaba crudamente, con su sinceridad proverbial, y por eso todos lo creían, esperando que pronto estaría restablecido.

Pero este restablecimiento no llegaba. Había venido mayo, y la salud no venía con los capullos y las flores. El Dr. Gilbert aseguraba que su restablecimiento sería, lo más pronto, para el otoño —era el de 1914, y le aconsejó que abandonase Europa, pues aún con la perspectiva de curación, se exponía a otra pleuresía en el próximo invierno, si se decidía a pasarlo en Roma.

20.—“Ya podrás suponerte —escribe a César en una carta rezumante de humanos temores— en qué estado se encontrará mi espíritu, puesto en esta perspectiva de tener que regresar a Caracas, aunque todavía no he perdido del todo la esperanza de que si llego a mejorar de aquí a junio o a julio, pueda ser que el Doctor opine que no me será muy peligroso permanecer en Europa”. (h)

Era la parte humana.

(“¿Qué es en su vida, hermano, lo que más le ha repugnado?”, le preguntó su Superior de la Cartuja...

—“El ridículo, Padre...”).

Nos explicamos ahora lo que tuvo que costarle aquel cambio de indumentaria en Caracas, a raíz de su llegada de la Cartuja. Era un hombre a quien le repugnaba íntimamente el ridículo. Y ahora tenía que volver otra vez —mi perdón para él, si otra vez me recuerdo del Hidalgo de

La Mancha, derrotado, pero nunca vencido— a Caracas, donde por segunda vez se había comentado su casi-huída hacia Roma. Y tenía que llegar otra vez allá... Y el fantasma del ridículo se le presentaba de nuevo ante la vista, amedrentador, como un sueño malo...

“Nadie comprende lo que sería para mí tener que regresar a Caracas, después de haberme desprendido de todo, y verme obligado a seguir la vida de antes; pero en todo se cumpla la voluntad del Señor. Yo sé que el clima de Caracas me es muy favorable, y que allá, en pocos días, me acabaré de mejorar”. (h)

21.—No era la enfermedad ni la muerte lo que le aterraba. Eran solamente dos cosas a cual más duras para él: la de tener que abandonar su ideal de ser sacerdote, renunciando así a la posibilidad del reingreso en la Cartuja, y el tener que volver, después de esta tercera y fracasada tentativa, a Caracas. El, ciertamente, no temía a la Muerte, la Gran Libertadora, mejor todavía, la Hermana, en el sentido franciscano de la vida, que nos toma dulcemente en sus manos para llevarnos hasta Dios. Si ella es la que nos lleva al cielo, a los brazos del Padre Bueno ¿por qué temerla?

El mismo, tiempo antes, en conversación con una paciente, le había dicho.

—¿Qué será la eternidad, Doctor...?, le dijo la enferma, a quien él hablaba de los goces eternos.

El le explicó lo mejor que pudo, y en el lenguaje más barato que le fué posible, lo que era aquello del goce sempiterno de Dios.

—Pero ¿para siempre, para siempre, Doctor?

—Sí, para siempre...

(h) París, 5 de mayo de 1914.



—Pero de esta manera nos tenemos que aburrir...

El Dr. HERNANDEZ se le quedó mirando admirado, y poniendo calor en sus palabras de convencido, le dijo:

—“Pero usted sabe lo que es... ¿el cielo...?”

Todavía se recuerda esta frase viva en la imaginación de los que la escucharon, y a uno de los cuales se la hemos oído repetir.

Con esta idea de la gloria que dará Dios a los que ama, escribe a su hermano César:

“...mi enfermedad es más bien una cosa crónica, prolongada, y si no fuera porque trastorna todos mis proyectos, yo más bien estaría contento, porque siempre he deseado la muerte que nos libra de tantos males y peligros, y nos pone seguros en el cielo. Pero suponte que yo me cure del todo dentro de cuatro o cinco años, ya para entonces estaré demasiado viejo, y tendré que quedarme para siempre en el mundo, y esto es lo que me contraría. (i)

“Tengo resuelto mi viaje para el entrante agosto... Todos me dicen que la navegación me acabará de mejorar. Hubiera deseado mucho ir al Congreso Eucarístico de Lourdes, pero el Doctor se opuso; ni tampoco quiso que fuera a Roma a despedirme de los del Colegio, y principalmente del Padre Dubuc...”. (j)

La Guerra Europea, que estalló en aquellos días, aceleró su salida de Francia, hacia su Patria, para ser nuevamente modelo vivo y palpitante de santidad.

22.—Este es el Hombre de Dios, el inquieto e infatigable buscador de su felicidad en la santidad, el hombre que

por tres veces quiso demostrar a Dios que era capaz de todos los excesos y de todas las renunciaciones, por El, y a quien Dios volvió al mundo, porque el mundo, más que el claustro, necesitaba ejemplos vivos de santidad, y también porque se necesitaban más cuadros plásticos de médicos santos en medio del mundo, que de monjes en la soledad. Dios le destinaba para el apostolado del ejemplo.

## CAPITULO NOVENO

### VIRTUDES

1.—Según el Catecismo Romano, a la Gracia santificante “acompaña una nobilísima comitiva de todas las virtudes, que son infundidas de un modo divino en el alma con la Gracia” (a). Lo mismo que nuestra alma está adornada con las facultades que le permiten ejercer sus propias actividades espirituales, así el alma, informada por la Gracia santificante, que la hace Hija de Dios, tiene sus facultades que son las virtudes y los dones del Espíritu Santo, que la informan, la elevan y la hace apta para actuarse en obras sobrenaturales. Son, por tanto, hábitos o disposiciones permanentes, de los cuales se sirve el alma para obrar el bien.

2.—Hemos estudiado la personalidad del doctor HERNANDEZ como hombre y como hombre de Dios. En todo ello hemos podido apreciar ese estado de unión con Dios por medio de la Gracia. Ahora nos corresponde estudiar esta gracia en sus manifestaciones por medio de las virtudes, que son sus instrumentos.

Porque ellas nos unen inmediatamente con Dios, veremos primeramente cómo ejercitó en su vida las virtudes teologales. Y por la relación que tienen entre sí, estudiaremos la Fe y la Esperanza desde un mismo punto de vista, pues la Esperanza cristiana es tan inseparable de la Fe que no se concibe la una sin la otra. Si la Esperanza es la espectación de un bien sobrenatural que no poseemos, cree-

(i) París, mayo 27, 1914.

(j) París, julio 28, 1914.

(a) Catech. Rom., p. 2, c. 2, N° 51.

mos en ese bien, y viceversa, al creer en ese bien, en razón de bien lo deseamos, y esperamos de Dios que con nuestro esfuerzo unido a su bondad nos lo ha de conceder. Así nos lo dice San Bernardo, en su estilo conciso y pletórico de ideas: "Cuanto uno cree, tanto espera" (b).

Santo Tomás en su Suma Theológica, nos define la Fe de esta manera: "Una virtud sobrenatural por cuyo influjo el entendimiento se adhiere inquebrantablemente y sin temor de errar, a Dios, como fin y objeto de la eterna bienaventuranza, y a las verdades por El reveladas, aunque no las comprenda".

Y la Esperanza: "El deseo de un bien futuro, arduo y posible".

3.—Si según la frase de San Pablo, el justo vive de la Fe, la vida del doctor HERNANDEZ está acoplada de lleno a esta frase, pues siempre sus miras fueron tan elevadas en su modo de obrar, que parecía no intentar en todo sino la sobrenaturalidad de sus actos, para que estuvieran siempre revestidos de ese ambiente sobrenatural que da a todas nuestras obras la Fe.

Parecía su vida diaria no más que una continuación de aquella misa fervorosa, de aquella meditación profunda, de aquella comunión cálida de fervor en la Iglesia de Las Mercedes.

Sabía dar a su vida un tono espiritual que parecía que si iba por la calle, atravesaba una de las naves laterales de la Iglesia de Las Mercedes, si hablaba, lo hacía con unción religiosa, lo mismo que si lo hiciera en la iglesia, y de su profesión médica hacía un rito casi sacerdotal. Toda su vida estaba ambientada por esta virtud que lo hacía siempre mirar más lejos de la tierra, como si detrás de todas las cosas viera un campo abierto a sus ansias de santidad. Toda acción era para él una posible moneda para dar más gloria a Dios y alcanzar un lugar más cerca de El en el

(b) S. Bern. "Quantum quis credit, tantum sperat" (De Pas. cap 43).

cielo, y toda palabra una simiente de santidad. Todo hermano enfermo era para él Cristo paciente que se le acercaba pidiéndole la curación.

4.—Todos, hasta los profanos en religión, y aún los enemigos de la Iglesia reconocían la sinceridad de la fe del Doctor HERNANDEZ. Tal el caso de su condiscípulo y amigo el Doctor Razetti, célebre por su ciencia, y apartado de Dios. En otro lugar hemos citado sus palabras de respeto hacia la fe religiosa de HERNANDEZ, que no podía menos de admirar como fuente de grandes decisiones. Decía también:

"Su fe religiosa es tan pura como puros han sido todos los actos de su vida en el mundo y en el comercio de los hombres" (c).

5.—JOSE GREGORIO no perdía ninguna oportunidad para confesar y defender como un paladín incansable, sus creencias, lo mismo en la cátedra que en la conversación amigable, en todas partes bien alta su frente, porque sus ojos miraban más lejos que a la realidad miserable del instante de la vida. En aquellos días que le tocaron vivir no era tan fácil la defensa de la fé, sobre todo en los círculos científicos en los que se movía, inficcionados por el liberalismo ideológico y la falsa intelectualidad de los que creían poder prescindir de la idea de Dios, para terminar fabricándose un dios nuevo —el ídolo moderno, el último becerro de oro— con los microbios y los iones.

En 1905, y suscitada por el Secretario perpetuo de la Academia de Medicina, Doctor Luis Razetti, se entabló una discusión acalorada sobre la legitimidad de la enseñanza de la doctrina evolucionista o darwiniana en su relación directa con el hombre. Visto por HERNANDEZ que en la cuestión alguien se iba más allá de los límites que el Dogma y la doctrina católica pueden admitir en este sentido, pues se intentaba prescindir de un poder superior de animación de aquella materia, se levantó, sin espíritu pendenciero,

(c) Dr. L. Razetti. 12 de junio 1908. - Homenajes, pág. 105.

pero con la justeza de un convencido, y pronunció aquellas palabras que se hicieron famosas, como frase, entre los científicos contemporáneos:

### “YO SOY CREACIONISTA”

No sabemos el alcance preciso que por entonces daba él a estas palabras, pero remitimos al lector a nuestro Capítulo XII, en el que lo estudiamos como pensador, y donde tiene unas páginas bellísimas, científica y religiosamente, que para aquel tiempo se podían haber dicho hasta casi atrevidas, sobre esta cuestión creacionista, y de cómo, con un enfoque perfecto de la realidad, lo entendía él.

6.—En todos sus libros y escritos, pero sobre todo en sus “Elementos de Filosofía”, se siente rezumar aquella fe, y aquella tensión porque todos los hombres conozcan la verdad y se adhieran a ella. Para JOSE GREGORIO todos sus actos eran apostólicos, pues se había impuesto la obligación de ser, ante todo, antes que médico, amigo o científico, un santo.

7.—Hombre vertical en su fe, despreciaba los respetos humanos que hacen de nuestra fe una falsía para nosotros mismos y un desprecio a Dios. Rezaba siempre el Credo o Símbolo de los Apóstoles, hincado de rodillas, con un supremo respeto por aquellas verdades en él contenidas, que eran la miga de la Religión, y el extracto de las Doctrinas del Divino Maestro en el Evangelio. Manifestaba esta misma fe en las más mínimas acciones del día, que santificaba, del modo tradicional, como en la bendición y acción de gracias en la mesa, en el rezo del Angelus tres veces al día, etc... Estas prácticas heredadas de nuestros mayores, que dan una belleza de tono patriarcal a su recuerdo...

Todavía se oye comentar entre las personas que lo conocieron y que concurrieron con él a aquella su misa diaria de Las Mercedes y La Pastora, su devoción comunicativa que hacía que naciera el recogimiento en todos aquéllos que le miraban rezar o meditar, o que le veían venir, con

una humilde dignidad, del comulgatorio. Su oración preferida, modelo de fe y de esperanza, era:

“Oh adorable Hostia. Creo y confieso que tú eres real y verdaderamente el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y te pido que me des pronto una santa muerte”.

8.—Si con algunos había de ejercitar su apostolado se-  
glar de la fe, era con sus enfermos, a los que valía tanto en sus auxilios científicos como en la resurrección de su fe dormida.

Cierto día, asistiendo a un enfermo que padecía de horribles dolores, y que en medio de su desesperación se desataba en denuestos contra Dios, él, pacientemente, a su cabecera, le reconvenía a cada palabra procaz, y le decía:

“Así no... así no... Diga conmigo: Dios mío, Jesús mío...”

Este era su apostolado. Por eso muchas personas confesaban que su sola presencia les aliviaba hasta físicamente, por aquella unción de sus palabras santas, y su gesto beatífico y paternal para con todos los enfermos. Parecía que de él emanaba un fluído sobrenatural que curaba los cuerpos y aliviaba las almas.

9.—Signo especial de su esperanza es el rasgo de su tenacidad nunca rota, para emprender el seguimiento de Jesús en la vida religiosa y sacerdotal. Tres veces lo intentó, y cuando la muerte lo tronchó, como una flor perfecta para los jardines del cielo, lo iba a intentar por cuarta vez, incansable en su esperanza. Y la suprema manifestación de su esperanza eran aquellas palabras suyas:

“Siempre he deseado la muerte que nos libra de tantos males y nos pone seguros en el cielo”.

10.—Su devoción a la Santísima Virgen, nuestra Madre, era algo sustancial para su vida espiritual. Era el ambiente maternal, necesario a toda vida; y en la vida espiritual Ella es la Madre. Diariamente rezaba el Santo Rosario, y desde su juventud se acostumbró a la recitación

del Oficio Parvo de Nuestra Señora, el cual, a pesar de su breve nombre, es prolijo en alabanzas a la Virgen; pero a ningún hijo resulta larga la conversación con su madre. Profesaba especial devoción a María bajo la advocación de Nuestra Señora de Las Mercedes, Patrona de la Ciudad de Caracas, que se venera en la iglesia de los PP. Capuchinos de la Ciudad, y de ella tenía una imagen de talla en su oratorio particular.

11.—Profesaba también una veneración especial a San José, de quien tenía, en la sala de consultas, en una repisa debajo de la cual acomodaba su silla mecedora en la que él se sentaba para atender a los enfermos y recetarlos, una imagen de talla. Profesaba también una devoción singular por el Seráfico Padre San Francisco de Asís, porque su alma sencilla se veía reflejada en aquel santo que quiso hacer de su vida un manso riachuelo de sencillez. Pertenecía a la Venerable Orden Tercera de San Francisco. Todos los 1º de agosto se le veía, en la iglesia de Las Mercedes, lucrando todas las indulgencias que le permitían sus múltiples ocupaciones, en el Jubileo de la Porciúncula. También cultivó la devoción a la gran Santa española de la Raza, Teresa de Jesús, a quien defendió en un artículo que publicó bajo el título de “La verdadera enfermedad de Santa Teresa de Jesús”. Más adelante los lectores podrán saborear estas líneas en las que mezcla su piedad con su ciencia, ambas en una abundancia repleta de claridad para todas las mentes.

12.—El doctor HERNANDEZ pensaba y sentía con la Iglesia. Hemos hecho notar ya en otra parte cómo cuando ingresó al Seminario de Caracas, en atención a las “reglas canónicas que prohíben el ejercicio de la medicina a los que abrazan el estado eclesiástico”, renunciaba a su carrera, anunciándolo así en los periódicos, hijo fiel y sumiso de la Santa Iglesia.

Reverenciaba de una manera especial a los sacerdotes, en los que veía la figura de Cristo. A su paso, les saludaba, quitándose el sombrero, y al acercarse a ellos, reverentemente, les besaba la mano. Le parecía sentir la cercanía

de Jesús en aquellas manos que todos los días están en contacto con el cuerpo de Cristo. Sentía también una especial reverencia hacia las Religiosas que entregan su vida en aras de la caridad, para ser las madres de los niños sin madre, de los enfermos sin familia, las consoladoras de todos los dolores del mundo. Cuando recién graduado, pasó por Curazao, en una visita que hizo al hospital de la ciudad, se quedó admirado del heroísmo paciente de aquellas Hermanas Franciscanas. Y desde Curazao escribía a Dominici:

“Las monjas hacen todo con una heroicidad que sólo da el Catolicismo”.

Unas líneas más adelante, en la misma carta, muestra su admiración ante el rasgo heroico de caridad de una de las Hermanas enfermeras. Nos dice que pudo apreciar en el rostro de esta Hermana tanta santidad al hacer la cura de una úlcera repugnante,

“que tuve deseos de venerarla como si estuviese ya canonizada”.

13.—Pero la virtud que más le caracterizaba ante las personas que lo conocieron era la caridad.

Esta virtud, en cuanto teológica, se refiere directamente a Dios, e indirectamente a la criatura. Es una verdadera amistad con Dios y un amor a nuestros hermanos con relación a El. En términos teológicos, el objeto formal de esta amistad es la misma bondad divina por sí misma. Y el objeto material sobre el que se ejerce esta virtud se divide en objeto primario, que es el mismo Dios, y el secundario, que son todas las criaturas racionales en relación a Dios. La caridad en su sentido más amplio, abarca tanto como la santidad.

14.—Su caridad con Dios:

El amor se manifiesta cumpliendo la voluntad del amado, e identificándose con ella. Más, el amor llega hasta el cumplimiento de los caprichos de la persona amada, sin necesidad de que sean impuestos como mandato. En la vida

del doctor HERNANDEZ vamos viendo cómo en todo se acomodaba, como norma primaria, a los preceptos y mandamientos. Y no sólo a los mandamientos, sino también a esos otros que en un sentido lato podríamos llamar "caprichos divinos", no preceptuados, exhortados solamente, que son los consejos evangélicos. De esta manera le demostraba al Amado divino, al Amigo fiel, al Hermano cariñoso, cuánto era su amor.

15.—Tan acostumbrado estaba al cumplimiento de los preceptos divinos, los cuales había hecho norma de su vida, que fué grande la admiración del Maestro de Novicios de la Cartuja, que escribía: "*Mr. Hernández era el hombre de la Regla y del deber*". No se puede hacer mayor elogio de un hombre.

Odiaba el pecado como el mayor mal que puede sobrevenir a un hombre sobre la tierra. Y para estar más lejos de él huía hasta de su sombra. Nadie oyera nunca salir una palabra menos honesta, ni siquiera frívola, de sus labios; huyó siempre de las murmuraciones y críticas y de toda conversación menos digna, pues sabía que la boca es el camino real de los sentimientos hacia el corazón. Su porte exterior, austero y grave, sereno, era un reflejo de la serenidad de su alma, nunca turbada por los sentimientos de la ira o de la soberbia.

16.—No tuvo malos hábitos ni vicios de ninguna clase. Ni siquiera tenía la costumbre de fumar, aunque lo hiciera a veces porque las circunstancias sociales lo aconsejasen, o por una broma inocente. No toleraba las bebidas alcohólicas. Nunca le gustó conciliarse en esas reuniones sociales en las que lo menos que se pierde es el tiempo; y él tenía el tiempo del día tan medido, que no podía perder un momento, pues se lo debía a Dios y a sus enfermos pobres.

Para castigar su cuerpo y someterlo a servidumbre, ayunaba con frecuencia, para que el "hermano Asno", en lenguaje franciscano, no se soliviantara contra el espíritu. Pasaba días enteros en silencio. A veces su hermana no llegaba a comprenderlo en aquellos días en que no hablaba

una palabra, y creyéndolo ofendido, le preguntaba humildemente si le había faltado en algo, pues no le hablaba. Entonces, él, tomando una actitud cariñosa, pero sin confesar que lo hacía por virtud, le dirigía unas palabras cariñosas que la tranquilizaban.

17.—Nunca se le oyeron palabras de crítica o de falta de caridad. A tal extremo llegó en este sentido, que un día, habiendo asistido a una conversación en la que se había faltado contra la caridad debida a nuestro prójimo, a pesar de no haber sido suscitada por él la conversación, su conciencia, cuando quedó solo, no le dejaba reposar de remordimientos. Entonces desde el centro de la Ciudad se dirigió a la distante iglesia de La Pastora, donde hacía de párroco su confesor, capuchino, el P. Olegario, para reconciliarse. Pero como por el camino topara de casualidad con un sacerdote, se le acercó reverentemente a consultarlo.

—Perdone, Padre, que lo detenga y le moleste. Acabo de asistir a una conversación en la que se ha faltado a la caridad contra el prójimo. Yo no la he suscitado, ni he tomado parte en ella. Solamente la he escuchado. ¿Será pecado?

El Padre sonrió viendo la diáfana claridad de aquella alma grande que se torturaba por pecados imaginarios, y lo tranquilizó, diciéndole que no tenía necesidad de ir a reconciliarse, pues no había cometido pecado alguno.

Para los que no sienten remordimiento por estos pecados que tanto ofenden al Señor, parecerá hasta un rasgo ridículo esta anécdota de la vida del doctor HERNANDEZ. Sin embargo, revela un alma finísima, sensibilizada en la vida espiritual hasta el extremo de, como sucede en los perfectos receptores de radio, captar ondas que otros receptores de menos potencia no detentan.

Si Dios ha puesto en el mundo estos modelos de santidad para nuestro ejemplo, miremos un poco hacia su vida para copiarla un poco también en nuestro vivir diario, en el que las faltas de caridad son agua colada; y porque pre-

cisamente fué la caridad, y no ningún otro rasgo o virtud el que escogió Jesús como seña de sus verdaderos discípulos:

“En esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis unos a otros como Yo os he amado” (d).

Llevemos nuestro amor al Hermano de todo el mundo hasta esta exquisitez del doctor HERNANDEZ, turbado por una conversación oída solamente, contra la caridad.

18.—Procuraba hacer oración siempre que sus ocupaciones materiales se lo permitían. Todo momento libre era para él una ocasión que aprovechaba para levantar los ojos a Dios y hacer un acto de amor. Leía los libros espirituales que podía, y en sus viajes siempre llevaba, con el rosario, su libro de meditación.

Para ejercicios de las lenguas que dominaba, aprovechaba el hacer sus meditaciones en libros selectos, escritos en francés, en inglés o en alemán. Así nos lo cuenta un religioso dominico que viajó con él, y que movido de curiosidad por el libro en que tanto leía el doctor durante la travesía, pues había podido observar en él una formación muy sobre la espiritualidad ordinaria, aprovechando un momento de descuido, examinó el libro. Era un tomo de formación ascética, gastado por el uso continuo, y estaba escrito en alemán.

No sabemos lo que pasaba entre su alma y Dios en aquellas noches en las que después de cerrar él personalmente el portón de la casa que daba a la calle, se encerraba en sus habitaciones, que él había hecho aislar hasta materialmente del resto de la casa, y cuando su hermana iba por la mañana a recoger la lámpara de kerosene, la encontraba vacía. Se había pasado la noche en el estudio y en la oración, robándole al sueño las horas que él no creía necesarias. Y todas las mañanas se levantaba a la misma hora, aunque hubiera tenido que ir por la noche a ver algún enfermo, para dirigirse a la iglesia de Las Mercedes o de La Pastora, a oír su misa diaria.

(d) Evang. S. Juan, XIII, 35.

## CAPITULO DECIMO

### C A R I D A D

#### 1.—*Su Caridad con el prójimo:*

Era la Caridad, como hemos podido apreciar en el transcurso de esta historia, la virtud característica del que fué llamado por antonomasia “El Médico de los pobres”. Su caridad para con Dios se extendía a todos los hermanos en Cristo. Como buen franciscano, no veía en la naturaleza, y sobre todo en los hombres, más que hermanos en Cristo que a todos nos redimió y nos hizo hermanos nuevamente en su Sangre, lo mismo que Dios en el principio de los tiempos nos hizo hermanos por creación.

2.—Con frecuencia se acordaba en sus oraciones de rogar por los pecadores, a quienes encomendaba a Dios, rogando por su conversión, afanándose, cuando estaban en peligro de muerte, por la salvación de sus almas. Asimismo sentía una piedad muy grande por las almas del purgatorio, por las cuales aplicaba las indulgencias que ganaba, sobre todo en los dos grandes Jubileos, el de la Porciúncula y el del Día de Difuntos. Con frecuencia solía mandar decir las misas llamadas gregorianas por sus familiares y amigos difuntos, para aliviarles las penas en caso de no estar todavía gozando de Dios en el cielo. Y siempre cuidaba de que sus enfermos recibieran a tiempo, antes de que fuera tarde, los últimos Sacramentos.

3.—Con sus familiares repartía su caridad por igual, al darles algún obsequio, que siempre procuraba que fuera algo útil para su vida, como ropa, calzado, libros, instrumentos de música, etc. Cuando esto lo hacía con sus sobrinos, lo hacía sin diferencias a todos, para evitar susceptibilidades.

Su amor a la familia está patente en sus cartas, como en este ejemplo que tomamos de una de las que escribió desde la Cartuja:

“Mis oraciones son todas por ustedes; cada día aplico mi comunión, las misas, el oficio divino, el de la

Santísima Virgen, el ayuno, la vigilia, y demás obras que practicamos en nuestra orden, por uno de los miembros de mi familia, y así que termino, vuelvo a empezar; de esta manera así como los tengo a todos en mi corazón, con el cariño más grande que se puede tener en este mundo, así quiero tenerlos juntos a mí en el cielo, para nunca más volvernos a separar" (a).

No temía la separación, pues sabía que hay un lugar de visita donde todos podemos encontrarnos siempre que queramos: el Corazón de Cristo. Así escribía:

"...pero esto no importa, porque nos es muy fácil reunirnos cada vez que querramos dentro del Sacratísimo Corazón de Jesús". (b).

4.—Es un caso raro de los pocos hombres que en su vida no tuvo ningún enemigo, y hasta sus adversarios en las ideas eran siempre fieles amigos y sus panegiristas más devotos. Cuando la envidia se acercó hasta él, siempre tuvo para ella una sonrisa caritativa, y una comprensión sin límites para las debilidades humanas. Sabemos que alguna vez recibió anónimos a los que no hizo caso. No sabemos el tono de estos anónimos, y es tan difícil conjeturarlo que nadie lo hubiera podido sospechar ante la admiración y el cariño de todas las gentes hacia él. (c). Sabía que Dios nos ha hecho de barro, y que muy poco se puede esperar del lodo. Como caso raro se hace notar por un escritor el recuerdo de aquel médico "a quien nunca se le oyó hablar mal de los otros médicos". Enseñaba en su casa a sus sobrinos a amarse unos a otros, y a saber ceder en cosas pequeñas en nuestros derechos, por el bien de la paz.

(a) Carta a su hermano César Hernández, desde la Cartuja, el 18 de noviembre de 1908.

(b) Carta de la Cartuja a su hermano César Hernández, citada.

(c) Vidal Y. L. R. en "Ciencia y Hogar", 15 julio 1919, N° 13.

Por su caridad era querido en toda la República, donde se le conocía como la más alta personalidad de la medicina venezolana. A tanto subió su fama y su simpatía, que su nombre llegó a valer de reclamo propagandístico a la red de compañía de teléfonos cuando se implantaron en Venezuela, dando al doctor HERNANDEZ el número 1 de la lista de suscriptores de la República. De esta manera pensarían los renuentes a aquellas invenciones casi diabólicas, que no sería una cosa tan endemoniada, cuando el Dr. HERNANDEZ la aceptaba él primero de todos. Sabían los contratistas que el doctor HERNANDEZ era un ejemplo, y supieron explotar esta superioridad de su nombre.

5.—Fué uno de los rasgos más sobresalientes de su vida como hombre, aquella exquisita sensibilidad que supo dar a su vida para hacer la misericordia. Es propio del carácter venezolano, y fama, aún en el exterior, esta dulzura de carácter que se reparte entre los hombres y los animales. Es un rasgo tan franciscano, que yo muchas veces he querido buscar la fuente de este carácter en una herencia de aquellos antecesores nuestros, los franciscanos de la Conquista.

Ellos, discípulos del Santo tan hombre, San Francisco, para quien eran hermanos el lobo y el cordero, la piedra y el árbol, de la misma manera que el hermano hombre, supieron infiltrar en aquellas almas primitivas de los primeros indígenas, junto con las primeras palabras en castellano, esta idea de la hermandad universal, en la que es hermano el perro y el pájaro, el hombre y la flor. Esta idea pudo encontrar un recipiente propicio en aquellas almas elementales, acostumbradas a un contacto íntimo con la naturaleza exuberante, que les proporcionaba los alimentos con tanta largueza como una madre que da el pecho a su pequeñuelo.

Y el alma del doctor HERNANDEZ, como hombre, era un alma puramente venezolana, como los campos y el cielo de su Patria. Ella había también heredado en grado superlativo aquella teoría que se resumía en una sola palabra

mágica, con un magicismo de talismán o de piedra filosofal: "HERMANO". (°).

6.—Todos los dolores del mundo le llegaban a su alma para hacerle sufrir, y también para que en lo que Dios le había facultado, aliviara los dolores ajenos. Cuando llegaba a su casa al mediodía se la encontraba llena de enfermos pobres. Nunca le dolió que alguno de sus clientes ricos faltaran, por no mezclarse con la "carroña del pueblo". Se acordaba de aquella frase sublime de Jesús:

"Lo que hicisteis por uno de éstos, a Mí me lo hicisteis".

Y con el mismo cariño con que hubiera curado las carnes maceradas del Maestro, curaba las llagas y las dolencias de aquellos pobrecitos desheredados de la fortuna.

7.—Para los enfermos, su caridad era inagotable. No solamente tenía horas para recibirlos gratis, y con las mismas atenciones que a los que pagaban sus honorarios, sino que él mismo les facilitaba las medicinas. Venían hasta él de los más remotos lugares de la República y se recuerda el caso de una señora que vino desde Puerto Cabello, con el solo fin de consultarle y el Dr. HERNANDEZ no le quiso cobrar nada por las consultas, porque... bastante le había costado el viaje....

Sabía el don difícil de hacer la caridad sin herir la susceptibilidad de los pobres. Cuando terminaba la consulta de un pobre, después de diagnosticarle, se acercaba

---

(\*) de su amor y compasión por los "hermanos animales" nos habla el Dr. José Izquierdo, su antiguo discípulo: "...extendiendo su bondad hasta a los animales, nos insinuaba con ahínco, como un dolor moral, que todo experimento debe ser hecho bajo anestesia clorofórmica, aunque se tratara de los animales más viles o en apariencia más insensibles, y así nos demostraba cómo se dormía a una rana o a una sanguijuela echando unas gotas de cloroformo en el agua en que estaban sumergidas". (d).

(d) El Dr. Izquierdo, desmintiendo algunos motivos del "Bachiller Munguía" en sus artículos "Desván de anécdotas" de El Heraldillo. Homenajes, 557.

a él, paternal, y en voz baja, casi confidencial, le preguntaba: "¿Tienes con qué comprar la medicina?" Y si ellos le confesaban que carecían de recursos, les daba él mismo el dinero, llegando a veces a tanto su caridad extremada, que a veces iba él mismo desde la cama del paciente, a la farmacia, a buscar la medicina para un enfermo pobre y se la llevaba a su casa. Este fué el rasgo de caridad en el que le sorprendió la muerte: llevando una medicina a una pobre anciana: llevaba en la mano su pasaporte para el cielo.

8.—Lejos de constituirse en "cárcel cerrada de la ciencia" con las siete llaves de sus términos y tecnicismos, el Dr. HERNANDEZ lo sacrificaba todo en aras de la salud de sus enfermos. Si alguno no necesitaba más que un pediluvio, se lo recetaba sencillamente como un baño de pies y con estas palabras las más inteligibles. No necesitaba encubrir su ciencia con el aparato mágico de una receta en letra garrapata —"de médico"— y en unos términos altisonantes de fórmulas químicas. Su consejo y su regla de conducta era siempre ésta: "Es buen médico el que sabe curar a sus enfermos".

9.—Si no le gustaba ser prolijo en sus recetas o diagnósticos, se exigía siempre a sí mismo el ser certero en la fórmula y en la apreciación del diagnóstico. Su método de trabajo, como lo pudo apreciar un Padre Capuchino a quien consultó ese mismo método, era el siguiente: primeramente escuchaba con atención al enfermo, sin dejarle perderse en detalles inútiles y en divagaciones innecesarias y si era necesario tomaba apuntes. Después entraba a su habitación particular, donde tenía un libro de recetas hecho por él mismo y en el que había apuntado sus experiencias personales, recetaba a sus enfermos. Quería tener siempre una confianza lo más segura posible en el diagnóstico. Por eso eran tan frecuentes sus entradas a su habitación particular, en la que tenía sobre la mesa el libro-recetario, fruto de su propia experiencia profesional. (e).

---

(e) R. P. Froilán de Rionegro, célebre historiador de las Misiones de los PP. Capuchinos del tiempo de la Conquista.



## OTRAS VIRTUDES

10.—En algunos casos en los que recibía sus honorarios, siempre módicos, aunque fueran personas de posición social, se amañaba para dárselo a los niños para que compraran golosinas. Tal era su desprendimiento. De esta manera se explica que el médico que pudiera haber hecho mejor fortuna en Caracas por su fama como doctor y por lo solicitado que era de las más altas clases de la sociedad caraqueña, no tuviera nunca sino lo necesario para una vida honesta suya y de los familiares que con él convivían.

Muchas veces se le vió caminar aprisa, con un paquete debajo del brazo, disimulado, para que nadie se diera cuenta de lo que llevaba: era un abrigo para una pobre anciana que en su lecho de enferma no tenía con que cubrirse. Todos recuerdan siempre, al hablar del Dr. HERNANDEZ en Caracas, sus estratagemas para socorrer a los enfermos pobres. Unas veces dejaba el dinero debajo de la almohada, cuando se acercaba al oído del enfermo para hacerle una recomendación médica o religiosa; otras veces, cuando le pagaban, y él veía que en realidad estaban necesitados de aquel mismo dinero que a él le daban, al dar la mano para salir de la casa, dejaba disimuladamente, en la mano efusiva, sus honorarios, en un apretón de manos. Otras veces, al pasar junto a la casa de una familia menesterosa, aprovechaba una ventana entreabierta para dejar dentro su limosna, sin detenerse.

11.—No había vallas para su caridad. Afrontaba la lluvia y el viento, siempre a pie, para dirigirse al pobre rancho donde un hermano pobre y enfermo requería los auxilios de su ciencia y de su caridad. Cualquiera que lo viera por las calles de Caracas, siempre con su paso menudo y apresurado, podría decir, mirándolo:

“La caridad de Cristo le urge....”. (f).

(f) II Cor., V, 14-15.

1.—La virtud del Dr. HERNANDEZ se apoyaba como sobre cuatro goznes en las cuatro virtudes que tan sabiamente la Iglesia llama “cardinales”, porque sobre ellas, como sobre cuatro bisagras, se sostiene la puerta de la virtud, por la que todos tenemos que pasar para entrar en el palacio de la santidad.

2.—Proverbialmente era la prudencia del Dr. HERNANDEZ, que parecía una norma de vida, como si nunca quisiera dar un paso que no estuviera medido y contado, controlado siempre por la consulta. No solamente consultaba sus resoluciones con sus directores de espíritu, el Arzobispo Mons. Castro, el canónigo Cruz Guitián, el P. Baltasar de Lodares y el P. Olegario de Barcelona, ambos capuchinos, sino también con otros ministros del Señor, en quienes veía la representación de Dios sobre la tierra y a quienes se acercaba con la misma fe y la misma confianza que lo hiciera si fuera a consultar los pasos de su vida con el Señor.

3.—Hombre de una justicia irreproachable cumplió con sus deberes para con Dios y para con los hombres. Nadie pudo estar nunca quejoso por una falta de justicia suya. Sus más mínimas acciones estaban ajustadas por esta virtud cardinal. Siempre en la casa distribuyó por igual todo, sin predilecciones mortificantes por sus sobrinos o por otras personas. Los regalos que abundantemente recibía en días señalados y en las fechas de su onomástico, eran repartidos por partes iguales entre sus cinco familias, sin reservarse nada para sí.

En la Universidad era el profesor inflexible e insobornable para con sus discípulos, que sabían que para él no representaban nada ni los regalos, ni las recomendaciones y en los exámenes repartía sus notas con una justicia inapelable, por su claro criterio y por su cuidado en que el esfuerzo fuera recompensado y castigada la pereza, o rechazada la ineptitud.

4.—Para nadie tuvo preferencias, ni siquiera para los que entonces regían los destinos de la República, y ante los que siempre se dobla la rodilla servilmente, por una falsa cuasi-justicia aceptada entre los hombres sin criterio.

Siendo Presidente de la República el General Andrade, de quien él era médico particular, vino un sobrino del General Presidente, ya adelantado el curso, con el fin de ingresar en la Universidad. Todos los profesores lo admitieron, por la recomendación de su tío. Solamente el Dr. HERNANDEZ se opuso tenazmente, sin temer una pérdida de confianza por parte del Presidente, o una represalia. Se mostró inflexible y no se le pudo admitir. Todos quedaron edificados de la justicia de aquel hombre que no tenía otros miramientos que los que da la virtud y el trabajo, ni otras miras para obrar que Dios, la ley y su conciencia.

5.—Cumplió con estricta justicia y con una asombrosa puntualidad sus estudios y las comisiones gubernamentales que le fueron encomendadas, el alto empleo de Catedrático de la Universidad y Director del Laboratorio de Fisiología. Con igual exactitud cumplía con sus obligaciones en el Hospital Vargas y con sus deberes como médico en la asistencia a los enfermos. Si alguna preferencia tuvo en su vida, fué precisamente por los desheredados de la fortuna. Su hora de una a tres menos cuarto, dedicada a los enfermos pobres, era siempre respetada sobre todos los compromisos. En aquellos momentos nada le podía distraer de aquel acto de justicia, por el que daba a los pobres lo que ellos justamente como hijos de Dios pedían: un poco de caridad y un poco de cariño. Le parecía más justicia, porque en cada pobre enfermo veía la imagen del Hijo de Dios llagado y pobre por nuestro amor. Solamente estas horas eran interrumpidas en casos de urgencia, para auxiliar a un moribundo.

6.—Nunca exigió más de sus honorarios fijos. Ricos y acomodados pagaban lo mismo, aunque su enfermo fuera el Presidente de la República. Fué médico de siete Presidentes de la República y de sus familias. pero nunca se lucró, ni siquiera en influencias con esta intimidad de los más

altos dignatarios de la Patria. Fué médico del General Crespo, con cuya señora fué padrino de uno de los hijos del Dr. Bruzual Serra, que era entonces el Ministro de más influencia en el Gobierno. Fué también médico de Andueza Palacios, Andrade, Castro, Gómez, Márquez Bustillos, Gil Fortoul, todos ellos Presidentes sucesivos de la República, de todos sus Ministros más influyentes en el Gobierno.

7.—En cierta ocasión y estando él ausente de Caracas, enfermó de gravedad el General Juancho Gómez, hermano del Presidente, Gobernador de Caracas y Vicepresidente de la Nación. Todos los médicos más afamados fueron desfilando por su habitación, sin acertar con su enfermedad. El General Juancho Gómez se moría. Su hermano, el Presidente, fué a visitarlo y con su acostumbrada calma, definió:

—Se muere Juancho, porque el Dr. Hernández no lo ha visto.

—El Dr. Hernández está fuera, mi General.

—Pues que lo busquen.

No fué necesario. El había llegado ya, y el General Presidente Gómez, mandó inmediatamente al General Pimentel que lo fuera a buscar donde estuviera, que su hermano se estaba acabando. Llegó precisamente Pimentel cuando el Dr. HERNANDEZ estaba en su consulta de los pobres, al mediodía.

—Doctor, el General lo necesita.

—Lo siento, pero ahora no puedo, le contestó consultando su reloj. A las tres menos cuarto termino. No puedo dejar mi consulta de pobres.

El General Pimentel recorrió la vista por la sala de espera, llena de viejecitas rugosas y pobres enfermos. Era algo pintoresco como para contárselo al General.

—Es que es urgente, Doctor.

—Pues ¿qué pasa?

—Juancho Gómez, que se está muriendo....

—Ah, eso ya es otra cosa....

No fué necesario más. Había que salvar una vida. Lo mismo que si se estuviera muriendo el pobre más menestero de la ciudad, el Dr. HERNANDEZ tomó su hongo de la percha, y al salir pidió con humildad excusas a las personas que estaban esperando, pues iba a ver un momento a un enfermo grave. Todos lo sabían. A la fuerza, por la urgencia, lo introdujo el General en su automóvil y a los pocos minutos ante la maravilla de todos, estaba de vuelta a su consulta de pobres.

Había visto al General, lo reconoció y le recetó algo tan sencillo que todos quedaron maravillados. Pero efectivamente el General Juancho Gómez salía de su gravedad y a los pocos días estaba bueno y salvo. Todos dijeron que había sido una resurrección. Y él contestaba al General Gómez:

—“Sólo Dios resucita, mi General....”

El General Presidente Gómez no sabía cómo agradecer al Dr. HERNANDEZ aquella curación. Hubiera sido el momento oportuno para aprovecharse de aquella debilidad de Gómez cuando se sentía eufórico o agradecido. Sin embargo JOSE GREGORIO la dejó pasar como si no se diese cuenta de ella. El no quería el dinero ni los honores. El General Gómez llamó a Pimentel y le mandó a casa del Doctor a pagarle los honorarios extraordinarios por la enfermedad de Juancho, los que él pidiera, que todo se lo merecía.

—Mis visitas las cobro solamente a cinco bolívares, mi General.

—¿Cómo?

—Sí. Tres visitas, quince bolívares....

Pimentel no se podía explicar la conducta de aquel hombre que sabía que estaba en sus manos el dinero que quisiera. Y quiso darle más.

—Nada más, quince bolívares, mi General.

El General Pimentel sacó un billete de veinte bolívares y se lo alargó al Doctor. El, tranquilamente le devolvió cinco bolívares y se despidió de él afectuosamente, lo mismo que si despidiera a uno de sus pobres de la consulta.

Comentando este incidente, decía después Pimentel:

—Siempre he querido mucho al Dr. Hernández, pero es la única vez que me ha dado rabia contra él....

8.—Su virtud de fortaleza puede servir a muchos hombres de modelo en el cumplimiento del deber o de la voz de Dios. No era un hombre insensible al cariño, pues le dolían tanto las despedidas de su familia, que no tuvo valor para decirles adiós. Sin embargo, con una firme decisión, cuando oyó la voz del Señor que lo llamaba a su seguimiento, lo dejó al punto todo como los Apóstoles el día que oyeron el llamamiento de Jesús, y se fué sencillamente detrás de El. Siempre supo defender los derechos de Dios y de su Iglesia, sin respetos humanos, con sencillez y valentía, lo mismo en el terreno humano de la disputa familiar que en la controversia científica.

9.—Los rasgos de su carácter varonil son innumerables y se han podido ir viendo en el curso de esta historia.

Uno más: Se trataba de practicar una intervención quirúrgica, precisamente a uno de los más notables médicos de Caracas y como éste diese señales alarmantes que se podían interpretar como síntomas de tétano, los colegas opinaron, en contra de la sentencia del operador, que había que inyectarle suero antitetánico. JOSE GREGORIO examinó el caso, e indicó una pequeña dosis de bromidia, pues solamente se trataba de un tic nervioso. No todos los médicos estaban conformes con el diagnóstico del Dr. HERNANDEZ y uno de ellos insinuó:

—Y bien ¿qué perderíamos con ponerle la inyección?

JOSE GREGORIO le contestó rápidamente, con dignidad:

—¿Perderíamos honradez; perderíamos moralidad...!

10.—Sabemos que con solas unas palabras desarmó a unos estudiantes que le esperaban con intenciones inconfesables a la salida de la Universidad, por las calificaciones que no estaban a su gusto, y que en New York no temió a una partida de apaches con los cuales podía haber terminado no del todo bien....

11.—Su carácter laborioso no podía sufrir la distracción y la falta de interés en las clases. En cierta ocasión dijo a un alumno que pasó de ligero sobre el microscopio, sin el interés debido a un embrión que estaban estudiando:

—“Cuando yo trabajé con Duval, me pusieron un embrión para que lo estudiase y todo el día lo pasé en aquello; me abstraí tanto que hasta me olvidé de comer....”

Tal era su cultivo honrado del deber, que quería inculcar en sus discípulos. Muchas de estas anécdotas se nos han perdido, desgraciadamente, porque él no gustaba de hablar de su vida y menos cuando esto podía ceder en su gloria propia.

12.—Era de un ánimo constante e igual en las tribulaciones y desgracias, lo mismo que en la prosperidad y en las alegrías de la vida. El humo de la gloria apenas le rozaba los vestidos, cuando estaba siempre rodeado de él. Había inculcado en sus familiares este mismo desprecio hacia los honores de los hombres, hasta tal punto que cuando al morir trágicamente JOSE GREGORIO, el Inspector General de los Hospitales Civiles del Distrito Federal quiso que fuera embalsamado su cadáver, su hermano César se opuso a este deseo tan plausible de honrar su cuerpo, dando como única razón que JOSE GREGORIO era enemigo de toda gloria humana y a él no le hubiera gustado.

13.—Era proverbial su templanza. Cumplía siempre con los ayunos y abstinencias que manda la Iglesia; y además prescindía regularmente de carne todos los miércoles y viernes del año. A fin de que su cuerpo no se rebelara contra el espíritu, lo castigaba al estilo de San Pablo, con vigili-  
lias, maceraciones, cilicios y otras penitencias.

Su hermana declaró después de muerto, que él le había dicho varias veces que si moría no quería que lo amortajasen para que nadie lo viera desnudo. Alguien lo interpretó como un exceso de pudor, pero la versión más posible y la más difundida fué que llevaba un cilicio sobre sus carnes y no quería que nadie lo viese.

14.—Era parco en sus comidas, que efectuaba siempre invariablemente a la misma hora. Cuando volvía de la Iglesia a las siete de la mañana, tomaba un frugal desayuno que consistía en pan de trigo y un guarapo sin café. A las doce meridiem y a las seis de la tarde hacía respectivamente el almuerzo y la comida, en los cuales solía tomar alguno de estos alimentos: arroz, pastas, legumbres, carne o pescado, frutas y refrescos de fruta; pero jamás admitió en la mesa los licores. Nunca se supo lo que dormía. Pero ciertamente era poco tiempo, porque muchas mañanas su hermana encontraba vacía la lámpara de kerosene que le había puesto la noche anterior. A veces encontraba también la cama sin deshacer, no se sabe si era porque dormía en el suelo o porque algunas noches no lo hacía y la pasaba en oración; en el estudio no podía ser, porque no le llegaba para toda la noche la lámpara de kerosene.

No tenía costumbre de salir después de las ocho de la noche, a no ser que fuera llamado urgentemente para algún enfermo.

Sus vestidos, a excepción del inexplicable cambio que se efectuó en él a su venida de la Cartuja, siempre eran modestos y muchas veces confeccionados por él mismo. Desde la muerte de su padre, usó siempre trajes negros y austeros.

15.—En su habitación brillaba siempre la limpieza y la simplicidad unidas a una modesta austeridad. Tenía en ella pocos muebles: a la cabecera de su cama, una pila de agua bendita, un nicho con las imágenes de Nuestra Señora de La Merced y el Niño Jesús; un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús; una mesilla de noche, un armario, una silla y un estante para muestras y propaganda de medicinas.

Su lecho era sencillo, de alambre, con una delgada colchoneta que casi traspasaba los alambres que se tenían que hundir en su carne.

Si en sus cosas era modesto y lleno de la virtud de la templanza, mucho más lo era en el porte exterior, reflejo de su alma. Su modo de andar, característico, le añadía una distinción depuradamente cristiana al reflejo de bondad y sencillez de su rostro.

16.—Quiso también poner en práctica en su vida el cumplimiento de los consejos evangélicos. En la obediencia era perfecto y sumiso. Siempre, antes de tomar una decisión, la consultaba con su Director de conciencia, para estar más en consonancia con la Voluntad de Dios. “Era el hombre de la Regla y del deber”, dijo de él su Maestro de Novicios en la Cartuja. Y su obediencia se aquilató en las nuevas pruebas de tener que dejar primeramente la Cartuja, después el Seminario y por fin el Colegio Pío Latino, cumpliendo la Voluntad de Dios, manifestada por sus superiores y por los médicos. En la vida conventual, fué perfecto en la obediencia. Hubiera parecido muy natural el haber escrito a algunos de sus numerosos amigos y admiradores que dejara en el siglo. Sin embargo la Regla prohíbe dedicar demasiado tiempo a la correspondencia, y él, en los ocho meses que estuvo en la Cartuja solamente escribió una carta fuera de las dirigidas a su familia.

Demostró su obediencia en la renuncia que hizo del deseo que manifiesta en una de sus cartas, de asistir al Congreso Eucarístico de Lourdes, estando convaleciente en París y de ir a despedirse de sus condiscípulos de Roma, sobre todo del P. Dubuc. El Doctor se opuso, y JOSE GREGORIO obedeció, sabiendo con esto ser, no solamente buen médico, sino también buen enfermo, que es más difícil. Estaba patente su obediencia, virtud costosa en la práctica más que cualquiera de los otros consejos evangélicos.

17.—En la pobreza era desprendido de los bienes de la tierra, hasta el punto de no importarle lo que ganaba. Solamente le importaba hacer el bien. Todo lo regalaba a

sus familiares, discípulos y pobres de la ciudad. Cuando alguna vez le pidieron objetos de valor que le habían sido regalados y tardaban en devolvérselos, o no se los devolvían, nunca acostumbró a reclamarlos. Cuando resolvió ingresar en la Cartuja, repartió todos sus bienes muebles e inmuebles y cuando volvió, al encontrarse sin nada, no se le ocurrió recuperar lo que había repartido. Hemos visto la pobreza en su habitación, en su vestido y en su comida. Mas: era el amigo de los pobres y a los que no podían venir a su consulta de una a tres menos cuarto de la tarde, los iba él mismo a visitar en sus ranchos.

18.—Hemos podido también notar su afecto extremado por la angélica virtud de la castidad, que nos hace ángeles en la tierra. Para salvaguardar esta virtud, tan fácil de perder, la coronó con los zarzales de la modestia, para que nada llegara a su alma que la pudiera mancillar. En su trato con los enfermos se reducía a los contactos más indispensables y a las miradas más necesarias para cumplir con su deber de médico. En más de una ocasión mezclaba a sus curas consideraciones piadosas, como en el caso de un sacerdote a quien tuvo que aplicar el termocauterio, y mientras lo hacía, le iba diciendo: “Esto, Padre, para que medite en las penas del infierno. . . .”

19.—En la humildad, sobrepasaba los límites de lo increíble. Nos ha contado una persona de las que le conocieron, que cierto día su hermana Isolina se le quejó de que los pobres le ensuciaban todos los pisos, porque no se cuidaban de limpiarse el calzado al entrar en la casa. Al día siguiente por la mañana, aparecieron limpios los pisos, barridos y fregados. Por las mañanas, cuando se levantaba, callandito, tomaba la bayeta y humildemente se ponía a fregar, costumbre que no quiso dejar hasta la muerte. Aquel día Isolina, cuando supo la muerte de su hermano, al querer salir de casa pisaría con cuidado, como si lo hiciera sobre flores, porque aquella mañana, JOSE GREGORIO había estado allí, arrodillado, en mangas de camisa, humilde y laborioso.

20.—Las personas que ya en vida le consideraban como un santo, se acercaban a él con la misma devoción que a un sacerdote, a pedirle la bendición. El procuraba esquivar estas indiscreciones diciendo:

—“Si yo estoy buscando quien me bendiga....”

Cuando recibía los honorarios por su trabajo, siempre contestaba con un “Dios se lo pague”, humilde y agradecido, como si en vez de una justicia recibiera una limosna. Para él era una delicia considerarse pobre como Jesús y como su Padre San Francisco, y ya que no tenía la dicha de lanzarse a los caminos a pedir limosna, le quedaba el único consuelo de figurarse que aquellas monedas que dejaban en sus manos era un óbolo dejado en las manos de un pobre que plañe a la vuelta de una esquina.

21.—Con el servicio de la casa era siempre complaciente, en medio de su dignidad que nunca le abandonaba. Además de pagarles, les agradecía su trabajo.

“Dejo un paquete —le decía a César cuando se fué para la Cartuja— para que paguen el servicio y te encargo les des las gracias en mi nombre”.

Pronto a pedir perdón, aún por ofensas imaginarias, escribía a sus familiares:

“...les ruego a todos que me dispensen todo lo que yo les he hecho sufrir; y que Nuestro Señor nos dé la dicha de volvernos a ver en el cielo....”

Mas de uno de sus familiares sintió escalofrío de cariño y la vista nublada, al ver que les pedía perdón aquel hombre que a nadie había dado tristeza en su vida.

“...Mi querido César —es de la misma carta—, dispénsame todas estas molestias, que Dios te lo pagará todo junto....” (a).

(a) Carta a su hermano César desde Puerto Cabello, junio 6 de 1908.

Cuando en 1917 estuvo en la Universidad de Columbia en New York, escribía:

“Vivo una vida de estudiante, me causa gran placer verme sentado en los bancos universitarios, como lo estuve antaño”.

Ya que no encontraba en su vida más que halagos, o los que pudieran haber sido tales para la vanidad, él se buscaba compensación aunque nada más fuera en sentarse en los bancos de los discípulos, él que tantas veces había ocupado el sillón de la cátedra.

22.—No faltaron en su humildad rasgos humorísticos, como éste de su juventud, en una carta a un amigo:

“Aquí iba cuando me interrumpieron y tuve que parar dando un resoplido, como nunca se me había ocurrido darlo; efectivamente, que es una cosa dura de gastar tres cuartos de hora en escribir quince renglones. ¡Cada día me convenzo más de que soy un asno bípedo”. (b).

(b) Escribía en inglés para perfeccionarse.  
(b) Epistolario Dr. Dominici, pág. 67.



III

EL SABIO

## CAPITULO DUODECIMO

### *EL PENSADOR*

1.—Ser filósofo no es haber escrito con más o menos profundidad una serie de libros en los que se defienden ideas originales, o haber publicado un manual de Filosofía, ni mucho menos ser un excéntrico que vive en las altas esferas de una metafísica fácil e imposible de acoplar a la vida real. El filósofo es el hombre que se ha acercado a las cosas y a los acontecimientos para darles una explicación, el que ha llegado a encontrar un camino más expedito para llegar a la Verdad, meta de la Filosofía, el que ha interpretado los sucesos del mundo con una más fina percepción. En suma, el hombre que ha llegado a acoplar su idea, la verdad subjetiva, con la realidad, o verdad objetiva, hasta que esas dos realidades se han fundido en una sola y misma verdad, llegando así a la Verdad Suma que es Dios. Este es el verdadero concepto del filósofo, y mejor todavía, del investigador de la Verdad.

2.—Esta ansia por la verdad la encontramos en todas las acciones, y sobre todo, palpitante, en los escritos del Dr. HERNANDEZ, un hombre que lejos de ser bueno porque no podía menos, o porque su inteligencia fuera incapaz de rebelarse, toma las ideas y las examina, las hace pasar por el tamiz de su mente analítica, y después de seleccionadas, se aferra a ellas de la manera como lo debemos hacer todos en la vida cuando encontremos un poquito de verdad en ella: como un náufrago que se ase a un tablón del barco hundido. Este poquito de verdad que podemos vislumbrar



en la vida, además de las verdades ciertas de la fe, lo debemos acercar a nosotros con esta ansia. Es el único tesoro que podemos poseer en la vida, porque es el único que nos llevaremos después de la muerte.

3.—El Dr. JOSE GREGORIO HERNANDEZ publicó, para uso de los alumnos, un texto de Filosofía, apesar de que no era ésta su asignatura y su especialización oficial. Son solamente, como nos lo dice el mismo título, ELEMENTOS DE FILOSOFIA, que alcanzó una segunda edición y fué declarada obra de texto en los centros oficiales. En ella, además de las ideas obligadas por la pedagogía, las ideas heredadas, hemos encontrado chispazos de su mente inquieta, maneras nuevas de enfocar las ideas y sobre todo de expresarlas. Hay una claridad en los párrafos concisos de esta obra, que para mí confieso que ha sido una tentación, al examinarla, el leerla toda entera, a pesar de ser simplemente un manual de Filosofía, porque he encontrado ideas tan claras, tan sencillas y precisas, que me he admirado del poder de concisión y de síntesis del Dr. HERNANDEZ.

El prólogo, que es en sí una pieza literaria de valor innegable, nos lo muestra tal como era HERNANDEZ ante la Verdad. Un hombre inquieto, que busca el motivo final de todas las cosas y quiere infundir en sus compatriotas este mismo anhelo, dándoles al mismo tiempo la solución.

4.—“Ningún hombre puede vivir sin una filosofía”.

Son las primeras palabras de este prólogo, en el que se declara pensador por necesidad interna, y pone esta misma norma para todos los demás. Esa necesidad interna que él sentía, de interpretación del mundo y de los acontecimientos, la hace regla general, porque creía, quizá un poco ingenuamente, que todos sentían esa misma tortura de secretos que hizo su vida ansia de verdad.

¿No será que está él mismo retratado en las líneas siguientes, en aquel niño prematuramente pensador?

“En el niño observamos que tan luego como empieza a dar indicaciones del desarrollo intelec-

tual, empieza a ser filósofo; le preocupa la causalidad, la modalidad, la finalidad de todo cuanto ve”. (a).

5.—Con sus dotes de observador, había visto en el pueblo esta misma ansia de saber e interpretar y al mismo tiempo esas geniales interpretaciones que nos da la filosofía popular condensada en aforismos y refranes. Son esos

“algunos poquísimos principios filosóficos que le van a servir para irse formando el pequeño caudal de ideas que han de ser alimento de su inculta inteligencia”. (b).

6.—Yo firmaría incondicionalmente estas otras frases del Dr. HERNANDEZ, que tan bien conocía el alma de su Patria y el carácter de sus compatriotas:

“El alma venezolana es esencialmente apasionada por la filosofía. Las cuestiones filosóficas la conmueven hondamente y está deseosa siempre de dar solución a los grandes problemas que en la filosofía se agitan y que ella estudia con pasión. La ciencia positiva, la que es puramente fenomenal, la deja la mayor parte de las veces fría e indiferente”. (c).

No se sabe de donde ha sacado el alma venezolana esta ansia de solucionar los problemas vitales, más que los problemas científicos, esos problemas que el Dr. HERNANDEZ llama fenomenales usando la terminología kantiana, en oposición al “fenómeno”, lo que se ve, lo que no es la “cosa en sí”, al “noumeno”, lo que es la “cosa en sí” la esencia de las cosas, lo que son ellas mismas, la Verdad. Esta es la filosofía del alma venezolana. Quizá sea porque pesa sobre el alma de esta nación una herencia ancestral de selva y naturaleza, de “cosas en sí”, grandes, magníficas en su desnudez sublime para el alma del hombre que se acerca a ellas y las quiere interpretar con un sentido, con

(a) (b) (c) José Gregorio Hernández — Elementos de Filosofía, 2ª edición, Tip. El Cojo. Caracas, 1912. Prólogo, pág. 5.

una voz, con una relación. Esa alma que por tantos siglos se ha internado a vivir con la naturaleza, en la que las plantas y los animales no son más que hermanos que “viven” lo mismo que nosotros, con el mismo derecho, que intentan desgarradamente que los entiendan, que los comprendan y que los llamen “hermanos”. Y esta es la otra fuente: el franciscanismo heredado de aquellos primeros misioneros franciscanos que vinieron a la selva, a escuchar también a las “hermanas criaturas, a vivir, sublimes en la soledad y en el amor, con la grandeza del silencio y de la naturaleza virgen y brava, y a salvar y civilizar a los “hermanos hombres”.

“Dotado, como los demás de mi Nación —continúa el Dr. HERNANDEZ— de ese mismo amor, publico hoy mi filosofía, la mía, la que yo he vivido, pensando que por ser yo tan venezolano en todo, puede ser que ella sea de utilidad para mis compatriotas, como me ha sido a mí, constituyendo la guía de mi inteligencia”. (d).

El quiere publicar, como un venezolano más, “su” filosofía, su interpretación de la vida y de las cosas, esa vida “noumenal” como la ha interpretado y como él la ha vivido, en la conciencia de que muchos de sus compatriotas han de sentir al unísono con su alma, con su pensamiento y con sus sentimientos al leer este libro.

7.—Y otra razón poderosa, que late en esta frase pequeña, pero de un hondo contenido:

“También la publico por gratitud”.

Por gratitud ¿a quién? A esa misma filosofía que él confiesa que “le ha hecho posible la vida”. Gratitud también para la hermana Filosofía —era franciscano— que como una hermana mayor lo ha tomado en sus brazos cariñosos y le ha enseñado tantas cosas, que lo ha consolado cuando ha sido menester —tantas veces—, que le ha hecho

(d) José Gregorio Hernández — Elementos de Filosofía. 2ª edición, Tip. El Cojo. Caracas, 1912. Prólogo, pág. 5.

seguir el camino bordeado de zarzales siempre con una sonrisa en la boca.

“Las circunstancias que me han rodeado en casi todo el transcurso de mi existencia, han sido de tal naturaleza, que muchas veces, sin ella, la vida me habría sido imposible. Confortado por ella he vivido y seguiré viviendo apaciblemente”.

8.—Pero alguien podría haberse quedado, al leer estas líneas, en la periferia de las palabras y de las cosas. No fué simplemente la filosofía, esa ciencia a veces tan fría y tan desnuda, la que le dió ánimos para vivir, y para morir. Era la filosofía, sí, pero tal como él la entendía, con su sentido cristiano, fervorosamente.

“Mas si alguno opina que esta serenidad, que esta paz interior de que disfruto, a pesar de todo, antes que a la Filosofía la debo a la Religión santa que recibí de mis padres, en la cual he vivido y en la que tengo la dulce y firme esperanza de morir:

Le responderé que todo es uno”. (d).

Este es el final del Prólogo, un final literariamente efectista, como si fuera el décimocuarto verso de un soneto, en el que están condensadas las ideas y los sentimientos de la pieza literaria.

“Le responderé que todo es uno”. . . . Para él la filosofía no tenía una existencia independiente, en cuanto incapacitada para resolver todos los problemas, sin la ayuda de la Religión, o mejor, no siendo las dos una misma cosa; interpretando, sí, pero siempre con un sentido reverente para la Revelación que nos abre las puertas de tantos misterios que nosotros no podríamos desentrañar sin la ayuda de ella. La Filosofía llega a los límites del misterio, de lo sobrenatural y allí se queda muda, sin poder interpretar los tremendos problemas que le salen al paso, cerrándole el camino. Pero, si la Filosofía viene apoyada en su hermana

(d) Id. de id., pág. 7.

la Revelación, fuente, como ella, de conocimientos nuevos, podrá llegar a todas las “últimas y verdaderas” causas de las cosas, que no es otra cosa la Filosofía. El Dr. HERNÁNDEZ confiesa paladinamente que no hay Filosofía, al menos como ciencia completa, sin la Religión, porque con ésta solamente nos puede dar la Filosofía la solución completa a todos los problemas de la vida humana.

9.—Del discurso pronunciado por el Dr. Jesús R. Rísquez, en la Universidad, ante las autoridades de la República, entresacamos estas líneas:

“Mi padre escribía acerca de Hernández, con ocasión de su muerte:

“Yo no pude nunca penetrar aquella psicología, ni alcancé jamás a descubrir los secretos de aquella ecuanimidad imperturbable. Yo lo veía recorrer con incansable actividad el intrincado laberinto del mundo, sin comprender qué fuerza le guiaba y sostenía.

“Yo le acaté científico, le admiré carácter, le aprecié compañero, le respeté justo y bueno, como arrastrado a amarle y a venerarle por una inclinación inconsciente, y hoy incapaz de trazar unos rasgos que le representen y le expliquen, suelto la pluma impotente en espera de que un día, disipado el torbellino del desastre y asentadas las ideas que se atropellan, psicólogo más hábil o pluma más discreta delineen la personalidad culminante y enigmática del Dr. José Gregorio Hernández”. (e)

Luis Razetti, en la misma ocasión, explica:

“la fe de Hernández como la gran fuerza que le conquistó la independencia espiritual, el dominio de sí mismo, y la poderosa energía espiritual de su carácter”.

(e) Dr. Jesús R. Rísquez. — Discurso. — El Filósofo. Homenajes, 687.

Estos dos compañeros suyos, no podían comprender cómo aquel hombre, que tenía su filosofía, que pensaba más profundamente que los demás, había llegado a aquella serenidad espiritual, a aquel dominio de sí mismo, y por eso para ellos era “un enigma”. Nada de eso. Es que no habían leído el prólogo de su libro de Filosofía:

“Mas si alguno opina.... Le responderé que todo es uno”.

10.—En su filosofía, lejos de atenerse a los métodos tradicionales, tiene a veces, sólo a veces, y en cuestiones que no se pueden rozar con el Dogma, sus ideas propias: por ejemplo, pone entre las facultades del alma, no ya las tradicionales, sino que incluye entre ellas a la sensibilidad, quizá no sin razón:

“Se le llama facultad el poder de efectuar alguna operación. Hay, pues, en el alma, tres facultades o potencias, que son: la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad. La facultad es distinta de la función, etc....”

“Las funciones se distinguen de las facultades, en primer lugar porque todos los actos fisiológicos tienen una localización precisa en el cuerpo y pueden reducirse a actos físico-químicos: la circulación se verifica en el corazón y en los vasos y es el movimiento de la sangre en ellos; la respiración externa se produce en el pulmón y en la piel, y consiste en una absorción de oxígeno y una eliminación de anhídrido carbónico.

Los actos psíquicos no pueden situarse en parte alguna del cuerpo, ni son producidos por fuerzas físico-químicas, etc.” (f)

Se le ve, en su lenguaje filosófico, claro y conciso, una claridad de ideas agradable, como ya hemos hecho notar, al mismo tiempo que no puede dejar a un lado al médico, al “físico”, como lo llamaran nuestros antepasados.

(f) Elementos de Filosofía, página 14.

11.—Véase, como ejemplo de claridad de ideas y de concisión en la expresión de las mismas, esta distinción entre sensación y sentimiento:

“Las emociones se dividen en sensaciones y sentimientos. La sensación es la emoción producida por una impresión fisiológica. El sentimiento es una emoción producida por un fenómeno psicológico.

El dolor de una quemadura es una sensación. El dolor por el recuerdo de la muerte de una persona querida, es un sentimiento.

La sensación es una impresión afectiva y el sentimiento es una emoción representativa”. (g).

12.—Pero ante todo su filosofía, lo mismo que su arte y su ciencia, no eran más que una escala para subir a Dios, o para llevar los corazones de sus semejantes hasta El. Su arte, su ciencia, su filosofía, son esencialmente religiosas. Citemos unas palabras de Razetti, aunque no compartamos sus ideas. Son solamente un exponente de lo que pensaba un hombre no creyente respecto de su amigo, creyente y fervoroso católico. Se publicaron estas líneas todavía en vida de JOSE GREGORIO HERNANDEZ:

“Católico ferviente —escribe— hijo sumiso de la Iglesia de Roma, sacrifica todo ante el altar de su ideal religioso. Para él no hay verdades en la ciencia, sino aquéllas que no contradicen el Dogma. Comprende que el universo entero está regido por una ley de evolución; pero como la evolución orgánica y el creacionismo bíblico y dogmático son opuestos, él inventa dos evoluciones: la evolución deísta y metafísica, que él acepta y la evolución atea y materialista, que él rechaza, no en nombre de la ciencia, sino en nombre del dogmatismo científico.

(g) Elementos de Filosofía, págs. 18 y 21.

Esta dualidad se explica hasta cierto punto en un hombre que posee los conocimientos científicos que adornan al Dr. Hernández. Un profesor de fisiología experimental no puede aceptar hoy las creaciones aisladas de los seres orgánicos, porque el estudio comparativo de las funciones en la serie animal, le demuestran con abrumadora elocuencia que todos los seres vivos están unidos por inquebrantables lazos de parentesco anatómico, y que es imposible separar la función de la condición de estructura. Pero como el dogma de la creación del hombre especialmente hecho por Dios, se opone como infranqueable abismo entre el principio científico y el sentimiento religioso, el Dr. Hernández no acepta el origen simiano del hombre, y separa este ser de la evolución general de los organismos; pero difícilmente podría el Dr. Hernández, demostrar esta separación orgánica en el terreno de la ciencia positiva, sin emplear la hipótesis de la creación especial, hipótesis que rechazan a un tiempo la Anatomía comparada, la Embriología, la Paleontología, la Teratología y la Fisiología Experimental.

Por esto en su libro el Dr. Hernández pasa por encima de todas las teorías generales de la Biología: ni las aplaude ni las combate; teme herirse con las propias armas que sirven de fundamento a la enseñanza científica. Es lástima que el Dr. Hernández no haya agregado a su libro un capítulo sobre el origen de los organismos elementales, en el cual hubiera discutido la teoría de la generación espontánea, que Delgado Palacios y yo hemos sostenido en la tribuna de la Academia de Medicina.

.....

No obstante que el Dr. Hernández y yo pertenecemos a escuelas filosóficas diametralmente opuestas, una sincera amistad nos ha unido siempre y yo me he complacido en toda época en pro-

clamar los indiscutibles méritos que posee como profesor, como hombre de ciencia y como ciudadano de conducta inmaculada. En la presente ocasión mi aplauso puede extrañar a las almas inferiores, a las que el fanatismo religioso oscurece hasta el punto de no conceder a los materialistas ni un sentimiento noble; pero el Dr. Hernández, que posee un concepto más elevado de la honorabilidad de los hombres, no verá en estas líneas sino un tributo de justicia y una débil manifestación del aprecio en que siempre lo he tenido". (h).

Como se ve, en estas líneas bibliográficas al aparecer el libro del Dr. HERNANDEZ "ELEMENTOS DE BACTERIOLOGIA", son bastantes discutibles desde todos los puntos de vista, sobre todo del científico y del examen reposado y concienzudo de las ideas del Dr. HERNANDEZ en este punto.

13.—En otro lugar hemos dicho que dejábamos para ahora su teoría del Creacionismo, revelada en aquella famosa discusión en la Academia de Medicina, cuando él, valientemente, delante de todos los académicos, se reveló: "Yo soy creacionista".

Es injusto en sus apreciaciones el Dr. Razetti, y le falta un estudio profundo del pensamiento y de las ideas del Dr. HERNANDEZ, para dictaminar tan de ligero sobre su manera de concebir el creacionismo como opuesto a la ciencia, como si ésta no fuera también una opinión basada en principios científicos, o como si el Dr. HERNANDEZ fuera hurtando el cuerpo a la realidad que se imponía en una de las teorías, tan poco admisible filosóficamente, como era la de la generación espontánea. Le probaremos que él no huyó la cuestión, con todas sus dificultades y que se adelantó a su tiempo en la enunciación de un concepto hoy común, y entonces no tanto y hasta peligroso para ser ex-

(h) Luis Razetti. Un libro del Dr. José Gregorio Hernández. Nota Bibliográfica. Homenajes 90.

puesto ante algún sabio corto de vista teológica y científica: la posibilidad de una cierta evolución somática —entiéndase— en la escala de los seres, que llegaría a la perfección del hombre actual, con verdadera evolución y estaría el hombre corporalmente ya constituido cuando Dios infundió en aquel cuerpo el soplo divino del alma. (i) Citaremos inmediatamente sus palabras. Veámos antes unas injustas acusaciones de Razetti.

(i) El estado actual de esta cuestión en la Teología Católica nos lo da la Semana de Teología celebrada en 1948 en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, en la que se trató, entre otros temas, el debatido origen del hombre. El P. M. Flick, uno de los ponentes, resume así la doctrina establecida en la Semana en un artículo de "La Civiltà Cattolica" del 4 de diciembre de 1948. Extraçtamos:

"A propósito del origen del género humano, no habiendo, y no pudiendo haber entre católicos discusión alguna sobre la creación del alma de nuestros progenitores, se trataron únicamente la cuestión de su origen en cuanto al cuerpo y la de su número; es decir, si el género humano debe remontarse a una única pareja (monogonismo estricto) o si pueden haberse dado diversas parejas aparecidas acá y allá en diversos lugares de la tierra (poligenismo).

...se encargó con mucha oportunidad al Padre V. Marozzi, S. J., cuya competencia en el campo paleantropológico es bien conocida, de hacer escuchar en primer término, la voz de la ciencia sobre los dos problemas en cuestión.

Sus conclusiones fueron que el origen del hombre por evolución no puede probarse científicamente, pero que sin embargo, no faltan argumentos, o al menos indicios no despreciables que parecen darle una cierta probabilidad...

Los PP. Flick y Lennerz, estudiaron ulteriormente los dos problemas desde el punto de vista filosófico y teológico. Según el P. Flick, filosóficamente son posibles varias hipótesis sobre el origen del cuerpo del primer hombre; que Dios lo haya creado de la nada, juntamente con el alma, o bien que se haya servido para formarlo de una materia anorgánica o ya organizada; tampoco repugna que Dios, interviniendo no sólo como causa primera, sino como causa principal, haya utilizado como instrumento la fuerza generativa de un bruto para formar aquel cuerpo en que él infundiría un alma espiritual.

En todos estos casos se debe admitir una intervención especial de Dios en la formación del cuerpo de Adán, y aún en el último, esta intervención excluye que el primer hombre pueda decirse verdadera-

Nunca creyó HERNANDEZ que “la evolución orgánica y el creacionismo bíblico y dogmático fueran opuestos”, cuando él mismo los amalgama, en cuanto se puede, sin detrimento de ninguno de los dos. Pero mucho menos “inventa” el Dr. HERNANDEZ “dos evoluciones”. Si “rechaza la evolución atea y materialista”, no “lo hace en nombre de dogmatismo católico”, sino “en nombre de la ciencia” misma, y basado en sus principios. ¿Por qué hemos de ser extremistas, y, si se puede, no hemos de conciliar dos verdades conciliables, como son las conclusiones legítimas de la razón y los argumentos no menos ciertos, de la fe? No otra cosa hizo el Dr. HERNANDEZ a quien el mismo Dr. Razetti no puede tachar ni de escasez de ciencia, ni, mucho menos, de mala fe.

Si en sus ELEMENTOS DE BACTERIOLOGIA no trató esta cuestión, no fué por miedo, sino sencillamente porque la creyó una cuestión más bien filosófica que bacte-

mente hijo, no siendo engendrado por un bruto en sentido propio, con el solo concurso ordinario de la causa primera. La razón por sí sola no puede decidir qué hipótesis es la que se verificó de hecho, sino recurriendo a argumentos de conveniencia, cuyo valor depende siempre mucho de consideraciones subjetivas. Las fuentes de la revelación nos dicen que la intervención especial de Dios no fué propiamente creadora, pero no parecen excluir evidentemente que tal intervención pudiera haberse ejercido sobre una materia ya organizada, o incluso sobre la potencia generativa de un bruto, la cual, mediante ella, pudiera llegar adonde no hubiera llegado jamás por sí sola.

Si, pues, al hablar del origen del cuerpo del primer hombre por evolución se quiere simplemente sostener que éste enlaza con un ligamento físico de derivación con las especies vivientes inferiores, no parece que esta teoría deba decirse que repugna a la razón, o que en el estado actual de la ciencia teológica esté en contradicción con verdad alguna de las que tocan a la fe. Una palabra más concluyente sobre éste y otros problemas referentes al origen del hombre, como decía Su Santidad Pío XII en un discurso pronunciado en 1941 a la Pontificia Academia de Ciencias, la dirá el porvenir “si un día la ciencia, iluminada por la fe y guiada por la revelación, puede dar resultados seguros y definitivos sobre una materia tan importante”.

(La cita está tomada de la Revista ECCLESIA, N° 1, de enero de 1949. Madrid, N° 390).

riológica, cuestión en la que había que “Pensar” y no “ver” u observar en el microscopio. No fué, sencillamente, más que esto: la consideró una cuestión muy relacionada, sí, con las ciencias naturales, pero no exclusiva o principalmente en el campo de éstas, sino en el del pensamiento y por eso la dejó para sus ELEMENTOS DE FILOSOFIA.

No es el Dr. HERNANDEZ, como dice Razetti, contrario, aunque no lo acepte como una verdad científicamente demostrada, al “origen simiano del hombre”, ni “separa este ser de la evolución general de los organismos”. Adelantemos estas palabras de HERNANDEZ, que citaremos nuevamente cuando vengan al caso:

“Esta doctrina de la evolución concuerda perfectamente con la verdad filosófica y religiosa de la creación, a la vez que explica admirablemente el desarrollo embriológico de los seres vivos, la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos. La misma generación espontánea nada tiene de opuesto a la creación... etc”.

14.—Vean los que lo creían miedoso ante la verdad, a qué conclusiones llega el Dr. HERNANDEZ en su búsqueda impaciente de la misma; hasta a concederle a los que se creían sus enemigos en el campo científico, el que no sean opuestos el evolucionismo y el creacionismo, y a conceder que ni siquiera la hipótesis de la generación espontánea, que él rechazaba de plano, lucharía con el concepto de creación. Y hablaba del evolucionismo en relación con el hombre, adentrándose de pleno en la cuestión, en el cual, bastaría la infusión del alma en un organismo perfeccionado por Dios para que esta acción fuera verdadera creación. El solamente hablaba de la no-repugnancia, de la posibilidad, sin admitir por eso, de plano, las teorías evolucionistas. Citemos sus verdaderas palabras:

“La manera como fué creado (el mundo), no es posible conocerla científicamente, porque sien-

do ésta una cuestión histórica, ha de ser resuelta por el método histórico, es decir, por el método analítico con el criterio testimonial. En los momentos en que apareció el mundo, no había testigos del fenómeno, luego es un problema históricamente insoluble, y por consiguiente, científicamente insoluble.

Pero si no se puede saber dicho origen de una manera cierta, se pueden hacer hipótesis que lo expliquen y que sean útiles para la ciencia. Son dos las hipótesis que se han inventado para explicarlo.

Según la más antigua, todos los seres existentes actualmente, fueron creados, saliendo de la nada en el mismo estado de desarrollo en que se encuentran hoy, con sus especies fijas, separadas e independientes las unas de las otras; los siglos que han tenido de duración no las han modificado de una manera notable y a lo más han hecho desaparecer algunas de ellas.

Esta hipótesis es poco admitida en la actualidad, porque no explica la formación de los seres existentes ni sus relaciones de una manera científica. Sabemos que en el Universo las transformaciones se operan lentamente, como lo demuestra el estudio del cielo en la formación y el desarrollo de los astros, así como también la formación de las diversas capas que constituyen la corteza terrestre.

La segunda hipótesis es la llamada teoría de la evolución universal o aplicada especialmente al hombre, la doctrina de la descendencia. Esta hipótesis es mucho más admisible desde el punto de vista científico, es decir, que teniendo en consideración los hechos observados hasta hoy, relativos a esta materia, explica mejor el encadenamiento de los seres que pueblan el mundo, y puede armonizar perfectamente con la Revelación.

Podemos explicar el origen del mundo según esta doctrina, de la manera siguiente:

La primera operación de Dios en esta obra productora del mundo fué la creación de las fuerzas físicas y de la materia imponderable. Apareció primeramente el éter, el cual vino a constituir el espacio en que habían de situarse los cuerpos; enseguida se produjeron en él los movimientos de vibración productores de la luz, del calor y de la electricidad.

“...dijo, pues, Dios: Sea hecha la luz. Y la luz quedó hecha”.

Después dió el ser a la materia imponderable en forma de nebulosa, derivándola probablemente de la imponderable e inmensamente rica en energía; de ella, por una lenta y gradual evolución, habrían de irse formando los mundos siderales y también el nuestro, obedeciendo a las leyes naturales establecidas en el plan divino.

“La tierra, empero, estaba informe y vacía”.

Luego que se hubo formado la tierra y que tuvo la temperatura conveniente, creó Dios la vida. Apareció la vida vegetal en sus primeros elementos, derivados de la materia mineral terrestre existente, los cuales probablemente no estaban constituidos al principio sino por un reducido número de tipos muy sencillos, de los cuales se fueron desarrollando, en el curso de largos siglos, las otras especies, cada vez más perfectas y de estructura más complicada.

“Dijo asimismo: Produzca la tierra yerba verde y que dé simiente y plantas fructíferas que den fruto conforme a su especie y contengan en sí mismas su simiente sobre la tierra. Y así se hizo”.

En seguida creó Dios la vida animal. Su cuna fué el fondo del océano. En él aparecerían algu-

nas formas elementales, de las cuales habrían de derivarse en una evolución no interrumpida, las especies zoológicas actuales con todos sus representantes, hasta los grandes mamíferos acuáticos, hoy en vía de desaparecer.

Pero el océano no produjo sus habitantes naturales designados con el nombre general de peces, sino que se desarrollaron también las aves originalmente en su seno, las cuales vinieron enseguida a poblar la atmósfera, pues está demostrado científicamente que los peces y las aves aparecieron en la misma época en la superficie de la tierra.

“Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptiles animados que vivan en el agua y aves que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo”.

Después creó Dios los demás animales de la tierra. Aparecieron, según parece probable, como en el mar, algunos tipos de muy simple estructura y de ellos se fueron derivando los otros, por las transformaciones debidas al medio en que se encontraban; por la necesidad funcional que producía los órganos adecuados; por el hábito que fortifica los órganos; por la lucha por la vida que establece una selección natural; y por la herencia que fija en la descendencia los caracteres adquiridos durante la evolución.

“Dijo todavía Dios: Produzca la tierra animales vivientes de cada género, animales domésticos, reptiles y bestias silvestres de la tierra según sus especies. Y así fué hecho”.

La tierra, el mar y el aire iban quedando poblados de los seres vivos, conforme el curso de los siglos permitía su lento desarrollo según el plan divino. Para hacer la obra maestra que faltaba todavía en la creación, hubo como una deli-

beración, a nuestro modo de entender, en la mente divina y fué entonces después de esta como deliberación, que se produjo la palabra creadora omnipotente:

“Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra”.

La formación del hombre comprendió dos operaciones sucesivas: primeramente la referente al cuerpo, el cual se produjo mediante el arreglo conveniente de los minerales terrestres, los cuales, produciendo los elementos anatómicos y los tejidos naturales, recibieron, siguiendo el mismo plan que en los otros animales, la organización suficiente e indispensable para que pudiera verificarse la segunda operación, la creación del alma simple, espiritual, racional e inmortal que había de animarlo.

“Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, e inspiróle en el rostro un soplo o espíritu de vida, y quedó hecho el hombre viviente con alma racional”.

Como vemos, esta doctrina de la evolución concuerda perfectamente con la verdad filosófica y religiosa de la creación, a la vez que explica admirablemente el desarrollo embriológico de los seres vivos, la existencia en ellos de órganos rudimentarios, la unidad de estructura y la unidad funcional de los órganos homólogos. La misma generación espontánea nada tiene de opuesto a la creación, pues muy bien puede admitirse que reunidos convenientemente los cuerpos minerales que han de constituir el cuerpo vivo, Dios concurra para animarlos, así como una vez que están reunidos el óvulo y el espermatozoide de la manera natural, Dios termina la formación del hombre creando el alma que ha de animarlo.

Y por otra parte la doctrina de la descendencia recibe de la verdad de la creación un grado de



verosimilitud sorprendente, porque ninguna inteligencia bien equilibrada podrá nunca admitir que por pura casualidad las fuerzas fisioquímicas, que necesitan dirección, hayan podido, en las distintas partes del mundo y en los distintos siglos, producir todos los hombres con una estructura y una organización siempre las mismas; es decir, con el mismo número de partes óseas en su esqueleto, con músculos y nervios enteramente idénticos, con igual número de órganos y de aparatos; y no solamente con todas las partes del cuerpo necesarias para el funcionamiento de él absolutamente iguales, sino que hasta los órganos rudimentarios, inútiles para el individuo, están presentes en todos los hombres, revelando la identidad de los individuos de la raza humana, y manifestando claramente que sin la intervención divina, el mundo es completamente inexplicable para la ciencia.

Respecto a la materia, se ignora por completo su naturaleza; la ciencia actual supone que está formada de moléculas, las cuales se componen de átomos, los que a su vez estarían constituidos por innumerables partículas en movimiento; esta es una hipótesis que sirve para explicar las reacciones químicas y los fenómenos físicos de que la materia es asiento.

La vida se revela a la observación no en su esencia, sino en sus manifestaciones, que vienen a ser las funciones de los cuerpos vivos. Entre estas funciones, la sobresaliente es la actividad. El cuerpo vivo tiene múltiples actividades que concurren a su desarrollo y conservación y como estas actividades se reducen a actos fisicoquímicos, es necesario, para explicar la vida, suponer que hay además en dichos cuerpos un principio ordenador y director de las fuerzas fisico-químicas, las cuales no pueden sin dirección producir los complicados movimientos de la vida.

Este principio se llama principio vital. Separado de la materia viva, se produce en ella la muerte, después de la cual continúan obrando las fuerzas fisicoquímicas, pero de una manera desordenada hasta que se produce la total descomposición del cuerpo.

El principio vital del hombre es su propia alma racional". (j)

Hemos visto anteriormente cómo la ciencia le servía para dar un poco más de gloria a Dios y para acercar a sus semejantes al Buen Padre que está en los cielos. De todo se valía: de una explicación en clase, de un ejemplo, para inculcar esta idea religiosa en todos aquellos que le rodeaban. Así, hablando de los sentimientos, aprovecha para incluir un ejemplo de religión, preferido sobre mil profanos:

"Los sentimientos son emociones producidas por un fenómeno psicológico, esto es, por una idea, por una volición o por el simple recuerdo. La idea de separarme de mi país me produce un sentimiento de tristeza, la resolución de cumplir mi deber, me da un vivo sentimiento de gozo, el recuerdo de la Pasión de Jesucristo inunda mi alma de un profundo sentimiento religioso". (k)

16.—Encontramos también en sus obras, siempre con la misma claridad y concisión que hemos hecho notar, explicaciones curiosas a fenómenos trascendentales para nuestra vida, como es esta filosofía del lenguaje:

"El lenguaje es un conjunto de signos que emplean los hombres para comunicarse sus ideas.

Se llama signo cualquier fenómeno sensible revelador de fenómenos que los sentidos no perciben. Un grito es el signo del dolor. La balanza es signo de la justicia.

(j) Elementos de Filosofía, página 193 y siguientes.

(k) Elementos de Filosofía, páginas 21 y siguientes.

Los signos pueden ser naturales o convencionales: se llama signo natural la señal de una relación fundada en la esencia de las cosas, como lo es el humo del fuego; los signos convencionales son aquellos en que la relación depende de la aceptación de los hombres, como el pabellón, que es el emblema de un país; la palabra, signo de la idea.

Los signos del lenguaje son convencionales. Se divide el lenguaje según los signos empleados, en lenguaje escrito, lenguaje oral y lenguaje de acción o mímica.

El lenguaje oral está formado de palabras y sirve para la expresión del pensamiento. Ha tomado diferentes formas, las cuales constituyen las lenguas.

El lenguaje escrito es el que emplea un conjunto de figuras para representar a la vista las ideas. Hay dos maneras del lenguaje escrito: el ideográfico y el fonético; la escritura ideográfica es figurativa cuando dibuja los objetos, y simbólica si emplea emblemas, como la escritura china, la de los egipcios; la escritura fonética es aquella en que los caracteres representan sonidos, la cual se divide en silábica, si los signos representan una sílaba como en el asirio, y alfabética si los signos representan vocales y consonantes como en la escritura fenicia adoptada por los latinos.

Los jeroglíficos son una mezcla de las distintas escrituras, figurativa, simbólica y fonética, y la escritura cuneiforme es una escritura alfabética empleada por los asirios y otros pueblos de la antigüedad, en que los caracteres tienen forma de cuña, como lo indica su nombre.

El lenguaje contribuye a la perfección del pensamiento, aunque se puede pensar sin necesidad de él, empleando algunas imágenes de los cuerpos del mundo, sobre las cuales viene a efectuarse el trabajo intelectual. Por esta razón, y porque el

hombre tiene los órganos de la palabra, puede suponerse que en su origen bien hubiera podido inventar el lenguaje empezando por servirse de un lenguaje natural compuesto de interjecciones, después formando onomatopeyas, y por último sirviéndose de la reflexión, para formarse una lengua rudimentaria, suficiente para sus necesidades del momento. Pero como después que apareció el primer hombre en la tierra tenía el uso del lenguaje, considerado desde el punto de vista histórico, es más probable que el lenguaje le hubiera sido revelado por Dios en el momento de la creación..." (1)

17.—Al tratar en su obra de filosofía de la psicología aplicada aborda el tema espinoso y difícil de la mística como diferenciada y totalmente opuesta a los fenómenos de la hipnosis y el histerismo.

Los estudia como médico, con un método de análisis, de bisturí y de preparador:

"Se ha tratado muchas veces de establecer identidad entre estos estados histéricos y los fenómenos de la oración sobrenatural. En particular el éxtasis de los santos se ha considerado como de naturaleza histérica; todos los autores místicos, y principalmente Santa Teresa, han sido definitivamente colocados entre los histéricos por los que admiten esa identidad.

Pero todo aquel que quiera estudiar serenamente y de una manera científica el histerismo, y que estudie además del mismo modo la psicología de los santos, encontrará de seguro tal semejanza entre ellos, que forzosamente tendrá que establecer una conclusión contraria a dicha identidad, la cual sólo puede admitirse por los que no tienen conocimiento alguno del histerismo o de los éxtasis de los santos.

(1) Elementos de Filosofía, páginas 61 - 63.

En efecto, los histéricos son enfermos que presentan, además de los síntomas propios de su enfermedad, ciertos estigmas en su ser moral y físico que son característicos del fondo o terreno indispensable para el desarrollo de la neurosis. Son irritables, veleidosos, apasionados; gustan de ser un espectáculo para los circunstantes, porque su afán constante es llamar la atención. Son pusilánimes, carecen por completo de energía física y moral; a veces son astutos, inclinados a mentir y tercios.

Sus facultades cognoscitivas son muy limitadas; son incapaces de ningún esfuerzo sostenido de la voluntad, e incapaces también de reflexión y presentan las señales de una agobiadora inferioridad intelectual, sobre todo aquellos que han llegado a los estados extáticos, los cuales, al establecerse definitivamente, acaban con la inteligencia del enfermo que cae por fin en el idiotismo.

Es cierto que los que están sólo ligeramente tocados por la neurosis pueden ser personas discretas e inteligentes; pero los que llegan a la grande histeria y a su último estado del éxtasis, sufren una degeneración intelectual casi completa.

Los síntomas del éxtasis histérico son bien conocidos. Los enfermos se encuentran inmóviles en un estado aparente de sueño, en posiciones más o menos forzadas; después entran en convulsiones de la totalidad del cuerpo, a las cuales sigue un estado tetánico interrumpido por alucinaciones variadas.

Pasadas las crisis extáticas, el enfermo se encuentra en un estado de profunda degradación mental, del cual sale lentamente, y entonces recobra aquel humor excéntrico y frívolo que ya hemos señalado.

Es una enfermedad de las personas jóvenes o a lo menos empieza a presentar los primeros síntomas en la juventud.

Contemplemos ahora el grandioso espectáculo de la vida de los santos; y escojamos a Santa Teresa

de Jesús como el caso más conveniente para este fin, porque es ella la que con más frecuencia ha sido calificada de enferma de histerismo.

La Santa pasó su primera juventud entregada a las prácticas usuales de la Regla del Carmelo, sencillamente, sin que nada se notara en ella de extraordinario.

De carácter apacible y firme, tan firme que pudo vivir veinte años, de los diez y ocho a los cuarenta, en perfecta ejecución de los preceptos de su Regla; amante de la vida oculta y silenciosa de la celda, en ella practicó en grado heroico todas las virtudes: la paciencia, la obediencia, la modestia, la virginidad, la mortificación, el horror de la mentira, la santa pobreza; y todo ello sin ostentación, recatadamente y en la soledad.

A los cuarenta años fué agraciada con la oración sobrenatural, y entonces tuvo los éxtasis. Durante ellos nada de aparatoso; ni convulsiones, ni posiciones teatrales, ni estados tetánicos, ni alucinaciones.

Los que tuvieron ocasión de verla en estos momentos, se sentían sobrecogidos de respeto y de admiración al ver la serenidad y el embellecimiento de todas sus facciones, y el recogimiento y la modestia de toda su persona.

Al salir de los éxtasis, la Santa tomaba la pluma; y la que antes era tan ajena a toda literatura, ahora producía sus incomparables escritos, con los cuales se reveló al mundo maestra sin igual en Teología mística, historiadora eminente, eximia poetisa; con una filosofía tan elevada y original como su teología, modelo en el arte del bien decir, llena de donaire y elegancia, y con una gracia tan fina y espiritual, que desde hace cuatrocientos años, forma las delicias de los que la leen; por estas tan excelsas dotes la Santa Iglesia Católica la ha aclamado Doctora Mística.

No existe, pues, ninguna identidad, ni siquiera la más leve entre los llamados éxtasis histéricos y los verdaderos éxtasis de los santos, que consisten en un arrobamiento de las facultades intelectuales, producido por la contemplación sobrenatural; el confundirlos es indicar de una manera cierta que no se conoce suficientemente alguno de los dos estados" (m).

Veremos en otra parte la defensa que hace de esta Santa española, deshaciendo las imputaciones de histerismo que algunos pseudocientíficos se complacen, para más facilidad de explicación, en imputarle.

18.—En la parte criteriológica de su obra encontramos también unas palabras que no me quiero privar del placer de copiarlas, por su contenido y su claridad de exposición, que es la cualidad más diferenciada de toda la obra.

"El error no está en el objeto, puesto que todo lo que existe es verdadero; no está tampoco en el concepto, porque el concepto, como todo lo que existe, es igualmente verdadero. El error quien lo produce es el juicio emitido. porque al emitirlo se afirma una relación que no existe en la realidad.

El juicio, es pues, la primera operación intelectual que puede conducir al error. La idea sólo puede ser falsa, si se la considera con relación al objeto, es decir, al hacer el juicio, porque puede representar al objeto de una manera inexacta.

La esencia del error consiste en interpretar mal una representación intelectual; pero como para hacer esa interpretación es necesario un razonamiento, se deduce que también conduce al error cualquier raciocinio falso o vicioso" (n).

19.—Hemos hecho ya notar la manera como sabía llevar las almas a Dios en todas sus palabras y escritos. Daremos

---

(m) Elementos de Filosofía, páginas 65-67.

(n) Elementos de Filosofía, páginas 91 y 95.

dos ejemplos claros de cómo se valía incidentalmente para defender a la Iglesia en sus escritos; lo hacía donde menos se podía sospechar. Al hablar de los defectos que se pueden cometer en los raciocinios, llegando al equívoco, en la especie de los sofismas, dice:

"El equívoco consiste en tomar una palabra en sus varios significados. El sofisma siguiente es un equívoco de mucha circulación: "Ahí está la Inquisición; ella castigaba terriblemente con tormentos, confiscaciones y pena de muerte a los que no creían en la Iglesia Católica; es, pues, un hecho cierto que la Iglesia Católica imponía en aquellos desgraciados tiempos sus creencias por el terror". En la primera parte de este equívoco se toma la denominación de Iglesia Católica en el sentido de Doctrina Católica, y en la segunda parte se la toma en el sentido de Autoridad Eclesiástica, o Iglesia Docente. Lo históricamente cierto es que la Inquisición era un tribunal del Rey de España... etc..." (o)

En el mismo estudio de los sofismas y de sus diversas clases, nos dice:

"Los sofismas de las ideas, son inductivos o deductivos: Los inductivos son: la ignorancia de la causa, la enumeración imperfecta y la falsa analogía.

La ignorancia de la causa consiste, no sólo en ignorar la causa, sino en dar la que no es, como si fuera la verdadera. Por ejemplo: "Hay, dice Lord Macaulay, un gran adelanto material, y una gran cultura científica en Inglaterra, Alemania y Norte América. Estas naciones no son católicas, sino protestantes, luego el Catolicismo es contrario al desarrollo material e intelectual de las naciones". Este es un sofisma de esta clase, una vez que la causa evidentemente no es ésa, estando igualmente adelantadas Francia, Bélgica e Italia que son católicas, y en cambio existiendo

---

(o) Elementos de Filosofía, páginas 91 y 95.

otras naciones protestantes, como Suecia, Noruega, Dinamarca y aún Holanda, que están también poco adelantadas" (p).

Tiene, por fin, un estudio estético sobre las distintas clases de belleza, que parece un kempis de la belleza, por lo claro de sus frases y de sus ideas. Dice así:

"Lo sublime es distinto de lo bello. Para lo bello es indispensable una armonía completa, un perfecto equilibrio entre la grandeza y el orden. En lo sublime esa armonía está rota; hay predominancia del poder, de la grandeza, por lo cual lo sublime despierta casi siempre la idea de lo infinito. El mar tempestuoso es sublime. El ocaso del sol en el mar en bonanza es bellísimo.

Lo lindo también difiere de lo bello como lo sublime. En lo lindo, lo mismo que en lo gracioso, subsiste el orden, pero faltan la grandeza y la majestad. Lo gracioso se refiere más bien a los movimientos, a la actitud. Una linda flor. Un andar gracioso.

Lo verdadero no es lo bello, porque a lo verdadero le falta el esplendor propio de la belleza. Y la bondad difiere de la belleza, porque la bondad es una perfección extrínseca, en tanto que la belleza es una perfección intrínseca.

Lo feo es lo contrario de lo bello. La fealdad es una carencia, es la falta de armonía y del orden. Lo ridículo es lo feo en pequeño, es un pequeño desorden. Lo horrible es el sumo desorden.

Lo ridículo provoca la risa, la cual es una emoción explosiva de gozo, provocada por lo desproporcionado e inesperado. Es una manifestación exclusiva del hombre.

La sonrisa es esencialmente distinta de la risa. La sonrisa es la manifestación voluntaria y expresiva de un sentimiento del alma..." (q).



DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ,  
Profesor de la Universidad Central.

(p) Elementos de Filosofía, página 97.

(q) Elementos de Filosofía, páginas 131 - 133.

## CAPITULO XIII

### EL PROFESOR

1.—Desde su vuelta de Francia, terminados los estudios, exceptuando los intervalos de sus huídas a la Cartuja y al Pío Latino de Roma, JOSE GREGORIO fué el esclavo de sus clases en la Universidad. Sabía que de ninguna otra manera podía hacer más bien a su Patria y a su Religión que en su cátedra, en la humilde y oscura labor de profesor.

El doctor Razetti hace su alabanza con estas palabras:

“Como profesor, sus discípulos le aman porque les da con paternal cariño alimento bien sazonado de ciencia práctica; y lo respetan porque ven en él un maestro ilustrado que conoce y domina la materia que enseña”.

Cuando vino de Francia se le encargó por parte del Gobierno el que trajera los instrumentos necesarios para la instalación del Laboratorio Nacional. Y en cuanto llegó, se le dió posesión de la cátedra de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología.

2.—Copiamos del estudio del doctor Jesús R. Rísquez estas notas sobre su manera de dar las clases:

“...Y cabe aquí una disgregación para juzgar su labor profesional; me refiero al método seguido por el Profesor al exponer la materia.

Algunos siguen el método de los conferencistas...

Otros proceden de distinto modo: el Profesor es quien hace el resumen de la parte de la materia que debe exponer, conforme al tiempo limitado del año escolar. Clasifica el tema en capítulos separados; apunta ordenadamente para cada uno, una definición o una nota, y la suma de estos puntos que el estudiante puede tomar fácilmente, le marcan a éste un índice para escribir su compendio personal con la ayuda de cualquier texto.

Sin entrar a discutir, por no ser la ocasión de hacerlo, las ventajas o inconvenientes, que a cualquiera de los dos métodos pudiera achacarse, el doctor HERNANDEZ empleaba para dictar sus lecciones el segundo sistema” (a).

3.—Ya en otras ocasiones hemos aludido a algunos episodios de su vida de profesor. Siempre digno, se hacía respetar por sus discípulos. Para nadie era un secreto la vida del estudiante, tan rica de alegría y buen humor al mismo tiempo que de una cierta independencia física y mental a que le da derecho su condición de niño grande que todavía tiene que dejarse guiar. El profesor tiene que saber todos estos secretos para poder dominar a sus discípulos. ¿Lo sabía el doctor HERNANDEZ? Veámos.

4.—Fué al principio del curso. En una de las primeras clases, uno de los discípulos, que no conocía lo suficiente el carácter del doctor HERNANDEZ, se entretenía durante la clase, con algazara de sus discípulos, aunque en sordina solamente, en remedar, mientras el Profesor explicaba un esquema en la pizarra, la especial inflexión de voz y los ademanes del doctor HERNANDEZ cuando explicaba la clase. El doctor, que escribía en la pizarra, se dió cuenta, y de repente se volvió con valentía. Se hizo un silencio de sepulcro. El doctor los fué mirando en torno con gesto serio, y les dijo, recalcando las palabras: “Esta es una clase libre. Si hay alguno a quien no le guste puede retirarse, pero yo no puedo tolerar esto, señores...”. Nadie habló una palabra. Nadie se retiró. Pero en adelante no hubo quien volviera a tomar libertades y faltar el respeto. Se había impuesto por su dignidad y su carácter.

5.—No faltaban al doctor HERNANDEZ rasgos simpáticos que amenizaban las clases, y que al mismo tiempo daban lecciones de buena educación y de humildad a sus discípulos.

Así, en cierta ocasión, recién abiertas las clases, queriendo conocer a sus discípulos nuevos, les fué pidiendo sus

---

(a) Homenajes, páginas 681 y 682.

nombres y apellidos. Uno de ellos, haciendo honor a la edad del pavo en que se encontraba, dió solamente su apellido, con tono y gestos de personalidad indescubierta. El doctor HERNANDEZ se sonrió y le dijo: "¿Es usted un Pasteur? Solamente a los grandes hombres se les conoce por el apellido". El muchacho reprendido bajó la cabeza entre las risas de sus compañeros, curado de esa ingenua vanagloria tan propia de la primera juventud.

6.—Cuando a veces se encontraba, y era con frecuencia, con alguno de esos estudiantes de nombre que solamente abría el libro en las cercanías de los exámenes, que se llegaban con su cara de lobo, solía preguntarles, no sin gracia, y con ironía:

—Señor X ¿Cuál es su profesión?

—Yo soy estudiante.

Y el doctor HERNANDEZ, con un fino humorismo, afilado:

—Pero hombre, señor X, dígame, en confianza, ¿por qué no la ejerce?

7.—Siempre había algún alumno que le daba que hacer. Caracteres difíciles a los que hay que imponerse. Entonces el doctor HERNANDEZ dejaba su habitual manse dumbre, por el bien de sus discípulos, y sabía ser hasta casi mordaz. Se trataba de un recuento de los glóbulos sanguíneos. Uno de los discípulos no acertaba con la solución.

—Acérquese a la pizarra —le dijo—. Si no es más que una simple proporción . . . Hágala . . .

El joven se negó a acercarse a la pizarra, y se cerró en su mutismo. El doctor HERNANDEZ tuvo para él unas palabras duras, y como él se diera por molestado, le dijo en tono que no admitía réplica:

—Oígame, joven, en casa de Mancera dan clascitas nocturnas de Aritmética; váyase allí a aprender las operaciones fundamentales, y no venga a encubrir su ignorancia con gestos de mala educación . . .

8.—Acabado un examen de Medicina Operatoria, uno de los cursantes salió suspenso. Entonces aguardó en uno de los descansos de las escaleras a que bajaran los profesores, en tono de venganza y de ataque. El primero que acertó a bajar por aquellas escaleras fué el doctor HERNANDEZ. El discípulo le arremetió desafiante, preguntándole:

—Doctor, ¿quién tuvo la culpa de mi reprobación?

El doctor HERNANDEZ, como si no se hubiera dado cuenta del tono amenazador del jovenzuelo, lo apartó displicente a un lado, mientras decía serenamente:

—Oiga, joven; de lo que pasó en el examen somos solidarios todos los miembros del Jurado . . .

9.—Había veces en que en la Universidad no sólo se tenía que imponer a los discípulos, sino también a sus compañeros de profesorado. Con dignidad siempre, sabía dar una lección. En la Facultad de Medicina había un examen de cuyo tribunal formaba parte el doctor HERNANDEZ. Este llegó puntual, y estuvo esperando a sus dos compañeros de tribunal. Ninguno de ellos apareció. Pasado un cuarto de hora, el doctor, que tenía más que hacer, tomó su sombrero, y ya bajaba por las escaleras cuando vino uno de los que tenían que acompañarle como jurados. El doctor HERNANDEZ le dijo:

—No hubo examen por falta de cumplimiento de ustedes.

—Por mí, no Doctor, —contestó el aludido— pues ya ve que yo venía . . .

—Sí, pero tarde, como de costumbre. Aprendan a ser formales . . .

10.—Los discípulos lo estimaban y lo querían, como se lo demostraron al volver de la Cartuja, cuando fueron a buscarlo para que volviese a la cátedra. Aún no había expirado

el año escolar que él había comenzado. Uno de los que fueron a buscarlo en aquella ocasión, dice:

“Fuimos al Seminario, que estaba entonces donde hoy está la casa de Juan Manuel Díaz... Y cuál sería nuestra sorpresa de incontenible hilaridad, cuando a los que estábamos esperando en el locutorio se nos presentó JOSE GREGORIO HERNANDEZ, nuestro maestro, con todos los arreos de un levita... Hasta bonete portaba!... Le pedimos que aceptara la cátedra: ésa era nuestra misión. Vaciló, sonriendo cariñosamente, y al fin nos dijo que sí, pero que iría a la Universidad con traje seglar...

—Porque los estudiantes son tremendos— agregó sonreído con su voz suave y precipitada.

—La sotana no nos interesa, Doctor... quien queremos que vuelva es usted, el Maestro...

Y volvió. Y su vida siguió el mismo ritmo sereno e imperturbable de antes...” (b).

11.—Su preparador de Laboratorio, Alberto J. Fernández, en “El Nuevo Diario”, recuerda de esta manera la última clase del doctor HERNANDEZ el día antes de su muerte:

“El sábado 28, a las tres de la tarde, con su acostumbrada precisión cronométrica, entró el Dr. Hernández en el salón de clases de su cátedra. Terminaba la clase práctica a cargo del Preparador.

---

(b) R. Cifuentes Labastidas. - Figuras venezolanas. - José Gregorio Hernández Cisneros. - El Universal, 29 de junio de 1944.

(\*) De su amor y compasión por los “hermanos animales” nos habla el doctor José Izquierdo, su antiguo discípulo: ...extendiendo su bondad hasta a los animales, nos insinuaba con ahinco, como un deber moral, que todo experimento debe ser hecho bajo anestesia clorofórmica, aunque se tratara de los animales más viles o en apariencia más insensibles, y así nos demostraba cómo se dormía a una rana o a una sanguijuela echando unas gotas de cloro formo en el agua en que estaban sumergidas”. (d).

La lección de Bacteriología versó sobre el bacilus de Hansen. El Maestro disertó sobre la morfología, coloración, cultivo, inoculación, etc. del microbio de la lepra.

Como siempre, el Maestro enseñó a sus discípulos la última palabra de la ciencia y terminó su clase hablando rápidamente de las formas clínicas principales de la enfermedad. Anunció a los estudiantes cuál sería la clase próxima; dijo: “En la lección de mañana hablaremos del cocobacilus de Pfeiffer...” No sabía el Maestro que sus discípulos no lo oirían más!

He leído la última lección cedida por mi compañero Carlos Rojas hijo, y en ella pude apreciar que el Dr. Hernández no había modificado su plan de enseñanza que ha formado los colaboradores del tesoro científico nacional.

Fuí, durante más de cuatro años, su preparador y en ese tiempo me convencí de que el Dr. Hernández era el hombre más severo, más justo y más bueno que he conocido.

¡Maestro, descansa en paz!”. (c).

#### CAPITULO DECIMOCUARTO

#### EL ESCRITOR-LITERATO

1.—Hemos hecho ya alusión en alguna de estas páginas al estilo conciso y elegantemente sobrio del Dr. HERNANDEZ. Mejor que nosotros pueden los lectores ver la verdad de lo que decimos, en estos ejemplos que les ponemos delante. En ellos se puede admirar su estilo literario, sobriamente elegante, pero siempre certero.

Tres de las composiciones: EN UN VAGON, LOS MAITINES y VISION DE ARTE, son de estilo literario

---

(c) Alberto J. Fernández. “El Nuevo Diario”, 1° de julio de 1919, N° 2.333. Caracas.



puro; siempre, como ya hemos hecho notar también, con un fin de apostolado, como todos sus escritos; y el otro, LA VERDADERA ENFERMEDAD DE SANTA TERESA, es un estudio médico-psicológico sobre esta Santa a quien tenía una devoción especial.

## EN UN VAGON

*A mi respetado amigo el señor  
Jesús María Herrera Irigoyen.*

Una mañana fría y nublada, caminaba yo de prisa para llegar a tiempo a la estación ferrocarrilera antes de la salida del tren.

Cinco minutos justamente antes de la partida tomé el vagón que se hallaba desocupado aún y traté de elegir un buen asiento para hacer más cómodamente mi pequeño viaje, pues como de ordinario soy muy propenso al mareo, lo evito a veces situándome bien.

Instantes después acariciaba yo la halagadora idea de hacer mi camino sin compañía alguna, cuando entraron tres pasajeros más, de distinguido aspecto: un caballero al parecer de cincuenta años, tipo del perfecto gentleman, quien se tocó cortesmente el sombrero al pasar junto a mí; una señora, que al ponerme de pies para darle libre paso, me hizo una ligera cortesía; y un joven como de diez y siete años, de tan notable parecido con el caballero, que semejaban una misma persona vista a los 17 y a los 50 años, de tez pálida, cabellos y ojos negros, con la mirada profunda del que nace pensador. Vino a situarse a mi lado, y sin prestar atención a los movimientos precursores de la salida, abrió un libro y se entregó a la lectura.

El caballero y la dama tomaron asiento a mi frente. La señora vestía traje y sombrero negros de gran lujo y elegancia y la dulzura de su fisonomía, al propio tiempo que todo el continente de su persona revelaban la distinción peculiar a las personas bien nacidas.

Respiré con satisfacción pensando que si la compañía no aumentaba haríamos un viaje bastante agradable y mayor placer experimenté al ver que en el instante de partir el tren, la señora hizo piadosamente la señal de la cruz.

Entonces mi compañero arregló su libro lo más cómodamente que pudo para continuar su lectura, que por lo visto le interesaba sobremanera. Movido de curiosidad, traté de ver en su libro con discreción, mirando por encima del hombro y leí lo siguiente:

“El hombre naturalmente desea saber; la presencia de lo desconocido le molesta; todo lo que es misterio le inquieta y estimula; y en tanto que le dura su ignorancia, experimenta él un tormento que cede su sitio al placer cuando aquella llega a ilustrarse”.

La señora viéndolo absorto en la lectura, dirigió la palabra a su acompañante con voz intencionalmente fuerte como para hacerse oír del joven.

—No me gusta ver que Carlos se entregue tanto a esas lecturas, las cuales me parecen que le pervierten sus buenos sentimientos.

El caballero sonrió con bondad fijando su mirada en Carlos, con el mismo agrado con que se viera en el espejo ahora treinta años. Carlos levantó los inteligentes y soñadores ojos mirando a la dama y al caballero con gran ternura dijo:

—Mamá no quiere que haga mis repasos, sabiendo que tengo que presentarme al examen de bachiller muy pronto.

—No es el repaso lo que me desagrada —replicó— sino que te veo con unas ideas raras y muy distintas de las que tenemos en casa.

El caballero fijó de nuevo su mirada indagatoria en el joven, y éste levantó un poco la voz como quien trata de expresar un profundo y firme deseo del alma:

—Tío Felipe, es que yo quiero saber.

La locomotora producía un gran estruendo en las vueltas del camino, los árboles del bosque huían velozmente y los

pájaros se levantaban en bandadas, mientras que el penacho de humo quedaba como señal efímera de nuestro paso.

Yo pensaba que este otro penacho de humo —el hombre— vive atormentado por el mismo deseo de Carlos de saberlo todo; sólo que al buscar la vida en su ciencia, no pocas veces encuentra sino la muerte.

—Mira, Felipe, —dijo la dama,— ayer no más me aseguraba que las buenas obras que hacemos no nos sirven de nada, porque nosotros obramos siempre a impulsos del motivo más fuerte y sin ningún mérito de nuestra parte.

Su tío guardó un rato de silencio, al cabo del cual le dijo:

—Te has vuelto determinista a lo que veo, mi querido Carlos y eso te perturba considerablemente porque encuentras que tu filosofía pugna contra tu religión.

Carlos contestó:

—Yo desearía que alguien me pusiera de acuerdo esas cosas. Sin embargo, me parece claro lo que nos enseña la estadística. ¿No vemos que hay casi todos los años un número igual de matrimonios? Lo mismo acontece con los robos y con los homicidios. Un buen estadista calcula sin errar que dentro de dos años habrá un determinado número de estos sucesos, de la misma manera que un astrónomo indica los eclipses del sol y de la luna que se verificarán de aquí a diez años.

La señora miró a don Felipe con zozobra y como suplicándole que ilustrara al adolescente.

Don Felipe repuso:

—Analicemos bien este argumento. Por ejemplo, todos comemos generalmente a las siete; si tú vas a la mesa con nosotros a esa hora, ¿lo haces de una manera necesaria, o te consta por el contrario que tendrías la libertad de no ir?

Es claro que puedo no ir si así me place.

—¿Aunque tuvieras mucho apetito podrías dejar tu puesto vacío en la mesa?

—Sí, por cierto.

—Ya ves, Carlos, que eres libre, puesto que no te dejas dominar por tu apetito y puedes triunfar de él. Y de todos los móviles humanos, los más poderosos son las inclinaciones físicas, que impulsan casi como instintos.

—Sí, dijo la madre, con gozo, los Santos adquirieron la perfección en grado heroico, porque lucharon contra todos sus apetitos corporales y triunfaron de ellos.

Por mi imaginación pasó el recuerdo de aquel dulcísimo Francisco de Asís despedazando su carne virginal con las espinas de unas zarzas en una terrible noche de invierno, luchando violentamente contra la tentación y venciendo.

La máquina detuvo su marcha por breves instantes. Todos nos asomamos a las ventanillas. En el corredor de la pequeña estación estaban dos granujas vestidos de harapos. Uno de ellos dirigiéndose a su compañero le dijo:

—Vale, ahora me gano cuando menos tres reales con los pasajeros que vienen.

El otro, levantando la mano derecha hasta el nivel de los ojos y cerrando unos después de otros los dedos le respondió:

—Veo....!

El vagón continuó su interrumpida marcha y los pasajeros nos colocamos de nuevo en nuestros respectivos puestos.

Don Felipe continuó:

—Oye, pues, Carlos; la estadística nos enseña solamente los meses en que se verifican esos actos de que tú hablas, pero nada nos puede decir del estado psicológico de sus autores, el cual sólo puede ser conocido por la conciencia.

—Concedo que los argumentos en favor del determinismo dados por la estadística sean bien débiles, —replicó Carlos,— pero es que los hay más poderosos. Si se le sugiere un acto cualquiera a un histérico durante el sueño hipnótico, lo realizará al despertarse. Preguntémosle en seguida si lo ha hecho con entera libertad y nos afirmará que así lo hizo.

—Y así lo ha hecho en efecto, porque la sugestión no obra sobre la voluntad sino indirectamente por el intermedio de la memoria y de la inteligencia. Los actos se verifican así: al producirse la reviviscencia del hecho sugerido, la inteligencia lo considera y ofrece a la voluntad, la cual lo acepta si es de su agrado, o lo rechaza en el caso contrario; de suerte que aun aquél que está influido por la sugestión, puede obrar libremente. Recuerdo haber leído la observación de un notable neurologista. Se trataba de una histérica a quien se le sugirió que en la tarde del día siguiente saliera a paseo con su sombrero puesto al revés. En llegando la hora sugerida todos oyeron que la enferma decía:

—Qué cosas tan raras se me ocurren! Solamente que estuviera loca me pondría el sombrero al revés!

Y salió vestida correctamente. Ya ves tú que los histéricos, al aceptar la sugestión, lo hacen tan libremente que pueden rechazarla y practicar lo contrario.

Carlos repuso:

—Y si admitimos la libertad humana ¿no nos ponemos en contradicción con la ley de la conservación de la fuerza? ¿Tendríamos que admitir que un acto voluntario podría crear de la nada un movimiento intercurrente, cuando está demostrado que todo movimiento resulta siempre de un movimiento anterior?

—La voluntad libre, respondió don Felipe reposadamente, no crea ningún movimiento de la nada; lo que hace es servirse, poniéndolas en libertad de las fuerzas almacenadas en los elementos musculares, además de que la ley de la conservación de la fuerza está demostrada para un sistema cerrado e inerte y no lo está respecto de los seres vivos.

Conforme Carlos se iba poniendo pensativo, la dama manifestaba ostensiblemente su alegría.

Pero es lo cierto, volvió a decir Carlos, que nos decidimos siempre por el motivo más poderoso.

—No siempre, dijo Don Felipe; por ejemplo, una persona obediente a los mandamientos de la Iglesia, no tomará el alimento antes de las doce en un día de ayuno aunque tenga mucho apetito; mientras que el falderillo de tu casa al presentársele el alimento se lo comerá irremisiblemente si tiene hambre.

—En ese caso, dijo Carlos con aire de triunfo, el motivo más fuerte es la decisión de cumplir la ley del ayuno.

—Estás en la plenitud del error, mi sobrino, porque como acabo de decir, es un hecho demostrado por la experiencia que de todos los móviles humanos los más poderosos son los apetitos corporales, por lo cual la lucha contra ellos constituye el lado doloroso de la vida. Además podemos verificar todos esos actos experimentalmente y siempre la conciencia nos atestiguará la existencia de la libertad.

Yo observaba al joven y experimentaba una verdadera delicia al ver que en su clara inteligencia había entrado la buena doctrina. En aquel momento la máquina empezó a disminuir de velocidad y Carlos, levantándose de repente y dirigiéndose a la puerta exclamó:

—Ya llegamos.

Después que hubo salido, dijo la señora:

—¿Crees tú, Felipe, que Carlos irá abandonando todas esas malas ideas y que podré verlo volver para siempre a su Catecismo, que con tanto desvelo le he enseñado?

—Tranquilízate, querida hermana, le respondió Don Felipe levantándose para salir; todos, unos más y otros menos, nos hemos divorciado del Catecismo en esa época de la vida y hemos dado acogida a la novedad de esas ideas tan consonas con el estado psicológico producido por el cambio de la edad. Pero después, poco a poco vamos despojándo-

nos de ellas y entonces florece espléndidamente la primera siembra, sobre todo cuando el sembrador fué una madre como tú.

Yo me quedé con el corazón entristecido al pensar cuántos hay que permanecen definitivamente divorciados del Catecismo, por carecer de una mano amiga y amante que les haga fácil la vuelta.

*José G. Hernández.*

## LOS MAITINES

*Para mi distinguido amigo el R. P. Benjamín Honoré, Profesor de Filosofía en el Colegio Francés.*

La campana interrumpe el profundo silencio del desierto. La densa noche cubre implacablemente el bosque de negra y caliginosa sombra; pero en aquella completa soledad la Cartuja recibe de lo alto una lluvia de serenidad y de paz. Entre ratos percíbense los ruidos innominados del desierto, el azaroso canto de las aves nocturnas o el ulular de los desolados animales silvestres. Cabe el vecino riachuelo las ranas entonan el triste canto, su sola protesta contra aquella espesa medianoche sin luna.

Distínguense los objetos de una manera extraña y las visiones se suceden tan numerosas como los objetos. La cruz que se levanta triunfante en medio del cementerio, como símbolo cierto de futura resurrección, toma en medio de aquella inundación de tinieblas, gigantes proporciones. Las tumbas de los que un tiempo fueron víctimas voluntarias del amor divino, se juntan en fraternal abrazo de unión sin fin. Y los cipreses y los mirtos se levantan orgullosos hasta el nivel de la torre del convento, y se entremezclan con las columnas del silencioso claustro.

Los hombres duermen o corren al placer olvidados de Dios. Más la campana vibra fuerte y pausadamente su voz metálica, que recorre el ámbito espacioso y es reflejada en las colinas cercanas. Todo se estremece en la oscuridad. Las puertas de las celdas vanse abriendo una a una y dando

salida a los religiosos con sus blancas vestiduras, los cuales marchan reposadamente en la oscuridad como sombras vagas que se dirigen al coro.

En la capilla brilla apenas la luz de la pequeña lámpara que arde ante el tabernáculo. Reina un silencio total, no interrumpido ni siquiera por los blandos pasos de los religiosos, que van colocándose en sus puéstos en el coro y quedan allí inmóviles como estatuas y sumidos en profunda oración.

Transcurridos breves instantes calla la campana. A la escasa luz de la lámpara se inventan también en la nave visiones fantásticas. Los libros corales proyectan sombras que semejan las ruinas de algún templo pagano y sobre las losas del pavimento aparecen como las calaveras y osamentas, como las grandes tibias de esqueletos descomunales. Sobre el ara, el Cristo abre los brazos a la humanidad redimida como promesa inviolable de definitivo perdón.

Una señal que parte del fondo del coro interrumpe aquel recogimiento profundo y se da comienzo al canto. En primer lugar se dice el Invitatorio, la invitación fraternal, el llamamiento a cantar las glorias de Dios en tono de alegría y esperanza.—“Venid, ensalcemos al Señor, alegrémonos en Dios nuestro Salvador... Nosotros somos su pueblo... Al oír hoy su voz no querráis endurecer vuestros corazones... Venid, adoremos al Rey... Largo rato continúa el himno haciéndose cada vez más instante como si quisiera convocar y congregar al mundo entero para aquella cándida fiesta del puro amor.

Después empiezan los Nocturnos. Al través de las notas musicales se adivina la ardiente pasión de los corazones que palpitan bajo aquellos sudarios por la gloria de Dios y por la mísera humanidad. Los coros alternan en animado y vehemente diálogo y los versos de David brotan de aquellos labios inmaculados como centellas viajeras de la tierra al cielo.—Señor Dios nuestro! cuán admirable es tu nombre en el universo entero!... Cuán elevada es tu grandeza sobre los cielos!... Los cielos narran la gloria del Señor y el firmamento anuncia la obra de sus manos!

La petición se hace inflamada por todos los hombres; nadie tema quedar excluido de aquella intercesión poderosa; y porque aquellos inmolados saben bien que Dios hace salir su sol sobre los buenos y sobre los malos, y que no hay faltas aisladas a causa del terrible contagio del mal, por eso cantan al cielo con tranquila confianza: Quién podrá comprender lo que es el pecado? Límpiame de las culpas escondidas y de las ajenas... Señor mi favorecedor y mi redentor!

Las horas pasan como una ilusión y finalizan los Nocturnos para dar comienzo a las Lecciones. En evocación espléndida se cantan entonces las glorias de la creación. Las criaturas van apareciendo una a una obedientes a la voz omnipotente que de la nada les da el sér. La luz empieza desde aquel instante su viaje fantástico por los indefinidos espacios del universo. La materia en estado caótico, la tierra informe y vacía, el sol, la luna y las estrellas. Luego se canta la maravillosa aparición de la vida en la tierra y en el fondo del mar, y al fin, en una frase musical anunciadora del gran suceso, se publica al mundo atónito la grandiosa aparición del hombre y su origen divino.

Terminada aquella narración incomparable la comunidad entera conmovida entona el grandioso himno triunfal. A Tí, oh Dios, alabamos, a Tí, oh Señor, te confesamos!... A Tí los Querubines y los Serafines a una voz te aclaman sin cesar Santo...

La tierra y los demás astros continúan su incesante revolución en el espacio. Los hombres duermen o corren al placer por el ancho mundo. Las aves nocturnas ensayan su dulce canto. En el coro el oficio divino se sigue desarrollando en toda su belleza; pidiéndose en él la misericordia y el perdón para los malos y para los buenos, para los que gozan y para los que sufren, principalmente para los dichosos, porque a los que son desgraciados les sirve de crisol el sañudo dolor!

*José G. Hernández.*

## LA VERDADERA ENFERMEDAD DE SANTA TERESA DE JESUS

*Al más josefino de todos los Obispos de la cristiandad, el Ilustrísimo Señor Doctor Felipe Neri Sendrea, Obispo de Calabozo.*

Mi devoción por Santa Teresa de Jesús es tan antigua, que el día de hoy me sería imposible decir con exactitud el momento de mi vida en que comencé a conocer y amar a la gran Santa española, característico tipo femenino de la raza.

Durante mis estudios preparatorios al curso de Bachillerato subió de punto mi entusiasmo por su fama, porque, además de la santidad resplandeciente que la rodeaba en mi entendimiento conforme en los tiempos anteriores había formado idea de ella, ahora empecé a conocerla como escritora y poetisa admirable e inimitable.

Empezaba mis estudios de medicina cuando con gran animación y alegría celebróse en Caracas el tercer centenario de la Santa, y recuerdo con júbilo las gratas impresiones, las vivas emociones que experimentaba mi alma al oír los elogios que de ella se hacían en la prensa y en el templo, pareciéndome, sin embargo, que todos eran inferiores a su grandeza.

Años más tarde uno de nuestros más queridos y populares profesores de Medicina en la Universidad escribió un estudio sobre el histerismo, en el cual sin ningún reparo afirmaba que Santa Teresa estaba afectada de la neurosis y que sus éxtasis eran los llamados éxtasis histéricos. (1).

(1) Alude a un artículo del doctor Guillermo Morales, publicado a primeros del año 1885 en "El Repertorio", periódico que era órgano de la Sociedad Santa María. En dicho artículo el autor, no obstante la fama con que llegaba de Europa, dando de mano a la sanción de la verdadera ciencia y a vueltas de hablar sobre magnetismo, hipnotismo e histerismo, pretendió reducir a puras mistificaciones algunos milagros de Jesucristo, los de Lourdes, los éxtasis de los Santos, en especial de Santa Teresa, y la impresión de las Sagradas Llagas en N. P. San Francisco. Excusado es decir que el Pbro. Doctor Juan B. Castro, director de "El Ancora", salió por los fueros de la verdad y de la ciencia cristiana.

Con qué dolor leí el artículo de mi maestro! Cómo deseaba tener un gran caudal de saber y de elocuencia para defenderla de tan inconsiderada apreciación!

\*  
\* \*

Muchos años después pude estudiar sus obras y fué entonces cuando vine a apreciar la verdadera grandeza de la Santa y a comprender que la idea que acerca de ella me había formado en los primeros años de mi vida, distaba de la realidad cuanto dista la tierra del cielo.

Entonces también la empecé a amar y a venerar más si cabe, por otra razón. De todos los Santos que forman el esplendor del Cielo y constituyen la gloria extrínseca de Dios, ninguno, si exceptuamos a la Santísima Virgen, tiene para el pueblo cristiano y para la Iglesia entera la significación y el valor de San José. Todos vivimos en el amor y la veneración del Santo que no tiene semejante en la inmensidad de la gloria.

La devoción de San José propagada en toda la Iglesia, es la obra de Santa Teresa principalmente. Ella hizo que el culto del Patriarca de Nazareth fuera el culto de todo cristiano y nos enseñó a recurrir a él en todos los casos de nuestra vida, y a poner especialmente bajo su protección el trance terrible de la muerte.

Oh devoción cara y amable para todo corazón fiel, que desea la santidad conforme a los designios inescrutables de Dios! Y cómo amar a San José sin tener inmensa gratitud a la Santa que nos enseñó a venerarlo y a poner en él nuestra confianza como el remediador seguro de nuestros males.

Por eso he sentido tan punzante dolor al oírla calificar de histérica en aquellos tiempos y siempre, y he formado el propósito invariable de contribuir en lo que pudiera para desvanecer tan impensada y ligera calificación, primeramente, demostrando que en Santa Teresa no se encuentra la más pequeña señal de histerismo, y en segundo lugar

tratando de indagar cuál era la enfermedad cierta que la aquejaba, puesto que ella misma nos describe los sufrimientos que tuvo durante su vida.

\*  
\* \*

La Neuropatología nos enseña a conocer perfectamente el histerismo, de tal suerte que apenas hay enfermedad de más fácil diagnóstico. Es una enfermedad del sistema nervioso que carece de localización anatomopatológica, y que presenta distintos grados de desarrollo; pero en todos los enfermos se observan ciertos rasgos morales peculiares que se descubren prontamente. Tienen un carácter movable, son inconstantes, faltos de voluntad firme, propensos a la disimulación y casi siempre falsos, amigos de que los mimen y de ser por parte de los demás objeto de atenciones y cuidados. (1).

Qué distante y opuesta a este bosquejo moral se nos presenta la Santa en todos sus actos! Su firmeza de ca-

---

(1) Leamos lo que acerca de esta misma materia, escribió Hernández en los *Elementos de Filosofía*:

"Se ha querido muchas veces establecer identidad entre estos estados histéricos y los fenómenos de la oración sobrenatural. En particular el éxtasis de los santos se ha considerado como éxtasis histérico; todos los autores místicos, y principalmente Santa Teresa, han sido definitivamente colocados entre los histéricos, por los que admiten esa identidad.

"Pero todo aquel que quiera estudiar serenamente y de una manera científica el histerismo, y que estudie además del mismo modo la psicología de los santos, encontrará de seguro tal semejanza entre ellos que forzosamente tendrá que establecer una conclusión contraria a dicha identidad, la cual sólo puede admitirse por los que no tienen conocimiento alguno del histerismo o de los éxtasis de los santos.

"En efecto, los histéricos son enfermos que presentan, además de los síntomas propios de su enfermedad, ciertos estigmas en su ser moral y físico que son característicos del fondo o terreno indispensable para el desarrollo de la neurosis. Son irritables, veleidosos, apasionados; gustan de ser un espectáculo para los circunstantes, porque su afán constante es llamar la atención. Son pusilánimes, carecen por completo de energía física y moral; a veces son astutos, inclinados a mentir y tercios.

"Sus facultades cognitivas son muy limitadas; son incapaces de ningún esfuerzo sostenido de la voluntad, e incapaces también de reflexión, y presentan las señales de una agobiadora inferioridad intelectual, sobre todo aquellos que han llegado a los estados extáticos,

rácter se revela en la elección hecha de una vez para siempre de la vida religiosa; porque la vida religiosa exige en quien la abraza y en ella persevera, la más completa abnegación y la renuncia definitiva de todo lo que en la vida es grato y apetecible; en ese género de vida son indispensables todas las virtudes en grado no común en lo general, y para alcanzar la verdadera santidad, la que demanda el honor de los altares, en grado heroico.

Nuestra Santa las tuvo todas en ese grado y por ello su santidad resplandece en la Iglesia. Y entre todas las virtudes es sobresaliente en ella, precisamente la que es imposible para el histérico: la sinceridad. La señal más cierta que se puede tener de la curación de un histérico es ese cambio moral que lo hace pasar de la disimulación y de la exageración a la sinceridad. En los escritos de Santa Teresa brilla de tal manera esta virtud que encanta al lector y lo subyuga de una manera total.

los cuales, al establecerse definitivamente, acaban con la inteligencia del enfermo que cae por fin en el idiotismo.

“Es cierto que los que sólo están ligeramente tocados por la neurrosis pueden ser personas discretas e inteligentes; pero los que llegan a la grande histeria y a su último estado del éxtasis, sufren una degeneración intelectual casi completa.

“Los síntomas del éxtasis histérico son bien conocidos. Los enfermos se encuentran inmóviles en un estado aparente de sueño, en posiciones más o menos forzadas; después entran en convulsiones de la totalidad del cuerpo, a las cuales sigue un estado tetánico interrumpido por alucinaciones variadas.

“Pasadas las crisis extáticas, el enfermo se encuentra en un estado de profunda degradación mental, del cual sale lentamente y entonces recobra aquel humor excéntrico y frívolo que ya hemos señalado.

“Es una enfermedad de las personas jóvenes o a lo menos empieza a presentar las primeras manifestaciones en la juventud.

“Contemplemos ahora el grandioso espectáculo de la vida de los santos; y escojamos a Santa Teresa de Jesús como el caso más conveniente para este fin, porque es ella la que con más frecuencia ha sido calificada como enferma de histerismo.

“La Santa pasó su primera juventud entregada a las prácticas de la regla del Carmelo, sencillamente, sin que nada se notara en ella de extraordinario.

“De carácter apacible y firme; tan firme que pudo vivir veinte años, de los diez y ocho a los cuarenta, en la perfecta ejecución de los preceptos de su regla; amante de la vida oculta y silenciosa de la celda, en ella practicó en grado heroico todas las virtudes: la pa-

Los histéricos presentan cuando su enfermedad está bien caracterizada las grandes crisis con convulsiones y movimientos pasionales de todo el cuerpo y los tan mal llamados éxtasis, durante los cuales permanecen largas horas y aun días en un estado semejante al sueño y en posiciones irregulares y grotescas; estado éste que alterna con las convulsiones y está acompañado de alucinaciones. Al salir del éxtasis el histérico se muestra en un estado de embrutecimiento y de imposibilidad de ninguna operación intelectual.

De estos tales éxtasis jamás estuvo afectado ninguno de los Santos místicos y tampoco Santa Teresa. Lo que se llama en Teología Mística éxtasis son estados de oración sobrenatural que ninguna semejanza tienen con el histerismo.

ciencia, la obediencia, la modestia, la virginidad, la mortificación, el horror de la mentira, la santa pobreza; y todo ello sin ostentación, recatadamente y en la soledad.

“A los cuarenta años fué agraciada con la oración sobrenatural, y entonces tuvo los éxtasis. Durante ellos nada de aparatoso; ni convulsiones, ni posiciones teatrales, ni estados tetánicos, ni alucinaciones.

“Los que tuvieron ocasión de verla en esos momentos, se sentían sobrecogidos de respeto y de admiración, al ver la serenidad y el embellecimiento de sus facciones, y el recogimiento y la modestia de toda su persona.

“Al salir de sus éxtasis, la santa tomaba la pluma; y la que antes era tan ajena a toda literatura, ahora producía sus incomparables escritos, con los cuales se reveló al mundo maestra sin igual en Teología Mística, historiadora eminente, eximia poetisa; con una filosofía tan elevada y original como su teología; modelo en el arte del buen decir, llena de donaire y elegancia y con una gracia tan fina y espiritual, que, desde hace cuatrocientos años, forma las delicias de los que la leen; por cuyas excelsas dotes la Santa Iglesia Católica la ha aclamado Doctora Mística.

“Los mismos fenómenos psicológicos, que bien podemos llamar antagónicos del histerismo, se encuentran en los otros Santos Místicos; en Santa Catalina de Sena, en San Juan de la Cruz, en San Henrique Suso, en Santa Gertrudis, en la Madre María de Agreda. Todos ellos son autores clásicos en sus respectivas lenguas, eminentes en todos los asuntos de que tratan, y han realizado grandes obras en bien de la humanidad, de las cuales muchas subsisten.

“No existe, pues, ninguna identidad, ni siquiera la más leve entre los llamados éxtasis histéricos y los verdaderos éxtasis de los Santos, que consisten en un arrobamiento de las facultades intelectuales, producido por la contemplación sobrenatural; el confundirlos es indicar de una manera cierta que no se conoce suficientemente alguno de los dos estados”.

Santa Teresa nos dió la descripción de tales estados, hecha con mano maestra en habiendo acabado de salir de uno de ellos:

“Lo que yo pretendo declarar es, qué siente el alma cuando está en esta divina unión... estando así el alma buscando a Dios siente con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo, y todas las fuerzas corporales, de manera que si no es con mucha pena, no puede aun menear las manos: los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos no ve casi nada; ni si lee acierta a decir letra, ni casi atiende a conocerla bien; ve que hay letra, más como el entendimiento no ayuda, no sabe leer aunque quiera; oye más no entiende lo que oye... Hablar es por demás, que no atina a formar palabra... El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido”.

“Ahora vengamos a lo interior de lo que el alma siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto, qué haría el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí, ya no es ella la que vive, sino yo; como no puede comprender lo que entiende, es no entender entendiendo... Se pierde la memoria... La voluntad debe estar bien ocupada en amar... el entendimiento si entiende, no se entiende cómo entiende...

“Queda el alma de esta oración y unión con grandísima ternura”.

Es preciso leer los capítulos enteros de su Vida en que trata de esos estados místicos, para maravillarse de las grandezas de la oración sobrenatural y juntamente convenirse de que no ofrecen ni siquiera parecido remoto con los estados histéricos. Ninguno que establezca comparación entre ellos y los confunda e identifique, puede considerarse como verdadero hombre de ciencia y mucho menos como hombre justo e imparcial.

\*  
\* \*

Es, pues, un hecho fuera de discusión ilustrada que Santa Teresa no padecía de histerismo. Podemos entonces averiguar cuál era la enfermedad de que padecía, puesto que ella misma nos la describe. Empezaron los síntomas de ella después de su profesión religiosa, porque “la mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud”.

La enfermedad principió con una gran debilidad. “Comenzáronme a crecer los desmayos, y dióme un mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto a quien lo veía...”.

Para ver si se curaba la llevaron a una estación balnearia a tomar aguas minerales. “Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos porque la cura fué más recia que pedía mi complexión; a los dos meses a poder de medicinas me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal del corazón de que me fui a curar era más recio que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían de él, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer si no era bebida, de gran hastío, calentura muy continua y tan gastada, porque casi un mes me habían dado una purga cada día) estaba tan abrasada que se me empezaron a encoger los nervios, con dolores tan insoportables que día ni noche ningún sosiego podía tener y una tristeza muy profunda... todos me desahuciaron... los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un sér desde los pies hasta la cabeza”.

En esto estuvo cinco meses, desde abril hasta agosto, a fines de los cuales: “Dióme aquella noche un parasismo que me duró estar sin ningún sentido cuatro días poco menos... Quedé destos cuatro días de parasismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomparables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aún el agua no podía pasar... sin poderme menear ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza...”.

Lo cual le duró hasta diciembre, en que la llevaron al convento de nuevo. “El extremo de flaqueza no se puede



decir, que sólo los huesos tenía; ya digo que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años”.

Después se puso buena por completo quedando únicamente sujeta a tener palpitaciones, que ella, como dice en una de sus cartas, se curaba con agua de azahares.

De todo ello podemos deducir que la Santa en su primera juventud sufrió de una enfermedad aguda que con las secuelas le duró cuatro años, después de la cual tuvo una salud perfecta y cabal, tanto que pudo emplear toda su vida en el trabajo de las fundaciones y de la dirección de una Orden extendida en toda la Península.

Esta enfermedad consistió en un dolor violento en la región torácica y precordial, seguido al poco tiempo de dolores generales en todo el cuerpo con fiebre alta y que paró en un ataque cerebral con convulsiones; después, rigidez articular y muscular que la tuvo tullida durante tres años; al fin, vuelta a la salud con palpitaciones y algunas veces vómitos.

Con esta sumaria descripción es ciertamente difícil clasificar su enfermedad poniéndola en el cuadro nosológico. Sin embargo, para los que están acostumbrados al lenguaje de la Santa se aclaran un poco los síntomas y se puede, sin mucha violencia, asimilar su enfermedad al reumatismo articular agudo.

Tomemos, si no, el admirable artículo *Reumatismo*, del Diccionario de Medicina y de Cirujía escrito por Georges Homolle.

.....

*José G. Hernández.*

## VISION DE ARTE

*A mi respetado amigo el señor Pbro. y Dr. Rafael Lovera, Teniente Provisor y Pro-Vicario General del Azobispado.*

Tomé entonces la pluma y escribí con desencanto: *Capítulo Segundo. El Arte.*

La tarde estaba cálida, tempestuosa y cargada de fluído eléctrico que obraba implacablemente sobre mis nervios, comunicándoles como unas corrientes no interrumpidas de malestar. Había tenido durante el día un trabajo fuerte y emocionante, y me sentía con un cansancio físico muy pronunciado.

Traté de coordinar mis ideas para comenzar a escribir, confiando en que el movimiento producido por la composición intelectual, me haría olvidar el cansancio del cuerpo y los trastornos nerviosos de causa meteorológica. Vano intento! mis esfuerzos en este sentido fueron inútiles; por el contrario, lejos de armonizar las ideas se me empezaron a confundir lamentablemente. A mi alrededor los objetos tomaban formas fantásticas, moviéndose caprichosamente y agitándose en un baile siniestro y lúgubre. En particular un ramo de viejas flores que estaba olvidado sobre la mesa en que me había puesto a escribir, me producía la ilusión de que estaba haciendo toda suerte de contorsiones; se inclinaba a la derecha y a la izquierda con cierto aire de burla, y por último, creí verlo que se doblaba más profundamente como si me hiciera una cortesía, hasta que tomando vuelo se desprendió de la mesa y fué a colocarse sobre la puerta entreabierta de la habitación. Puras ilusiones visuales!

En medio de las tinieblas que cada vez más ofuscaban mi mente, pude pensar que todo lo que me acontecía eran obras de mi imaginación cansada y estropeada por el trabajo de aquel día y por la enorme tensión eléctrica de la atmósfera. Comprendí también que en vano trataría de luchar contra ese estado de cosas y decidí someterme a la fatalidad. Un ruido sordo, como de un trueno lejano que me pareció oír, acabó de ofuscar me y de hacerme perder el sentido de la realidad.

Tuve todavía bastante conciencia para más convencerme de que era incapaz de recobrar mi autonomía y miré desoladamente alrededor de la habitación, como quien busca auxilio. Al cabo de un rato, con gran sorpresa ví o creí ver junto a mí a un sér indefinido, semejante a una Aparición, que me estaba mirando con ironía. Su vestido blanco era como una amplia túnica que se movía como si fuera a impulsos del viento, y de tal manera disimulaba sus formas, que me era imposible distinguir si ese ente que estaba en mi presencia era hombre o mujer.

Largo tiempo estuvo mirándome despreciativamente. Su mirada inquisidora penetraba hasta el fondo de mi vacía imaginación, y la registraba minuciosamente como quien hojea un libro. Aquel análisis frío y sostenido de mi sér interior, semejante a una disección anatómica, me producía una especie de congelación interna. Después de haber prolongado ese registro todo lo que quiso, sacudiendo la cabeza con un aire no sé si de conmiseración o de hastío, concluyó por decirme:

—“Nada has podido producir. Tu inteligencia está como un papel en blanco; pero tengo lástima de tí y quiero trabajar por tu cuenta”.

Extendió luego que acabó de hablar su brazo escultural y con la mano abierta señaló el fondo casi oscuro de la estancia. Yo seguí con la vista aquel ademán lleno de imperio y miré a lo lejos. Primero ví una espléndida llanura en la cima de un monte como si fuera una meseta, iluminada por una suave y deliciosa luz. Parecía que nos acercábamos a ella con rapidez. En seguida se fueron delineando claramente los contornos de un palacio suntuoso de construcción antigua, con las paredes de un mármol tan fino que casi tenía la transparencia del vidrio y con el techo de un metal semejante al oro.

Me parecía que sin movernos nos acercábamos a la espléndida mansión nunca vista por mí y ni siquiera imaginada. Tuve la sensación de que habíamos penetrado en el interior de una sala de deslumbradora riqueza, en la cual se hallaban numerosos personajes rodeados de incompara-

ble gloria. Tenían aquel aire lleno de majestad de los que están habituados a dominar las inteligencias de los demás hombres, y en realidad parecían reyes que estaban sentados sobre tronos. En el mismo instante en que pasábamos junto a ellos, se levantó de su asiento el más glorioso de todos y que con seguridad era el que presidía aquel senado resplandeciente, y con voz no terrenal comenzó a recitar los sublimes versos: “Canta ¡oh diosa! la cólera de Aquiles, hijo de Peleo”.

Entonces pude ver en el dosel del trono en que se hallaba el recitante esta inscripción en letras refulgentes: “Poesía! Eres de todas las bellas artes la más excelsa! Eres el arte divino!”

Comprendí que íbamos a salir de aquel encantado recinto, y una vez fuera de él continuamos nuestro aéreo viaje con rapidez. Muy distante debíamos encontrarnos a juzgar por lo largo del tiempo, cuando empecé a sentir como el ambiente perfumado del bosque y a notar el silencio inapreciable del desierto, apenas interrumpido por el ruido de las corrientes de aire que levantábamos a nuestro paso. Era evidente que entrábamos en un lugar solitario y silencioso. La Aparición me habló diciéndome: “Ciera bien los ojos y apresta los oídos”. Obedecí al punto y puse todo mi esfuerzo en oír.

De aquella ignorada región de la tierra, de aquel rincón bendecido del mundo, se elevaba un canto celestial. No parecía formado de voces humanas, y hubiérase creído que alguno de los coros angélicos lo entonaba. Compuesto solamente de voces, sin ningún acompañamiento de orquesta, la frase musical estaba formada por una melodía grave y pausada que en algunos momentos parecía un lamento, un sollozo o una súplica, pero que en otros instantes tomaba los grandiosos acentos de un himno triunfal. En mi alma se despertaban emociones del todo semejantes a la expresión sensible de aquel canto, que me traía el recuerdo de dulces días, de días serenos y apacibles de mi vida, quizás pasados para siempre. La Aparición me habló con voz emocionada y me dijo: “Es el himno cartujano que noche y día sube al

cielo a pedir misericordia por el pobre mundo. En el desierto viven esos seres como ángeles formando el jardín privilegiado de la Iglesia”.

Poco a poco fuimos perdiendo la audición del himno, conforme nos alejábamos del desierto y entrábamos en la llanura. De repente llegamos a un espacio lleno de primorosas flores. En medio de él se levantaba una escala de singular belleza de la cual se irradiaba una brillante luz en todos los ámbitos de aquel dilatado espacio. Estaba formada por siete gradas talladas en una piedra riquísima y preciosa como el diamante. Sus pasamanos eran como de esmeralda cubiertos de facetas; y toda ella parecía suspendida en el aire y rodeada de gran esplendor.

En la tercera grada de aquella inimitable escala estaba de pies una bellísima mujer ligeramente reclinada en la verde esmeralda. Llevaba una ondulada túnica escarlata y sobre los hombros descansaba un manto de imperial armiño. En la mano derecha tenía un cetro. Luego que nos hubo visto, hizo un ademán con la mano izquierda enseñándonos hacia el oriente.

En aquella dirección apareció un campo irregular y quebrado en el que se veían algunas palmeras torcidas y casi secas, agitadas por el viento; hacia la izquierda y en la dirección de las palmeras se notaba la bella ensenada de un lago de plumizas aguas; a orillas del lago unas colinas cubiertas de yerba y de no muy grande elevación, y por fin, más allá y por encima de las colinas, el cielo azul con nubes acumuladas, mensajeras de próxima borrasca. Una gran multitud de hombres, mujeres y niños se encontraban en aquel sitio y le daba el aspecto de un campamento. Toda aquella muchedumbre parecía presa de un entusiasmo indescriptible, como si hubieran sido testigos de un acontecimiento nunca visto en el mundo; como que lo comentaban y discutían con vehemencia, y a veces llegaba a mis oídos el ruido de una inmensa aclamación semejante al rugido del mar durante la tempestad. Unos cuantos actores de aquella escena estaban afanados recogiendo unos objetos que ciertamente eran pedazos de pan y restos de pescado, los cuales

iban colocando cuidadosamente en cestos. De pies sobre una pequeña elevación del terreno y dominando aquel espectáculo estaba El, resplandeciente en su divinidad y con las manos omnipotentes levantadas al Cielo en actitud de dar gracias.

Un frío intenso producido por la emoción circuló por todo mi cuerpo; pensé que iba a morir. Entonces hice violento esfuerzo sobre mí mismo, tratando de recobrar mi libre personalidad, como quien procura despertar encontrándose en medio de una pesadilla. Casi recobré el uso de mis sentidos, de tal suerte que empecé a distinguir los objetos de la habitación y hasta oí claramente la voz de un granuja que gritaba en la calle: “Para el miércoles! El cuatro mil trescientos cincuenta y nueve!”

No pude luchar por más tiempo y volví a caer en mi letargo. A mi lado estaba todavía la Aparición, que me dijo con aire de comprimida cólera: “Estás bajo mi autoridad; aunque no quieras has de prestarme atención hasta el fin”. Y agarrándome con fuerza por un brazo, me condujo velozmente y como si fuera llevado por una ráfaga de naciente huracán. Llegamos al cabo de largo tiempo a un silencioso y dilatado recinto, que al principio creí había de ser como un recinto mortuario, pero luego pude convenirme de que era un espacio cerrado en el cual se distinguían grandes masas de jaspeado mármol que custodiaban la entrada y se extendían a lo lejos. Por dentro de ellas se encontraban lujosas columnas, preciosos monolitos de mármol de raros colores que contribuían con sus matices a dar belleza y armonía al conjunto.

En el centro de aquel recinto se levantaba esbelta la figura de una mujer de blanco mármol. Parecía acabada de salir de la onda líquida y por ello cubría castamente su desnudez con tela abundante de profusos pliegues. Su rostro ovalado y de una deslumbradora dulzura estaba iluminado por una sonrisa celestial; y su mirada rica de inmortalidad se dirigía vagamente a lo lejos como si estuviera mirando el desfile de las generaciones seculares que habrían de venir a contemplarla sin saciarse jamás de admi-

rar su belleza. Me sentí como poseído de un verdadero éxtasis producido por aquel esplendor, y hubiera deseado nunca más salir de ese recinto encantado, hasta que una voz me sacó de aquel arrobamiento, la cual descendiendo de lo alto exclamaba: "Oh hombre! admira el poder creador de que disponen los de tu raza! Pueden ellos transformar la fría piedra en un sér como éste que ves palpitante de vida, el cual representa el ideal perfecto de la belleza!"

Pero sin dejarme oír más, la Aparición me obligó a continuar nuestra marcha. Corríamos sin descanso y pasábamos como una exhalación por los aires, absolutamente como si atravesáramos los continentes y los mares. Después me dijo de nuevo: "Mira enfrente de tí, no tienes tiempo que perder".

Ví un caudaloso río azul de dormidas aguas sobre las cuales se habrían debido cantar las baladas antiguas. A su orilla izquierda estaba extendida amorosamente una gran ciudad, una ciudad antigua es verdad, pero tanto en los pasados como en los presentes tiempos, gloriosa y heroica. Como dominando la ciudad, se levantaba majestuoso el edificio espléndido de la Catedral cuyos contornos se dibujaban maravillosamente en las aguas del río. En la fachada se levantaban dos altísimas torres rematadas en atrevidas agujas, y toda aquella construcción era una verdadera filigrana de piedra, monumento acabado de belleza y ejemplar perfecto del estilo ojival, el mayor invento arquitectónico de la inteligencia humana. Sobresalían en ella la potencia y la magnificencia ordenadas y armónicas, engendradas por la artística disposición de las formas geométricas. Al entrar, oímos claramente los sagrados cánticos de la oración vespertina, los cuales produjeron honda conmoción en todo mi sér.

Traté de ver si la Aparición estaba a mi lado como antes y nada pude distinguir. Hice un esfuerzo mayor para abrir los ojos y mirar a mi alrededor, y entonces fué cuando empecé a volver a la realidad. Tan luego como pude coordinar mis ideas, me puse a recordar lo que me había sucedido, y pronto comprendí que era todo aquello una simple visión

imaginativa producida por el cansancio y el estado atmosférico.

En el suelo estaban unas cuartillas caídas de la mesa: en una de las cuales había un renglón medio borrado en el que pude leer: *Capítulo segundo. El Arte.*

*José G. Hernández.*

## CAPITULO XV

### *EL MEDICO - EL INVESTIGADOR*

1.—El doctor HERNANDEZ sabía que en la vida no lo hace todo la caridad desinteresada y el gesto heroico. Son necesarias bases para hacer la caridad, es preciso tener algo que dar al pobre. No todo lo hace el cariño y la misericordia a la cabecera del enfermo, sino también la ciencia que lo cura. Por eso en su vida tomó la ciencia como base de un apostolado fecundo, y a ella consagró todas sus energías, como un deber que Dios le había impuesto y al que no podía ser traidor.

Así pudo decir de él, el experto clínico doctor M. A. Fonseca:

"Trabajando asiduamente durante años, afinó primorosamente sus sentidos y se hizo dueño absoluto de cada uno de los innumerables y delicados elementos que facilitan y aún permiten la observación, cuyo olvido o ignorancia son desastrosos a la cabecera del enfermo, y se encuadró dentro de los grandes lineamientos de un clínico esclarecido.

Conocedor profundo de los medios de exploración, experto en requisas de laboratorio, buen fisiologista, de clara visión médica y dilatada experiencia, diagnosticaba con facilidad y desenvoltura y se movía gallardamente, sin trasteos, en los anchos dominios de la Medicina General.

De simpático y distinguido talante, sabía acercarse al lecho del paciente, y en apostura casi humil-

de, de ordinario con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchaba la historia, escudriñando con mirada viva y penetrante cuanto merecía tenerse en cuenta, antes de irse a fondo en el examen, que ejecutaba ordenado, completo, sagaz y rápido.

Le daba a la historia de la enfermedad toda la importancia que merecía; pero económico de tiempo, era muy hábil para cohibir en el paciente ciertas verborreas inquietantes, que antes de aclarar el problema, lo complican. Escribía la fórmula y hacía las indicaciones, por lo regular de pie, con aire presuroso, pero sin olvidar detalles, y daba por terminada la visita.

Cultivador asiduo de la Terapéutica, de la Materia Médica y Ciencias complementarias, hizo acopio de grande arsenal para responder a la indicación; de suerte que sus recursos eran inagotables sobre todo en el tratamiento de las enfermedades crónicas y en los incurables: manejaba los medicamentos llamados heroicos con admirable *sangre fría*... *Fué el genuino representante* de la ciencia venezolana contemporánea" (a).

Como vemos, no era solamente la ciencia. En él se encontraba aquella difícil cualidad de la intuición profesional, por la cual adivinaba, más que veía, la accidentada senda del diagnóstico, y apreciaba con rapidez y seguridad la enfermedad de sus pacientes.

2.—Supo aprovechar los conocimientos científicos que le proporcionaron sus estudios y sus viajes en el exterior, para el bien de los dolientes y de la Patria. El mismo a veces los perfeccionó de tal manera que llegó a ser considerado como un clínico eminente y original. Es verdad que en su juventud se ejercitó con lucimiento en la Cirujía, practicando, quizás por primera vez en Venezuela, la curación radical del "pie zambo"; y según sus más antiguos discipu-

(a) Dr. M. A. Fonseca. - "Cultura Venezolana", N° 8. Julio-Agosto.



DR. JOSE GREGORIO HERNANDEZ  
New York, 1917

los, demostró recién llegado de Europa, en los exámenes universitarios, extensos conocimientos prácticos de Obstetricia. Sin embargo, su campo estaba en la Clínica Médica, a la que dedicó todos sus desvelos. Y ésta fué la que le dió aquella inmensa popularidad de que gozaba en Caracas y en toda la República.

“Los viejos médicos —anota el doctor Domínici— discípulos y sucesores de Vargas, fueron los primeros en llamarle a la cabecera del enfermo, en consultarlo sin celos ni orgullo, y en atender a sus indicaciones. En breve tiempo confiáronle los antiguos maestros sus pacientes, contribuyendo así a que se adueñase de *la más extensa clientela que haya tenido médico alguno entre nosotros*. No creo exagerar si asiento que los primeros *diagnósticos científicos* hechos en Caracas fueron los suyos. Sus aciertos, *obra exclusiva de su ciencia*, diéronle en todas las clases sociales una autoridad médica que no se discutía. Repitióse con él lo *ocurrido con Vargas*, el padre y fundador de nuestros estudios médicos, que llegó a ser el ídolo de cuantos sufrían en Venezuela y fuera de Venezuela. Acudía con igual interés a la rica mansión y a la humilde choza; con todos ejercía su innata munificencia; prestaba a los ricos ciencia, asistencia asidua, cuidado esmerado; regalaba, además, a los menesterosos los medicamentos, y aún los alimentos. Todo ello con una humildad, una afabilidad que prendaba los corazones. Fué a su muerte cuando la población entera vino a darse cuenta de la extensión de aquella caridad ejercida sin ruido, que los favorecidos clamaban entonces desahogando su comprimida gratitud; de allí la consternación y el dolor, el sentimiento de orfandad que produjo la súbita desaparición de aquel hombre cuya memoria, *por unánime asentimiento*, santificada, persiste tan viva hoy, como hace veinticinco años” (b).

(b) Dr. S. A. Domínici. - Elegía al doctor J. G. Hernández, pág. 9.

3.—Siempre evitó con habilidad el escollo donde naufragan con frecuencia los hombres de laboratorio al hacer su ciencia demasiado especulativa e ideal, separando las enfermedades de los enfermos, como si éstas fueran entes de razón que nada tuvieran que ver con los humanos; y de esta manera encierran en simples fórmulas algebraicas o apotegmas técnicos las más complejas cuestiones terapéuticas. Para él no había más que *enfermos*. Y por eso para cada caso hacía un estudio especial, en el que sus conocimientos científicos no eran más que un camino, no un vehículo que lo llevaba a su despecho.

“Fué médico científico al estilo moderno —declara el doctor Razetti— *investigador penetrante* en el laboratorio y clínico experto a la cabecera del enfermo; sabía manejar el microscopio y la probeta, pero también sabía dominar la muerte y vencerla. Fué médico profesional al estilo antiguo: creía que la medicina era un sacerdocio, el sacerdocio del dolor humano, y siempre tuvo una sonrisa benévola para la envidia y una caritativa tolerancia para el error ajeno. Fundó su reputación sobre el incommovible pedestal de su *ciencia*, de su *pericia*, de su *honradez* y de su *infinita abnegación*. Por eso su prestigio social *no tuvo límites*, y su muerte es una catástrofe para la Patria” (c).

4.—Según el doctor Perera, hay tres fechas trascendentes en los fastos de la Medicina Venezolana: El 10 de agosto de 1763, en que el Doctor Lorenzo Campins y Ballester inaugura la Cátedra de Medicina en la Universidad; el 9 de noviembre de 1827, en que el doctor José María Vargas da comienzo a la cátedra oficial de Anatomía. Y

“por fin, el 6 de noviembre de 1891, el doctor José Gregorio Hernández inició la cátedra de Bacteriología, y con ella implantó oficialmente en nuestra Al-

(c) Doctor L. Razetti. - Discurso en el Cementerio.

ma Mater, la revolución establecida por Pasteur en el campo de las ciencias biológicas" (d).

El estado de la Medicina venezolana era francamente desalentador, antes de las renovaciones apuntadas. Es un fenómeno curioso la evolución de la historia de la Medicina Venezolana desde el primer tercio del pasado siglo. Tan mal estaban para entonces los estudios médicos, que

"basta para convencerse de ello —dice el citado doctor Perera— ver en los legajos del Archivo universitario cómo en los exámenes de grados verificados casi en la mitad del siglo, se ponía como tarea al estudiante la discusión de los Aforismos de Hipócrates".

El doctor Vargas había tomado, como dice acertadamente el doctor Carvallo,

"nuestra medicina de los regazos del curanderismo; de manera que el reformador vióse obligado cuando abandonó la Cátedra de Anatomía para ir a ocupar la Presidencia de la República, arrastrado por un sufragio nacional casi unánime, a dejar como sustituto en dicha asignatura, a su practicante, que no poseía título académico alguno" (e).

Estaba expuesta la Medicina a volver al curanderismo y a piachería sin el esfuerzo decidido de los patriotas que guiaban el carro de la Nación, y de los particulares que soñaban en verla engrandecida.

En efecto, el Gobierno comisionó al Dr. HERNANDEZ para que hiciera resurgir con un nuevo esplendor la ciencia médica en Venezuela. Y no solamente facilitó sus estudios teóricos en las mejores universidades europeas, sino que también lo comisionó para que formara un Laboratorio con el material más moderno y científico.

(d) Discurso del Doctor Ambrosio Perera en la Universidad Central, con ocasión del 80º aniversario del nacimiento del Dr. Hernández.

(e) Doctor Temístocles Carvallo. - "El Doctor José Gregorio Hernández, Reformador de los Estudios Médicos, Gran Profesor Universitario e Investigador Científico". - Caracas, 1950, pág. 7.

5.—Vino JOSE GREGORIO HERNANDEZ a llenar una inmensa laguna en nuestra evolución científica. Es verdad que ya en vida, y a raíz de su muerte se le ha hecho justicia. Pero las generaciones que vengan, y que puedan ver los acontecimientos con su silueta propia, podrán darse cuenta de la trascendencia de aquel hombre en la vida científica nacional, y de su importancia en la elaboración de nuestra personalidad científica nacional.

"Antes de HERNANDEZ —comenta el Dr. Núñez Ponte— las enseñanzas no pasaban de meras figuras pintadas en los textos, palabras que se aprendían y se repetían de coro; cuando más, alguna escasa práctica rutinaria en los llamados hospitales. Con él, y después, acabaron los resabios; fueron ya fenómenos que se observaban; hechos, apreciaciones biológicas que se podían verificar por una experimentación sistematizada y científica. Porque él fué quien trajo aquí el primer gran microscopio y enseñó su manejo, sus empleos, su importancia; el que hizo conocer la teoría celular de Virchow, la estructura misma de la célula y los procesos embriológicos; el que se puso a estudiar y calcular el número de los glóbulos sanguíneos, el que coloreó los microbios y los cultivó en obsequio de los clínicos; el que realizó las primeras vivisecciones, con que sus discípulos pudieron darse cuenta, por propios ojos, de las maravillosas funciones de la vida animal. Fué aquella hora de revelación, cuando en las vastas selvas de la experiencia, en el curso de la "caza de pan" que dice Bacon, al golpe de la vara mágica, brotaron nuevas y cristalinas fuentes para las ávidas generaciones universitarias.

En el ejercicio de sus clases, que leía con matemática exactitud y la más pulcra conciencia, con seriedad, pero con aliento para los jóvenes amantes del trabajo, el Dr. Hernández desde el primer momento dió a comprender la importancia de su aula en el dominio cabal de sus conocimientos, una ha-

bilísima penetración investigadora, su técnica profesoral admirable, facilidad para transmitir la ciencia, su excelente sentido y juicio crítico, su magistral autoridad. Las clases, a las que concurrían por modo de curiosos muchos estudiantes profanos, eran amenas y pedían de suyo la atención y la reflexión.

Qué gratamente se impresionaba y se movía el espíritu cuando aquel maestro, aquel pedagogo novel, al empleo de métodos y recursos antes no usados aquí, iba explicando sus lecciones con atrayente elegancia y una tonalidad juvenil, pero con acierto grave y sereno, con una consistencia maciza, como de hombre maduro y sapiente! Cuánto gusto e interés despertaba en los ánimos, cuando después de haber hablado, por ejemplo, sobre las células, el protoplasma, el núcleo, su reproducción; sobre el microbio, su morfología, su cultivo, etc., decía con cierta gracia suya: "*Yo lo pinto*"; y tomando las tizas de diversos colores y vuelto hacia el pizarrón, dibujaba de verdad, con esmeradísimo arte, con precisa maestría, y hacía casi palpar la evolución prolífera de aquellos pequeños organismos! Sus discípulos y sus colegas mismos, lo respetaron desde entonces y rindieron las mejores y aquiescentes pruebas a su idoneidad y pericia, a su adestría singular, a su intensa mentalidad, a su ubérima labor científica, pruebas que vinieron a resumirse espléndidamente con los testimonios producidos en la ocasión de su muerte". (f)

6. — Se puede decir que el doctor HERNANDEZ formó una escuela propia nacional, en la que se le oía como un oráculo y se le consideraba como *el Maestro*. Sus discípulos que son hoy la gloria de la medicina venezolana y americana. Su mismo sucesor en la cátedra, el doctor Jesús Rafael Rísquez, nos aporta este valioso testimonio:

---

(f) Dr. J. M. Núñez Ponte.—Ensayo crítico-biográfico, págs. 56 y s.

"El y sus discípulos penetraron por todos los senderos trillados por los especialistas en la materia; estudiaron la mayor parte de los gérmenes morbosos en el país, e hicieron a la Escuela Venezolana marchar al unísono con las conquistas de la nueva ciencia. Más tarde, cuando la era de los microbios —como dijo el gran Patrick Manson— había llegado a su apogeo y la de los protozoarios comenzaba, un discípulo de Hernández marcó época en los anales de nuestra Medicina y empieza entonces la era de la Parasitología en Venezuela con los trabajos de Rafael Rangel" (g).

El nombre y la obra de este insigne discípulo y colaborador del doctor HERNANDEZ van íntimamente unidos a la memoria del Maestro, quien lo aleccionó en la investigación experimental y lo preparó para fundar después la Parasitología Nacional.

En el estudio sobre las "Teorías del Sistema Nervioso" que publicó Rafael Rangel, dice el progenitor ilustre de nuestra Parasitología:

"Nuestro Maestro el Dr. José Gregorio Hernández, Director del Laboratorio de Histología, nos hizo la observación de que el líquido de Muller tenía la propiedad de descomponerse con suma facilidad en nuestro clima, por lo cual es necesario renovarlo incesantemente en las fijaciones. Lo mismo sucede con todos los líquidos bicrómicos. En cambio, el endurecimiento de las piezas se hace aquí en menos tiempo del señalado por los autores europeos; mientras éstos recomiendan uno, dos, tres y hasta cuatro meses de sumersión de los fragmentos nerviosos en la mezcla de Cox, bastan quince, veinte días, lo más un mes para obtener bellísimas preparaciones. Hacemos los

---

(g) Doctor J. Rafael Rísquez, "Lección inaugural del curso de Bacteriología y Parasitología de 1925".



cortes con el "microtomo de Ranvier", o mejor con el de "Selong" y los montamos libres en "resina damar y colofonia en bencina" (h).

En otro trabajo de Rangel sobre "El Carbunclo bacteridiano" rinde también su tributo a la herencia del Maestro:

"Grande fué nuestra sorpresa, —dice— al encontrar en los frotis de sangre y linfa, los más puros que pudimos recoger de aquellos elementos ya alterados, la bacteridia carbonosa clásica, tal como la describen los autores y como la habíamos visto en las lecciones prácticas del doctor José Gregorio Hernández".

Y líneas más abajo, escribe:

"Nosotros, después de haber consultado con nuestro Maestro el doctor Hernández, nos hemos estado ejercitando en la exaltación y atenuación de las bactericidas muertas por medio de los métodos conocidos: calor, acción de los antisépticos, etc." (i)

Durante años Rafael Rangel, aquel gran hombre a quien un sentimiento de inferioridad debido al color, impidió tomar el ganado título de Doctor, fué el preparador en los trabajos prácticos en las cátedras que regentaba el doctor HERNANDEZ, y con éste se adiestró y adquirió aquella competencia que lo hacen una de nuestras figuras nacionales de mayor competencia y una de las mayores glorias de los Anales de la Medicina Venezolana. El doctor HERNANDEZ se encargó de hacer conocer aquella eminencia que él había formado.

"A Hernández también debí, años después —escribe el doctor Dominici— el conocimiento de

(h) Rafael Rangel, "Teorías del sistema nervioso" en "Anales de la Universidad Central", Año II, Tomo II, pág. 385, 1901.

(i) Rafael Rangel, "El carbunclo bacteridiano en Venezuela". "Gaceta Médica", 30 de setiembre de 1906.

las extraordinarias facultades técnicas de Rafael Rangel. Hablando un día de Histología del sistema nervioso, díjome: "pídele a Rangel que te muestre sus preparaciones de cerebro y médula". Eran, en efecto, bellísimas; no las superaban las que el propio Ramón y Cajal nos mostró a Guevara Rojas y a mí, en el Laboratorio de Malassez, en el Colegio de Francia".

De las manos del doctor HERNANDEZ salió Rangel a fundar en febrero de 1902 el Laboratorio del Hospital Vargas. Y fué el mismo doctor HERNANDEZ, su Maestro, quien lo reemplazó en dicho Instituto, a raíz del fallecimiento de Rangel.

Con toda justicia pudo decir el doctor Rísquez:

"Sería inútil decir que en estas materias de Bacteriología y Parasitología apenas si me tocará el humilde papel de toco repetidor de las enseñanzas de Hernández, grabadas de antiguo en el cerebro de los que tuvimos la suerte de llamarnos sus discípulos...

Y mañana, cuando lejos de estas aulas, oigáis el nombre de la patria señalada justificadamente entre las demás naciones que han vibrado en el concierto de la ciencia mundial, recordad que esos ecos, son una de las mejores oraciones que pueden llegar hasta los manes de José Gregorio Hernández y de Rafael Rangel. Dos nombres que por capricho del destino me toca enlazar hoy con arco de inmortalidad; y que la historia contemporánea señalará como las dos columnas que han de sostener el edificio de la Bacteriología y la Parasitología nacionales" (j).

7. — A esta benemérita influencia del doctor HERNANDEZ en la cátedra hay que unir su influencia en el

(j) Doctor Jesús R. Rísquez, "Lección inaugural del curso de Parasitología de 1919".

terreno de nuestra medicina social, que vino a tener, con las técnicas modernas que él trajo de más allá de los mares, un aspecto científico en el trabajo clínico diario. Lógicamente, pues, asienta el doctor Dominici que fué el doctor HERNANDEZ quien realizó en Venezuela los primeros diagnósticos científicos, pues sin la ayuda prodigiosa del microscopio, y sin un laboratorio bien dotado, no hubiera sido posible en el medio tropical indagar la naturaleza de las causas, el mecanismo patogénico y menos aún las lesiones específicas de los procesos mórbidos.

“¿Qué queda —dice con razón el doctor Perera—, de un diagnóstico si le quitamos el carácter de científico, sino la cruda opinión del curandero?”.

Ciertamente que sin él tampoco hubiera podido la cirugía salir de los estrechos límites de la antisepsia de Lister, ni llegar a la asepsia moderna, segura y eficiente, que permite adentrarse en las más delicadas regiones del organismo humano. Por esto acierta el doctor Perera al decir que la revolución científica y médico-social excitada en Venezuela por JOSE GREGORIO HERNANDEZ,

“es la más grande realizada en nuestra Patria, después de aquella que lograron imponer con la pluma y el fusil los creadores de la nacionalidad”.

Por esto bien le cabe al doctor HERNANDEZ el título de “modernizador” de la Medicina en su Patria. Por desgracia no aprovechó lo que se debiera aquellos experimentos, y a su muerte hubo un lapso de desconcierto, hasta que se fundó el Instituto de Medicina Experimental, que continuó y realizó las invenciones científicas de HERNANDEZ y Rangel.

Entre los trabajos científicos publicados por el doctor HERNANDEZ, calificados por Razetti de “hermosos capítulos de ciencia alta y profunda, llegados a la cultura nacional”, merecen una especial mención los siguientes:

“Sobre el número de los glóbulos rojos”;

“Sobre la angina de pecho de origen palúdico”,

donde el autor hace una honda investigación histopatológica de la enfermedad, en la sangre de tres pacientes que sirven de base a su disertación;

“De la nefritis en la fiebre amarilla”;

“Lesiones anatomopatológicas de la pulmonía simple”;

“Estudio sobre la anatomía patológica de la fiebre amarilla”. Este estudio fué presentado a la Academia de Medicina en colaboración con su ilustre discípulo doctor Felipe Guevara Rojas.

“De la bilharziasis en Caracas”;

“Tratamiento de la tuberculosis pulmonar por medio del aceite de chaulmoogra”;

“Elementos de Bacteriología”, como compendio de sus lecciones en los cursos universitarios.

“Elementos de Filosofía”.

Escribió también varios estudios sobre Embriología e Histología, después de viajes especiales a Estados Unidos y a Europa para perfeccionarse en estas especialidades, y de ellos planeaba hacer textos para sus estudiantes.

Al terminar el doctor HERNANDEZ su estudio sobre “Tratamiento de la tuberculosis pulmonar por medio de aceite de chaulmoogra” presentado a la Academia de Medicina, escribe:

“Aunque ésta es una comunicación preliminar, pues no hemos tenido el tiempo suficiente para un estudio definitivo, podemos, sin embargo, formular las siguientes conclusiones:

1º: El aceite de chaulmoogra mata el bacilo de Koch. 2º: Los enfermos tratados por las inyecciones de dicho aceite, no han sido perjudicados en modo alguno; antes por el contrario, se ha notado en todos mejoría del estado general: aumento del apetito, desaparición o disminución de la fiebre, y en algunos de ellos desaparición de todos

los síntomas y del bacilo en los esputos. 3ª: La pequeñas dosis de uno o dos centímetros cúbicos, separadas por largos intervalos, parece que obran mejor que las grandes de 5 a 6 centímetros cúbicos”.

No queremos llenar estas líneas de testimonios de sus compañeros de profesión ante este descubrimiento de importancia imponderable en el campo de la medicina. Basta solamente éste del doctor Razetti:

“La prioridad de este método de tratamiento corresponde a nuestro nunca bien sentido compañero doctor José Gregorio Hernández, *quien fué el primero que empleó el aceite de chaulmoogra en la tuberculosis humana*. Pero el doctor Hernández, además de hombre de ciencia, fué un profesional honradísimo que procedió como lo ordena la moral médica: Comunicó a nuestra Academia de Medicina *su descubrimiento*, para que todos los médicos ensayasen su método en beneficio de los pacientes. El resultado de la honorable conducta del doctor Hernández en esta ocasión, fué que nuestros médicos han empleado y continúan usando el mismo agente en el tratamiento de la tuberculosis, con éxito satisfactorio. Si el doctor Hernández, en vez de ser lo que era, hubiera sido un industrial de la medicina, habría hecho de la droga un preparado secreto, lanzándolo con algún nombre sonoro al mercado, rodeado de toda clase de reclamos mercantiles. Piénsese en el efecto que hubiera producido en Venezuela, la noticia de que el sabio doctor José Gregorio Hernández poseía un remedio curativo de la tisis: no hubiera quedado un solo tuberculoso sin usarlo, con la fe que inspiraba el eminente profesor. Seguramente hubieran ingresado al bolsillo del virtuoso médico muchos miles de bolívares; pero yo no hubiera podido pronunciar estas palabras, ante su tumba: “nos lega un hermoso

ejemplo de cómo se logra conquistar la verdadera popularidad dentro de los límites estrictos de la honradez y de la virtud”.

No creo que hagan falta comentarios a estas justas palabras de Razetti. Solamente el agradecimiento de la Nación entera a este hombre que supo dejar todas sus conveniencias personales por dar a la humanidad doliente un poco de alivio. Y el pequeño, aunque justo homenaje, al dar al Sanatorio Nacional de Tuberculosis el nombre del doctor JOSE GREGORIO HERNANDEZ.

10. — En esta época, las obras clásicas de Fisiología no daban importancia ni dato alguno respecto a la influencia que puede ejercer y ciertamente ejerce la latitud en el número de glóbulos rojos en la sangre humana. Fué el doctor HERNANDEZ quien se preocupó en ello, lo mismo que de su divulgación.

“Tratando de estudiar esa influencia —escribe— de la zona tropical, nos pusimos a averiguar la cantidad fisiológica media de los glóbulos rojos en los habitantes de Caracas que teniendo diez grados, treinta minutos y cincuenta segundos de latitud norte, se encuentra naturalmente en la región intertropical”.

Y concluye dando por término medio tres millones cuarenta y siete mil glóbulos rojos por milímetro cúbico, en vez de los cinco millones encontrados en los climas tropicales.

Hizo, además, investigaciones sobre la úrea urinaria eliminada en veinticuatro horas en los habitantes de nuestra capital, y también la encuentra disminuída en comparación de los datos venidos de Europa.

En su “Elegía”, el Doctor Dominici juzga el opúsculo “De la Bilharziasis en Caracas” como

“el primer grito de alarma por la frecuencia de la tremenda infición entre nosotros. Del minucioso estudio de los huevos hallados en las heces de sus siete enfermos, deduce el autor que el parásito de la Bilharziasis de nuestro país pertenece “a la variedad de *Bilharzia hematobia* denominada

*Schistosomun Manzoni*, o a alguna muy próxima a ésta, que podríamos llamar *Schistosomum Americanum*", en cuya denominación coincide con la opinión expresada casi al mismo tiempo por Pirajá da Silva en el Brasil".

El Dr. HERNANDEZ fué quien por primera vez hizo un estudio sobre "La angina de pecho de origen palúdico" en sus enfermos de paludismo, con resultados satisfactorios en sus pacientes y fué ésta, otra de sus valiosas aportaciones a la ciencia, al progreso y al bien de la Patria.

#### 11.—SINOPSIS DE LA OBRA CIENTIFICA DEL Dr. HERNANDEZ

1888.—Obtiene el grado de *Doctor*, el 29 de junio en la Universidad Central y ejerce su profesión durante un año en Venezuela.

1889.—Es enviado a *Europa* el 31 de julio, por el Gobierno del Doctor Rojas Paúl, a seguir en París estudios especiales de Microscopía, Bacteriología, Histología Normal y Patológica, y Fisiología Experimental.

1891 - 1892.—Reforma los estudios médicos en Venezuela. Muestra el primer gran *microscopio* y enseña su manejo, sus empleos y su importancia. Hace conocer la teoría celular de Virchow, y estudia por primera vez entre nosotros los procesos embriológicos. Por primera vez también en Venezuela, colora y cultiva los microbios, creando así la *Etiología*. Practica las primeras vivisecciones, y funda con ellas nuestra Medicina experimental. Funda el *Laboratorio*, "copia exacta del mismo Laboratorio de la Facultad de Medicina de París".

1893.—Se publica en la "Gaceta Médica" un resumen de sus lecciones. Continúa sus investigaciones sobre la urea urinaria.

1894.—Emprende la formación técnica de *Rafael Rangel*. Publica su trabajo sobre "La angina de pecho de origen palúdico".

1898.—Somete a un examen crítico minucioso en su Laboratorio de Bacteriología, preparaciones de sangre de

caballos atacados de "*Peste de Apure*" y encuentra defectuosas las preparaciones, lo que hizo que el mismo Doctor Oropeza retirase su tesis del supuesto "Hematozoario del paludismo del caballo".

1902.—Contribuye, junto con otros profesores universitarios, el nucleo fundador del "*Colegio de Médicos de Venezuela*".

1904.—En la *Academia Nacional de Medicina* ocupa el Sillón N° 28 como miembro fundador.

1905.—Recibe la *Medalla de Honor de Instrucción Pública*.

1906.—Publica sus *Elementos de Bacteriología*.

1909.—Descubre el "*bacillus pestis*" de Kitasato y Yersin en los primeros pacientes atacados de peste bubónica en Caracas. Hace reformas en su Laboratorio de Bacteriología. Es de advertir que en tiempos tumultuarios y de guerra civil como aquéllos, el Gobierno había descuidado la labor científica, y el Dr. HERNANDEZ, sin remuneración alguna oficial, sostenía de su peculio los gastos de Laboratorio. Sustituye como *Director del Laboratorio* del Hospital Vargas a su querido discípulo Rafael Rangel, muerto trágicamente.

1910.—Publica su estudio "*De la Bilharziasis en Caracas*" y "*La nefritis de la fiebre amarilla*".

1911.—Por insistencia suya encuentra *Benchetrit*, por primera vez en Venezuela, después de muchos fracasos, los vermes adultos de la *Bilharzia*, en la vena porta de un enfermo autopsiado por él en el Hospital Vargas, Escribe "*Histología patológica de la pulmonía*".

1912 - 1916.—En colaboración con su discípulo Doctor Guevara Rojas, presenta a la Academia de Medicina un "*Estudio sobre la anatomía patológica de la fiebre amarilla*".

1917.—Hace *viajes* especiales a Estados Unidos y a Europa para completar sus estudios de Embriología e Histología, y para modernizarlos, con miras a los nuevos textos de estas asignaturas, que pensaba publicar.

1918.—Presenta a la Academia de Medicina su estudio sobre "*Tratamiento de la tuberculosis pulmonar por medio*

*del aceite de chaulmoogra*", correspondiéndole con esto la primacía de la introducción en el mundo científico de dicho agente terapéutico en el tratamiento de la peste blanca.

1919.—Pocos meses antes de su *trágica muerte* se multiplica y se ubicua como médico y como filántropo con motivo de la terrible *epidemia* que azotó a Caracas.

12.—Terminemos este capítulo con estas palabras del Doctor Núñez Ponte:

"Por su carácter, por su saber, por sus ejemplos, por sus virtudes, por la índole de sus investigaciones, por su posición cristiana, por su actuación entera en el proceso evolutivo de la Medicina Nacional, se le puede titular el PASTEUR DE VENEZUELA, que con clarísima visión, y basado en los hechos, trajo, no paulatinamente, sino casi de súbito, el progreso científico mediante el triple poder de un equilibrio mental observador, de un genio adivinante, de una mano activa y ejecutora". (k)

#### CAPITULO ULTIMO

#### H A C I A   D I O S

1.—En su sentido franciscano de la vida y de la muerte, JOSE GREGORIO HERNANDEZ nunca temió a esta Hermana que nos libera y nos lleva en sus manos cariñosas hasta el abrazo del Padre Celeste.

"Siempre he deseado la muerte que nos libra de tantos males y peligros, y nos pone seguros en el cielo".

NOTA: Hacemos constar nuestro agradecimiento al Doctor Temístocles Carvallo, sin cuyo asesoramiento no hubiéramos podido adentrarnos en el estudio de la personalidad científica del Doctor Hernández. A él se deben las ideas de este capítulo, y hasta a veces las frases exactas, y sobre todo la terminología médica, que para nosotros, ajenos al arte de curar, nos era punto menos que desconocida.

(k) Dr. J. M. Núñez Ponte.—Op. cit., pág. 69.

Estas palabras valientes decían lo que era su vida entera: un anhelo por la verdadera Patria, cuya puerta, la Muerte, es necesario que se nos abra para traspasar el umbral en busca de Nuestro Padre que está en los cielos.

Sabemos también que su oración preferida en sus visitas al Santísimo, era aquella en que pedía al Señor una santa muerte. Nunca le había de encontrar desprevenido la Muerte cuando llegara a él, de repente, como una hermana ausente que se goza de presentarse sin avisar, para que sea mayor la alegría.

2.—El la presentía cercana, fuera por inspiración de Dios, o fuera por una de esas "corazonadas" que tantas veces encontramos en la vida de los grandes hombres.

"El 18 de marzo de 1918, al regreso del entierro de Pedro Luis Hernández, en horas de la tarde, y en la misma casa de Tienda Honda, manifestó José Gregorio en presencia de sus hermanos y sobrinos: —Esta vez le tocó a Pedro Luis, y yo le pido a Dios que el próximo que se lleve sea a mí...; como efectivamente acaeció".

Son éstas, palabras que suscribe su sobrino el Doctor Ernesto Hernández Briceño. Tenemos otra versión un poco diferente, aunque no exenta de posibilidad histórica. Bien pudiera ser que en aquel día, imbuído por este pensamiento, lo dijera varias veces. Me refiero a la testificación del P. Cármenes. Dice así:

"Yo, Fr. Nicolás de Cármenes, Misionero Capuchino, certifico: que el día diez y siete de marzo de 1918, a eso de las ocho de la noche, en casa del Doctor José Benigno Hernández, en la esquina de Tienda Honda, y junto a la plaza de la Merced de esta Ciudad de Caracas, en la sala de dicha casa convertida en capilla ardiente, en cuyo centro yacían los restos mortales del joven y virtuoso Pedro Luis Hernández, y después de haberle rezado yo un rosario y un responso, y estando en la sala mortuoria mucha gente, entre los que recuer-

do los hermanos Doctor Luis F. y Miguel Angel Landáez, el Doctor José Gregorio Hernández me dijo, poniendo la mano sobre mi hombro: "Este año, le tocó a Pedro Luis, y el año que viene me toca a mí". —Esto es muy pesado para broma, le contesté. (Advierto que José Gregorio nunca usaba bromas o chanzas con nadie) a lo que replicó: — Si son bromas o veras, ya se verá" Esto lo dijo en voz clara, oyéndolo su hermana Isolina.

Esto lo recuerdo muy bien, por haberlo repetido muchas veces en estos diez y siete años que medían, ante muchas personas.—Caracas, 1º de setiembre de 1934... etc..." (\*) (b).

(\*) El Dr. J. M. Núñez Ponte, en su "Estudio crítico - biográfico" nos cita el caso de otras dos personas de su cristiana familia, que supieron con anticipación la hora de su tránsito. Se refiere a su abuelo paterno, D. Remigio Hernández y a su tía Dña. María de Jesús, muerta en 1874. "Refiriéndose al primero, dice el libro genealógico que la víspera de su muerte, hallándose en sana salud y reuniendo a los suyos, les dijo que en la familia pocos pasaban de los sesenta años, y por consiguiente era bueno prepararse para tan terrible trance; que hizo aquella tarde confesión general de toda su vida, y a la mañana siguiente recibió la Sagrada Comunión con gran fervor; y poco después, mientras tomaba en casa una ligera refección, sin haber presentado síntoma alguno de enfermedad, murió apaciblemente con la muerte de los predestinados al cielo.

Doña María de Jesús Hernández, nacida en 1822, desde su adolescencia manifestó deseos de tomar el velo de religiosa, más a ruegos de su padre Don Remigio, le prometió que no lo haría mientras sus hermanos, que eran huérfanos de madre, fueran pequeños, porque ella era la mayor; cuando se hubo casado la menor de sus hermanas, entró y profesó en el convento de Clarisas de Mérida. Vivió allí en la más austera penitencia y en la práctica de las más heroicas virtudes, y fué agraciada con dones sobrenaturales, entre los cuales se supo por tradición que gozaba del de profecía. Las Cámaras legislativas de Venezuela decretaron la abolición y exclaustación de las Ordenes Religiosas; al serle comunicado el Decreto, la Superiora de las dichas Clarisas convocó a Capítulo, y dando de él conocimiento a las monjas, les dijo avisasen a sus familias para que acudieran al convento a recibirlas el día de su salida. Sor María de Jesús manifestó en presencia misma del Capítulo que no necesitaba dar parte a su familia, porque moriría antes de terminarse el plazo de los ocho días que faltaban para la expulsión. Y en efecto, faltando apenas tres, al salir de su celda en la mañana en dirección a la capilla, y como tuviese de pasar junto a las colmenas que cultivaban en el Convento, uno de los insectos le picó en una mano, y en la misma noche murió con deliciosa paz y alegría celestiales".

(b) Fr. Nicolás de Cármenes.—Homenajes, pág. 583.

3.—El 29 de junio de 1919.

El Dr. HERNANDEZ había cumplido aquel día con todos sus deberes, quizá un poco más alegre porque era el 31º aniversario de su Doctorado. Uno de sus amigos le hizo una visita de congratulación hacia la una y media de la tarde. El amigo notó enseguida que no solamente era su alegría por el feliz aniversario. Había otra razón de aquella euforia.

—¿Qué le pasa, Doctor? ¿Por qué está tan contento?

—¿Cómo no voy a estar contento! ¡Se ha firmado el Tratado de Paz...! ¡La paz en el mundo! ¿Tú sabes lo que eso significa para mí?

El Doctor sonreía y se quedó un momento pensativo, como dudando si entrar o no, en el terreno de las confidencias; por fin, levantó la cabeza, y bajito, para los dos solos:

—Mira, —le dijo— te voy a hacer una confidencia: yo he ofrecido mi vida en holocausto por la paz del mundo... Ahora sólo falta...

Y una sonrisa alegre y presentida iluminó su semblante. (d).

El amigo tembló ante el presentimiento y la casi profecía de su pronta muerte.

Tenía JOSÉ GREGORIO 55 años.

4.—Aquella tarde le avisaron para que urgentemente fuera a ver a una enferma pobre. El salió inmediatamente de casa. Vivía entonces con su hermana Isolina de Carvallo, en la casa situada entre San Andrés y Desbarrancado.

Estuvo viendo a la pobre viejecita; y, como siempre después de recetar:

—¿Tienen para comprar las medicinas?

(d) Carlos Guillermo Plaza S. J., "La inquietud de los Grandes.— El Doctor José Gregorio Hernández" Homenajes pág. 741 a 762.

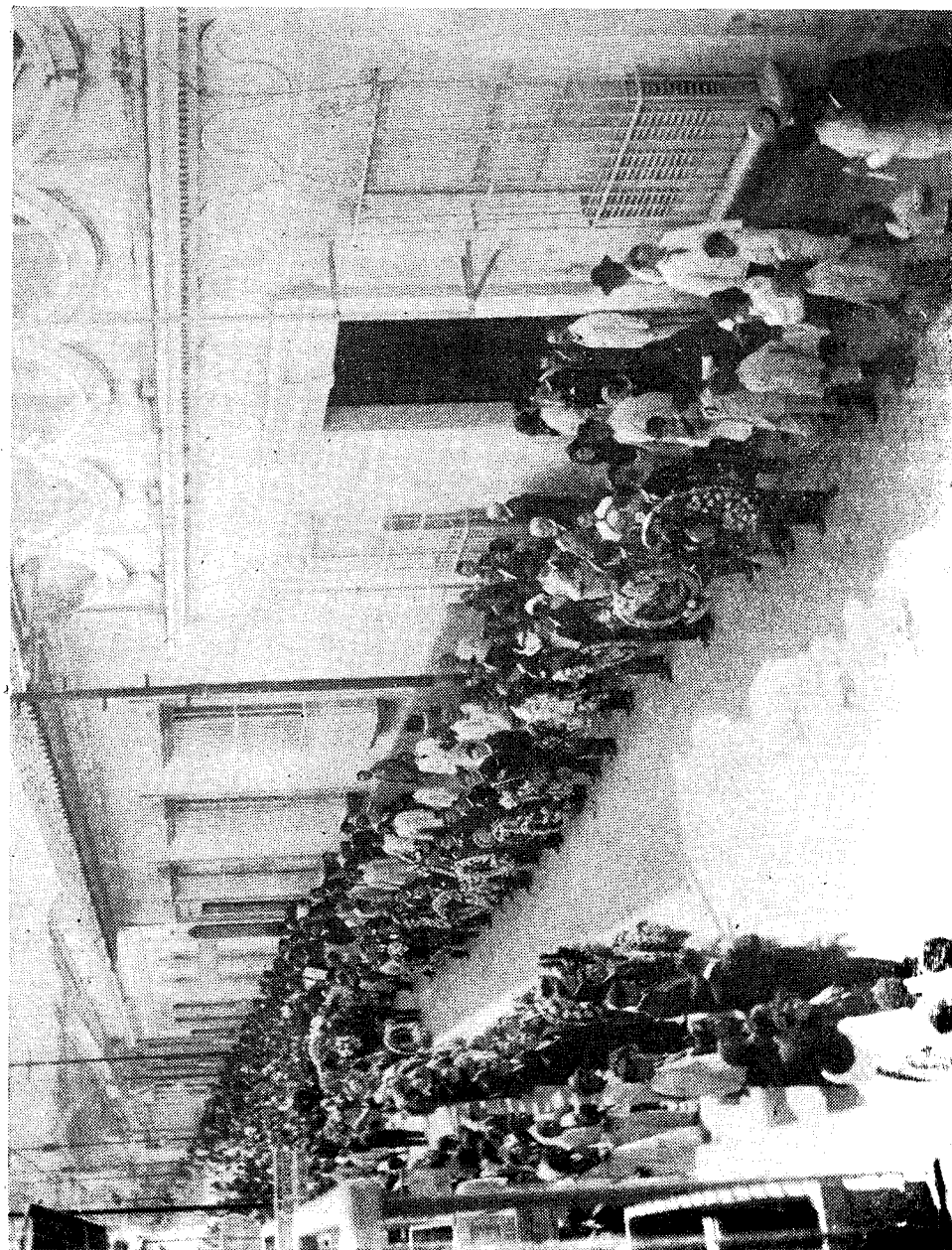
En aquella casa no había nada. No quiso contentarse el Dr. HERNANDEZ, como otras veces, con dejar allí su óbolo para que compraran los remedios. El mismo fué a la Farmacia que hay en la esquina de Amadores. Compró las medicinas, y con ellas en la mano, iba a atravesar la calle. ¡Qué pensamientos embargarían entonces su alma, ebria de caridad.

5.—Entre las esquinas de Amadores a Urapal, un tranvía que bajaba de La Pastora se hallaba detenido en el desvío. De Guanábano hacia Amadores subía otro tranvía. El entonces pensó pasar la calle por delante del tranvía parado. Y no se dió cuenta de que en la misma dirección venía un automóvil. Fueron unos segundos nada más de expectación y de gritos en toda la calle. Cuando el Dr. HERNANDEZ vió el automóvil que se avalanzaba sobre él, gritó: “¡Virgen Santísima...!” Su cuerpo, alcanzado por el automóvil, había sido arrojado contra uno de los postes de hierro de la calle, y al caer, se había destrozado la base del cráneo contra el borde de la acera.

El automóvil venía conducido por un cliente, cuya madre había curado el Dr. HERNANDEZ hacía unos días, y en la pasada “peste de la gripe” había librado de la muerte a una hermana. Detuvo inmediatamente el automóvil, y se quedó mudo y helado. ¡Era el Dr. HERNANDEZ! Entre el conductor y un obrero de los servicios del alumbrado lo recogieron, ya casi en estado agónico, y se lanzó el coche a velocidad forzada hacia el Hospital Vargas, pero cuando llegaban al terraplén inmediato al Hospital, el Dr. JOSE GREGORIO HERNANDEZ entregaba su alma a Dios.

6.—El mismo obrero, persona sencilla y piadosa, que llevaba en su bolsillo un libro de oraciones, dijo que cuando él le vió morir, sacó su libro y le leyó la recomendación del alma. (c) Emocionante y sin comentarios para nosotros. Venezuela estaba allí, entre aquel hombre moribundo, gloria de la Nación y de la Iglesia, y aquel pobrecito obrero

(c) El Universal, 1º de julio de 1919, N° 2633.





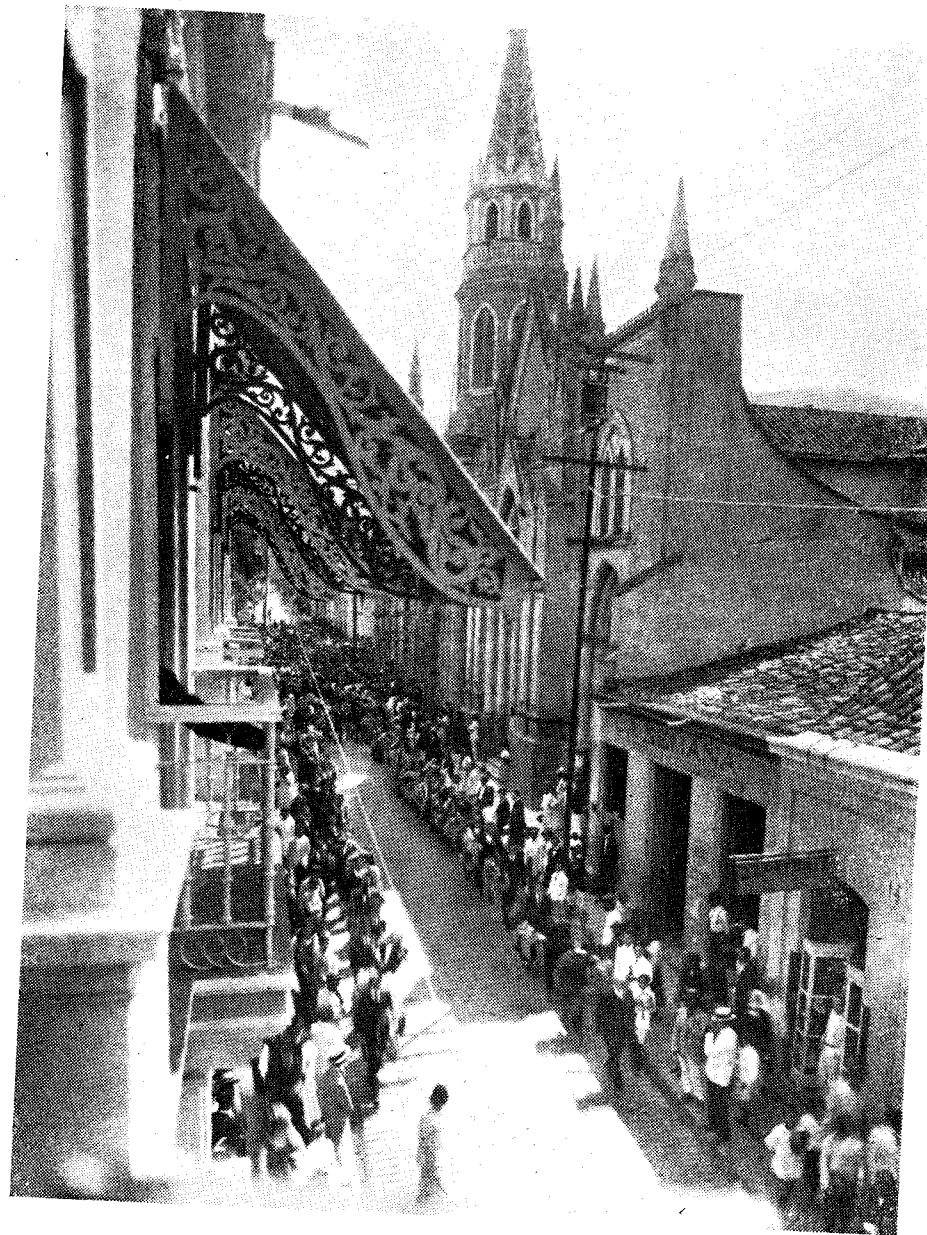
que leía en su libro ajado por el uso, las oraciones últimas al hombre más grande de su Patria.

7.—En el Hospital, el capellán le administró la Extrema Unción. El mismo automóvil que lo había atropellado fué inmediatamente en busca del Doctor Razetti, que al llegar certificó la defunción. Además de la fractura de la base del cráneo certificada, tenía una ligera herida en la sien derecha, y un morado en la misma sien, señales del golpe contra el poste de hierro; por la nariz y la boca le brotaba sangre; más arriba de las rodillas tenía una franja morada en ambas piernas. Fueron llegando más médicos, entre los que se encontraban los Doctores Requena, Ayala, Capriles, Temístocles e Inocente Carvallo.

8.—Hecho el reconocimiento que manda la Ley, el cuerpo de JOSE GREGORIO fué llevado por sus familiares a la casa de su hermano José Benigno, situada de Tienda Honda a Puente de la Trinidad. La noticia de la muerte de HERNANDEZ corrió por la Capital de la República con la rapidez de un rayo. Un deber de gratitud movía todos los pechos para una exclamación de tristeza, como si hubiera muerto una persona de su familia. El, que consideraba a todos hermanos en Jesucristo, podía sentir ahora cómo todos le devolvían ese amor, lo mismo que si fuera un hermano. El, con sus ojos abiertos desde la gloria.

En la ciudad fueron unos días de luto nacional. Muchas personas que se preparaban para ir a la Opera, al enterarse de la desgracia nacional, rompieron sus entradas en señal de duelo. Los comercios cerraron, y en todos los corrillos y en todas las casas, la muerte del Dr. HERNANDEZ era la conversación obligada. Todos decían que había muerto un santo.

9.—Estando ya el cadáver en casa de los Hermanos Hernández, el Inspector General de los Hospitales Civiles y otros médicos allí presentes, pidieron permiso para embalsamar su cuerpo, y rendirle así los honores de tres días de capilla ardiente. Pero su hermano César, interpretando la voluntad de JOSE GREGORIO, después de haber agrade-





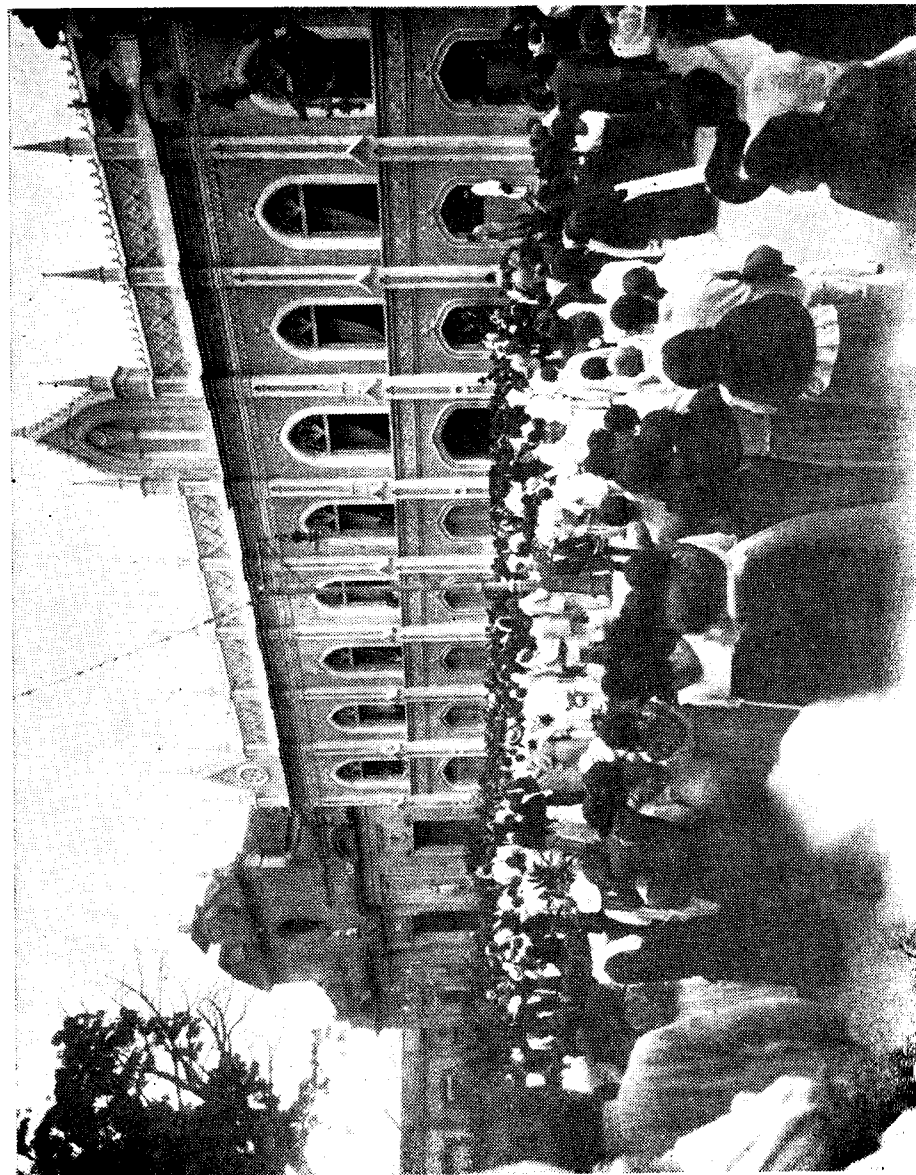
cido la voluntad de los que tanto amaban al Dr. HERNANDEZ, se opuso a ello, por haber sido siempre JOSE GREGORIO en su vida tan ajeno a toda clase de honores.

10.—La casa estaba llena de gente que entraba y salía; unos lloraban, otros en voz baja musitaban oraciones o palabras de dolor. Fué necesario que los agentes de policía pusieran orden en la calle, a fin de poder organizar la enorme concurrencia que se había estacionado delante de la casa de los Hermanos Hernández. Llegaban sacerdotes y religiosos que rezaban responsos, y la gente que llenaba la casa estuvo toda la noche rezando rosarios delante del cadáver. El día treinta, a las siete de la mañana, el Arzobispo de Caracas y Venezuela, Monseñor Felipe Rincón González, celebró la misa de cuerpo presente, ante una numerosa concurrencia de amigos y parientes, lo mismo que nutridas representaciones de las Cofradías del Santísimo Sacramento, de Nuestra Señora de Las Mercedes y de la Venerable Orden Tercera de San Francisco.

No fueron necesarios avisos oficiales para que el día 30 cerrasen todos los comercios, voluntariamente, en señal de duelo; ni para que la Sociedad de Cines y Espectáculos publicase un aviso anunciando la suspensión de todos los espectáculos el día 30, en muestra de duelo por la muerte del Dr. HERNANDEZ. En las oficinas públicas tuvieron que cerrar, porque los empleados se declararon en una que podríamos llamar “piadosa huelga”. Todo Caracas estaba conmovido.

11.—De la casa de sus hermanos, fué llevado el cadáver del Dr. HERNANDEZ hasta la Universidad, en la que permanecieron sus restos en Capilla Ardiente, en el Paraninfo, desde las diez y media de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Podía decirse que ni un solo momento cesó de rezarse el Santo Rosario, mientras le hacían guardia fúnebre sus discípulos.

No hay palabras que puedan expresar a cabalidad la manifestación de duelo que constituyó, primero su traslado desde la casa de sus hermanos a la Universidad, y después



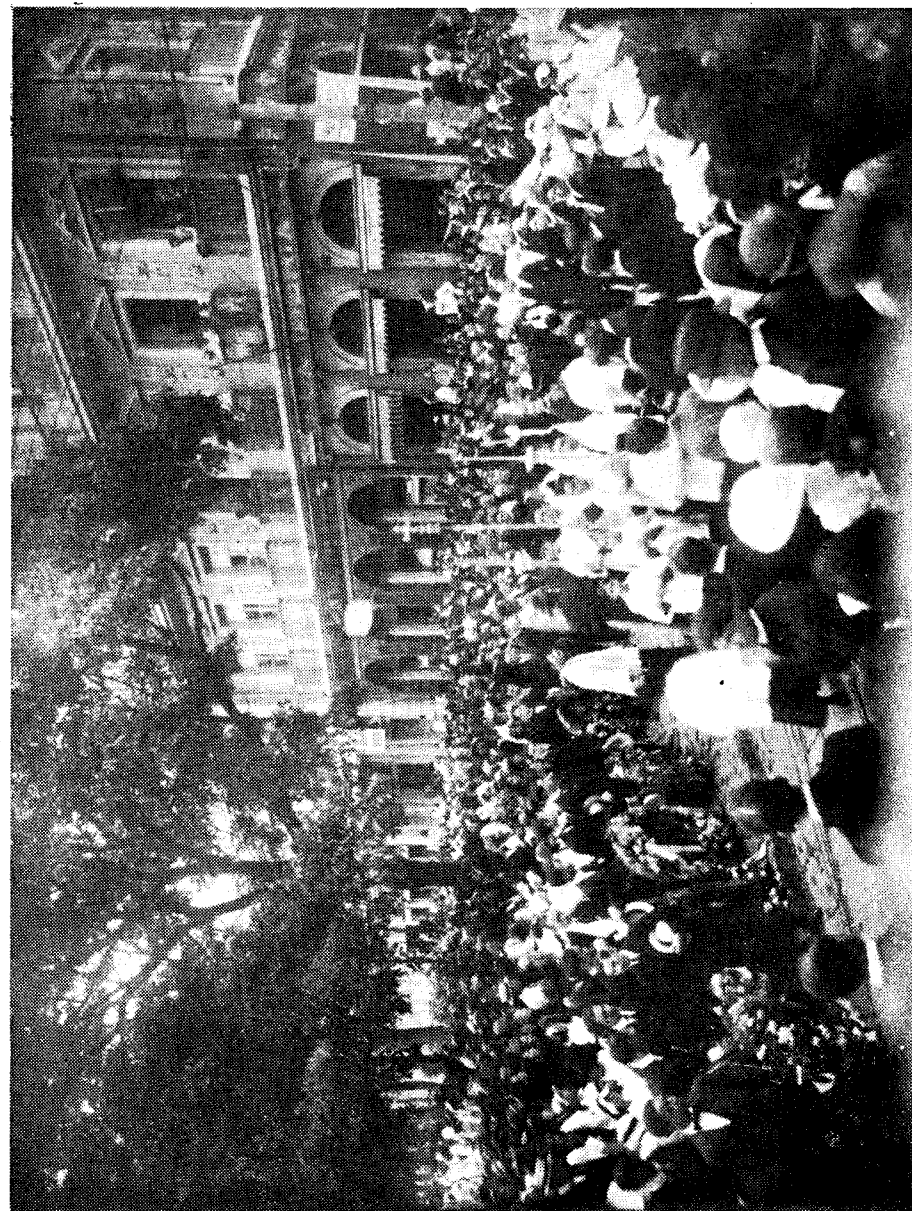
la traslación de la Universidad a la Catedral y al Cementerio. Solamente se puede vislumbrar por las fotografías que acompañan este capítulo.

Todos los que recuerdan aquel día de luto nacional, convienen en reconocer que no ha habido en toda Caracas ninguna manifestación en la que tan espontáneamente se haya desbordado el público en entusiasmo, fervor y lágrimas, como en el entierro del Dr. HERNANDEZ. El Ejecutivo Federal por órgano del Ministerio de Instrucción Pública dispuso duelo para las Facultades de Estudios Superiores en todo el país. En la invitación del Gobierno para asistir al funeral, se encuentran las firmas, entre otras destacadas, del General Juan V. Gómez, del General Ignacio Andrade, del General Antonio Pimentel, etc., y en las invitaciones de la Universidad, las de todos sus compañeros de profesión y de sus amigos, entre ellos Dominice y Razetti. Hubo también invitaciones por parte de las Facultades de Estudios Superiores de Caracas, de la Sociedad Médica, de la Academia Nacional de la Historia, de la Inspectoría General de Hospitales, de la Academia Nacional de Medicina, del Gremio Médico de Caracas, de la Academia Venezolana correspondiente de la Real Española, de la Academia de Ciencias Políticas, del Consejo Central de Estudiantes de Venezuela... etc... Casi no hubo gremio ni asociación de Caracas que no se uniera al dolor nacional por la muerte del Dr. HERNANDEZ. Muestra del cariño que se le profesaba, y de que la Nación se daba cuenta por medio de sus órganos, de lo que perdía aquel desgraciado 29 de junio de 1919.

¡Pero en realidad nada se había perdido. El será siempre una gloria perenne para la Madre Patria, después de muerto, lo mismo que lo fué en vida.

12.—Mejor que nosotros podrá darnos una idea de lo que fué aquel entierro el articulista de El Universal. Habla así:

“El desfile comenzó desde el propio momento de ser colocada la urna en el catafalco, respetuoso e interminable. Puede decirse que toda la ciu-



dad dejó al pasar frente el féretro un tributo de lágrimas de sentida emoción, de fervidos elogios.

Una hora antes de la fijada para el entierro, la Plaza de la Ley y los alrededores del Capitolio bullían como nunca, plenos de gente. Sería tarea ardua describir con exactitud lo que allí pasaba. Tendidas las escuelas de niñas desde la Universidad hasta las monjas, en doble ala blanca, como sus ensueños, cada una de ellas tenía en sus manos una corona de aquel río de flores que se desbordó desde los Cármenes avileños para formar un remanso perfumado sobre la tumba del humilde sabio. Este bello espectáculo en medio de aquel ambiente de dolor inenarrable, servía de índice para dar con exactitud una idea del número de coronas enviadas en silencioso homenaje. Y no es frase de retórica, sino verdad tangible, que se agotaron las flores de los inagotables jardines de Caracas. En más de 500 se calcula el número de coronas y en otro tanto las que no pudieron ser ofrecidas por absoluta imposibilidad material.

Citar el nombre de cada uno de los oferentes, fuera de todo punto imposible. Bástenos decir que todos los gremios sociales estaban representados de manera tan gentil desde el Ejecutivo, el General Juan Vicente Gómez..., etc..., hasta el humilde artesano y el peón que arranca a las canteras su diario sustento.

A las cuatro, en medio del orden más perfecto, cerca de diez mil personas esperaban la salida del féretro desde la Universidad hasta la Santa Iglesia Metropolitana, que no tenía cabida para un alma más en sus amplias naves penumbrosas...

Antes de comenzar la fúnebre ceremonia del enterramiento, el Sr. Ministro de Instrucción Pública, Doctor González Rincones, pronunció sentidas palabras. Luego hizo en síntesis elocuente un elogio del Doctor Hernández el Presidente de la Academia de Medicina, Doctor David Lobo.



El Venerable Capítulo Metropolitano, presidido por el Deán, y el clero secular y regular, después de las ceremonias litúrgicas pusiéronse a la cabeza del cortejo que comenzó a avanzar penosamente entre aquella multitud innumerable. En los balcones, en todas partes, grupos de mujeres, de hombres y de niños se asomaban para ver pasar la urna, severa como la vida de aquél cuyos mortales despojos guardará para siempre.

El comercio cerró sus puertas a efecto de que todos los empleados pudieran asistir al entierro, y los teatros clausuraron las suyas para que ninguna nota disonara en el concierto de dolor que se marcaba en todos los rostros. Los más altos funcionarios, las Academias, las Corporaciones, pasaban en el desfile. El Maestro Gutiérrez dirigía una orquesta numerosa, que ejecutó entre otras piezas el célebre responso de Magdaleno. Al salir el féretro, el pueblo pidió conducirlo en hombros hasta el Cementerio, y así lo hizo con fervoroso recogimiento.

Imponente era la vista que se ofrecía al espectador.

Desde la Catedral hasta Los Cipreses, la Avenida del Sur era un humano hormiguero, y los balcones parecían venirse abajo con el peso de su humana carga. Lo mismo sucedió en todo el trayecto hasta la Alcabala.

A las siete llegó el fúnebre convoy al Cementerio, guiado por una profusión de antorchas improvisadas que hacía retraer la imaginación hacia los conmovedores entierros de los días coloniales. A la luz de esas antorchas, en un ambiente cuya solemnidad pesaba sobre los espíritus entristecidos, quedó para siempre en el regazo de la tierra que él amó con todos sus amores, el que fué sostén de infelices, amparo de gente humilde, sabio cuya cúspide contrastaba por lo alto con su modestia: el Doctor José Gregorio Hernández.

Compañeros, amigos, discípulos, le dieron un adiós conmovido en palabras llenas de sentimiento y de verdad.

Descanse para siempre a la sombra de los verdes cipreses, tan caraqueños como su corazón. (f)

13.—Se calculó que solamente de “su clientela pobre” habría al entrar el cadáver en la Plaza Bolívar unos diez mil.

Al salir el cadáver de la Catedral, hay un momento emocionante en el cual es el pueblo el que se subleva cuando ve que quieren llevar la urna en “coche” al cementerio. De entre la muchedumbre, sale una voz que grita:

—“El Doctor Hernández es nuestro... En coche... ni siquiera al cementerio...”.

Era el pueblo que lo reclamaba para sí. Desapareció la urna funeraria de los hombros de los estudiantes que la portaban, y se fué por encima de aquel mar de cabezas, como si fuese navegando, sin que nadie la tocara. Todos querían que pasara junto a ellos, para poderla tocar siquiera. Fueron unos momentos de exaltación y de confusión que hizo que los que estaban todavía dentro de la Catedral se alarmaran, ignorando lo que sucedía, hasta que el Padre Lovera los calmó.

¡Qué bella frase para una lápida que el pueblo podía haber puesto sobre los restos del Dr. HERNANDEZ, ya ausente por el camino de la eternidad...:

*¡EL DOCTOR HERNANDEZ ES NUESTRO...!*

repetido por todos aquellos que le debían la salud, la alegría y el optimismo de la vida.

De esta manera, a hombros del pueblo, contra todas las leyes, se le lleva en procesión al Cementerio. ¡Digna despedida solemne y cariñosa, en la que la Patria podía haber estado confundida entre la muchedumbre, como una obligada más, al agradecimiento y al elogio de aquel querido hijo suyo.

(f) “El Universal”, Caracas, 1º de julio de 1919, N° 3.633.

14.—Un testigo de vista nos da su impresión en estas sentidas líneas:

“Si de súbito hubiera llegado a Caracas el lunes 30 de junio de 1919 un extranjero curioso, hubiera preguntado: —¿A quién llevan a enterrar con tanta pompa?

¿Quién es ése que logra conmover así a la frívola ciudad? ¿Por quién lloran en la calle mujeres de rango y mujeres del pueblo, como las hijas de Jerusalén? ¿Quién es ese caudillo que va a ser llevado al Cementerio en hombros de letrados y científicos, con los cuales el pueblo, de suyo tolerante y sumiso, discute el derecho de ser él quien realice el póstumo homenaje? ¿Quién es ese héroe que arrastra detrás de su cadáver a las multitudes sollozantes y a cuyo paso la ciudad se consterna, la vida mercantil e industrial se paraliza, las transacciones se suspenden, y las cabezas de todos se inclinan, abrumadas de dolor y de respeto?

Si alguien hubiera interrogado eso, hubiera sido una buena lección responderle: —¡No! Ese no era ni un príncipe, ni un caudillo, ni un poderoso de la tierra, ni siquiera un fatuo que compró en vida con oro y con halagos intencionados esa solemnidad funeral. ¡No! Esa apoteosis... es la obra del bien. Ese fué un hombre que estuvo siempre cerca del dolor y la pena, y en silencio los remedió... para que nadie lo supiera nunca. Pero he aquí que cada uno de los amparados por él cuando estaban solos, de los consolados por él cuando estaban tristes, al saber su inesperado fallecimiento, han salido de sus tugurios, y a esa muchedumbre que pasa de diez mil almas agradecidas, se han agregado los que en todo caso tenían que rendirle un homenaje de justicia o de aprecio al distinguido caballero sin tacha y hombre de ciencia notable, que después de haber vivido vida limpia en medio de tantas miserias hu-

manas, remediándolas con los bellos dones de su cerebro, de su corazón o de su fortuna, cayó violenta y trágicamente, único modo que encontró la Muerte, que sin duda también lo amaba, para poder cumplir su triste misión de abatir a aquel modelo de justo, de sabio y de filántropo”. (g)

Aquella familia trujillana Hernández-Cisneros, que había educado a sus hijos en el mismo amor de Dios que había heredado de sus padres y sus abuelos, ya tenía un fruto maduro de aquella siembra de piedad y de amor. El Señor, desde las alturas, había cortado para sí la espiga más alta y más granada (°)

15.—EN TU REGAZO, SEÑOR, ESTA ALMA GRANDE, FLOR DE TUS JARDINES EN ESTA TU HEREDAD AMERICANA.

POR ELLA SUBE HASTA TI NUESTRA LETANIA, EN LA QUE TE PEDIMOS, SEÑOR:

LA PAZ EN NUESTRAS VIDAS ATORMENTADAS,

LA CARIDAD EN NUESTRAS ALMAS SEDIENTAS DE AMOR,

LA PROSPERIDAD PARA NUESTRA PATRIA, TAN QUERIDA DE TI.

POR LOS MERITOS DEL DR. JOSE GREGORIO HERNANDEZ, HERMANO NUESTRO, QUE CONTIGO VIVE POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS. AMEN.

(g) Lino Sutil.—“El Universal”.—Caracas, 2 de julio de 1919, N° 3.634.

(°) Sabemos que está incoada otra Causa de Beatificación en la familia Hernández: es el Hermano Miguel Febres Cordero, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, ecuatoriano, entroncado con el Dr. HERNANDEZ en los bisabuelos. (g).

(g) Dr. J. M. Núñez Ponte. Estudio crítico-biográfico. Pág. 219.

## APENDICE:

### HASTA MAS ALLA DE LA MUERTE...

El Dr. HERNANDEZ está todavía entre nosotros. Vivo y palpitante en el recuerdo de los venezolanos. El va por nuestras calles otra vez con su paso, menudo, sereno, lo mismo que por las notas del pentagrama del gran Maestro Pedro Elías Gutiérrez, en su Elegía al Dr. HERNANDEZ; el ilustre autor de Alma Llanera, lo ha sabido evocar. Y no solamente en el recuerdo florido de notas y canciones y versos de jardines. No solamente en el recuerdo emocionado. Es él mismo el que está entre nosotros.

En la Postulación de la Causa se están recibiendo todos los días cartas agradecidas por los favores recibidos por su intercesión: la salud recobrada, la paz devuelta, la alegría renacida...

El ha vuelto a Venezuela otra vez con su pluma ágil y con su recetario en el bolsillo. Sí.

Se cuentan varios casos en los que él mismo se ha presentado a los pacientes que lo invocaron, desconocido, vestido de negro, sonriente, que ha dejado recetas infalibles escritas por él mismo, después de muerto. Sigue siendo médico en el cielo, lo mismo que en la tierra. Parece que el Dr. HERNANDEZ no podía estarse en la gloria, pacífico y bueno, sin sus obras de caridad. Y le ha pedido permiso al Señor para volver a la tierra, a su oficio de médico de los cuerpos y de las almas.

Todo venezolano sueña que algún día lo ha de ver en los altares, y no sin razón. Las gracias innumerables y los favores concedidos a los que le invocan, se multiplican incesantemente. El señor Arzobispo de Caracas, Mons. Lucas Guillermo Castillo, movido por su devoción, y por los ruegos de los fieles, ha incoado el Proceso Canónico para la Beatificación del Dr. HERNANDEZ. El día 27 de junio de 1949, en el Palacio Arzobispal de Caracas, se reunió por primera vez el Tribunal colegiado para la Causa de Beati-

ficación del Dr. HERNANDEZ. Según las normas del Derecho, después de rezar en la Capilla de Palacio el *Veni Creator* y las preces al efecto, se reunió el Tribunal en el Salón del Trono.

Se dió lectura a los diversos nombramientos, se tomó la aceptación de los miembros, y se hizo el juramento según la fórmula prescrita para ello. Desde este momento, el Dr. HERNANDEZ se titulará canónicamente "*Siervo de Dios*".

JOSE GREGORIO HERNANDEZ es el primer Doctor en Medicina venezolano pretendiente a la gloria de los altares, lo mismo que Contardo Ferrini el primer universitario seglar. La Iglesia quiere ejemplos para todas las clases sociales y para todas las profesiones.

Esta ha sido hasta ahora la mayor glorificación del Dr. HERNANDEZ. Más que los discursos, más que los bustos, más que las placas recordatorias. Y esta glorificación seguirá en aumento con nuestra esperanza y nuestra certeza, con nuestras oraciones para que pronto Dios lo glorifique, y para que pronto lo veamos en nuestras iglesias, para que en ningún templo venezolano falte la efigie de nuestro querido Dr. HERNANDEZ. Elevemos al cielo nuestras oraciones agradecidas. Porque:

El vive todavía entre nosotros...

## O R A C I O N

DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ CISNEROS  
PARA PEDIR LA BEATIFICACION DEL SIERVO DE DIOS

Oh Dios misericordioso que te has dignado escoger a Venezuela para ser la Patria de tu siervo JOSE GREGORIO, quien prevenido por tu gracia practicó desde niño las más heroicas virtudes, en especial una Fe ardiente, una Pureza angelical y una Caridad encendida, siendo ésta la es-



cala por la cual su alma voló a tu divino encuentro cuando recibiste el holocausto de su vida! Concédenos que brille pronto sobre su frente la aureola de los santos si es para tu mayor gloria y honor de la Santa Iglesia. Te lo pedimos por los méritos de Cristo Nuestro Señor. Amén.

*(Pídase aquí la gracia que se desea obtener)*

Oh, Virgen de las Mercedes, obtened de vuestro Divino Hijo para este pueblo venezolano que tan tiernamente os ama, la gracia insigne de la exaltación a los altares de vuestro devoto JOSE GREGORIO, que tan inefablemente os amó.

Seráfico San Francisco de Asís! Alcánzale a este insigne Hijo de tu Orden Tercera, JOSE GREGORIO, el honor supremo de ser pronto elevado a los altares. Y tú, gloriosa Santa Teresa de Jesús, haz prueba de tu valimiento ante la Soberana Majestad, acelerando la hora de su beatificación. Amén.

Concedemos 200 días de indulgencia por cada vez que se rece esta oración.

Caracas, 2 de julio de 1949.

(L. S.)

† LUCAS GUILLERMO CASTILLO  
ARZOBISPO DE CARACAS.

Para comunicar cualquier clase de favores recibidos del Siervo de Dios y las limosnas, dirigirse al R. P. Postulador de la Causa: Iglesia de las Mercedes. Apartado 261. Caracas-Venezuela.

#### THE SERVANT OF GOD

DR. JOSE GREGORIO HERNANDEZ CISNEROS  
PRAYER TU OBTAIN HIS BEATIFICATION

O most merciful God, Thou Who hast deigned to choose Venezuela to be the native country of Thy servant JOSE GREGORIO! Forestalled by Thy grace he practised the

most heroic virtues from his earliest childhood; particularly a most lively Faith, an Angelic Purity and a flaming Charity which became the ladder from which his soul fled to Thy embrace when Thou didst receive the holocaust of his life. Grant O Lord that the halo of sanctity may soon shine upon his brow if this be for Thy greater glory and the honour of Holy Church. We beg this of Thee, O God, through the merits of Our Lord Jesus Christ. Amen.

Our Lady of Mercy, vouchsafe to obtain from thy Divine Son for the Venezuelan people who so tenderly love thee, the signal favour of the raising to the honours of the devout client JOSE GREGORIO who loved thee beyond all words.

O Seraphic St. Francis of Assisi, secure for JOSE GREGORIO, this distinguished son of thy Third Order, the supreme honour of an early elevation to the sacred altar, And thou, St. Theresa of Jesus, show us the power of thy intercession with God's sovereign Majesty by hastening the day of his beatification. Amen.

(200 days Indulgence each time)

Caracas, 2 nd. July 1949.

† LUCAS GUILLERMO CASTILLO  
ARCHBISHOP OF CARACAS.

#### BIOGRAPHY

1864 - 1919

DR. JOSE GREGORIO HERNANDEZ CISNEROS

was born in Isnotu (Trujillo-Venezuela) on the 26 th of October 1864. He graduated as a Doctor of Medicine in Caracas and completed his studies in Europe. He founder

the chairs of Histology, Experimental Physiology and Bacteriology at the Central University. To him Venezuela owes the introduction of the microscope and other scientific improvements. But above all else he shone by the holiness of his life which was the model of that of a man of duty and Christian conviction. His daily communion, daily hour of prayer and his visits to the Blessed Sacrament gave him the strength to dedicate himself to works of charity with his whole soul. He earned the title of "Physician of the Poor". He not only attended to them gratis but was in the habit of purchasing their medicines for them. On one of his errands of charity death surprised him in a tragic accident. It was God Who surprised him in an act of charity. He called him to Himself. He was a fervent Franciscan Tertiary and deeply devoted Our Lady of Mercy, Patroness of Caracas. The many graces received by those who pray to him prompted the introduction of the Cause of his Beatification.

May this patriot, please God, become the first saint of his beloved Venezuela.



Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres de la Imprenta  
Nacional el día de Nuestra Señora  
de Las Mercedes, en Caracas, a  
24 de setiembre de 1953